una novela de

DANIELA VIVIANI

UN FINAL LLAMADO INÉS

Planeta

Un final llamado Inés

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2023, Daniela Viviani
Derechos exclusivos de edición
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Juan Márquez
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: mayo de 2023

ISBN: 978-956-408-347-6
ISBN digital: 978-956-408-361-2

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

DANIELA VIVIANI

Un final llamado Inés

Planeta

Para Kóte Carvajal

Inés

Iquique, 3 de enero de 1932

Javier Santa María era de esos hombres tan bendecidos por la merced divina de la belleza que esta hacía invisible a los demás las asperezas de sus primeras arrugas y las canas que ya asomaban en sus cabellos rubios. Experimentado en los negocios agrícolas y también en el amor –cargaba una viudez sobre los hombros–, esa mañana, sin embargo, se presentaba en el salón comedor del hotel Chalet Suisse con el carácter adusto y reconcentrado de un adolescente atormentado por sus secretas ilusiones y esperanzas. Sobre la mesa, un gigantesco ramo de flores parecía contener entre sus pétalos el mismísimo corazón del hombre como ofrenda.

–Javier, ¡Javier!

Él obedeció al llamado de su nombre y se levantó de su asiento con ímpetu de soldado. La mujer que soñó en su fantasía venía hacia él.

–¡Inés, querida! –exclamó entusiasmado–. ¡Aquí estoy!

La hermosa señorita ralentizó sus pasos hacia él en un majestuoso despliegue de glamur y elegancia que no pasó desapercibido para nadie. Lucía un hermosísimo traje de color rosa bordado con brillos que realzaba los encantos de su figura, tan notable, que muchos admiraban llamándola «belleza criolla» y ¡a fe que lo merecía!

–Querido Javier, ¿cómo ha estado? –preguntó a la vez que facilitaba su mano para el tradicional beso de bienvenida–. ¡Quién diría que el destino nos reuniría una vez más!

Se quedaron un rato en aquella posición, en silencio, acompañados por el latido de los corazones masculinos, que no escatimaban en cumplidos para Inés y que llegaban hasta ellos como un susurro. Su cabellera rubia, aun siendo de color de artificio, atrapaba a quien se fijara en ella.

–¡Ay, Inesita! –suspiró Javier mientras hacía entrega del ramo de rosas–. Ni el terremoto del año pasado causó tanta conmoción como usted lo hace. Al lado suyo, las demás mujeres son una lenteja.

–¡Será bromista! –exclamó la muchacha, que luego se entregó a una breve pausa. Sus grandes ojos verdes y luminosos chispearon antes de decir–. ¡Aunque puede que usted tenga razón!

Ella se puso a reír que era un gusto mientras él la contemplaba, entre sonriente y resignado. Una artista de su talla jamás pasaría desapercibida, ni por su talento ni por su extravagante belleza. *Esperar*

lo contrario sería pecar de una ingenuidad suprema, meditó el hombre en recriminaciones. *Pero quién sabe si yo sea el…*

–¿En qué está pensando, Javier?

La mirada felina de Inés lo fulminó. Se sonrojó como un tomate y sus labios temblaron.

–Inés, apenas supe que se encontraba en Iquique, pregunté a todos por su paradero –se apresuró a decir–. Mañana viajo a Buenos Aires y no podía marcharme sin verla. No me ha olvidado, ¿verdad? Desde nuestro encuentro en Nueva York, yo no dejo de pensarla.

Inés bajó la mirada, en silencio, pero solo por un instante.

–Yo tampoco lo he olvidado, querido Javier, pero el amor no está en mis planes, al menos de momento. Con veintidós años, entenderá que todavía me falta mucho camino por recorrer y no puedo desperdiciar las magníficas oportunidades que se me están dando en la ópera. Lo mío no es un simple capricho, como muchos piensan, sino una vocación artística que poquísimas mujeres tienen el privilegio de desarrollar. Acuérdese de mí: en unos años más, ¡seré tan famosa como Margarita Salvi!

El pobre desilusionado asintió a regañadientes. Mimado por una madre que veía en él a su ídolo, no le era fácil aceptar una negativa.

–¿Es por eso que ha venido a Chile? –preguntó un tanto serio–. ¿Está de gira?

Los obvios *flirts* del garzón a su acompañante en nada contribuyeron a mejorar su ánimo.

–Precisamente, Javier –indicó la joven con verdadero entusiasmo–. Pasado mañana me presentaré en el Teatro Municipal para la ópera de *Madama Butterfly* y en unos días lo haré en el Palace Hotel de Valparaíso y en el Gran Hotel de Viña del Mar en funciones privadas.

Javier asentía mientras el mozo llenaba las tazas de café parsimoniosamente. Su aversión por él era cada vez más obvia.

–Para terminar en el Teatro Municipal de Santiago… –Inés sonrió iluminada por un recuerdo–. Claro, también aprovecharé la ocasión para atender unos negocios de mi abuelo.

–¿Abuelo? –reaccionó Javier–. ¿Y cuál es su nombre? De seguro lo conozco.

La joven hablaba rápido, expresándose con desenvoltura y elegancia, pero se negó a soltar dato alguno sobre su parentesco.

–¡Ay, Inesita! ¿Por qué es así conmigo? La otra vez también le pregunté por él y sus padres y también se quedó muda. ¿Es que no me tiene confianza?

Con un reluciente puchero, Javier Santa María, de treinta y ocho años, volvía a su primera infancia.

–Podría asesorarla en sus negocios, ¿sabe? –insistió, coqueto.

Ella declinó el ofrecimiento y, sonriendo deliciosamente, dijo:

–No se preocupe por eso, Javier. Para los negocios, ya cuento con la asesoría del señor Elano.

–¿Elano, dijo?

–Déjeme presentárselo –los brazos de la muchacha se alzaron al aire en cordial saludo–. *Mister* Elano, *please, come*.

Desde unas mesas al fondo emergió la figura del hombre más alto que el señor Santa María había visto en su vida. Su cuerpo enjuto y piel grisácea lo hacían el empleado ideal para cualquier funeraria.

–Alan Elano, *lawyer, at your service.*

Javier estrechó su mano y el hombre regresó a su asiento, silenciando cualquier duda que el señor Santa María tuviera sobre la familia de la joven. Todo, menos las ilusiones que él todavía guardaba en su corazón.

–Inesita, yo…

Una cajita envuelta en papel de seda llegó a las manos de la cantante, desde donde emergió un pequeño corazón de oro. En su interior descansaban fragmentos de perlas cultivadas.

Casi con lágrimas en los ojos, el enamorado le dijo:

–Este collar representa mi amor por usted y me sentiría muy honrado si pudiera llevarlo cerca de su corazón para que no me olvide y sepa que la estaré esperando, sin importar cuántos años nos tome estar juntos.

Inés soltó un suspiro largo como un rezo.

–Javier, ¿me creerá si le digo que una fotografía suya me bastó para enamorarme de su persona? ¿Que incluso antes de conocernos, ya soñaba con el día en que pudiéramos estar juntos? Pero ¿cómo decirlo? Me parece que usted no…

Él empalidecía y se ruborizaba a la vez por efecto de sus miedos. Interrumpiendo a la joven, le dijo:

–¡No me diga que a usted también le llegaron con el rumor!

Ella lo miró con visibles muestras de confusión.

–¿Será por eso que usted me rechaza? –volvió a insistir el enamorado–. Yo le puedo asegurar que no es verdad lo que dicen de mí. Que soy bien hombre… ¡íntegro en todo el sentido de la palabra!

–¿Íntegro? –repitió Inés invadida de amorosa malicia–. Javier, ¿pero a qué diablos se refiere?

Avergonzado, el hombre solicitó la más absoluta discreción y, armándose de valor, confesó su dilema en apenas un susurro.

–Inesita, no sé cómo ni quién fue el que inventó semejante disparate, pero desde hace años circula el rumor de que yo, supuestamente, cuando era niño… tuve un accidente y… quedé eunuco…

La muchacha abrió los ojos.

–¿Eunuco? –repitió y, por las dudas, recreó una tijera con los

dedos–. ¿Así sin «nada de nada»?

–Asimismo, Inesita, pero... ¿es que se está riendo de mí?

Su compañera ni siquiera pudo disimular. Aplaudiendo y riéndose a carcajadas, atrajo las miradas de todos los presentes, exceptuando al señor Elano, ya del todo acostumbrado a las histriónicas demostraciones de la joven a su cargo.

–¡Javier, es usted simplemente adorable!

Y en un gesto de ternura, ella atrapó el rostro de Javier entre sus manos.

–Pero, Inesita, usted me cree, ¿verdad? –insistió el hombre tanto como se lo permitieron sus mofletes–. Que esas son puras habladurías.

–Le creo, Javier, le creo.

Incluso siendo a costa suya, a él le pareció que esa era la sonrisa más linda que había visto en su vida.

–Querido, es menester que sea sincera sobre dos cosas –la joven dejó de sonreír, cambiando el tinte de su voz por uno más duro–. Primero, no tengo apego alguno por alhajas, cajas de música u otros objetos de valor sentimental. Es más, incluso los encuentro de mala suerte. Por eso, no se espante si para nuestro próximo encuentro ya no llevo el collar conmigo, ¡suelo perder casi todas mis joyas!

Él asintió, sin dejar de sonreír.

–¿Y lo segundo? –preguntó poco después.

Inés permaneció inmóvil, clavándole la mirada.

–Tengo la fortuna y desgracia a la vez de haber testificado el gran amor que mis padres sentían el uno por el otro, así que no puedo aspirar a algo que no se le iguale. –La joven hablaba con toda la sinceridad del alma–. Javier, yo no busco un marido, no lo necesito... pero sí un compañero, un mejor amigo que vibre con mis triunfos como si fueran suyos. Si el amor que usted dice profesar es verdadero, ¡los hechos hablarán por sí solos!

El comerciante soltó un largo suspiro para luego sonreír. Sin duda alguna, había subestimado al alma artista que pretendía cortejar como a una simple mujer.

–¿Qué le parece si empezamos por una foto? –preguntó Inés sacándolo de sus cavilaciones–. A mi regreso se las mostraré a mis padres, para que sepan de usted.

–¿De verdad, Inesita?

–Sí, por supuesto. Estoy segura de que mi madre va a quedar profundamente impresionada con su persona.

Javier, acostumbrado a los halagos por su rostro distinguido, se limitó a sonreír y dejarse llevar por las instrucciones de la joven para la que sería, sin saberlo, la primera instantánea del registro personal de Inés Rossi en Chile.

Luisa

San Bernardo, 15 de octubre de 1913

No sé porqué, pero esta noche todo me ha parecido de una blancura feísima.

El mismo albor que solía despertar en mí un febril orgullo de enfermera, hoy achinó mis ojos en un gesto de desagrado y me incomodó con su presencia en los azulejos que descansaban bajo mis zapatillas y los muros de cal que formaban el cuarto de aseo. Blanco era el lavatorio de loza, ¡blanco igualmente era el jabón! Cuál no sería mi sorpresa al mirar el espejo y descubrir que mi rostro moreno también lucía pálido como una hoja de papel.

Entonces, pensé, entre coqueta y burlona: *Lo que no pudieron darme los polvos de arroz, me lo han concedido seis horas de turno en el hospital.*

Y la cuestión de la blancura... ya no me pareció tan odiosa.

–El que solo se ríe, de sus maldades se acuerda.

Pillada *in fraganti* en mi delito de vanidad, sonreí a mi compañera haciendo gala de todos mis dientes.

–¿Maldades? Cómo se le ocurre.

–Oiga, Luisa.

–¿Sí, hermana Prosperina?

–Fíjese que no me había dado cuenta.

–¿De qué? –pregunté, aún sonriendo.

Después de una larga y atemorizante pausa, llegó la respuesta.

–De la embarrada que tiene *usté* en los dientes.

–¡¿Cómo dice?!

Herida en mi orgullo, no me atreví a abrir más la boca y refugié la mirada en las pompas de jabón que ya se formaban en mis manos. Burbujas blancas, por cierto.

–¡No sea niña y guárdese esa cara de lamento! –demandó la religiosa para luego retomar sus chismes con la mayor naturalidad y simpatía–. Bueno, como le estaba contando, esta muchacha Gloria compró una bonita gallina para un pastel con sus presas, pero no hubo caso con la masa, no le creció *na'*. Cuando le pregunté: «Gloria, por todos los cielos, ¿no andará usted en su periodo crítico?» y la muy pánfila me dijo que sí, cerca estuve de darle un buen coscorrón. «¡No le subirá ningún batido mientras esté menstruando!», le aseguré y ella no tuvo más remedio que concederme la razón. ¡Ay, Luisa! La juventud está tan perdida estos días.

Los ojos cansados de la religiosa se posaron sobre mí a la espera de un elogio que no llegó nunca. Apenas pude asentir antes de perderme en las lámparas del techo y su vano intento por darle un tono más cálido a nuestro entorno. Di uno, dos, ¡tres pestañeos!, pero de nada sirvió. Mis ojos seguían empeñados en verlo todo de un blanco feísimo.

–Niña, oiga.

Con la mirada todavía clavada en el techo, seguro me pilló la Divina Providencia cuando se decidió a interceder a mi favor. *Hija mía, ¡espabile de una vez!*, imagino que me dijo antes de bendecir con sus rayos la única ampolleta que permanecía apagada en la habitación: la de mis sesos.

–Luisa, que este chisme le va a causar la mayor de las gracias.

Y en ese preciso instante supe qué era lo que me estaba despojando de todos los colores.

–Fíjese que unos años atrás, diría que por 1911…

¡Moría de rabia!

Una emoción amarga que ya no resistía más horas guardadas en mi pecho se abrió paso hasta mi garganta. Rabia, ¡tanta rabia!, por ese conocimiento que tanto anhelaba compartir y que vio interrumpido su vuelo solo por haber nacido de mis labios de mujer.

–Luisa, ¡que le estoy hablando!

–¿Ah? –despabilé–. Sí, sí.

A punto estuve de sonreír, pero me contuve y sor Prosperina lo notó.

–No se me vaya a poner chúcara, *usté*.

Quizá fuera por los remordimientos, pero la religiosa estaba empeñada en enternecer mi corazón a punta de confidencias y, como una sombra, siguió mis pasos hasta los dormitorios, donde procedí a mudar el delantal y las mangas que cubrían mis brazos, fiel a las exigencias de la higiene moderna. Luego, frente a un espejito, acomodé la cofia sobre mis cabellos y, en el pecho, un pequeñísimo prendedor con forma de lámpara volvió a brillar bajo los cuidados de mi pañuelo de seda.

Excelentísima Florence Nightingale, elevo mi corazón a los cielos para que ilumine mis oficios de enfermera.

Prosperina continuó su cháchara:

–Hacía unos años atrás, mucho antes de que usted se apersonara en el Hospital Parroquial, llegó de urgencia un hombre vestido con un grueso abrigo. Era pleno verano, por eso entenderá que enfatizo en su atuendo. «Es que sufro un problema íntimo entre las piernas», me confesó el desdichado. «No me diga *na'*», le respondí, «¡sífilis!». Pero el fulano me negó el diagnóstico tres veces con la cabeza –y tres veces se persignó la religiosa para poder sacar afuera el chisme–. ¡Calcule mi

asombro al descubrir la causa de sus dolores! ¡Qué insolencia! ¡Qué atrevimiento! ¡Qué…!

–Pero ¿qué? –pregunté, con los nervios crispados.

Decían los antiguos: «El semblante es el espejo del alma» y, en un tris, mi campo visual fue consumido por uno redondo y flácido que me sonreía con esa malicia que solo aparece con la confesión de un buen pecado.

–¡Luisa, figúrese *usté*! –susurró la mujer para que Dios no pudiera escucharla–. Este fulano tenía el miembro viril… ¡atascado en un rodamiento!

Y la vida, por fin, dejó de ser blanca para mí.

–Pero… ¡sssshhh, niña!

Reí tanto que temí estropear mi corsé.

Lloré tanto que no me quedó más remedio que enjugar las lágrimas con el delantal recién cambiado.

–Pobre hombre –fue todo lo que logré balbucear.

–Nunca más supimos de él en el hospital –chistó la religiosa–. ¡Ni en todo San Bernardo!

–¿Y…?

Todavía incapaz de formular frases, imité el movimiento de las tijeras con mis dedos.

–¡Faltó poco! –indicó mi compañera. Y luego, agregó–: Vaselina.

Asentí, en medio de risas y lágrimas de alegría. Prosperina sonrió también al verme más repuesta de ánimo.

–Ojalá no nos reprenda el doctor Custodio… –agregó ella de repente y todo a mi alrededor comenzó a desteñirse otra vez.

–Hermana Prosperina, sobre el doctor Custodio, ¡es menester que le confiese algo!

En esta ocasión fue ella la que se puso blanca.

–¿No me diga que al doctor también le dio por intimar con una tuerca? –preguntó con voz de ultratumba.

Negué con la cabeza enérgicamente y tomé sus manos entre las mías, a riesgo de tener que lavarlas otra vez. Solo quería soltar esa maldita rabia antes de que ella volviera a robarme los colores del espíritu.

–Hermana, ¿se acuerda de don Toribio Sánchez? ¿El enfermo que llegó ayer en la tarde?

–¿El del pelito rubiecito, dice *usté*?

–¡Ese mismo!

Hecha la confirmación, tomé aire y por fin di rienda suelta a mi discurso:

–Bueno, a ese hombre lo operaron ayer por una perforación de víscera hueca. Todo indica que el consumo de drogas había necrosado algunas secciones de su intestino y era de vital urgencia extirpar estas

zonas dañadas. Pues bien, durante la cirugía, le puedo asegurar que el doctor Custodio no hizo bien las suturas de algunos tramos del duodeno. Por supuesto, intenté advertirle sobre este peligro, pero él me mandó a callar y ahora temo por la salud del paciente. No es la primera vez que soy testigo de una negligencia así y… –callé unos segundos antes de decir–: Es difícil ser mujer, ¿no cree?

–¿*Usté* dice que el hombre quedó mal cosido? –preguntó ella, ignorando mi sentir.

Asentí, resignada.

–Y, por lo mismo, es muy probable que pronto sufra de una septicemia. Hermana, le encargo a don Toribio porque yo no vuelvo a turno hasta el viernes. Levante la alarma si le aparecen unas manchas negras en la zona abdominal. También si comienza con una crisis de pulmonía. ¡Prosperina, cuento con usted! –entonces levanté la voz, enérgica–. Es muy probable que al señor Sánchez haya que operarlo otra vez con la mayor de las urgencias y…

Sin mediar aviso, Prosperina me envolvió en un efusivo abrazo. Fue uno fuerte y maternal, como el de mi querida criada Petronila allá en Santiago.

–Niña, si usted nunca se equivoca en sus diagnósticos –aseguró mi compañera–. ¿Cómo no le voy a hacer caso?

Dominada por la emoción, sonreí sin miedo a mostrar mis dientes.

–Y prepárese –los brazos que me amparaban dieron paso a una mirada llena de compasión–. Porque nos va a llegar un reto del doctor.

–¡Miércales!

Apresuramos el paso por las humildes instalaciones del hospital, que tan serios perjuicios había sufrido con el terremoto del 1906. Esa madrugada, la luz tintineante de las lámparas hacía de las grietas en las paredes un espectáculo de asombro y, si se dejaba la vista fija sobre los ventanales, pronto despertaba en el observador un curioso ejercicio de conteo sobre los cristales rotos. Crujían las maderas, chirriaban las puertas y castañeaban los dientes. En el hospital de San Bernardo no había instancia para el silencio y en el tiempo que nos tomó bajar las escaleras, Prosperina reafirmó esta premisa entonando una canción.

–No me importa tu belleza, tampoco el atractivo de tu cara… –ella cantaba sin quitarme los ojos de encima–. Porque mi amor solo repara en tu santa virtuuuuud.

A veces tengo la impresión de que las hermanas de la Congregación de Santa Ana son malas. Así como malas de adentro.

–¡Mire qué tarde es! –le dije a la religiosa y me puse a correr.

–¡Oiga, niña!

Con los vestidos bien agarrados de sus puntas, echamos una última carrera hasta la segunda sala de mujeres del primer piso. Sin embargo,

una vez alcanzado nuestro destino, Prosperina me exigió un momento de pausa para recobrar el aliento y así poder ingresar al vestíbulo ofreciendo una impresión de armonía, reposada y grave.

–¡Dignas, siempre dignas, Luisa! –me dijo jadeando con la frente en alto y yo, ya desprovista de las energías necesarias para debatir, imité sus gestos para presentarme ante el médico con todo el decoro que merece una reprimenda.

Dignidad que hizo desalojo de nuestros espíritus apenas abrimos la puerta.

–¿No-no será que salimos al patio? –murmuró Prosperina, casi leyéndome el pensamiento.

Estaba la sala tan oscura como la boca de un lobo.

Avanzamos, pues, cabizbajas y temerosas como unas ancianas. Sirviéndonos de los respaldos de los catres como apoyo para no tropezar, caminamos de cama en cama mientras nuestros ojos se iban familiarizando con la oscuridad, que nos había pillado de sorpresa. Y entre respiros, ronquidos y uno que otro acceso de tos –quizá, un llanto a lo lejos– me pareció contabilizar diez pacientes entre las dos hileras de camas que nos rodeaban.

Una noche ajetreada para el hospital, no cabía duda.

De pronto la noche nos ofreció un curioso instante de silencio. Maderas, grillos y humanos callaron al unísono en un mutismo que no creí posible experimentar en ese sanatorio y me reí para mis adentros pensando que…

–¡¿Dónde *miéchica* estaban ustedes?!

Un horrible rostro, largo y huesudo, emergió de entre las sombras. Presa del espanto, grité:

–¡Monstruo!

Solo para recibir una sonora cachetada de vuelta.

Un segundo después, volvimos a quedarnos a oscuras.

–Hermana Eduvigis, no sea malita con la Luisa –intercedió Prosperina–. ¿No ve que no la reconoció detrás de esa vela? Mire, justo en este bolsillo ando trayendo un fosforito para encender la luz y… ¡Santas Pascuas! ¡Asunto solucionado!

El semblante de la religiosa volvió a resurgir entre las sombras solo para preguntarnos:

–¿Dónde estaban?

Mentiría si no dijera que sentí más miedo que antes, puesto que nunca había presenciado tal demostración de furia en la religiosa que, para mí, era la más paciente de todas. Con los ojos aún llorosos por la bofetada, me dispuse a dar las excusas correspondientes.

–Hermana Eduvigis, me encontraba en el pabellón de hombres. Tres cirugías me ha tocado asistir esta noche.

Luego fue el turno de mi compañera.

–Yo también estaba en el segundo piso.

La ceja arqueada de Eduvigis preguntó por más detalles.

–*Usté* sabe cómo me pongo cuando se nos llenan las salas de enfermos. ¡Me da un hambre! Además, ¿cómo se le ocurre que iba a dejar sola a esta pajarita en el cuarto de aseo? La hubiera visto con su delantal todo manchado de sangre y ¡la vista perdida quién sabe dónde!

¿Sangre?, repetí para mis adentros y mi corazón se detuvo por un brevísimo instante. Quizá por la sorpresa. Quizá por miedo a ese blanco que me cegó minutos atrás.

–¿El doctor Custodio estará con *usté*, sor Eduvigis? –insistió en averiguar mi compañera de andanzas–. ¿Y qué pasó con las luces en esta sala? Vaya que está oscuro aquí.

En el techo plafonier de luz eléctrica se encendieron todas las lámparas de golpe. Prosperina, con los brazos en alto, exclamó:

–¡Alabado sea el Señor, mi Dios!

–Cállese un rato, ¡por favor! –protestó sor Eduvigis, a la que siguió un coro de abucheos y quejas de las pacientes, furiosas por la interrupción de su descanso. Corrí entonces a bajar la intensidad de la luz al mínimo y, sin pensarlo dos veces, me encomendé a la misión de dar orden al caos.

–Hermana Prosperina, tenga usted la bondad de atender a las mujeres de la fila de la derecha, que yo me encargaré del ala izquierda. Hermana Eduvigis, ¿podría proveernos de agua y algunas cobijas limpias?

Para mi sorpresa, las religiosas aceptaron las órdenes con docilidad.

–Pues bien, ¡manos a la obra!

Ya con las primeras diligencias pude comprender los efectos del nerviosismo y del cansancio sobre el ánimo de sor Eduvigis. Precisamente a esas horas, no solo había fallado el sistema eléctrico de la sala, sino también el mismísimo doctor Ángel Custodio, quien, bajo el pretexto de unas diarreas incontrolables, dio por terminado su turno sin dejar reemplazo para sus funciones. Resolución que no me sorprendió en lo más mínimo cuando se trataba de ese galeno mentecato.

Para ese turno no había pacientes de gravedad, pero las necesidades eran muchas y a cada cual más específica. Por ejemplo, a doña Bernarda, que, según decía su ficha médica, había sufrido una fuerte colerina, me la encontré cubierta de un sudor helado acompañado de calambres y vómitos. Vaciado ya su estómago, me apresuré a suministrarle un té de manzanilla con ocho gotas de láudano, junto a unas fricciones con mostaza sobre los músculos adoloridos y botellas de agua caliente para que pudiera recuperar la

temperatura.

Después pasé a atender a doña Lilian Flores, aquejada por una prolongada tisis pulmonar que también había logrado minar su temperamento.

Se dice que una enfermera debe ignorar al paciente cuando este se encuentre enojado, así que intenté mostrarme apacible frente a ella mientras le explicaba el tratamiento a seguir para los próximos días. Una sonrisa permanente en los labios acompañó todo mi relato, pues me pareció imprudente hacerla cómplice de mis temores sobre la tuberculosis. *¡Cuándo será el día que se descubra el serum para tan horrible enfermedad!*, pensé.

Siguiendo los apuntes del doctor Bondreaux Bordeux para el *Journal de Medicine*, preparé una mezcla de agua, vino y treinta gotitas de tintura de yodo, y se la di a tomar a la enferma.

–Con este remedio le aseguro que pronto podrá ejecutar trabajos fatigosos, ¡y hasta casarse! –le aseguré.

En una hora ya teníamos atendidas las necesidades de casi todas las mujeres: cambio de vendajes para la señora Marcela, una oblea de antipirina y muriato de morfina para calmar la neuralgia de doña Blondina, y una lavativa de bromuro de potasio y agua para apaciguar la laringitis de Toñita Muñoz.

–Enfermera, inyécteme un poquito más de morfina, ¿quiere?

Y la administración de mucha, pero mucha paciencia.

Gradualmente el sueño fue apoderándose de las mujeres a nuestro cargo. Las quejas dieron paso a los ronquidos y se cerraron todos los ojos, menos los de una joven que nos observaba desde la trinchera de unas cobijas. Era la suya una mirada brillante por las lágrimas.

–Una mujer que vive del placer que procura –me confesó Prosperina con un susurro al oído. Eduvigis, a su lado, no dejaba de zapatear el piso en un claro gesto de ira contenida.

Sentí una profunda compasión por la chiquilla, pues ya sabía yo cómo se escandalizaban las religiosas cada vez que una de esas almas en desgracia terminaba sucumbiendo en sus dominios. Profesar la misma simpatía a todos, sin distinción de lazos, era un mandamiento que solía quedar para el sermón de la misa cuando se trataba de esas mujeres.

Las «otras», como solía describirlas mi madre.

–Ataque de histerismo –sentencié en voz baja.

–¡Qué histerismo ni qué ocho cuartos! –exclamó sor Eduvigis.

–*Ta preñá* la niña… –susurró Prosperina.

–¡Oiga usted! ¡Deje ya los gimoteos!

Al parecer una historia previa se tejía entre la susodicha y la hermana Eduvigis. Al primer sollozo de la niña, ella corrió rauda a su lado, pero no fue precisamente para consolarla. Por más que la

zamarreó, la chica siguió aferrándose a las sábanas sin dejarse examinar.

La religiosa regresó a mi lado, indignada.

–Enfermera Luisa, esta niña no ha hecho más que darme disgustos. ¡Si hubiera visto cuánto me costó convencerla para que pusiera el vientre en agua con hielo!

–Agua helada para que el bebé se ponga en posición, ¿dice usted?

–¡Precisamente! –Eduvigis jadeaba al hablar–. Porque cuando le metí los dedos, se notaba clarito que la guagua venía al revés.

La religiosa hizo un momento de silencio. Entonces, aproveché de preguntar:

–¿Cuántas semanas de gest...?

Pero Sor Eduvigis solo había callado para recuperar el aliento.

–¡Habrá insolencia! ¿Me creería usted si le digo que a esta niñita le da miedo parir? ¡Vaya ínfulas las de esta libertina! Orgullo debería sentir por la oportunidad de redimir el pecado original que debemos cargar como mujeres y que nos lleva a concebir a nuestros hijos en agonía, ¿no le parece?

–Y la verdad es que...

No pude decir más por efecto de un pisotón. Prosperina y sus ojos de plato me dijeron que lo mejor era callar.

–Ni siquiera la Virgen María tuvo la fortuna de concebir al Santísimo con asistencia, ¡y esta malagradecida tiene la osadía de rechazar mis cuidados! –refunfuñó sor Eduvigis mientras daba vuelta en círculos.

Soldado que arranca sirve para otra batalla, me recordó mi voz interior.

–Cito a Lucas capítulo dos, versículo siete: «Y dio a luz a su primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón».

Entre sermón y sermón, la mirada de la monja se recreaba con el miedo que afloraba de la futura madre, cada vez más pálida y ojerosa. Si ya lo había advertido antes: ¡estas monjas llevaban al mismísimo diablo adentro!

–Entréguese a la voluntad del Señor –sor Eduvigis se fue acercando a ella como un lobo a su presa–. Apriete los dientes y deje de quejarse de una vez. ¿O quiere que se lo saque a la fuerza?

La joven rompió en llanto.

–Ahora llora, pero ¿acaso no le gustó abrir las piernas y cometer pecado?

Y hasta ahí nomás me llegó la paciencia.

–¡Ay, no, Luisa! –Prosperina ahogó un grito entre sus manos–. ¡La mató!

Sobre mis brazos yacía desparramada la pequeña religiosa. Su

rostro, ya libre de toda cólera, parecía sonreír agradecido de la paz que le había concedido mi arrebato. La arrastré sin mayor dificultad hasta la cama más próxima, tal era el grado de su delgadez.

Prosperina ni respiraba a la espera de una explicación.

–No me mire así, hermana –me apresuré a decirle–. Solo apliqué un pañuelo con unas gotitas de éter. El cansancio hizo el resto.

–¡Ahh!

–Ya había dado el diagnóstico, pero a mí nadie me escucha: histerismo.

El contemplar a la religiosa tan calma, ¡tan sosegada en su sueño!, me inspiró unas tremendas ansias de moverla unos centímetros de la cama y echarme una siestecita junto a ella. A esas horas, el cansancio se instalaba pesado sobre mis hombros.

–¡Pobrecita! –dijo Prosperina a mis espaldas–. La sor se debe haber puesto así por la falta de jarabe.

–¿Qué jarabe?

–¡Ese para la tos! Si ya me había dicho ella que estaba agotado en todas las boticas.

–Hermana Prosperina, ¿qué jarabe?

–Ah, pues, ese... ese de la heroína.

¡Y entonces comprendí tantas cosas!

–¿Y *usté* por qué se hace la sorprendida? –preguntó la religiosa.

Me di unos segundos antes de responder, pues no quise incurrir en una imprudencia. ¿Le comentaba a mi compañera sobre los estudios que comentaban sobre una alarmante adicción al compuesto o guardaba silencio? Fue cuando recordé el episodio de las hemorroides de la madre superiora y cómo sor Prosperina se encargó de informar a toda la congregación sobre esta dolencia.

–Hermana.

–¿Sí?

–Cuando despierte sor Eduvigis y se encuentre más repuesta...

–¿Sí?

–Dígale que vaya a hablar conmigo.

–¡Qué posma! ¿Y no me va a adelantar *naíta*?

–Fíjese que no.

La mirada de la mujer volvió a encenderse con la malicia.

–Alguna cosa rara debe tener el jarabe, ¿verdad?

A riesgo de quedar como maleducada, la ignoré fingiendo profundo interés por mi reloj de bolsillo. Atención, dicho sea de paso, que terminó volviéndose real cuando mis ojos se encontraron con el mensaje grabado sobre su superficie.

«¡No insista en devolvérmelo!
Con aprecio de su fiel amigo, Eulalio Viviani».

¡Bendito bálsamo para el alma son los dulces recuerdos! La fatiga que tanto me agobiaba se disipó como de milagro.

–¡Y más encima se ríe de mí! –se quejó la monja.

Levanté la vista en su dirección y ¡ahí sí que me carcajeé de su persona!

–Ay, hermana Prosperina, ¡mire las pintas que anda trayendo! –y me apresuré a arreglar el velo chueco sobre su cabeza. Luego, imitando sus modos, le dije–: ¡No se me vaya a poner chúcara, *usté*! Acuérdese que todavía tenemos una paciente que cuidar.

La muchacha que tantos dolores le había causado a sor Eduvigis acusó recibo de mis palabras y me dedicó una mirada cargada de miedo, hasta que una contracción descompuso su rostro y las lágrimas volvieron a caer por sus mejillas. En un intento por detenerlas, levanté las manos, casi por instinto, y le hablé con el tono más dulce que pude.

–Querida, por favor, no llore más. Le juro que no haré nada sin su consentimiento –entonces fui bajando las manos poco a poco–. ¿Me permitiría ofrecerle una bebida? Es menester que recupere pronto su vigorosidad y me parece que usted no ha consumido líquido desde hace horas.

Ella asintió y yo le sonreí con mis dientes chuecos.

Prosperina, atenta a todo lo que acontecía con la muchacha, no tardó en regresar de la cocina con un suero casero de agua, sal, azúcar y jugo de limón –las estrecheces del hospital no alcanzaban para tónicos más sofisticados– que la paciente acabó en un santiamén, confirmando así mis sospechas.

Sosegados los ánimos, me presenté cordial y muy digna ante mi paciente:

–Mi nombre es Luisa Santa María Matte y la estaré atendiendo en su parto, ¿de acuerdo?

Pero un temblor nervioso agitó los labios de la muchacha.

–Por ahora solo le haré algunas preguntas –me apresuré a decirle–. La primera y más importante es la siguiente: ¿cómo se llama usted?

Podría apostar que casi le saco una sonrisa.

–Karina. Karina Campos –dijo y sus hombros dejaron de contraerse.

Sor Prosperina nos observaba con impaciencia, como siempre que yo empezaba a interrogar a mis pacientes.

–Ya empezó el espectáculo… –murmuró.

A partir de ese momento, Karina se convirtió en mi único paisaje. Sentada frente a ella –sumergida en unos ojos tan negros como los míos–, hice desaparecer todo a mi alrededor y, al dedicarle sincero interés, sentí paz, quizá por primera vez esa noche.

¿Quién es realmente mi paciente?, me pregunté.

–Señorita Karina, dígame por...

Callé, de repente.

Me dio tal compasión ver así a una mujer tan desamparada que no logré formular pregunta. ¡Quién sabe cuántos sudores habrá tenido que pasar esta niña para poder llevar el pan a la mesa!

–Enfermera –un hilillo de voz me sacó de mis contemplaciones–. ¿Dispondrá este hospital de un teléfono?

–¿Cómo dice?

–De un teléfono. Es para comunicarme con mi marido. Unas diligencias lo han obligado a viajar a Santiago y quisiera avisarle que me encuentro en el hospital.

Empecé a sentir cómo el rubor coloreaba mis mejillas.

–Señora Campos, perdone mi curiosidad, pero... ¿cuántos años tiene usted?

–Veinte, enfermera.

–¡Veinte! –repetí como una tonta–. Aparenta muchos menos.

Ella asintió, con la naturalidad de quien está acostumbrado a ese tipo de comentarios.

–Y sobre el teléfono que le pido –agregó poco después–. No se complique en decirme cuánto cuesta la llamada. Pagaré lo que sea necesario.

Al fin y a la postre, parecía que los prejuicios me habían nublado completamente el juicio. Busqué a sor Prosperina y comprobé que, al igual que yo, las mejillas de la mujer estaban encendidas como una guinda.

–Sí, sí. Hay de esas cuestiones para hablar aquí en el hospital –dijo la religiosa sin despegar los ojos del piso–. Yo se lo *empresto* después de que nazca la guagua.

Continué con el interrogatorio para no sucumbir a la vergüenza.

–Karina, necesito saber si este es su primer embarazo. ¡Oh! ¿Está usted bien?

El repentino sollozo de la mujer casi me hace saltar. Una vez más, mi paciente volvía a morderse los labios y unas lágrimas desbordaban su corazón sensible.

–Karina, por favor, cuénteme qué le pasa.

Le ofrecí mi mano.

–Tengo miedo –dijo, y la estrechó con fuerza.

–Es normal.

–¡No quiero morir!

Su grito resonó por toda la sala. Fue un llamado tan angustioso que ni siquiera sor Prosperina se atrevió a censurarlo. Entonces, y sin pensarlo siquiera, extendí mis brazos hacia ella en un fraterno abrazo.

Admito que no encontré otra forma para contener tanto dolor.

–Enfermera, la última vez casi me morí.

Con el rostro oculto entre mis brazos, los susurros de Karina en mi oído me fueron revelando los horrores de un aborto sufrido a sus trece años. «Fue mi padrino», me dijo, y tal como había sentenciado sor Eduvigis, ella cargaba con una culpa enorme.

Y yo, todavía abrazada a ella –dando infinitos pestañeos para contener las lágrimas–, le dije una y otra vez que no había culpa que eximir.

–Estoy con usted, Karina.

Besé sus manos y con una sonrisa le hice una promesa que no sabía si podría cumplir: ella y su bebé vivirían.

Karina volvió a sonreír. Entonces dije:

–Querida, voy a tener el sentimiento de causarle una molestia, pero ¡es menester que la examine y pronto!

Ella asintió, obediente, y Prosperina corrió a buscar una pila de almohadas para que la parturienta quedara semisentada y con las rodillas flexionadas y abiertas para mi inspección. Instrucciones que nunca fallaban en confundir a la religiosa por su carácter «excéntrico», según me decía.

–Luisa, ¿y no sería mejor que la señora se pusiera «a lo perrito»?

Como yo tampoco podía quedarme callada, di rienda suelta a una cháchara sobre las posiciones verticales y sus ventajas en el parto, tales como aprovechar la fuerza de gravedad y aliviar el dolor de las contracciones. Hablé y hablé hasta confirmar que Prosperina ya no me estaba escuchando.

–Después que *usté* tenga la guagua –ella se apresuró a decirle a la parturienta–, le voy a enseñar una receta de dulce de naranjas ¡*pa'* chuparse los dedos!

Mientras la religiosa aseaba a Karina, procedí a lavarme las manos afanosamente con agua, jabón y la asistencia de una escobilla. Después, un baño de agua filtrada y ácido fénico completaron el ritual de desinfección.

En unos minutos, ya estaba de vuelta en mi lugar de matrona.

–Karina, voy a introducir mis dedos en su vagina, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Yo suspiré.

No pude evitar pensar en la Luisa que casi orinaba de oído por vergüenza a sus propias partes pudendas. Porque, una vez más, la vida me convertía en testigo y cómplice de la intimidad femenina para confirmar, empíricamente, que no había forma ni color que se repitiera en el gran catálogo de vulvas. Esos genitales sobre los que nadie hablaba, pero que indudablemente teníamos y que, en unas horas, quizá menos, sería capaz de contener una cabecita de casi treinta y cinco centímetros de perímetro.

Ese último pensamiento me estremeció.

–Respire profundo, Karina. Todo va a salir muy bien.

Al tocar el cérvix constaté siete centímetros de dilatación y el cuello acortado en al menos un setenta por ciento. Según mis cálculos, la cabeza del bebé ya debería estar muy próxima a la pelvis. El líquido era claro y...

–Karina, ¿le duelen mucho las contracciones?

Tal era la agitación de la joven que hasta Prosperina se compadeció de ella, haciéndole un masaje en los hombros.

–Sí, enfermera, me duelen, pero me aguanto. ¡Usted saque a mi bebé!

Negué con la cabeza a lo que se me pedía y, antes de soltar palabra, busqué con la mirada mi prendedor para dedicarle unas reflexiones, como si la mismísima Florence Nightingale estuviera encerrada en él para escucharme. Una vez más iba a cometer una imprudencia en beneficio de su propio género y necesitaba su bendición. «Es por una buena causa», le aseguré.

–Karina, usted no tiene por qué sufrir para tener a su bebé –luego busqué a mi compañera para decirle–: Prosperina, en mi ausencia, ruego acompañe a Karina y dirija su respiración. ¡Voy ligera!

–¿A dónde? –me preguntó la religiosa, en algo que no se definió ni por grito ni por reclamo.

–A la sala de medicamentos.

Hacía mucho que no corría tanto. Mis manos temblaban por esa emoción de lo prohibido mientras en mi cabeza se agolpaban el *sí* y el *no* en batalla campal. De haberme visto en un espejo –estaba segura– mis ojos hubieran brillado, pues como enfermera me estaban vedadas toda clase de cirugías, a excepción de los menospreciados partos. En ellos podía poner en práctica mis conocimientos médicos y hoy tendría esa oportunidad.

Jeringas.

Anestésicos.

Gasas.

De la nada, unos recuerdos de mi vida en Santiago se agolparon en mi mente y entonces me vi enfundada en mi delantal de cocina, sudorosa y en extremo concentrada en la faena de chanchos con fines académicos. Las criadas, divertidas, me dejaban hacer, pues era yo su niña consentida, esa que no se cansaba de soltar entre susurros: «¡Algún día seré doctora!». Risas, abrazos, canciones. Todo lo vi en apenas segundos.

–¡Basta! –murmuré en reproche–. Son solo sueños.

Volví rauda con mi botín a la sala ya iluminada por los primeros rayos del sol. Desde las camas, pude notar cómo un montón de ojos me escoltaban hasta donde se encontraba mi paciente.

–Karina, ya se lo dije antes, usted no tiene por qué sufrir.

Siguiendo mis indicaciones, la mujer se sentó en la orilla de la

cama, encorvando la espalda ahora desnuda.

–¿Qué me va a hacer? –preguntó.

Respiré hondo, las energías me estaban abandonando. *Ella está en todo su derecho de preguntar*, pensé.

–Karina, voy a inyectarle una solución de cocaína al uno por ciento directamente en el conducto raquídeo, entre la tercera y cuarta vértebra –toqué el punto con uno de mis dedos–. Lo bastante bajo como para no afectar el corazón y los pulmones, pero lo bastante alto como para insensibilizar lo que se encuentra por debajo. El dolor que siente usted ahora se verá reducido en gran medida. ¿Me autoriza a proceder?

Con la aprobación de mi paciente, recuperé el aliento.

Así, ya desinfectadas las manos para el procedimiento, limpié la zona lumbar para luego aplicar un anestésico local. Entonces se aproximó el momento del pinchazo. Primero, con la aguja espinal. Luego, con la aguja hipodérmica.

–Karina, necesito que se quede usted lo más inmóvil que pueda. ¡Ojalá ni respire!

Un error podría tener graves consecuencias. No podía fallar, ¡no podía! Si la aguja se introducía en el espacio subaracnoideo, repetí una y otra vez, evitaría todo riesgo de paralización.

–Pucha que se tiene harta fe, *usté*.

No sé si fue por el sarcasmo de mi asistente, pero sus palabras me dieron la fuerza para llevar a cabo el procedimiento.

–¡El sello científico es el único fundamento de la fe en materia de salud! –exclamé y procedí a clavar la aguja. Luego, y con sumo cuidado, fui introduciendo el analgésico con la jeringa epidural.

Por segundos, nadie en esa enorme sala se movió o dijo cosa alguna.

–Y… ¡listo!

Saqué la aguja.

Retiré el catéter.

Acomodé a la paciente en su posición original.

Luego, solo quedó esperar.

–Karina, ¿cómo se siente? –procedí a dar pequeñas punciones en las piernas después de unos minutos–. ¿Tienes sensibilidad en las piernas? ¿Y en los pies?

La chica asintió a todo lo que pregunté y luego me devolvió una sonrisa.

–Ya casi no me duele –me dijo, emocionada.

Sonreí.

–¡Entonces ya estamos listas para recibir a su bebé!

Las contracciones fueron en aumento, pero la futura madre ya no lloraba y parecía entregada al proceso de parto. Desinfectadas mis

manos por cuarta o quinta vez, procedí a introducir mis dedos para confirmar que el cuello del útero ya alcanzaba una dilatación de nueve centímetros y estaba acortado casi en su totalidad. Entonces la urgencia de pujar de Karina se volvió más fuerte, provocando la ruptura espontánea de membranas.

El agua salpicó, pero ahí estaba yo, incólume, en mi lugar.

–Siga respirando, Karina. Concentre toda la fuerza en su abdomen y trate de empujar mis dedos.

Las contracciones seguían aumentando en su duración, intensidad y frecuencia. Habíamos llegado a ese momento del parto que tantas veces antes me había tocado presenciar con el desgarramiento del perineo y las dolorosas consecuencias que tendría para la madre.

–La maniobra de Ritgen... –susurré, como si me encontrara en una clase.

Para evitarlo, destiné todos mis esfuerzos a controlar la velocidad de expulsión de la cabecita, que ya se estaba asomando. Con una mano y la asistencia de un paño esterilizado, protegí la zona perineal, a la vez que soportaba el mentón del bebé y con la otra fui guiando la salida de la cabeza.

–Respire profundo, Karina. Muy bien. Concentre toda su fuerza en el abdomen. Trate de empujar a su bebé.

La cabeza emergió por fin.

–¡Lo está haciendo muy bien, Karina! –casi grité por la emoción–. Ya queda poco.

Gradualmente fui ejerciendo presión para dar espacio a los hombros, de tal suerte que en unos minutos el bebé se encontraba completamente contenido en mis manos. Fue cuando conté los dedos en sus pies y manos. Su llanto fuerte y claro se volvió más hermoso que el de los gorriones que ya trinaban por la ventana. El líquido que lo envolvía parecía en extremo saludable.

–¡Ya nació su bebé, Karina! ¡Y es una hermosa niña!

Para mi sorpresa, todas las mujeres del pabellón nos rodearon y celebraron la hazaña con un caluroso aplauso. El sol nos iluminó a todas.

–Hermana, ¿qué hace?

–Me llevo a la criatura para su aseo.

–Un momento, por favor.

Con unos paños limpios, desinfecté el pecho de la madre y deposité al bebé sobre él. Ella, en su emoción, me dedicó una mirada colmada de lágrimas.

–Gracias, enfermera.

Asentí. Prosperina me miró haciendo un puchero.

–No se enoje conmigo, hermana –le dije mientras cortaba el cordón umbilical–. Unos minutitos no le hacen daño a nadie.

–*Usté* y sus rarezas –chistó Prosperina, resignada.

Magdalena, así la había bautizado su madre, parecía encantada con los arrullos que su progenitora le dedicaba como bienvenida al mundo y, por unos momentos, todas en esa sala quedamos hechizadas por ese pequeño ser cuya fragilidad se empeñaba en recordarnos que siempre teníamos a alguien para protegernos.

¿Cómo se habrá sentido mi madre al tenerme en sus brazos?, pensé de repente, para luego sucumbir al pesimismo. *Seguro dijo: «¡Qué posma! Salió niña y más encima negra*».

Entonces sacudí la cabeza con energía. Con eso pude quitarme los malos pensamientos y el cansancio.

–Hermana Prosperina, ahora puede llevar a la pequeña Magdalena para su aseo.

La asistente siguió mis órdenes y la madre me buscó con la mirada, sin entender lo que estaba pasando.

–Querida Karina –estreché su mano unos segundos–, ya queda poco para que pueda descansar. Ahora le pido un último esfuerzo para asistirle en la evacuación de su placenta.

Ella me miró con esos ojos negros que se volvieron más grandes aún.

–La placenta es la bolsita donde se encontraba envuelto su bebé –aclaré.

–¡Ah, sí, por supuesto!

Mientras hacía un rápido repaso de los conocimientos que acumulaba sobre la etapa del alumbramiento, me obligué a recordar que ninguna paciente había muerto bajo mis cuidados y que doña Karina no sería la excepción. ¡Evitaría una hemorragia a como diera lugar!

Entonces sentí cómo un pañito limpiaba el sudor de mi frente. Era Prosperina, sonriéndome.

–*Usté* puede.

Por instantes, me pareció volver a ver a mi Petronila en sus ojos. Descansé en ellos y regresé a Karina con una sonrisa.

–Querida, le pido un último esfuerzo.

Apliqué un poco de presión en la sínfisis de su pubis para evitar una contracción prematura del útero y, con la otra mano, fui jalando suavemente y de manera sostenida el cordón hacia arriba y abajo para ir soltándolo de la cavidad uterina. Fue una maniobra que se extendió por varios minutos, hasta que por fin asomó la placenta y fui capaz de sostenerla con ambas manos y de tal suerte que, en un cuidadoso movimiento de rotación, la bolsa fue extraída en su totalidad.

–Sí, son quinientos gramos –murmuré mientras hacía mis cálculos–. Las membranas externas e internas están intactas y el sangrado es mínimo.

Pero, aun así, decidí no correr riesgos.

–Karina, voy a revisar que no se haya lastimado, ¿sí? Respire profundo.

Envolví tres dedos en un paño esterilizado e introduje mi mano hasta el fondo del útero –en esos momentos completamente expandido– para limpiar sus paredes en el sentido de las manecillas del reloj. Intenté hacerlo de la manera más rápida y eficiente posible, entendía lo molesto que podía ser. Afortunadamente, el cuello estaba íntegro y el canal de parto no tenía ningún desgarro.

Como era de esperarse, los aplausos no llegaron para recibir a la placenta al mundo. Me reí sola de solo pensar que alguien en esa sala pudiera llegar a felicitarme.

–¡Buenos días, enfermera Luisa! ¡Buenos días, hermana Prosperina!

Cuando el reloj marcaba las siete, el doctor Brañes llegó a la sala para asistirnos en nuestras labores. Poco después, Karina me despedía con un cálido abrazo de agradecimiento.

Mi turno en el hospital había llegado a su fin.

Luisa

San Bernardo, 15 de octubre de 1913

Por la mañana experimenté el sueño más curioso de todos. Fue una ensoñación de naturaleza tan resonante que sus imágenes siguieron impresas en mi memoria incluso después de abrir los ojos. Sin deseos de olvidar la experiencia, corrí a hacer inventario de mis recuerdos en un viejo cuadernillo:

> *Me encontraba en la elegante plaza Brasil. Sus majestuosas encinas y palmas así lo confirmaron a mi paso. La certeza también llegó por la manera en que mi corazón brincaba con los recuerdos contenidos en cada rincón de ese pequeño vergel.*
> *A lo lejos escuché que alguien gritaba:*
> *–Giovane Pancracio,* vieni qui! Vieni qui!
> *Confundida por el llamado, busqué respuesta en mis atuendos y, cuál no sería mi asombro al verme enfundada en el antiguo disfraz que tan buen servicio me prestó durante mis secretas andanzas por Santiago. ¡Fue cosa de no creer! Sobre mí se lucían los pantalones roídos por las polillas, la camisa de lienzo barato y ese mostacho tan simpático que había confeccionado con mis propios rizos negros.*
> *Una vez más me transformé en Pancracio. El muchacho de los arrabales con el que podía experimentar la libertad de los hombres.*
> *–Pancracio,* ragazzo, vieni qui!
> *Corrí hacia la voz como si la vida se me fuera en alcanzarla.*
> *–¡Don Eulalio! ¡Viejo zorro!*
> *–Giovane Pancracio, pequeño* diavolo*!*
> *Abrazándome, el italiano exclamó eufórico:*
> –Mamma mia! *¿Cuánto hace que no nos vemos?*
> *Entonces supe que estaba soñando. Sus palabras eran las mismas que el viejo había usado esa tarde en que los azares del destino me habían convertido en enfermera.*
> *–¿Un mes? –él insistió en preguntar.*
> *–Y dos semanas, don Eulalio –respondí, al igual que hacía casi dos años.*
> –Ma porca miseria*, Pancracio! –exclamó el anciano en un reclamo fuerte y teatral, que se extinguiría tan rápido como había nacido de sus labios. Mirándome con sonrisa paternal, preguntó–: ¿Una partida de carioca,* caro *Pancracio?*

Recuerdo haber pensado en ese instante: ¡Qué poco se necesita para ser feliz!
–Certamente, caro amico!
Al escucharme, Eulalio volvió a sonreír.
Fue mientras lo observaba revolver el mazo –entre los sorbos furtivos que él daba a su petaca de whisky– que hice un breve repaso de lo que iba a acontecer en las próximas horas. Con motivo de mi aniversario, Eulalio me ofrecería su reloj de oro, el que yo rechazaría en cuantiosas ocasiones y a tal punto, que terminaría atrayendo la atención de unos ladrones. Poco después, estaría yo curando la herida en la ingle que estos rufianes le causarían a mi amigo mientras le decía «está bien, está todo bien» con una voz de mujer que echaba por tierra mi disfraz.
Todo eso pensaba hasta que dije, no sé por qué:
–Querido Eulalio, su reloj me ha dado la fuerza que necesitaba en mi turno de hospital.
El viejo abrió los ojos y, sin inmutarse, propuso un brindis por la noticia que cambiaba el guion de nuestra historia previa.
–Me alegro mucho de escuchar eso, Luisa.
Observé mi atuendo, el que ahora era de enfermera, y sonreí al preguntarme si serían ese tipo de extrañezas las únicas que nos separaban del mundo de los lúcidos.
–Eulalio, sepa usted que siempre me preocupo de mantener el reloj bien lustrado y de no causarle rayaduras.
Saqué el objeto del bolsillo para dar fe de mis palabras.
–¿Y mi otro regalo? –preguntó el italiano–. ¿Lo ha cuidado bien?
–¿Qué regalo?
–Luisina, ¡no me diga que lo perdió!
–No, por supuesto que no –respondí, casi por reflejo.
–Il fiore*, la flor, querida mía. Una de color rojo.*
–Ahora caigo, sí.
Arrugué el entrecejo buscando la dichosa flor entre mis memorias, pero nada: solo me quedé con la vaga sensación de haberla visto en algún lugar. Tal vez en otro sueño, si acaso fuera posible sopesar dicha opción.
–Esa flor es lo más preciado que tengo en la vida –dijo mi amigo, sacándome de mis contemplaciones.
–¿Más valiosa que un reloj de oro?
Sin mediar aviso, Eulalio me propinó un golpecito con su sombrero de paja.
–¿Cuántas veces más vamos a tener que soñar lo mismo para que la signorina *aprecie la flor que le obsequié?*
El viejo comerciante se largó a reír con tanto entusiasmo que las carcajadas terminaron naciendo de mi propia boca. Estábamos siempre así, riéndonos el uno del otro, sin importar cuál fuera el motivo de

nuestra conversación ni dónde se dieran nuestros encuentros. Brindamos, pues, con alegría y donaire desde la plaza de nuestros sueños.

–Luisa, preste atención. No olvide mis palabras, per favore.

El italiano tomó mis manos para estrecharlas con cariño.

–La flor no tiene espinas, pero está cargada de pesares.

No tardé en apercibirme del cambio que se producía a nuestros alrededores. Las imágenes de la plaza se fueron diluyendo ante mis ojos, pero la voz de Eulalio siguió resonando hasta que la más pura oscuridad se apoderó de mi vista.

–Aún así, te lo prometto*, ¡esa flor es la más hermosa del mundo!*

Con esta última frase, desperté.

–Flor.

Una línea bien marcada destacó la palabra entre todas las demás.

Le siguió otra de igual grosor, un poco más corta.

Una más. Otra más.

La última.

Hasta que la palabra *flor* quedó convertida en un atardecer a las orillas de un mar de tinta.

–¿Más valiosa que un reloj de oro? –exclamé con el ánimo de quien no ha resuelto el misterio que lo acongoja–. ¿De qué flor me habla Eulalio? –necesitaba saberlo y con premura, pues la sensación de ese sueño tan a lo vivo lo requería–. Flor, flor –con los ojos cerrados, busqué la respuesta en una inspiración que se hizo profunda como la de un bebé presto a reclamar su derecho a la vida. Más y más aire hasta que mi alma vibró en un jubiloso hallazgo. Y entonces grité:

–¡Pan amasado!

Toda la casa olía al delicioso manjar que se cocinaba en el horno y mis tripas rugieron por un bocado, pues nada había comido desde mi llegada.

Las reflexiones oníricas tendrían que quedar para otra ocasión.

–Ya, Luisa –dije hablando sola, como era mi costumbre–. Santo y bueno es que se aliste antes de ir a la cocina.

Refunfuñé, sin embargo, como suele pasar cuando escasean la buena disposición y el empeño. Los preparativos de mi *toilette* requerirían al menos de una hora, pero los reduje a unos míseros cinco minutos a riesgo de ser objeto de ludibrio para mis compañeras de morada. Mis atuendos podían ser sencillísimos comparados con los que lucía antes de escapar de Santiago, pero este pobre corazón orgulloso los mantenía en la más absoluta pulcritud.

Y heme aquí frente al espejo, ¡hecha todo un mamarracho!

–Ay, mujer, vaya que amaneciste con mal semblante –murmuré.

Pero el pan amasado fue más fuerte que mi vanidad.

Como sentía las mordeduras del hambre calando fuerte sobre mis entrañas, me quité las legañas y la baba de las comisuras con un buen golpe de agua y después domestiqué mi enorme mata de pelo en un moño ridículo y chapurreado. ¡Oh, y ni pensar en lavarme los dientes o aplicar unos polvos de arroz sobre el rostro! Solo para no caer en la total indecencia, me hice de un chal para cubrir la camisola.

Entonces sentí una fragancia que nada tenía que ver con masas horneadas.

–¡Ay, Dios! ¡La cantora!

Saqué la bacinilla de debajo de la cama y pensé: *Es menester evacuar su contenido en el baño de cajón*. Mas no había abandonado la habitación cuando otra reflexión se instaló en mi cabeza: *¡Pero si hoy es miércoles!* Siendo así, la faena en el patio trasero me obligaría a encontrarme con Clara, que, justo para esas horas, debía estar en plena labor de lavandería. ¡Y era mi día libre, por las reflautas! Si me dejaba ver por esos lados, no regresaría a la cocina al menos en una hora.

Miré la cantora.

Mis tripas volvieron a rugir, furiosas.

Cuando ningún vecino se asomaba, abrí la ventana y susurré casi en un canto:

–¡Agüita para las plantas!

Para luego vaciar todo el contenido de la bacinilla y llevarme un pasmo singular: *¡Cáspita! ¡Había hecho la maldad sobre unas rosas rojas!* Sobrecogida y derrotada, observé el crimen desde la ventana que daba al jardín. ¡Quiera Dios que entre ellas no estuviera la flor de mi querido Eulalio!

Con pies pesados como plomos llegué a la cocina. No hallaba qué hacer con la vergüenza hasta que descubrí los bollos recién sacados del horno y ¡ahí volví a ponerme contenta! Mis manos temblorosas agarraron el primer pan, que hice desaparecer en dos mascadas y vaya a saber uno cómo no me quemé la lengua con tal arrebato. Para la segunda pieza, tuve la lucidez suficiente de recurrir a una suave capa de mantequilla que se derritió al instante sobre la masa y que hizo saltar de mis ojos unas sinceras lágrimas de felicidad. Para el cuarto bocado, repetí la misma operación, pero con más mantequilla aún, porque del tercer pan ni siquiera tengo recuerdos.

Justifiqué mi gula pensando en el tamaño de las porciones, ¡estaban cada día más pequeñas!

–Habrá que sacrificarse.

No contenta con el asalto a la panera, corrí a servirme un abundante plato de cazuela mientras agradecía al Santísimo por haberme hecho tan larga y flaca. Quien no ha cumplido turno de hospital, no sabrá medir la inmensa felicidad con la que una

enfermera saluda los alimentos que aparecen súbitamente ante sus ojos.

–Mírela, Clara. ¡Si parece un cerdito!

–¡Guarda razón, querida! El más bonito de todo San Bernardo.

Jacinta y Clara me contemplaban con verdadero deleite desde el otro lado de la mesa y no fui capaz de dilucidar qué les causaba más gracia: si verme comer a dos carrillos o luciendo esas pintas tan deplorables.

–Buenos días –mascullé, orgullosa.

–¡Buenas tardes, querrá decir! –corrigió Jacinta y las dos se largaron a reír.

Seguí sorbeteando el caldo mientras las mujeres embromaban sobre, cómo no, los extraños acontecimientos que me habían llevado a la cocina en camisola. Solo me limité a mirarlas con el ceño severo y así fingir entereza frente a las divertidas conjeturas que iban naciendo del ingenio de ambas. *Digna, siempre digna*, pensé, evocando a sor Prosperina, y procedí a erguirme en mi asiento.

Y entre broma y broma, las mujeres comenzaron a decirse ternuras y soltar suspiros entrecortados hasta que –¡Virgen santísima!– un apasionado beso de Jacinta se imprimió en los labios de mi hermana.

Si no me caí de bruces fue de milagro. Con piernas de gelatina, corrí a cerrar las cortinas.

–Jacinta, Clara, ¡por Dios!

Mi reprimenda acabó con el beso que las unía, pero sus manos continuaron entrelazadas.

–¿No ven que las pueden pillar los vecinos? –exclamé, lívida de preocupación–. ¿Qué pasa si a doña Mandina le da por aparecer de sorpresa, como aconteció el otro día? Y ya saben lo chismoso que es su esposo. Si llega a saber de su... su... bueno, ¡no quiero ni pensar en el escándalo que podría armarse!

A Jacinta se le pusieron los ojos brillantes. Esos, que eran rasgados como los de una japonesa, se hicieron más pequeños aún.

–Ya nos vio, Luisa –murmuró con la vista clavada en el piso.

–¡Pero es su palabra contra la nuestra! –Clara se apresuró a decir–. Además, no sabemos de fijo si don Mario realmente nos descubrió. Solo son suposiciones por las caras tan agrias que el señor nos ha dedicado durante estos últimos días.

–Clara, mi amor, es menester una enorme dosis de ilusión para creer que ese caballero no sabe nada. Mejor roguemos a Dios para que él se quede callado como un pescado.

En los labios de Jacinta pronto se dibujó una irónica sonrisa.

–Pero ¡qué digo! Si Dios nunca ha estado de nuestro lado –agregó.

Clara consoló a su mujer con unas enérgicas friegas en la espalda, pudo ser producto de la nerviosidad, y fueron los suyos unos modos

tan maternales y divertidos que a su amada le fue imposible mantener el caracho de tristeza que la dominaba.

–No se preocupe, mis ojitos de esmeralda –le dijo Jacinta, sonriéndole con todos los dientes–. Ya pasó la pena.

Acto seguido, la muchacha se echó de rodillas frente a mi hermana y cubrió de besos las manos de porcelana que tanto quería. Maldijo también la suerte que impedía darle su nombre en sagrado matrimonio y ¡cómo se sonrojó Clara al escuchar sus palabras! Cuando le tocó el turno de hablar, ella repuso las más tiernas alabanzas hacia su compañera, depositando después un beso cálido y puro sobre su frente erguida. Sin duda, se pintaba en sus rostros un gesto de amor incondicional.

Esa mañana había saciado mi hambre hasta el hartazgo. Aun así, les dije:

–Adelante, sigan comiendo pan delante de los pobres.

Otra vez fui motivo de risa.

–¡Cabra *pa'* lesa! –exclamaron al unísono.

¡Y nos reímos de lo lindo! Ellas se burlaban de mí y yo lo hacía para matar la pena que me causaba todo el asunto del secretismo.

–Tita, no se ponga triste. Con Jacinta tenemos un plan.

Abrí los ojos, sorprendida. Al parecer me consideraba mejor actriz de lo que realmente era.

–Guarda toda la razón, Clara. Es menester tratar este asunto con la niña.

¡Una niña de veinticuatro años!, pensé, no exenta de pudor y cierta alegría.

Las mujeres se sentaron frente a mí. Sus miradas destilaban una curiosa mezcla de miedo y excitación.

La primera en hablar fue Clara.

–Mi Tita, ¿se acuerda de la señora Jacobina?

–Pues... –me mordí los labios–. Fíjese que no.

–¡Ay, Luisa! –interrumpió Jacinta–. ¿Cómo no se va a acordar de la señora Jacobina? ¡Si todos los fines de mes le compramos varios kilos de harina tostada!

–Doña Jacobina es la que se ríe como si le estuvieran pegando –agregó Clara, divertida.

Con la referencia llegó la iluminación. Y menos mal, porque para olvidos ya tenía suficiente con mis sueños.

–¡Ahora caigo! ¡La señora Jacobina! Esa que es bajita y de pelo bien crespo. La que ya registra siete hijos.

–Ocho –precisó Jacinta–. Y pronto serán nueve.

Una alegría celestial inundó el rostro de ambas mujeres luego de intercambiar unas miradas de complicidad.

–¿Qué ocurre? –pregunté, intrigada.

Clara estrechó mis manos entre las suyas. Actuaba condicionada por la más pura felicidad.

–Luisa, ¡voy a ser madre!

En un gesto de empatía, imité los ojos abiertos y la gran sonrisa de mi hermana, sin entender a qué diablos se refería.

Jacinta tomó la palabra.

–Clara sintió el augurio revelador de la maternidad y se ha tomado la licencia de pedirle a doña Jacobina adoptar uno de sus críos. ¿Y vaya usted a creer que la señora aceptó la propuesta? Precisamente con el último que está por nacer y solo bajo la condición de que sea del sexo bello.

–¡Quiera el cielo que sea niña, mi querida Luisa! –interrumpió Clara con ansias.

Menos mal que me encontraba sentada porque casi me da un patatús con la noticia.

–Le pidieron una niña… ¿y hecho el arreglo? –pregunté en mi incredulidad.

Jacinta se encogió de hombros y, sin perder el buen humor, añadió:

–Pues sí. Eso y veinte kilos de leña seca más tres camisas Arrow para el marido. Insistió en que no podían ser de otra marca de vestir.

–Jacinta, mi amor –dijo Clara con cierto pudor–. Acuérdese también de la suscripción a la revista *Familia*.

–¡Suscripción anual, me imagino! –exclamé, sarcástica.

Me levanté presta por unas copitas de licor para fortificar el sistema nervioso.

–¡Salud!

Bebí sin esperar a mis compañeras. Unos segundos después caía en la segunda copa.

–¿Se encuentra bien, Luisa? –preguntó Clara.

Se hizo un largo silencio.

–Pero al menos explíquense ustedes –exclamé de repente–. ¿Van a andar con la guagua de doña Jacobina *pa'* arriba y *pa'* abajo, así tan campantes por San Bernardo? Y qué pasa si la niña se parece demasiado a su madre, ¿no irá la gente a sospechar?

–Nos vamos para Valparaíso.

Miré a Jacinta con ojos de plato.

–Si logramos adoptar a la niña iniciaremos una nueva vida en Valparaíso –agregó con cierto orgullo en su voz. Luego, buscó la mirada de Clara antes de decir–: Y usted, querida Luisa, está más que considerada en nuestros planes.

–Nos iríamos en enero, mi Tita. ¿Qué le parece la propuesta? Jacinta ya está averiguando si hay algún centro Gota de Leche para que ustedes puedan trabajar ahí y estoy segura de que a mí como

maestra no me faltarán escuelas donde hacer clases.

No fui capaz de responder, pues yo también tenía mis propios sueños. Unos que no se encontraban en la ciudad puerto.

–Queridas Clara y Jacinta –dije estrechando sus manos entre las mías–. Desde hoy, todas mis oraciones serán para ustedes. Ya verán cómo la Divina Providencia arreglará sus asuntos para que la niña pronto esté en su regazo.

Porque su abrazo, besos, esa felicidad tan linda que iluminaba sus rostros no la iba a arruinar yo con mis planes. Quienes tienen el sentimiento de ver casi cumplido un sueño, merecen disfrutar de esos escasos momentos en los que la vida parece abrirse como una fragante flor.

–Flor… –se me escapó en un murmullo que, por suerte, nadie escuchó. Entonces las envolví en un dulce abrazo–. Clara, Jacinta… Ustedes saben que las quiero mucho, ¿verdad?

Ellas asintieron con lágrimas de emoción que casi despiertan las mías.

–Tita, querida. Si algo nos llega a pasar, se lo ruego, ¡cuide de nuestra niña!

Los ojos verdes de Clara se clavaron en mí con tal intensidad que nublaron todos mis pensamientos.

–Sí, claro, lo haré…

–¡Ay, Clara! ¡Córtela con su pesimismo! –exclamó Jacinta un tanto contrariada–. La fortuna siempre ha estado de nuestro lado y lo seguirá estando. Un bebé solo duplicará nuestras bendiciones.

–¡Brindemos por eso! –exclamé para reafirmar las palabras de mi cuñada y fui a buscar el whisky que escondía en un rincón de la despensa.

Las mujeres tomaron nota del tesoro oculto bajo sus narices.

–Y bueno… –dije, mientras sacaba unos vasos–. ¿Cuándo nace mi sobrina?

A Clarita le fue imposible ocultar la emoción que se desarrollaba dentro de su alma. Los cálculos, como era de esperarse, los tenía hechos desde hacía rato.

–El bebé nace a finales de diciembre. A más tardar, pasaría para la primera semana de enero. ¡Ay, Luisa! Se me va a hacer tan larga la espera.

–Clara, mi vida –intercedió Jacinta–. No es menester exagerar. Solo mire el calendario: ¡Ya es 15 de octubre!

Mi vaso se hizo añicos en el piso.

–¡Alegría, alegría! –exclamó la japonesa para quitarle gravedad al asunto.

Los pedacitos de vidrio quedaron desparramados a mi alrededor. En un pensamiento trágico cuestioné si acaso no se trataba de mis

propias lágrimas.

–Tita, es solo un vaso –agregó mi hermana y se rio–. No es menester que se aflija tanto.

Levanté la vista hacia ellas. Revestía mi semblante con la mascarilla del asombro y la perplejidad. Entonces me quedaron mirando por largos segundos hasta que Jacinta logró balbucear:

–Luisa, ¿acaso no es hoy su aniversario?

Asentí, apenas.

–¿Y no era hoy que Víctor la iba a convidar a almorzar al campo? –preguntó Clara, quien ya se iba agarrando tintes más blancos que los míos–. ¿A qué hora llega el tren de este muchacho? ¿A las 15:00 horas?

–A las 14:00 horas –corregí.

Saqué el reloj de mi bolsillo con Jacinta y Clara a mis espaldas, verifiqué que ya eran las 13:30.

–¡¡Mierda!! –gritamos al unísono y, de los puros nervios, nos largamos a reír.

En un acto de asombrosa sincronización y telepatía entre las tres mujeres, se operó el milagro de mi *toilette* para dejarme bañada, peinada y vestida con primor para mi cita en la estación. De haber contado la gracia, ¡nadie nos hubiera creído en el pueblo! Eran las 14:05 cuando llegué al andén.

Mas llegó el tren, pero no mi amado.

–¿Dónde está…?

En el desfile de rostros que se pasearon frente a mí no estaba Víctor Viviani. Por más que lo busqué, con lo único que di fue con viejas chismosas.

–¡Buenas tardes, Luisa Clementina!

–Buenas tardes, doña Fidelia.

–¡Qué sorpresa verla en la estación! ¿A quién espera?

–Pues… a mi novio.

–¿A su novio? ¡Ah, pero mire qué bien! ¿De Santiago?

–Sí, de Santiago. ¿Se acuerda del joven que la saludó en la panadería?

–¿No me diga que ese caballero era su pololo?

–¿…?

–Pues, no me haga caso… Dele mis cariños a su hermana Clara cuando la vea. Y a su novio también, ¡por supuesto!

–Así lo haré, cuente con ello, doña Fidelia.

Más y más rostros. Mi sonrisa se fue apagando con ellos.

–¿Dónde está?

No tardé en maldecir mi suerte. Tanto así, que se me avinagró el puchero con una mueca y, en mi pesimismo, creí ver mi precioso vestido de gasa blanca cubierto de manchas. Aunque tal vez no fuera

el polvo lo que me perturbaba, sino las miradas escrutadoras de la Liga de Damas de San Bernardo, que justo a esa hora esperaban por el tren que las llevaría a la capital. ¡Válgame Dios! No quise ni pensar en los arroyos de saliva que harían correr esas viejas alrededor de mi patente abandono.

–Vaya que anda arregladita hoy, Luisa Clementina.

–¿Usted cree, doña Isolina?

De golpe, el sombrero se me antojó más pesado que nunca.

–Sí, ¿será que está esperando al novio?

–Precisamente, doña, precisamente.

Sequé con un pañuelo el sudor que asomaba por mis sienes, sin dejar de preguntarme por qué no había aplicado más maquillaje sobre el rostro trasnochado que tanto interés estaba provocando. De haber estado en mi uniforme de enfermera, pensé, intentando ordenar mis ideas, me hubiera sido muy fácil lograr un dominio portentoso de la escena, pero así como lucía ahora –en un exquisito trajecito de tarde importado de París, tan coqueto y gracioso– mis pensamientos me transportaban sin piedad al pasado de la solterona que nadie sacaba a bailar. Esas ropas que, pese a su belleza, tenían por objetivo evocar la fragilidad femenina de quien las estaba luciendo.

–¡Debí venir en camisola! –murmuré, mientras soltaba un zapateo.

Inmersa en oscuras reflexiones, se esfumó toda mi felicidad. ¡Tan solo veinte minutos me duró! Sola, blanca y pura, me convertí en la novia que habían dejado plantada en el altar.

–¡No debí correr tanto! –volví a sacar el pañuelo, esta vez para apagar un par de lagrimones–. Primera y última vez que lo vengo a recoger a la estación. ¿Será que no lo volveré a ver hasta su regreso de Buenos Aires? Estoy tan cansada de correr. Desde ayer que no paro de hacerlo, ¡y todo para que me den de calabazas!

–¿Luisa?

Entonces apareció mi Víctor. Me observaba coqueto, apenas a unos metros de mí.

–Perdone, señorita. La miraba desde hace un rato, sin dejar de pensar: ¿quién será el afortunado de tener por novia a una mujer tan bella y elegante? –el pobre muchacho calló al presenciar mis ojos enrojecidos–: Pero, mi Luisa, ¿estuvo llorando? ¿Acaso creyó que la dejaría plantada?

Mi puchero volvió a aparecer.

–¡Pues sí! –exclamé para luego dejarme abrazar como a una niña–. ¿Por qué diablos tuvo que llegar tan tarde?

Él sonrió con esos dientes hermosos que tanto me hacían suspirar y dijo:

–¡Pero si llegué hace más de media hora!

–¿Cómo dice?

–En el tren de las 13:30. Tal como indiqué en mi último telegrama... Luisa querida, ¡a veces creo que usted no me presta atención!

Un leve rubor iluminó mis mejillas.

–¿Telegra...? ¡Ay! Víctor, abráceme otra vez, ¿quiere?

Víctor procedió, obediente. Y, al alero de sus brazos, logré apaciguar la vergüenza a la vez que me escondía de las viejas que cuchicheaban en nuestras proximidades. Fue cuando una violenta audacia germinó en mi espíritu y busqué la mirada de mis enemigas para que mis ojos maliciosos les dijeran: *Adelante, señoras, observen sin temor. En ninguna parte encontrarán semejante conjunto de belleza masculina. ¿Acaso han visto antes una complexión más esbelta y vigorosa? ¿Un hombre vestido con más propiedad e intachable corrección?*

Un bullicioso beso en las mejillas me sacó de las reflexiones.

–¡Pero, Víctor! –reclamé, ruborosa y vencida entre sus brazos–. ¿Qué va a decir la gente?

Después sentí sus labios rozando mi oído y ¡me encendí como una guinda!

–¿Se refiere a esas señoras que no le quitan los ojos de encima? –preguntó en un susurro y, sin esperar respuesta, me dedicó otro beso fugaz, ¡pero en los labios!

–¡Mírelos, doña Bernardita! ¡Qué insolencia!

Como era de esperarse, el selecto auditorio no quedó indiferente a las demostraciones de amor y, en su pasmo, las señoras se santiguaron frente a nosotros con la señal de la cruz, como si el diablo se les hubiera aparecido.

–¡Vaya ínfulas las de estos jovencitos!

–¡Qué barbaridad!

Antes de subirse al tren, las señoras dejaron bien en claro que Clara sabría de mis indecencias.

–Y todo San Bernardo –murmuré, resignada.

Pero Víctor no encontró nada mejor que sacarse el sombrero para despedirlas y, siendo él de facciones tan atractivas, las mujeres no supieron si seguir enojadas con él o despedirlo con risitas y revoloteo de pestañas.

¡Qué fácil es cultivar un carácter despreocupado cuando se es hombre y buenmozo!, pensé. Puede que a él le celebraran todas las gracias, pero era yo la que después sufría las consecuencias de sus arrebatos.

–Luisa, no se aflija tanto –dijo el pololo, ofreciéndome su brazo–. A donde vamos no llegan las chismosas.

–¿Ah, sí?

En las afueras de la estación, un bonito carruaje con cochero esperaba por nosotros. Tenía este transporte una estampa sencilla, pero no por eso menos elegante y refinada.

–No como esos automóviles bulliciosos que van dejando tras de sí olores y ¡que no son precisamente perfumes! –comenté, orgullosa, apenas me subí a mi puesto.

Tal como lo esperaba, mis comentarios despertaron la sonrisa del compañero, que tomó mi mano y la besó con cariño.

–Mi Luisa Clementina…

–¿Sí?

–No es menester exagerar. Es solo una carreta.

Guardando mucho dominio de mi persona, celebré la observación con una buena carcajada.

–Pues sí, ¿verdad?

Pero la risa se extinguió rápido bajo un manto de pudor que no pasó desapercibido para el pololo. En un movimiento veloz, sostuvo mi rostro entre sus manos y amasó mis mejillas en una divertida mueca.

–¡Ay, mi tesoro y su puchero! La carreta no tiene mayor gracia, pero espérese a ver las sorpresas que tengo preparadas para usted.

–Víctor…

¡Cómo amaba esa sonrisa! Bajo su hechizo, mi paisaje se coloreaba con los poéticos tintes de la ilusión. Si a eso sumaba su alegría y buen humor, Víctor siempre terminaba conquistando todas mis simpatías.

–¿Lista para nuestra cita, Clementina?

–¡Sí! –dije con los mofletes todavía aplastados.

El carruaje partió por fin, así como la tan anhelada cita después de un mes sin vernos y, entre sorbitos de champagne, dimos rienda suelta a los más variopintos temas mientras dejábamos atrás los barrios residenciales.

Los ojos de mi amado brillaban mientras me adelantaba detalles de los parajes tan preciosos que nos esperaban y de las delicias que había preparado para nuestro día de campo, pero, la verdad sea dicha, a mí me bastaba con su compañía para ser feliz. A su lado, el tiempo parecía detenerse, y en sus pupilas podía encontrar al compañero inseparable de alegres peripecias y aventuras. El mismo hombre que movió cielo, mar y tierra para que yo pudiera cumplir mi sueño de ingresar a la universidad y que seguía a mi lado, pese a mi rotundo fracaso en la prueba de admisión.

De pronto, nació de él un grito emocionado:

–Mire, Clementina. ¡Un aeroplano!

–¿Dónde, dónde?

El caballero me tomó por el hombro y con la otra mano me señaló la trayectoria de la nave voladora. Sus roces sobre mi piel casi me provocan un feroz ataque al corazón, pero logré mantener la calma para comentar muy tranquila:

–Ay, pero qué bonito el avión.

Después de todo, el caballero no se quejaba en vano por mi falta de atención, pues confieso haberme perdido –y en más de una ocasión– en sus largas pestañas, sus rizos chiquitines meciéndose al viento o en su forma de hablar, tan libre y de tanta galanura, mientras conversábamos sobre los últimos aconteceres de la economía nacional.

¡Ay, mi corazón está lleno de su imagen, ¡lleno de usted, querido Víctor!, le gritaba en pensamientos a la vez que ignoraba a la enfermera que en mi interior me decía: «¡Es el cerebro, y no el corazón, el verdadero receptáculo de nuestras emociones!».

–Clementina…

–¿Sí?

–Acuérdese de mis palabras: una crisis económica asoma a la vuelta de la esquina.

–¿De veras? –pregunté, muy seria, ya de regreso de mis ensoñaciones.

Según Víctor, depender de la venta del salitre nos pasaría la cuenta en no más de un año y, en su pesimismo, pronosticó una serie de huelgas en los servicios públicos. Por mi parte, agregué –como asidua lectora de la revista *Sucesos*– que la dependencia también se producía por el exceso de productos importados, comentario un tanto desubicado considerando que el joven comerciante justamente viajaba a Argentina en búsqueda de nuevos proveedores de pastas y telas.

Intentando reparar mi error, hice un rápido inventario de temas que tratar.

–¡Oh, mi amor! –exclamé con cierta nostalgia–. No sé porqué, pero me he acordado de nuestro querido Eulalio.

Los verdes paisajes que nos rodeaban saturaron el ambiente por un buen rato. Supongo que por eso Víctor no soltó palabra.

–¿Cómo se encontrará el viejo? –insistí en preguntar, en medio de tanto silencio.

–¡Ufa!

El joven se desparramó sobre su asiento y poco le faltó para hacer una pataleta.

–¿Qué pasa, Víctor?

–¿Y cómo cree que se encuentra el viejo? –preguntó en su exasperación–. ¡In-so-por-ta-ble! Sin compasión alguna por su pobre sobrino. Cada vez que viajo solo, ¡la misma cantinela! Ataques de lágrimas, pronósticos fatales, supersticiones. No sabe la cantidad de veces que me he comprometido con telegramas para informarle de mi bienestar.

–Ay, Víctor, ¡yo también quiero sus telegramas!

–Para usted, mi amor –dijo, todo coqueto–, ¡todos los telegramas del mundo!

–Usted cómo es.

Y de repente, me aventuré a preguntar:

–Por esas casualidades, ¿el viejo no estará planificando abrir un negocio de flores?

–¿Flores?

–Sí, flores rojas.

–¡Para nada! Pero si quiere le doy la idea.

Entonces se quedó mirando el infinito y la seriedad se retrató en su semblante antes de compartir sus pensamientos.

–¿Sabe qué? Tiene toda la razón, Clementina. La industria nacional es importante. Cuando tenga mi taller de costura ¡ofreceré los mejores salarios! Pero primero es menester cumplir otros sueños.

El brindis de nuestra última copa fue por esos anhelos. Quizá fuera el licor el motivo de tanto optimismo.

–Oiga, Víctor, no sea cargoso. Que me llamo Luisa –aproveché de corregir.

–Mi Luisa Clementina –insistió.

Dicen que el amor, si entra hondo, nos vuelve torpes y débiles de carácter.

–¡Bueno, ya! –manifesté con rostro agradable y risueño–. Usted dígame como quiera.

Nuestra charla pasó después a rememorar mis aventuras en el hospital, donde las pasadas copas de champaña solo contribuyeron a convertir al doctor Ángel Custodio en un galeno más incompetente y pesado de lo que realmente era. Además, tuve el orgullo de ostentar las cirugías que había asistido, de cómo el doctor Brañes me había enseñado a encontrar el punto exacto donde realizar una apendicectomía y de la joven que me había tocado asistir en su parto.

Me dio grima tan solo recordar los detalles del último alumbramiento.

–Ni loca tendría un hijo –se me escapó un sentido reclamo.

La confesión desdibujó levemente la sonrisa que tanto me gustaba apreciar, pero la efervescencia del licor le quitó gravedad a ese asunto.

–¿Y por qué no, Clementina?

–Víctor, si hubiera presenciado un parto entendería perfectamente mi rechazo. Cómo se ensancha el canal vaginal para dejar pasar la cabeza, los riesgos de desgarros, las contracciones uterinas. ¡Eso, sin mencionar las hemorragias!

La mirada del novio se tiñó de algo parecido a la pena. Aun así, no me retracté de mis palabras. ¡Sana y buena lo hubiera hecho sin duda!

–Bueno, esa no es la única manera de ser madre… –él sugirió, un tanto serio.

Al escucharlo, me estremecí y mi corazón latió con fuerza. A diferencia de Clara y Jacinta, el asunto de los hijos ya no despertaba en mí la fascinación de días pasados, cuando no tenía más opción que

casarme o ser monja. Ahora, como mujer de oficio y con criterio propio, temía que la maternidad solo terminara coartando mis facultades.

¡Calla, tonta!, pensé. *¿Qué varón no desearía gozar de la alegría que proporcionan los hijos?* Al cabo de un instante, conseguí dominar mi emoción cambiando drásticamente de tema.

–¡Víctor, lo he decidido! –manifesté, impetuosa–. El próximo año volveré a Santiago.

–¡A Santiago!

–Sí, me convertiré en enfermera de pabellón. ¡Ya lo tengo todo casi listo! ¿Se acuerda del doctor Gonzalo Martínez? –silencio–. ¿El autor de *Anatomía moderna*? Pues bien, él suele pasar sus vacaciones en San Bernardo con su señora y, gracias a las recomendaciones del doctor Jorge Brañes, estoy por convencerlo para que me acepte como su ayudante.

–Luisa, ¡eso me parece maravilloso!

–¿Cierto que sí? Estoy cansada de atender asuntos de mujeres y bebés. Quiero mayores desafíos, Víctor. ¡Quiero operar!

–Pero, Luisa, usted es enfermera.

Un remezón terminó abruptamente con mi discurso. Al asomarnos por la ventana, el cerro Chena dominaba nuestra vista.

–¡Llegamos, señores! –nos gritó el chofer desde su puesto.

Agarré mi vestido para salir mientras el novio no me quitaba los ojos de encima. Quería saber más.

–Ya, después le cuento los detalles –y, apenas pude, me bajé de la carreta–. ¡Víctor, pero mire qué lindo paisaje! ¡Tanto viaje ha valido la pena!

Frente a nosotros se reveló una imagen sacada de un cuadro de Claude Monet. El cielo, que ese día era de un azul profundo y sin nube alguna, enmarcaba en el horizonte un enorme y señorial sauce con sus guirnaldas cayendo sobre las aguas de un pequeño arroyo. Bajo la fresca bóveda de sus hojas, me explicó Víctor, emocionado, dispondríamos el mantel para disfrutar de nuestro anhelado pícnic.

Se oían apenas los cantos de los pájaros y el ruido de las hojas meciéndose por las brisas primaverales. Nuestros pasos se apagaban bajo un manto de pasto y flores amarillas, despertando nuestra admiración. Y es que todo en ese lugar hablaba de la vida serena del campo, invitándonos a abandonar el bullir de la ciudad y a disfrutar de su cobijo para siempre.

Plácida quietud que hacía suspirar mi corazón.

–¡Oiga, don Víctor! –exclamó a lo lejos el chofer–. ¡Acuérdese que pasaré por ustedes a las seis en punto!

–¡Sí, don Isidoro! –gritó mi amado casi en mi oído.

–¡A las seis! ¡No se le vaya a olvidar!

–¡No!

–¡Hasta más tarde, don Víctor!

–¡Hasta luego, don Isidoro!

Así las cosas, uno propone y Dios dispone.

Entre tantos atrasos y viajes, ya solo restaban dos horas de idilio campestre, así que apuré el tranco hacia el sauce cargando tremendas canastas en cada brazo. Un inusual despliegue de fuerza que no pasó desapercibido para el pololo.

–¡No imaginaba que tuviera tanto apetito, Clementina!

–Qué apetito ni qué niño muerto –solté en un murmuro.

Es el poder del amor, pensé para mis adentros, y reí, sonrojada.

Ya instalados bajo las deliciosas sombras del sauce, estiramos una enorme manta de franela y comenzamos a sacar los platillos reservados para el almuerzo. Lo primero que descubrí fueron unos huevos en jalea de carne, pechugas de gallina al gratín, porotos verdes en mantequilla y arroz con leche. Al apreciar estas comidas, tan sabrosas y bonitas en sus presentaciones, lamenté con cada fibra de mi existencia el atracón acontecido en casa y, por el tierno respeto que le guardaba a Víctor, juré probar cada plato que se lucía frente a mis ojos.

–¡Ay!

Pero las huinchas del corsé –un modelito coqueto, pero nada confortable– se hundieron en mis costillas para recordarme que ser bella no estaba exento de sufrimiento. Suspiré, pues, al contemplar la comida, que no dejaba de salir de las canastas. Sopaipillas de zapallo, pastel de manzana…

–¡Pero qué lindo bizcochuelo ha traído, Víctor! –exclamé con viveza. Al apreciarlo en detalle, no pude evitar preguntar–: ¿Cómo habrá que hacer para que la masa no se hunda en el centro?

–Bueno, si se levanta por los lados y no por el centro, puede ser por exceso de azúcar. También puede ser que le falten huevos o chuño a la receta. El molde que se utiliza también es importante en el resultado.

–¿Usted lo cree?

Y ahí me cayó la teja.

–Víctor, ¿no me diga que usted cocinó todas estas delicias?

–Así es –dijo, tan tranquilo.

La buena comida es uno de los alicientes más grandes que tiene la mujer para conquistar a su hombre y yo ni siquiera había pelado una cebolla para nuestra ansiada reunión. ¡Me apresuré a doblar servilletas tratando de compensar mi pereza! ¡También dispuse la comida en cada plato! Y en esos actos se me nublaron los pensamientos por el remordimiento de haber faltado a mi deber femenino. Es verdad, Víctor había insistido en que no me preocupara de nada, pero

recordarlo no me significó consuelo alguno. Aun siendo enfermera, olvidarme de mí misma era algo que mi intenso carácter todavía no lograba asimilar.

–Pruebe un poco de esto, Luisa Clementina.

Una cuchara colmada de carne picada apareció frente a mí.

–¿Estofado? –pregunté, para luego degustar el platillo.

–Picante de conejo –corrigió el pololo–. Un plato típico del norte. Rico, ¿verdad?

–¡Mucho!

Él limpió mis comisuras, sin perder nunca el buen humor.

–Clementina, ¿le puedo dar un consejo?

–¡De mil amores!

–Por favor, no piense más leseras, ¿ya? –sus dedos acariciaron mi mejilla y un suspiro enorme anticipó sus palabras–. Recuerde que yo no soy como los otros hombres. Usted no tiene ninguna obligación de servirme.

En el fondo de sus ojos castaños me pareció descubrir una chispa.

–Querida, ¿no ve lo enamorado que estoy de usted?

–¡Y yo de su persona! –confirmé con premura.

–No sabe lo feliz que me hace escucharla. Porque espero que nunca se aburra de este hombre y las ternuras que le dedica.

–¡Se lo juro!

Él celebró mi entusiasmo con una dulce risa y llenó mi copa.

¿Y si un día usted es el que se aburre de mí?, pensé, pero no dije nada.

El almuerzo se desarrolló en los mejores términos. Ya sin disposición de licor, brindamos en conmemoración de esa noche de fiesta en el palacio Concha-Cazotte donde nos juramos amor, además de recordar algunas anécdotas de nuestros primeros encuentros que nos despertaron la más profunda emoción. Fue la nuestra una tarde en que nos prodigamos las más solícitas atenciones, pues era tal el derroche de cariño que se daba entre nosotros.

Jugamos carioca y también entonamos algunas cancioncillas de tango. Y sin importar cuánta comida sirviéramos en nuestros platos, ¡esta no desaparecía nunca! Comimos hasta que el gusto nos quedó nauseabundo.

–Oh, mi querida Clementina –canturreó el hombre–. Te he perdido y te has ido para siempre.

Víctor se reclinó levemente en su asiento para descansar mientras interpretaba nuestra canción a modo de dulce silbido. Permanecía inmóvil, como embriagado por el baile de ramas y hojas que acontecía en lo alto de nuestras cabezas, y entonces recordé la fascinación que se despertaba en él cada vez que visitaba un jardín o un bosque.

Siguiendo sus pasos, imité su postura, pero por motivos mucho

más mundanos: el corsé ya no me dejaba respirar.

Mi amado sonreía disfrutando de los árboles y yo lo hacía embelesada por él, ¡en extremo curiosa por ese pasado que el joven apenas se dignaba a revelarme! Elevé también la vista hacia ese firmamento verde y vivo mientras buscaba descifrar las vivencias que se habían quedado en la pampa salitrera de sus orígenes. ¿Habrá sido mi Víctor querido entre su gente? ¿Habrá tenido una vida tan dura como dicen que se experimenta en el norte? ¿Cómo será no poder contar con el goce de una primavera? ¿Alguna chica de allá se habrá reflejado en sus ojos, así como yo lo hago en ellos?

Esa última inquietud atravesó mi cerebro y, alzando la voz, la compartí sin más:

–Víctor, ¿usted tenía novia allá en la pampa?

Avergonzada por mi descaro, me tapé la boca inmediatamente. *¿Habrá mayor impertinencia que preguntarle algo así?*, pensé.

–Sí, mi amor. Tenía una.

–¿De verdad? –pregunté, sin poder disimular mi estupor.

–Sí, y era muy parecida a usted –agregó–. De cabello largo y negro, ojos de pupilas grandes y un rostro de un moreno admirablemente limpio. Sin duda, poseedora de un carácter fuerte y coqueto.

Rápidamente, mi sorpresa se convirtió en infinita curiosidad. Luego de sacudirme las polleras, me senté frente a él para hacerle la infaltable pregunta:

–¿Y cómo la conoció?

–Trabajábamos juntos en una fonda, donde también se desempeñaba mi madre como cocinera. Por unos cuantos centavos, pelaba papas, tostaba mote, barría, etcétera. Y, entre encargos y diligencias, nació el amor.

–¿Qué edad tenía usted entonces?

–Quince.

–¿Y ella?

–También.

Unas risitas ahogadas de su parte no me dieron tiempo para seguir ahondando en el asunto.

–El que solo se ríe, ¡de sus maldades se acuerda! –le reclamé, tal como lo había hecho sor Prosperina conmigo.

–Así es –me contestó, campante.

Una ola de celos me invadió por ese cariño de juventud que me robaba la sonrisa del novio, pero reprimí esos sentimientos para no traicionar la confianza otorgada. Mal que mal, había sido yo la que había insistido en preguntar y ahora era menester actuar con la madurez requerida. Otra cuestión, sin embargo, eran las emociones que se dibujaban en mi rostro. A esas también las ahogué, zampándome un vaso de agua.

–Esta joven no temía expresar sus afectos, aunque el nuestro fuera un amor prohibido. Imagínese que una vez me plantó un beso frente a mi her... ¡a un pariente mío! Es que a ella realmente no le importaba lo que dijera la gente.

Achiné los ojos sacando conclusiones: *¡Así que de ahí viene su desfachatez, señor Viviani!*

–Por eso mismo –él hizo una larga pausa–. Ella murió luchando por lo que creía justo.

Me estremecí al escuchar el destino de la joven y de inmediato comprendí que la misma matanza obrera que acabó con la familia de Víctor, también había cobrado la de su pretendiente. En ese instante, renuncié a mis celos inútiles.

–Víctor, ¿cómo se llamaba la joven?

Con la pregunta, pude sentir cómo el color abandonaba mis mejillas y respirar se me hizo en extremo difícil.

–Inés –dijo con orgullo.

–Es un bello nombre.

–Ella gustaba mucho de leer revistas, como usted..., Luisa, ¿qué le pasa?

Tanta comida y revelaciones me pasaron la cuenta y prorrumpí en la más amarga demostración de dolor. Con las manos en las entrañas, busqué inútilmente liberarme de la opresión que me estaba quitando el aliento, pero, acalambrada como estaba, apenas alcanzaba los amarres bajo mi pecho.

Dejando el pudor de lado, exclamé:

–Por favor, Víctor, quíteme esta cuestión de encima.

Víctor me miró, espantado, y gritó:

–¡Es el maldito corsé!

Vi mi blusa y otras capas volar por los aires y, en cosa de segundos, la faja yacía en el suelo, lejos de mí. Víctor me recostó en el suelo y respiré, por fin, con lágrimas escapando de mis ojos, infinitas y angustiosas. Me dolía la espalda, las costillas, ¡todo! Debajo de mi ropa interior, las marcas de las huinchas seguían quemándome la piel. Algunas incluso sangraban.

–Por favor, dispénseme por el mal rato, Víctor.

–¡Shh! –solicitó cuando me cubría con un chal–. No hable y menos para decir tonteras, señorita.

¡Hasta llorar me dolía! Por un buen rato no pude ejercer movimiento alguno como si el mismísimo carruaje de don Isidoro me hubiera pasado por encima.

–Tranquila, mi Clementina. Ya pasó lo peor.

Pese al percance, el novio, recostado a mi lado, veló por mi salud proporcionándome los cuidados necesarios para recuperar las energías. Cuando por fin pude hablar, dije:

–¡Feliz aniversario, Víctor!

El maquillaje lucía derretido bajo mis ojos. Aun así, él me contempló con infinita ternura.

–Feliz aniversario, mi Luisa Clementina.

Y a su saludo siguieron unos dulces besos. Caricias que se avanzaron raudas por mi cuello y brazos. Cerré los ojos para olvidar el pudor de haber mostrado mi lencería, pero los remordimientos no me abandonaron. ¿Es que acaso había llegado el momento de que mi flor se abriera a los rayos de las primeras experiencias íntimas? Y, con la pregunta, llegó un sonrojo furioso: una mujer de buen tono habría detenido los cariños en ese preciso instante, pero ahí estaba yo, plácida en mi papel de Bella Durmiente, dejándome querer.

Mi abuela alguna vez me dijo que esperar a que el hombre supiera qué hacer en dichas instancias era una tontería, pero, sea dicho, ¡yo tampoco tenía idea sobre cómo proceder! Cuando los besos en mi boca se volvieron más ardientes, recordé que, aparte de Clara, no tenía familia a la que resguardar honor ni prestigio. En mi estatus de mujer sola y fortuna escasa, era libre de toda atadura social.

Siguieron las dulzuras de unos cariños y los labios que, a modo de agradable confidencia, soltaban la tierna frase de «te amo» mientras el sol comenzaba a decirnos adiós.

–¡Ay, Víctor! –le dije, y apoyé mis manos sobre su pecho para alcanzar su cuello, pero él, con extremo cuidado, las sacó de ahí.

–Luisa.

–¿Sí?

–¿Se casaría conmigo?

–¡Víctor!

Merecedora de una alegría que no me cabía en el pecho, los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez. Frente a mí, Víctor sonreía y me contemplaba expectante.

–Mi amiga, mi amada. Véngase conmigo a Santiago –dijo, dominado por la más pura emoción–. Le prometo que haré lo que esté a mi alcance para que usted sea feliz como esposa y enfermera.

No daba crédito a mi buena fortuna. Estaba por dar el «sí», cuando una advertencia mutó mis labios.

–Clementina, antes de que me conteste, le ruego que tenga en consideración lo que voy a decirle.

En los ojos de Víctor se asomó un sentimiento que jamás había notado en él. Quizá era miedo. Me tomó las manos, las besó con nerviosismo y tragó saliva varias veces; a su boca venían palabras que no se atrevía a expresar. Finalmente, y sin ser capaz de mirarme a los ojos, dijo casi en un susurro:

–Sobre mis funciones de hombre –él tomó mi mano otra vez y la sentí temblar entre las suyas–. Quizá nunca pueda cumplir con ellas,

pero, tal vez, si usted me da tiempo, nosotros...

Mi amado se volvió frágil como un cristal y su estado se me hizo insoportable. Entonces pensé: *¿No era él la persona que había hecho todo por hacerme feliz? ¿Acaso lo iba a abandonar a la primera dificultad?* El solo hecho de considerarlo me pareció vano y superficial, puesto que yo tampoco era precisamente la mujer ideal. ¡Todos, sin excepción, cargábamos con alguna cruz!

Además, mi corazón no podía latir por nadie más.

–Víctor, tómese todo el tiempo que necesite.

Lo abracé con tal conmoción que se me llenaron los ojos de lágrimas. Me sentía en estado de comprenderlo y amarlo para siempre.

–Clementina, mi amor, ¿está segura? ¿Podrá aceptarme como soy?

–¡Por supuesto que sí! –exclamé, emocionada–. Víctor, ¡yo me quiero casar con usted!

Un beso apasionado selló nuestro compromiso.

¡Ay, Divina Providencia!, ¿qué es esta alegría que no me cabe en el corazón?

Desde que tenía uso de razón se me dijo: «Luisa Clementina, la base de la felicidad para toda mujer es su matrimonio» y, al cabo de unos meses, la fortuna cumpliría ese anhelado sueño con el primer hombre que solicitaba los sufragios de mi corazón. Y así, abrigados los dos por una profunda esperanza en el porvenir, colmamos nuestro viaje de regreso a San Bernardo con sueños sobre nuestra vida futura y promesas de cartas de amor para los casi dos meses que nos mantendríamos alejados el uno del otro hasta su regreso de Buenos Aires.

A partir de ese día, todos mis pensamientos fueron rosados por el ensueño y a cada duda que me asaltaba, la enfrenté diciéndole: *¡El amor todo lo puede!*

Inés

Iquique, 5 de enero de 1932

Inés miraba el espejo intentando encontrarse en el reflejo que la observaba con igual curiosidad. Esa versión de piel pálida y líneas sumisas era tan diferente a la suya que, por momentos, creía estar contemplando a otra mujer. Le asombraban especialmente sus ojos rasgados por la ilusión del negro sobre el final de sus párpados y ese toque de rojo intenso que hacía de su boca una cereza, tan pequeña como para suprimir cualquier palabra que atentara contra las buenas costumbres. Gracias a las habilidades de la vestuarista, su cuerpo parecía correr igual suerte bajo las infinitas capas de un kimono que hacía de sus curvas un misterio absoluto.

Después de dos horas febriles de preparativos, Inés Rossi estaba por convertirse en la japonesa Cio-cio-san. Solo faltaba un último accesorio y diez minutos para su debut en el Teatro Municipal de Iquique. Al recordarlo, la cantante y Cio-cio esbozaron una gran sonrisa de orgullo.

–Vuelvo enseguida, señorita Rossi.

La asistente dejó el camarín y a Inés con sus reflexiones frente al espejo. Entonces la muchacha reparó en su pelo. Las raíces oscuras que asomaban por sus cabellos evocaron recuerdos de su madre que la hicieron reír como la primera vez que la escuchó decir: «Mi amorcito lindo, pero ¿qué se hizo en el pelo?».

Y, como en esa ocasión, Inés expuso, casi como en un canto:

–Se me ve lindo, ¿verdad?

La complicidad de la soledad duró poco. Unos segundos después, la asistente volvía al camarín con una peluca negra de grandes proporciones que, como una corona, colocó sobre la cabeza de Inés para convertirla en la quinceañera que sufriría por el amor no correspondido del oficial Pinkerton.

Esta vez, las dos mujeres quedaron atrapadas por el espectacular retrato que les ofrecía el espejo. Madama Butterfly estaba lista para salir a escena.

–Mi madre estaría encantada de verme así, con mi pelo oscuro otra vez –bromeó Inés.

La acompañante sonrió con el comentario. Al parecer, el sentir de Inés le pareció familiar.

–No se preocupe, señorita Rossi. Mi madre es igual… ¿Ella también

le dice que se quedará calva si sigue tinturándose?

Inés negó con la cabeza.

–No, no es eso. Bueno, quizá un poco. ¡Este rubio no se consigue con agua de manzanilla!

Inés se echó a reír bajo la mirada atenta de su ayudante, empeñada en dilucidar esa atracción que algunos seres producían y que los hacía tan especiales frente a los demás.

–La verdad es que no es la tintura –señaló la artista, ya más calmada–. Mi madre no quiere que pierda el tiempo preocupada por mi aspecto. Ese fue uno de sus grandes arrepentimientos de juventud. Ella sufría frente al espejo por su piel oscura, sus dientes... –entonces Inés esbozó una gran sonrisa–. Pero yo no sufro, ¡todo lo contrario! Me gusta mucho como soy.

–¡Ay, señorita Rossi! Usted parece ser la excepción, porque las mujeres nunca estamos conformes con lo que tenemos –indicó la asistente, mientras sumaba a la peluca broches y flores–. ¿Es que acaso hay algo que nos pueda librar del tormento de la belleza?

–Por supuesto, querida. Es el consejo que me dio mi madre y yo se lo doy a usted. Algo que va a liberar de muchas dudas, malas decisiones y miedo a las arrugas.

–¿Y qué sería eso?

Inés se miró al espejo por última vez y sonrió, lista para entrar al escenario.

–Encuentre su propósito de vida ¡y luche por él!

Luisa

San Bernardo, 18 de diciembre de 1913

Cuando estaba por resignarme a la triste suerte de viajar de pie, apareció ante mí un asiento junto a la ventanilla. Emocionada, pregunté a un pasajero por su disponibilidad –pues este tesoro permanecía oculto bajo una chaqueta y otras prendas–, y apenas este me hizo un gesto positivo asenté mis posaderas en la butaca con un simpático, aunque indelicado, gesto de desparramo.

–Hoy es tu día de suerte, Luisa Clementina –murmuré.

Ya instalada como era menester, busqué recrear la vista con el espectáculo que ofrecía el andén y solo entonces tomé conciencia de que hacía apenas unos minutos también era parte de esa avalancha de pasajeros que luchaban por trepar las incómodas escaleras del tren a Santiago. ¡Tanta bulla, tanto movimiento! Ensimismada en este ejercicio de observación terminé en mi propio reflejo y, ¡válgame, Dios!, qué susto me llevé. El acontecer de la estación era impactante, sin duda, pero un aspecto más aterrador tenía mi semblante que, siendo testigo de todo ese caos, se debatía entre la compasión que le despertaba ese tropel de desafortunados y la ilusión de una jornada que prometía alegrías y dichosas conversaciones. Fue así como me pillé soltando un «¡ay, pobre gente!» con una tremenda sonrisa asomándose por mis labios.

Me abaniqué con ímpetu para borrar rápido todo asomo de locura en el rostro.

Si alguien te pilla así, Luisa, ¡te vas derechito a la casa de orates!, pensé, teniendo cuidado de no soltar más murmullos.

Coqueta en mis modales, acomodé mi sombrero y, al mirar al frente, exclamé:

–¡¡Cáspita!!

De la pura impresión, casi quedo patitiesa.

Una viejecita encorvada me clavaba sus ojos celestes, unos tan grandes y saltones que parecían salírsele de las cuencas. Enmarcada sobre un velo negro, asomaba su piel de aceituna, sus cejas espesas y una cabellera blanquísima que coronaba sus sienes huesudas. Tal como lo exigía el luto que representaba, todos los materiales que la cubrían eran opacos y sin encajes de ninguna clase, los que incluían un echarpe de crespón inglés sobre el pecho y guantes de gamuza, pese al calor que ya comenzaba a desprender esa mañana. Dudé si

respiraba, si acaso estaba viva, pues no pestañeaba y en sus pupilas no se apreciaba movimiento.

Sin embargo, con una voz trémula, casi un susurro, me dijo:

–Ridícula.

La máquina del tren piteó desaforadamente y salimos por fin de la estación. De inmediato se encendieron las conversaciones en el vagón, felices con el movimiento, así como el tabaco de mi compañero de asiento, que acabó con el breve espacio que existía entre la mujer y yo gracias a sus espesas bocanadas de humo. Fue en ese lapso en que me dominó un pasmo y opté por negar lo escuchado. «Risueña», declaré, una y otra vez, hasta convencerme de que ese había sido el comentario dedicado a mi persona. Ya con el ánimo rejuvenecido, volví a sonreír pensando en cosas bonitas.

De las tinieblas del tabaco, emergieron otra vez esos ojos deslavados de color y emociones. Parecían querer hablarme, así que acerqué el oído.

–¡Ridícula! –susurró otra vez, haciéndome saltar de mi asiento.

¡Ay, misericordia! En un movimiento ligero y cobarde, fingí un súbito interés en el contenido de mi cartera y ahí me quedé esperando disipar los calores de la vergüenza mientras con un espejito verificaba que no hubiera una hoja de perejil enturbiando la sonrisa o, ¡mucho peor!, un moquillo bailando en las fosas nasales. Por suerte no había nada de nada.

Volví a levantar la cabeza.

–¡Ridícula!

Y de súbito regresé a las profundidades de la cartera.

¡Ahora caigo! Esta señora cargada de años me ha visto reír del gentío en la estación y se ha llevado la peor impresión de mí.

Pero no tuve el valor de confirmar mi teoría con la susodicha. Más bien, seguí con la cabeza gacha mirando la cartera en mi regazo y mis manos transpiradas por la nerviosidad. En busca de un poco de alivio, me despojé rápidamente de los guantes y entonces ¡volví a sonreír!

¡Oh, mi querida sortija de compromiso!

Había olvidado lo dichosa que me ponía el solo hecho de admirar su belleza y evocar el recuerdo dulce y divertido que se desprendía de su origen. Mi anillo, fruto de ese 15 de octubre que jamás olvidaré. De Víctor solicitando mi mano a Clara apenas llegamos de nuestro paseo por los campos y de mi hermana, emocionadísima hasta las lágrimas, dándonos su bendición.

Una perla cultivada rodeada de pequeñas gotas de ámbar como unas clementinas. Un anillo que, al igual como había acontecido en días pasados, parecía bendecirme con su magia para aliviar mis pesares. Con tan solo apreciarla, los turnos en el hospital se me habían hecho brevísimos y los pacientes, en extremo amables. Por eso, todos

los días me preguntaba: *¿Cuánto durará el hechizo del amor que cierne sobre mí? ¿Será acaso para siempre?*

Besé mi anillo con ternura. Todo mi ser resonaba con una única palabra.

–Ridícula.

–¡No, señora! –mascullé, conteniendo la rabia–. ¡Enamorada!

Una pasajera del mismo compartimiento pareció despertar de la lectura que la tenía absorta. Me miró a mí, luego a la vieja y dijo:

–¡Mamita, ya está de nuevo con sus leseras!

Y, como si nada, tomó el rostro de la anciana entre sus manos y lo ladeó en dirección hacia la ventana.

–Mire qué paisajes tan bonitos, mamita. ¿Es que acaso no le dan ganas de detener el convoy y bajarse a disfrutar la majestad de estos campos?

–Ridícula…

Después la pasajera se volvió hacia mí.

–Le ruego disculpe a mi madre, pues sus facultades intelectuales ya no son las de antes. ¡Oh, Dios! Espero que no la haya molestado en demasía.

–No, ¡para nada! –respondí, cobardemente.

–Gloria Fuentealba de Hermosilla, para servirle. Mi madre, Odalisca Fernández de Fuentealba.

–Luisa Santa María de… ¡Luisa Santa María Matte!

Gloria me sonrió, a la vez que enderezaba su minúsculo sombrero. Se notaba a las claras que era una mujer de buen tono.

–Es curioso –confidenció, de repente–. Mis padres discutían con tanto calor que muchas veces llegaron a abofetearse. Por eso mismo siempre pensé que, una vez acontecida la muerte del caballero –Gloria posó su mano sobre el regazo de su madre–, doña Odalisca gozaría de una nueva oportunidad para disfrutar la vida. Pero, mírela aquí, tan limitada en sus funciones. La viudez la golpeó fuerte, sin duda.

–Oh, ¡pobre criatura! –exclamé, conmovida.

–Parece que, después de todo, ¡mi padre era su todo!

–Ridícula –agregó la anciana como queriendo opinar de sí misma.

Su hija soltó una risita al escucharla y le ofreció unos gajos de naranja que la anciana aceptó estirando la trompa, pues no despegaba la vista de las escenas campestres que transcurrían por la ventanilla. Entonces me la quedé contemplando, quién sabe por cuántos minutos, pues desaparecieron todos los gajos en su boca y yo seguía atrapada en los surcos de su piel, en esos ojos celestes que vagaban inciertos en el infinito, preguntándome si acaso no estaba contemplando una futura versión mía. ¿Qué parte de mí moriría cuando Víctor ya no estuviera a mi lado? ¿Sería la memoria, la vista o las ganas de reír? Nos conocíamos hace apenas dos años y ya no concebía una vida sin

él.

–¡Confites, dulces, maní tostado!

Miré a mi alrededor. La vida comenzó a ponerse blanca como las baldosas del hospital.

–Vendedor, ¡aquí, por favor!

–Señora, ¿qué le ofrezco?

Quise corregir mi estatus, pero había necesidades más apremiantes.

–Una bolsita de naranjitas confitadas bañadas en chocolate.

–¡A la orden! Son cincuenta centavos.

–¿Cincuenta?

Dudé por unos segundos, pero ¡qué diablos!, mi remedio contra la melancolía valía cincuenta centavos o incluso más. Así lo demostraron los primeros bocados de fruta confitada y chocolate, que, al menor contacto con mi boca, despertaron los recuerdos antiguos que el cerebro guardaba celoso sobre mi Petronila. Me parecía estar mirándola a través de mi estatura infantil, desde donde la mujer se veía más enorme de lo que ya era, para hacerle compañía en sus mandados por el centro. En mis bolsillos nunca faltaban los dulces de manjar blanco preparados por su propia mano o las naranjitas que pasábamos a comprar en la confitería de MacKay.

Con el disfrute de la última golosina, mi alma experimentó una profunda dicha al confirmar que hoy volvería a verla después de tantos meses de cartas y telegramas.

–Ridícula –dijo de nuevo doña Odalisca.

–¿Cierto que sí? –le respondí, divertida.

Sin embargo, parece que no fui la única en el tren que se contagió con la alegría que conceden los dulces. Todos los niños del vagón alzaron las manos para solicitar caramelos a sus padres. Y al igual que ocurrió conmigo, las golosinas cumplieron su función moralizadora en varios pequeñuelos que se pusieron a enumerar las buenas acciones acumuladas durante el año y que los hacían muy merecedores de un regalo. Escuché por ahí ruegos por un ejército de soldados de plomo, pero pronto advertí que esa había sido una de las peticiones más moderadas. Al parecer lo que estaba de moda eran los modernísimos juguetes que asemejaban máquinas a vapor; locomotoras y carruseles. Un niño incluso tuvo la osadía de pedir ¡una cámara fotográfica! Suspiré al recordar lo contento que mis hermanos y yo nos poníamos con apenas un muñeco de cara pintada y extremidades de tela, ¡pero esos eran otros tiempos! Ahora las ambiciones y anhelos de los grandes tenían su eco en los intereses de los niños.

–Pero, mamita, he sido obediente y siempre me tomo toda la sopa. ¿Por qué no puedo pedir lo que quiero?

Entre las voces infantiles surgió con fuerza la de una niña que

deseaba un aeroplano, pero su madre le dejó bien claro que ese juguete no era adecuado para una señorita.

–Margarita, lo que tú quieres es una linda muñeca o un juego de tacitas.

Supongo que la pequeña le hizo un gesto de desprecio, pues no volví a escucharla. Y con justa razón. ¿Acaso Margarita no tenía tanto derecho a soñar con cruzar el cielo azul como cualquier varón?

Dos asientos más atrás, unas señoras murmuraban:

–¿Y qué eligieron tus niños, Isabel? ¿Un regalo o un árbol de Pascua?

–El árbol, por supuesto. Vieras lo emocionados que están por descubrir los bombones, dulces y juguetes que ocultaré en las ramas del pino. Si a eso sumamos los faroles chinescos y las velas de colores, ¡disfrutarán de todo un espectáculo de resonancia y sensación!

–Pero, Isabel, ¡cuánto trabajo le deben tomar esas preparaciones!

–¡Cumplo con mi deber de madre nomás, Josefina! Quien quiera ser digna de la maternidad, debe aplicar todos sus cuidados para que esta fiesta sea memorable para los niños.

–¿Y lo hace todo sola, Isabel?

–¡Cómo se le ocurre! Para eso están las criadas.

El barullo se comió el resto de la conversación, lamentablemente.

De vuelta a mis reflexiones, pensé en la pequeña Flor Inés. Todavía faltaba mucho para que la niña tuviera las capacidades para disfrutar de un juguete, pero no por eso me quedaría en falta con mis deberes de tía. Llegando a Santiago me aperaría de pañales y ropita de bebé para ella y también buscaría algo lucido y útil para agradar a Clara que, desde la llegada de su hija, sufría por la falta de reposo.

Siguiendo los lineamientos entregados en la Gota de Leche, Jacinta y yo le recomendamos manosear a la niña lo menos posible, pero ha sido tal el goce que le ha proporcionado su pequeñuela que Clara no pierde ocasión para tenerla en brazos. Había sido así desde el primer aliento del bebé y la sonrisa de mi dulce hermana, pese al cansancio, no la abandonaba nunca. ¡Ciertamente admirable para sus avanzados cuarenta y dos años!

Busqué en mi cartera, la elegante libreta que me había enviado Víctor desde Buenos Aires y tomé nota de las compras pendientes.

Pañales de tela y ropita para Flor Inés. Cold-cream *antiarrugas para Clara.*

Entre apuntes médicos, recortes y esquelas, también me pillé con esa página todavía en blanco a la espera de los «tres deseos» que mi futuro esposo había insistido en concederme.

Mi querida L. Clementina:

Usted sabe que haré todo a mi alcance para que a su merced nunca le

falte nada. Sin embargo, considero que, más importante que el dinero, son los valores y el respeto que nos debemos el uno al otro. Es imposible sostener que proveerla sería concederle toda la felicidad que merece y por eso quisiera emprender una vida matrimonial teniendo muy presente qué es lo que mi adorada Clementina más desea de mí como esposo. ¿Cuáles son sus tres deseos, si es que no más, para su incondicional Víctor?

Por favor, no se apresure en darme una respuesta. Más bien, le pido una carta para mi regreso de Buenos Aires. Tenga por seguro que la guardaré muy cerca del corazón.

¡Es usted un tramposo, señor Viviani!, le reclamé mentalmente al papel. Cuántas veces le había hecho solicitud similar en nuestra correspondencia solo para recibir de su parte un «¡me basta con que me quiera así como soy!». Evalué responderle de manera similar, pues consideraba que no había deseo que cumplir: en todo nuestro pololeo, ¡ni una sola riña había opacado nuestros encuentros!

Miré mi anillo una vez más. *¿Cómo podré conservar el amor de quien ha elegido mi corazón?*

–Rogelio, ya no sé qué hacer con mi señora.

¡Por las reflautas! Parece que las conversaciones del tren no me permitirían divagar en las dulces esferas del amor.

–La he tratado con cariño, mas no se ha vuelto dócil. Y, para colmo, parece que es... ¡feminista!

¡Feminista!, repetí para mis adentros y a punto estuve de acudir al llamado.

–Compadre, si su señora tiene mal carácter, haga uso de un palo para domesticarla. Yo lo hice con la mía desde el primer momento.

–¿Usted cree?

–No lo creo, ¡lo aseguro! El otro día nada más le puse un chichón sobre la ceja para que la cortara con sus lecturas. Y después, la hubiera visto, compadre, sin tocar un libro y luciendo un sombrero echado sobre el ojo para disimular el cototo. ¡A eso le llamo hacer buen uso de las modas!

Los hombres soltaron su risa sin reparo alguno.

–¡Socórrenos, señor, de tanta bestia que anda suelta! –exclamé desde mi asiento. Fui cobarde, lo sé, pero al menos las carcajadas se extinguieron después de mi arrebato.

Regresé la vista a la ventana, llevándome la mano a la cabeza como si fuera la dueña del chichón.

–¡No! Víctor jamás me levantaría la mano –refunfuñé, con los puños apretados sobre el faldón.

Para pasar la rabia, opté por cerrar los ojos un momento.

Los paisajes frente a mí desaparecieron para transportarme a las

calles de Santiago. Me vi rodeada de vistosas vidrieras con artículos navideños y en mis brazos se lucían montones de bolsas con regalos. La gente me reconocía por las calles, preguntándome qué había sido de mí en estos dos años. Rostros y más rostros familiares, ansiosos por saludarme. Entre ellos apareció el de mi hermana menor Adelaida, que me preguntó: «¿Qué tienes en los bolsillos?» y yo, curiosa, los revisé, sin encontrar nada en particular. Apenas alcancé a levantar el rostro para responderle, cuando ¡zas!, una bofetada me dio vuelta la cara.

«¡Soy el hazmerreír por tu culpa!», me gritó mi padre, furioso, y de Adelaida ni rastro. «A fin de cuentas, resultaste peor que Clara, ¡me has deshonrado!», exclamó a la vez que se sacaba la correa para pegarme. «¿Cómo te atreves a volver a Santiago?», el viejo vociferaba rojo del disgusto.

Latigazos, patadas, y yo no podía defenderme. Ni nadie lo hacía por mí. Doblegada en el piso, me puse a llorar y por defensa solo le decía: «¡Me basta con que Víctor me quiera como soy!».

–Luisa, Luisa, ¿se encuentra usted bien?

Cuando abrí los ojos, doña Gloria me sujetaba de los hombros.

–¿Ah? Bien, Gloria –dije, limpiándome las babas–. Creo que me he dormido.

–¡Estaba usted llorando!

–Pero no es nada, se lo prometo.

–¡Ridícula!

–Mamá, cállese, por favor.

Madre e hija se quedaron mirándome.

–Creo que he tenido una revelación de lo más importante. Con su permiso, procederé a transcribirla ahora mismo en mi libreta.

–Claro, Luisa. Adelante, por favor.

No sabía si el mensaje final sería por carta, telegrama o en una conversación, pero me di cuenta de que había cosas que no podía transar ni dar por sentado con mi matrimonio. Se decretó el primer deseo.

Víctor, querido mío, meditando sobre mis deseos para el enlace nupcial que pronto celebraremos, me he dado cuenta de que no sería capaz de tolerar maltrato físico de su parte o de cualquier hombre, sea dicha la verdad. Por supuesto, hablo aquí de mis miedos sobre el futuro, pues nunca ha habido ofensa física suya hacia mi persona, pero sí la he sufrido de mi padre y la he testificado en yernos y otros parientes cercanos hacia sus parejas con pretexto de mejorar el carácter de sus mujeres.

Por favor, no cometa violencias hacia mi persona. No me levante la mano nunca, aunque el motivo parezca más que justificado, como

haber estropeado su comida o perdido el dinero para las compras. Mucho se habla de que la esposa debe someterse a la voluntad de su marido si lo que él pide es justo, pero, y lo remarcaría con tinta roja si la tuviera, solo si un diálogo constructivo entre los dos le permite quedarse con la razón. Simplemente no toleraré golpe alguno y solicitaré el divorcio al primer chichón, aunque eso implique quedarme sola para siempre.

El punto final quedó bien marcado en el papel. Ni siquiera me había casado y ya mencionaba la «horrible palabra», pero logré recuperar el aliento después de la confesión. Por supuesto, era la mía una redacción desprolija para tan fuertes declaraciones, pero sincera en toda su esencia.

–Debe ser una revelación muy importante –dijo Gloria–. Ha vuelto usted a recuperar el color.

–¡Importantísima! –confirmé y, cosa curiosa, hasta doña Odalisca me sonrió.

Pocos minutos después llegábamos a Estación Central, con el consecuente trajín de maletas y baúles de quienes esperaban quedarse la temporada de fiestas en la capital, y las familias campesinas buscando mejores oportunidades. Me despedí de mis nuevas amigas con la promesa de futuros encuentros y apresuré el paso en mis ansias de escapar de ese mar de gente. A riesgo de gastarme un dineral en el viaje, tomé un taxi-automóvil.

–Señora, buenos días.

–Seño… –*ah, ¡qué diablos!*, pensé–. ¡Buenos días, señor!

–Dígame, ¿a dónde la llevo?

Había revisado mil veces el telegrama y, aun así, no pude resistirme a leerlo una vez para confirmar mi destino.

Mi adorada Luisa:
Tal como solicitó, hice la reserva y todos los arreglos para este domingo 18 a las 12:00 horas en el restaurante del cerro Santa Lucía.
Eulalio Viviani.

–A las faldas del cerro Santa Lucía, por favor.

–¡A la orden, mi dama!

Partió el auto con esa suavidad tan propia de los cacharros mecánicos y, desde mi asiento acolchado, me dejé encantar por los paisajes de la capital. De su gente, siempre apurada en sus diligencias; de los autos manejados por comerciantes echando carreras por la gran Alameda de las Delicias y de los palacetes que se alzaban cada vez más majestuosos a medida que nos acercábamos a Plaza de Armas. Fue justamente en una detención en la esquina con calle Dieciocho, mientras entretenía la vista con el palacio Íñiguez, que –¡ayayaicito!–

divisé a mi hermano Javier saliendo de la confitería Torres del brazo de una joven dama. Y no sé qué me extrañó más en esos dos rostros enamorados: si la apoteosis de luz y alegría que irradiaba mi hermano hacia la chica –él, siempre tan adepto a su propio reflejo– o que la mujer en cuestión no perteneciera al círculo selecto de los Santa María Matte. Sin temor a equivocarme, podría asegurar que era una dependienta de algún almacén, pues así lo indicaban sus ropajes y accesorios. Tomando nota de su retrato, con su pelo rizado y tez oscura ¡hasta se parecía a mí!

La joven sacó un abanico, mi hermano se escondió detrás de él ¡y el taxi partió privándome del espectáculo!

–¡Ay, hermano mío! Un beso ¡y en plena vía pública! –exclamé, emocionada como una chiquilla–. ¿Cómo nos cambia la vida, ah?

–Ese joven blondo, galán y distinguido ¿es su hermano? –preguntó el chofer.

Acusé el golpe.

–Sí, lo es–respondí, seca, y permanecí callada el resto del viaje.

El percance, sin embargo, no disminuyó ni una pizca la emoción por la copucha tan sabrosa que compartiría con Clara. Ella sabría comprender mi entusiasmo, pues estaba al tanto de los gustos refinados de nuestro hermano y, peor aún, de los que nuestros padres imponían a nuestras amistades. Mas, superado el frenesí, llegó la preocupación. Esa cara de enamoramiento jamás se la había visto a Javier. ¿Mis padres estarían al tanto de su amorío?

Me encogí de hombros. Tal vez nunca llegaría a saberlo.

El reloj marcaba las 11:30 cuando el automóvil estacionó en la entrada del parque más hermoso de la ciudad y, ¡qué suerte la mía!, esa mañana el cielo estaba un tanto nublado, invitándome a un breve recorrido por sus umbrosas avenidas de árboles hasta llegar al gracioso y bien servido restaurante ubicado en su meseta.

Nada más llegando a la fuente de Neptuno, unas señoras con trajes de gran *toilette* me miraron curiosas, así que intenté esquivarlas mezclándome con los grupos de niños y sus nodrizas, que esa mañana iban a disfrutar las brisas que allí se respiraban. Sin embargo, entendí de inmediato el motivo de tanta curiosidad femenina: ellas no encontraban a la chaperona o al hombre que me hiciera guardia. Ansiosa por disfrutar del paseo, concentré mis atenciones en las numerosas estatuas, jarrones y monumentos que decoraban cada rincón de ese encantador sitio, y pronto me olvidé de su escrutinio.

Desde uno de los miradores contemplé el Santiago de construcciones blancas, apenas interrumpidas por las torres de iglesias y catedrales, y me maravillé con la belleza que ofrecían esa colina de verdura, grandes árboles y peñascos cubiertos de hiedra. Intenté imaginar cuando el peñón todavía recibía el nombre de Huelén y era

ocupado como basural, cantera y lugar de cimarra, hasta que Benjamín Vicuña Mackenna lo transformó en los jardines de Babilonia, que hoy recorría gracias a los apoyos y voluntades de las familias más ricas del país, según me dijo mi madre en el único paseo familiar que celebramos en el cerro. Yo no tendría más de doce años, pero todavía guardaba de la actividad los más lindos recuerdos.

–Un visionario, don Benjamín –comentó un caballero, a unos metros míos.

–¡Haberlo levantado todo con sus propias manos! –agregó su compañera.

No solté palabra, pero ganas no me faltaron de contarles de los cientos de presos, peones y mineros que no recibieron sueldo o apenas una mínima remuneración por su labor en el cerro, aunque de esos fulanos me había enterado hacía poco a través de Víctor. ¡Pobres hombres sin reconocimiento alguno! Miré a mis alrededores y creí digna de meditación la extraordinaria ejecución de sus obras, pues ninguna ha sufrido daño con los terremotos.

Poco a poco, la frescura del ambiente disipó mis preocupaciones. Me llegaron los perfumes de las flores, los colores de sus visitantes y el cotorreo de las mujeres que me acompañaban en el deleite visual que ofrecían esos parajes.

–Pobrecita María Jesús, ¡haber quedado viuda tan joven!

–Y, lo que es peor, con una mano delante y la otra atrás. El finado no le ha dejado más que tres mil pesos de herencia y ella, pues, no conoce el arte del ahorro.

–¿Dónde vive ahora la señora y su hijito?

–Con su hermano mayor, y ¡vieras lo contenta que está su cuñada!

Se fueron las mujeres de mi lado, pero el mensaje quedó bien presente en mi conciencia. Esta segunda «viuda» que se presentaba para mi visita a Santiago me pareció la señal más clara para mi segundo deseo.

Víctor, usted prometió fomentar mi futuro profesional, pero quisiera reafirmarlo en esta carta. Como no sé los azares que me reserva el destino, y sin querer caer en oscuras predicciones, encuentro muy necesario cultivar una exitosa carrera en el oficio de enfermera y para eso necesito su incondicional apoyo. De esa manera, no solo podré contribuir con los gastos de la casa, sino también podré hacer una vida independiente de dádivas, favores y empeños.

Al igual que la primera petición, una extraña paz me embargó después de haber soltado la pluma. Duró poco, eso sí, porque el reloj ya marcaba las 12:15 en mi último vistazo.

–¡Miércales!

Ya extintos los minutos para recrear la vista, me dirigí rauda a mi

destino. Mi andar elegante y pausado se convirtió en unas zancadas, pero de esa manera alcancé la terraza, crucé el teatro de verano El paraíso biógrafo –según me habían comentado, su orquesta hacía las delicias de los asiduos concurrentes– y me planté por fin frente al Gran Restaurante del cerro Santa Lucía.

Mientras recuperaba el aliento, le dediqué unos segundos de contemplación al local gastronómico, que evocaba toda la nostalgia de mi niñez, y solo entonces pude notar la pintura ajada, las maderas un tanto estropeadas y la completa extinción de la ornamentación suiza, que parecía sacada de un cuento.

–¿Qué diablos pasó aquí?

–¡Buenas tardes!

Un señor de mostacho peculiar salió al encuentro.

–Buenas tardes –logré decir en mi desconcierto.

El señor estiró el cuello buscando algo detrás mío.

–Vengo sola –anuncié–. Pero he reservado mesa para dos.

–Por supuesto, señora. ¿Nombre?

Suspiré. Creo que había llegado el momento de aceptar que aparentaba más años de los que tenía.

–Luisa. Luisa Santa María Matte.

El anfitrión revisó su libro y, con cara de pocos amigos, me dijo:

–No hay ninguna reserva bajo ese nombre.

–¿No? –casi se me descompuso el rostro–. ¡Ah, dispénseme, por favor! Fue el señor Eulalio Viviani quien hizo la reserva.

El mostacho enmarcó una alegre sonrisa gracias a la mención de mi amigo.

–¿Don Eulalio? –exclamó el *maître*, y el libro de anotaciones pasó a segundo plano–. ¡Haberlo dicho antes! Pase, por favor.

Dejé mi abrigo en la guardarropía y seguí la escolta del encargado. En mi paso, eché en falta los óleos de Dupré que tanto me gustaba admirar en las paredes del antiguo restaurante.

–El señor Viviani se retiró hace unos minutos –comentó el señor–. ¡Ah! Pero ha dejado a su acompañante.

Pese a la nefasta impresión que me llevé al entrar, el restaurante rebosaba de elegancia masculina y de señoras chic y de buen tono. Un desfile de *la crème de la crème* apenas interrumpido por el blanco del personal de servicio, que se movía de aquí para allá sumando cuentas en un pedazo de papel y sirviendo copas de licor. Finalmente, un delicioso olor a carne asada me devolvió la tranquilidad que necesitaba: había escogido un buen lugar después de todo.

Avanzamos por el gran salón hasta las mesas dispuestas frente a los ventanales. Entonces la vi y una celestial alegría inundó mi corazón.

¡Ay, mi querida Petro!

Tomé nota de sus cabellos arregladitos en un prolijo moño y ese paletó que reservaba para ocasiones especiales. Un betún rosáceo aplicado con discreción decoraba sus mejillas, quizá para ocultar la inusual palidez que dominaba su rostro moreno y, ¡cosa extraña!, sus formas redondeadas se mostraban un tanto desprovistas de carnes.

¿Se habrá puesto a régimen?, me pregunté.

–Ha llegado su acompañante, señora.

El aviso del *maître* no le valió la mayor atención a mi madre postiza. Sus ojos negros siguieron atrapados en los cristales, imagino que buscaban escapar del escrutinio de las mesas vecinas.

–Señorita Petronila Muñoz… –dije en tono solemne. Al no haber respuesta, exclamé con tono chillón–. ¡Petrooo!

La mujer se levantó de su silla con entusiasmo eléctrico y dos segundos después me trituró entre sus brazos. ¡Cuánto afecto guardaban sus gestos! Contenida en sus brazos, se me escaparon unas lágrimas por el reencuentro y, sea dicho, ¡también unas cuantas por el dolor!

De su cabello se desprendía un delicioso perfume de agua de rosas. Reconocí en él mi regalo para su último aniversario.

–Petro, no sabe cuánto soñé con este momento.

Se produjo un ligero silencio en mi invitada, la que me dedicó un ceño fruncido mientras me examinaba con la seriedad que un pintor le dedica a su obra. Primero, me quitó una hilacha de la blusa. Luego, acomodó mi sombrero a su posición original y, con sus babas, le dio perfecto orden y aseo a unos cabellos rebeldes de mi moño.

Y como broche de oro a todo el ceremonial: un buen manotón sobre mi brazo derecho.

–¡Ay!

–¿Por qué *miéchica* se demoró tanto en venir a verme?

No faltaron los comensales que levantaron la ceja frente a tan enérgico reclamo, pero –gracias a Dios– se abstuvieron de todo comentario adverso.

–Llamaré a un garzón para que las atienda –anunció el anfitrión antes de desaparecer.

Mas lo que opinara la gente ¡poco le importaba a Petronila! Ya sentada en la mesa, volvió a su mutismo esperando que justificara mi larga ausencia. ¡Y qué no le dije! Mencioné los largos turnos en el hospital, los quehaceres que me correspondían en casa de Clara y cuánta cosa se me ocurrió para dejar convencida a la señora.

–¡Si viera lo caro que se pusieron los boletos de tren con la crisis, Petro! –chisté, acentuando la queja con el uso del abanico–. ¡Atroz!

Ella escuchó en silencio hasta que se le agotaron los gramos de paciencia.

–Bueno, ¡basta! –exclamó, de repente.

–Bueno, ya –murmuré en mi derrota.

–Es por su papá que no venía *pa'* Santiago, ¿verdad? Y por eso mismo me convocó a este restaurante tan refino y alejado de todo. ¿Todavía tiene miedo de que don Ramón le saque la mugre si se la pilla por la calle?

Mi rostro compungido confesó antes de que se me escapara una afirmación. Pero no recibí compasión alguna de su parte. Casi me da otro manotón cuando habló:

–¡Si no es *na'* chiste fugarse de la casa, *iñorita*!

Para luego agarrar una pieza de la panera y untarla con abundante mantequilla. Acepté el bocado que me ofrecía sin chistar.

–En el almuerzo me pide un buen pedazo de carne, ¿oyó? –me dijo, mientras limpiaba las gotas de sudor que perlaban su frente–. Que se le nota a lo lejos que anda con el semblante anémico.

–Sí –volví a responder toda relamida, pero entonces reaccioné–: ¿Y usted, Petro? ¿Se puso a dieta que me la encuentro tan pálida y disminuida en grasas?

La criada se largó a reír luciendo los pocos dientes que le quedaban.

–¿Yo? ¿A régimen? Soy una mujer feliz y lo seguiré siendo.

Aun así, cuando llegó el mozo con la carta, ella insistió en pedir algo «livianito».

–Joven, quiero el primer menú que mencionó, ese que empezaba con una sopa de arroz.

–¿Se refiere, señora, al menú que incluye papas con queso, fricasé de cabeza de ternera, *beef steak* con médula y compota de peras con crema?

–¡Señorita! –advirtió, como cosa muy seria– y la boca le queda donde mismo, joven. Y sí, ese menú, pero para tomar agüita de sifón nomás.

–A su orden. ¿Y usted, señorita?

Se me escapó una mirada desganada.

–Que soy señori…

El mozo y la Petro se me quedaron mirando.

–¡Ah! ¡Qué divertido! Lo mismo que la señorita Petronila ¡pero con una copa de vino! ¡Muchas gracias! –y dejé caer el abanico al suelo para poder ocultar mi rostro ruboroso.

–¡Sí, se-ño-ri-ta! –escuché, fuerte y sonoro, desde arriba de la mesa. También la risa de mi Petro.

–Cabra *pa' lesa* –dijo.

Los tragos no tardaron en llegar y brindamos por nuestro tan esperado almuerzo. Las suculentas bandejas de comida que desfilaban en las mesas vecinas me confirmaron la seriedad del lugar, fiel a los preceptos de la antigua cocina. Reímos con diferentes anécdotas y en

la espera por nuestros platos nos acabamos la panera completa.

–¡Ah, Luisa! No tiene por qué preocuparse de su padre –dijo la Petro, de la nada– porque ahora él solo tiene ojos para la Adelaidita y anda con el ánimo de lo más festivo. Bueno, y su madre también, aunque el amor por su *consentía* no es ninguna novedad.

–¿Y tanta alegría a qué se debe?

–Nos enteramos apenas hace unos días. Su hermana menor le va a dar un hijo a don Pedro Echeverría.

Balbuceé, víctima de un pasmo.

–¿Qué?

La Petro intentó apaciguar el achaque acercándome la copa y luego dijo lo que yo no lograba formular en palabras.

–¡Apenas un año se aguantó el desgraciado para dejar preñada a mi Adelaidita!

A lo lejos, creí sentir el sonido de un disco rayado. Poco después, llegó el carraspeo de nuestro garzón con el pedido.

–Sopa de arroz.

Se hizo un silencio tan completo que resonaron hasta los respiros del salón.

–Disculpe, joven –pregunté, en voz bajita–. ¿Y qué pasó con la música? –de un momento a otro se había disipado.

–Señorita, se echó a perder la vitrola, pero la reemplazaremos enseguida.

–¡Se lo ruego!

El muchacho cumplió con su promesa. En unos minutos, las melodías de Mozart volvían a flotar por el aire, rescatándonos del silencio sepulcral al que nos había arrastrado el comentario de la Petro. El posterior rechinar de los cubiertos y el *chin chin* de las copas nos concedió la intimidad que tanto necesitábamos.

–Bueno, mi mamita me tuvo a los trece años y lo más bien que lo hizo –Petronila manifestó con un dejo resignado–. Adelaidita, a sus casi diecinueve, sabrá cumplir con su rol.

–¡Y me imagino que Pedro también con los veinte años que aventaja a su esposa! –agregué rabiosa, intentando no derramar el contenido de mi cuchara.

Apenas terminamos el consomé, un nuevo plato apareció en la mesa.

–¿Y *usté,* Luisa?

–¿Yo, qué?

–¿Cuándo me va a regalar unos nietos?

Di un lírico suspiro antes de responderle:

–El mismo día que usted se ponga a dieta.

–¡Insolente!

Y con ese don de mando que tanto la caracterizaba, la Petro exigió

que estirara la mano izquierda.

–Ya, pase *pa'* acá.

Hice como ordenó, adivinando para dónde iba la solicitud.

–Que no le voy a pegar –insistió.

Petronila observó mi anillo de compromiso con suma detención, tanto que se me empezó a enfriar el brazo.

–¿Y? –pregunté nerviosa.

–Le falta oro.

–¡Petro!

Entonces la mujer se levantó de su asiento y me regaló otro abrazo. Aunque fue más discreto que el anterior, el gesto no falló en empañar mi vista y a ella también, pese a sus esfuerzos por ocultar las lágrimas. Se limpió los mocos en la manga antes de que pudiera ofrecerle pañuelo.

–Mi niña Luisa se va a casar por fin. ¡No sabe cuánto me alegro!

Y volvió a su puesto justo para la llegada del tercer plato.

–¡Fricasé de...!

Tanta premura en el servicio me empezó a parecer sospechosa. *¿Será la estrategia del restaurante para mantenernos calladas?*, pensé.

–¡Tendrá el mejor marido de todos! –dijo Petronila, sacándome de mis conjeturas.

Me la quedé mirando. Sus pupilas negras chispeaban por mí y un halo de paz parecía envolverla. ¿Acaso su hija putativa no se desposaría con un hombre que era de toda su confianza? Era tanto lo que me quería que mi felicidad era también la suya.

–Bonito su anillo, muy bonito –me repitió una y otra vez.

Y, pese a todo su cariño, extrañé más que nunca los afectos de mi propia madre.

–Más le vale que cuide bien a mi Victorcito.

–¿Cómo? ¿Es que ya no soy su favorita?

–¡No!

Y nos largamos a reír.

–Petro, tengo planeado venirme *pa'* Santiago en las próximas semanas. Víctor ya tiene listo el alquiler de una casa cerquita de la calle Rosas. Se lo comenté en mi última carta, ¿se acuerda?

–Eh.

–¿No me diga que Narcisa no le ha leído mis cartas?

–Sí, hasta el último renglón –dijo, seguido de unos cuantos titubeos–. Debe ser que me está fallando la memoria.

La miré con sospecha, pero ella evadió mis ojos. ¡Qué raro me pareció pillarla en una mentira! Al no dominar el difícil arte de leer y escribir, sus recursos cerebrales destacaban como una maravillosa caja registradora y mi nuevo domicilio, sin duda, merecía un espacio destacado en el inventario de sus recuerdos.

Lamentablemente, llegó el *roast beef* y acabó con la instancia para preguntar.

–¡Hasta que trajeron la carne! –dijo, prodigando unos entusiastas aplausos.

Compartí su alegría con una sonrisa mientras la observaba trozar el medallón con diligencia y elegancia, tal como mi madre le había enseñado y, a su vez, ella a mí.

–Oiga, Petro. Tengo algo que proponerle.

–*Usté* dirá, *iñorita* –me dijo, sin levantar la vista del plato.

Pero no tuve el valor suficiente para hablar. Primero, ordené otra copa de vino y la acabé de un sorbo.

–¿Y? ¿Qué me iba a decir?

–Pues, ¡quiero que se venga a vivir conmigo!

La propuesta tuvo la resonancia suficiente como para ganarme su interés, mas no salió palabra de su boca, que solo se abrió para recibir los bocados de carne, que masticaba con parsimoniosa lentitud.

–Lo tengo todo hablado con Víctor –decidí continuar, pese al silencio–. Viviremos los tres como una familia y en nuestro hogar no le faltará nada. Por favor, no haga la injuria de creer que le hago esta propuesta para que usted sea nuevamente mi criada, ¡no, señora!

–¡Señorita! –gruñó.

–Ah, ¡entonces no le comieron la lengua los ratones!

Otro gruñido. Otro bocado de carne.

–Con mi sueldo de enfermera le proporcionaré una mesada para que la use a su criterio y contrataré sirvientas que usted podrá dirigir a su antojo –de tanto hablar, me empecé a poner contenta y ganas no me faltaron de pedir otra copa–. Petro, ¡será para usted la pieza más linda! ¡Los vestidos más vistosos! Bajo mi resguardo, los maltratos de mi padre se convertirán en un triste recuerdo. Lo vengo pensando desde que abandoné el hogar familiar y, ahora que me casaré, podré hacer realidad ese sueño. ¡Viviremos felices los tres, se lo prometo!

Ella me sonrió y en su gesto hubo un dejo de pena.

–Es que no va a poder ser, mi Luisa.

Insistí. Estaba acostumbrada a sus negativas.

–Petro, no se ponga mensa. Solo dígame que sí. ¡Es lo único que necesito de usted!

De repente, mis manos desaparecieron entre las suyas. Las estrechó con fuerza antes de decirme:

–Mi niña, me voy al sur con unos parientes. Yo también lo tengo todo hablado allá. Parto en dos semanas a Concepción –y en un tono muy bajito, me rompió el corazón–: Lamento mucho no poder irme a vivir con *usté*.

Negué con la cabeza.

–¿A Concepción? Pero ¿por qué?

–Por mi hijo, Luisa. Necesito protegerlo.

Me apoyé en el respaldo, ya desprovista de toda fuerza. Intenté esbozar una sonrisa, pero no pude, ¡no entendía nada! *¿Qué hijo?*, pensaba mientras los pensamientos se atropellaban en mi cabeza buscando una explicación. *¿Qué hijo?*, si habiendo criado tanto cabro chico de mi familia, la Petro siempre declaró que no quería saber de guaguas. *¿Qué hijo?*, si nunca le había conocido pretendiente.

Me llevé las manos a la boca, horrorizada. Había recordado al único hombre que le había faltado el respeto a Petronila.

–Es de mi padre.

Y mi Petro, la que nunca lloraba, casi no alcanza a ahogar el sollozo en un pañuelo.

–Por favor, *misiá*, no le diga nada a nadie. Necesito irme lejos de ese hombre. Si se entera, ¡es capaz de matarme!

Entonces nos tomamos de las manos buscando la fuerza para no derrumbarnos.

–Petro, con mayor razón, ¡véngase conmigo! Víctor y yo la protegeremos.

–No, hija. Es demasiado arriesgado. ¿Y si la guagua me sale igual a su padre o rubiecito como sus hermanos? No puedo vivir con ese miedo. Necesito hacer una vida nueva muy lejos de Santiago.

El llanto apretaba mi garganta, pero me negué a soltarlo.

–Mi Petro, estoy más triste que nunca. De corazón, de espíritu, de alma...

–Está triste, pero es joven. Se le pasará.

Al escucharla, sentí profunda vergüenza de mis lamentos.

–Luisa, se lo ruego por Diosito Santo –mi Petro lloraba como nunca la había visto antes–. Si me pilla la muerte, ¿podría hacerse cargo de mi retoño?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sin deseos de ser madre, el destino me confiaba el cuidado de no uno, sino de ¡dos niños!

–Petro, si algo le llega a pasar a usted...

Pero mis miedos no iban a ser más fuertes que el amor que sentía por la mujer que más quería en el mundo.

–¡Yo cuidaría a ese niño como si fuera propio!

La señora sonrió, aliviada ya de sus temores.

–¡Ya! –ella dijo con sus modos rudos y se soltó de mi mano–. ¡Suficiente sollozo por hoy!

Con un buen trago de agua, Petrolina volvió a ser la mujer fuerte de siempre. Todo lo contrario a mi propia persona, que se rindió a las lágrimas, acabando con su maquillaje y lo que le quedaba de decoro.

De las otras mesas ya ni nos miraban.

–Échese una cucharada –me dijo cuando llegó la compota de pera–. Le va a hacer bien un poco de azúcar.

Le obedecí e intenté comer pese a mi lamento. ¡Ella me reconfortaba cuando era mi deber entregar consuelo!

Entonces me dijo:

–*Misiá* Luisa. Tan de armas tomar en asuntos médicos, pero tan niña cuando se trata de la vida adulta. ¿Todavía se pone nerviosa cuando la quedan mirando? ¿Y se inventa cuentos sobre lo que estarán pensando de usted?

Pese a la pena, asentí con una sonrisa.

–¿Y si mejor se dedica a escribir novelas?

–Pero, Petro, ¡no me diga eso! Si lo mío...

–Ya –dijo, ignorándome–. Séquese esos mocos.

La Petro ostentaba un carácter fuerte, ¡uno digno de estudio y observación! Con sus modales toscos me procuraba a su manera la mayor de las dulzuras y, al ignorar mis mañas, le daba rectitud a mis pasos. Al recordar nuestra pronta separación, el llanto me dominó otra vez y, emocionada, le dije:

–¡Usted va a ser la mejor mamá de todas!

–¡Seré lo que tenga que ser! –respondió y me llenó la boca con una cucharada colmada de compota.

Nada qué hacer, pensé.

–Oiga, *mija*, sé que no estoy casada ni que nunca lo estaré, pero algo he aprendido estos años sobre matrimonios y hombres. ¿Me permite darle tres consejos?

–De mil amores.

Unas hondas meditaciones parecieron abstraerla hasta que unas mariposas plateadas revolotearon en nuestra ventana. El acto de contemplarlas pareció concederle la inspiración que tanto necesitaba.

–Sea fuerte, mi Luisa –dijo, finalmente.

Vi mi reflejo lloroso en sus ojos oscuros. Buscando el tesón que tanto me pedía, erguí la espalda y la miré de frente.

–Luisa, tan sesuda y, a la vez, tan dada a las nerviosidades y los caprichos. *Usté* sabe que como mujer casada ya no va a poder llorar cada vez que le surge un problema o se agarre un disgustillo. Con esas mañas, lo único que va a conseguir es que don Víctor le mienta por miedo a producirle un ataque de nervios o, peor aún, ¡que se la pase en el club para evitar su compañía! –Petronila bajó el tono para soltar una confidencia–. A su madre le pasó, por eso se lo digo. También a varias de sus cuñadas. *Mija*, para ser una buena compañera de su marido debe ser digna de su confianza.

En el aislamiento de mi orgullo, insistí en cuestionar lo dicho.

–Ataques de nervios. ¿Como cuándo recibí los resultados de mi prueba para el bachiller?

La sureña soltó una risotada.

–¡Como ese episodio y muchos más! ¿No se acuerda que hasta

fiebre le dio esa vez y se largó a llorar por días? ¡No, mi Luisa! Como mujer casada, debe mostrarse con la dignidad de una adulta, y no con el humor variable y antojadizo de una chicuela mimada.

La verdad estaba dada. Petronila comenzó a comer su compota y me hizo jurar que tomaría en cuenta sus palabras. Prometí que así sería.

–¿Y el segundo consejo?

La mujer me olvidó por unos segundos. O eso pensé por su silencio.

–*Misiá*, ¿cómo es que se llaman esas cuestiones que sacan instantáneas? –preguntó de repente.

–Cámaras fotográficas, Petro.

–Ah, ya, ¿y tiene una foto de don Víctor con *usté*?

–Eh…

No alcancé a decir nada. El rubor habló antes por mí.

–¿Se la puedo pedir emprestada? –preguntó.

De mi libreta nueva rescaté la instantánea que tantos besos y suspiros me había robado y se la pasé. Era una foto peculiar, sin duda, pero que Víctor saliera riendo me parecía un rasgo sumamente encantador.

Petronila puso la foto delante mío.

–Fíjese bien en este retrato. ¿Lo conoce bien?

–¡Ay, Petro! –dije toda coqueta–. Lo he contemplado tantas veces que hasta podría dibujarlo.

–Me parece estupendo. Ahora también grábese esto en la memoria: los hombres no cambian.

El consejo despertó mi risa, así como un coscorrón de su parte.

–¡Auch!

–¿Cree que la estoy embromando, *iñorita*?

El Víctor de tonos sepia volvió a apercibirse frente a mis ojos. Y entonces ella me dijo:

–Los hombres podrán ponerse viejos, feos y peludos, pero el carácter… ¡ese no les cambia nunca! Y no existe mujer que haya podido obrar tal milagro. Mientras antes se haga la idea, mejor para *usté*. Y…

–¿Y? –pregunté con premura.

La señora se reclinó sobre la mesa.

–Y para la noche de bodas…

Antes de revelar el consejo, la criada quiso asegurarse de que tenía toda mi atención. Pestañeó y yo hice lo mismo. Frunció el ceño y en mi rostro se reflejó el susto. Aprobado el examen, susurró con pasión:

–¡Apriete bien los dientes!

Y lo dijo cerrando también los puños.

–¿Cómo? ¿Que apriete bien los…?

Por miedo a un nuevo episodio de silencio en el salón, Petronila optó por darme una explicación de naturaleza más gráfica. Así, con un movimiento lento y certero, hizo desaparecer su pulgar en el puño de la otra mano.

–¡Ah! –exclamé, ya iluminada.

La mujer asintió. Con manifiesta satisfacción retratada en la cara, agregó:

–Dientes apretados. Así el dolor pasa ligerito....

Asentí con solemnidad.

–Mi Luisa, ¡tan grande que está!

Con sus palabras me entraron ganas de llorar otra vez, pero la Petro no estaba con ánimos de secar más mocos. Ni los suyos ni los míos.

–¡Mozo, la cuenta! –expuso con envidiable vozarrón.

Y así terminó nuestro acontecido almuerzo.

***

Cuando partió mi tren de vuelta a San Bernardo, una pesada melancolía caía sobre los paisajes del atardecer que desfilaban por mi ventanilla. Algunos pasajeros fumaban, otros leían entre bostezos hasta adormecerse en el sopor de la hora y yo me perdía en profundas reflexiones sobre lo vivido.

Cuando miré el asiento vacío que tenía enfrente, los ojos celestes de doña Odalisca ya no estaban ahí para atormentarme.

–Ridícula –murmuré en su honor.

Añoraba compañía, así que abrí mi cuaderno una vez más. Entre registros de sensaciones, alegrías y penas, destacaba la dirección de mi Petronila en Concepción, esa que ya me sabía de memoria, y que leí una vez más para sentirla cerquita mío. Después reposé la vista en los regalos para Clara, Jacinta y Flor Inés, que descansaban a mis pies en bolsas de papel. Con esa imaginación tan abundante que me caracterizaba, proyecté sus rostros sonrientes para la Nochebuena. Los mofletes sonrosados de la pequeña me hicieron sonreír.

–Víctor estaría feliz con una hija como ella –murmuré.

¿Será ella, acaso, la flor de mis sueños?

Cerré los ojos y me dejé mecer por el traqueteo del vagón. A lo lejos, las risas de unos niños servían de dulce arrullo.

Diciembre marcará el adiós de mis queridas mujeres. ¿Qué será de mí sin ellas?, pensé, de repente.

Entonces me mordí los labios.

Sin llorar, Luisa. Sin llorar, repetí.

Fiel a la promesa que le había hecho a Petronila, quise

comportarme con la dignidad de una mujer adulta y, antes de que el horizonte se cubriera del más negro de los velos, escribí mi tercer deseo:

¿Qué es la vida o qué es el amor sin confianza?
Querido Víctor, cuando el peso de las penas abrume nuestro corazón, seamos el refugio en el que todo se olvida: trabajos, dolores y afanes. Y sin revelar jamás al resto las confidencias que nos hagamos, convirtamos nuestro afecto en un bosque soñado donde podamos disfrutar la alegría de vivir desprovistos de toda máscara.

Me fue imposible seguir escribiendo. La noche había consumido casi todo rayo de luz.

–¿Y si resulto ser una pésima esposa? –solté en un susurro desesperado.

Un hombre me miró con recelo. Callé al instante.

¡Cuánta necesidad tenía de alguien que me ayudara a sonreír!, pensé.

Al cerrar los ojos en busca de la anhelada paz, la joven Inés, la de pampa salitrera, se presentó en mis pensamientos. Me pareció verla con la nitidez de una foto, luciendo un vestido tan azul como el firmamento y una larga trenza de ébano. Cuando su dulce sonrisa de niña me alcanzó, mi mente y mi corazón se unieron a ella, no sé de qué extraña manera, y entonces entendí que su amor por Víctor había sido tan profundo como el mío.

Cuando regresé de mis ensoñaciones, el miedo me había abandonado.

Inés

Iquique, 7 de enero de 1932

–Aquí está, señorita. La Escuela Domingo Santa María.

Inés elevó la mirada al pórtico del antiguo edificio de madera. Sin duda, su color marrón contrastaba bastante con las modestas construcciones de colores que lo rodeaban.

–Muchas gracias, don Humberto. Anhelaba mucho conocer este lugar –señaló la joven, estremecida por las emociones que en vano trataba de contener–. Por favor, no se guarde detalle sobre ese día.

El pampino asintió, solemne, y esperó a que el señor Elano sacara la sombrilla para proteger del sol a la diva de la ópera, que ese día lucía un vestido tan brillante como un faro chinesco, de esos que rayaban en los límites de cierta originalidad moderna que no todas las damas considerarían distinción femenina. «Fue lo más modesto que encontré en mi maleta», había indicado la muchacha frente a los reclamos de su tutor.

–El 21 de diciembre de 1907, esta escuela, y la plaza que tenemos a nuestras espaldas, servía de asilo a los operarios salitreros que protestábamos por la deplorable situación financiera que nos aquejaba –Humberto se llevó la mano a la barbilla y, por primera vez, la joven notó la gran cicatriz que marcaba su rostro–. Por darles un ejemplo, señores, en esos tiempos los obreros estábamos obligados a verificar nuestras compras en las pulperías de la oficina para la que trabajábamos. Pagos con fichas únicas para cada oficina... –entonces hizo una pausa. Los recuerdos de esa época parecían molestarlo en lo profundo–. Por un tema de seguridad, también exigimos que los cachuchos y chulladores fuesen cerrados con rejas de fierro y, bueno, que se ajustara el pago de los jornales, entre otras exigencias. Seguro su padre ya la ha puesto al tanto de todos esos hechos y la estoy aburriendo con tanta palabrería.

–¡Para nada, señor Fuentes! –aseguró Inés–. Lo escucho atentamente.

–*Miss* Rossi, *what is* «cachucho»*? And* «chulladores»*?*

La joven dio sus explicaciones en español para obligar al abogado a practicar el idioma.

–Son estanques que se llenan con caliche chancado y agua vieja. El salitre pasa primero al cachucho y después al chullador.

–¿Entiende español, el caballero? –preguntó Humberto, curioso.

–Sí, sí, lo habla y lee perfectamente –aseguró la chica–. Es un hombre de pocas palabras, nada más.

El abogado asintió a lo dicho, sin atreverse a preguntar qué era «caliche chancado». Ya lo averiguaría por su cuenta.

–Señorita Inés, y solo para que se haga una idea de la magnitud de la tragedia, toda esta entrada quedó interrumpida por una pila de muertos. Desde las calles Amunátegui y Barros Arana, el ejército disparó a quemarropa contra todo el que estuviera en la escuela a las 15:30 horas de ese sábado. Y fíjese, allá, en la plaza, había una carpa de circo. Esa también quedó sembrada de cadáveres –enfatizó Humberto sobre la visión de horror que jamás olvidaría. Luego, agregó–: Fue la solución que encontró el general Silva Renard cuando el intendente Eastman le pidió que desalojara la escuela, pero, ¡justicia divina!, ese canalla recibiría su merecido en manos de Antonio Ramón, pariente de uno de los obreros muertos.

Inés creyó prudente no alargar más la visita. Luego de acercarle un pañuelo al hombre –visiblemente afectado por los recuerdos que le traía el lugar– levantó la mirada hacia la azotea de la escuela antes de hacer su última pregunta.

–Ese es el lugar, ¿verdad?

–Sí, señorita –dijo–. En la torrecilla, murió… usted sabe.

Ella asintió.

–Usted igual se parece harto a su madre… –dijo el pampino, volviendo a sonreír.

Inés agradeció el comentario con igual gesto.

–¡Así me han dicho! –declaró, orgullosa.

Para esos momentos, gente ya se había congregado alrededor del grupo, intrigados por la estampa tan extravagante de la chica de cabellos rubios. Con miradas disimuladas, intentaban descifrar si se trataba de una princesa o una actriz de teatro.

–Ah, pero si es Inés Rossi, la cantante de ópera… –exclamó un hombre, sin disimulo alguno.

Sin embargo, ella no se daba por enterada. Toda su atención estaba en ese algo que sus ojos no lograban encontrar. Recorrió todo el frontis de la escuela y volvió donde sus acompañantes con el rostro sembrado de frustración.

–No entiendo, ¿dónde está?

Los hombres la miraron intrigados.

–¿Dónde está qué, señorita Rossi? –preguntó Humberto.

–No sé, una placa, una escultura, algo que hable de la tragedia que aquí sucedió. Señor Fuentes, ¿es que la gente ya se olvidó de las muertes de sus obreros?

Una tristeza instintiva, involuntaria, marcó el rostro moreno de la artista, pero no estaba sola en sus sentimientos. Sus ojos verdes se

elevaron hasta el rostro de Humberto, que, estremecido por una súbita melancolía, parecía a punto de llorar.

–No, dama. Aquí nadie olvida, pero tampoco habla –dijo tristemente–. La gente tiene miedo de que el ejército se levante nuevamente contra ellos.

La muchacha apretó los puños, impotente.

–Si ellos no pueden hablar, ¡lo haré yo por ellos! –exclamó precipitadamente–. Es necesario recordar la historia para que no volvamos a cometer los mismos errores.

Sin decir más y con paso decidido, Inés se posicionó frente a la entrada de la escuela y ahí cerró los ojos recreando el silencio de la muerte que marcaba ese lugar. Entonces pensó en los niños, mujeres y hombres que ese 21 de diciembre clamaron por lo justo y deseó poder entregarles algo de consuelo. Por ellos, cuyos nombres jamás volverían a resonar en los ámbitos del mundo, alzaría la voz.

–¿Estará bien, la señorita?

Preocupado por la inesperada introspección de la muchacha, el pampino se debatía en reflexiones sobre cómo proceder, si acaso lo mejor era despertarla. Fue unos segundos antes de que Inés abriera los ojos y de sus labios naciera el canto.

La vergine degli angeli
Mi copra del suo manto

Su voz ya no era la de una simple jovencita.

Soberbia de pasión y con un dominio portentoso de la escena, Inés interpretaba a Leonora, de *La forza del destino*, de Verdi, y se deleitaba en trasladar a su canto de soprano toda la dulzura de sus momentos pasados y el consuelo que evocaría el sueño eterno.

E me protegga vigile
Di dio l'angelo santo

Un murmullo suave comenzó a levantarse alrededor de la artista. Ya se congregaban los primeros asistentes que, arrobados por la belleza de la cantante, no le quitaban los ojos de encima. Su voz los deleitaba como la de una madre a sus niños con ritmos y cantos. Es *La vergine degli angeli,* reconoció uno de los asistentes para el provecho de todos.

La vergine degli angeli
E me protegga me protegga
L'angiol di dio
E me protegga.

De repente, el silencio reinó entre la concurrencia, que había quedado triste como si el dolor se renovara de la vieja herida que sangraba todavía en sus corazones. Entre llantos y suspiros, los asistentes evocaron a sus seres queridos y aprovecharon la ocasión para decirles cuánto los querían, seguros de que ellos podrían ser escuchados mientras la artista siguiera cantando.

L'angiol di dio
Me protegga
E me protegga.

Una salva de aplausos ovacionó a la cantante, que terminaba, y la prensa, alertada por el alboroto, no tardó en llegar para tomar registro del momento. Inés nada decía. Experimentaba tal emoción que no podía hablar.

–Señorita Rossi, ¿por qué el homenaje? ¿Desea promocionar su gira?

–¿Dará más conciertos en Iquique?

–¿Es verdad el rumor de que parientes suyos murieron en la matanza de la escuela?

Ante la insistencia de los periodistas, la artista se limitó a decir:

–Canto para que la Divina Providencia guarde el sueño de todas las personas que aquí murieron pidiendo justicia. ¡Yo no los olvidaré!

La declaración no hizo más que levantar la efervescencia del ambiente. Llegaron más aplausos, preguntas y fotos, entre ellas la de *mister* Elano para el segundo registro personal de Inés Rossi en Chile.

Luisa

Santiago, 12 de enero de 1914

La ceremonia se llevó a efecto el 4 de enero del presente a las cuatro de la tarde verificado en casa de la novia.

Mis ojos somnolientos se quedaron prendados de la lámpara de techo y sus apliqués de cristal quién sabe por cuánto tiempo. Y fue así, recreando la vista en lo alto, que caí en la cuenta de los techos que había habitado en mi vida y que estos no superaban el número de tres. Primero recordé el de mi niñez y juventud, con sus cornisas afrancesadas y largas cortinas de seda. Después me alcanzaron imágenes de las viejas maderas que componían mi pieza en San Bernardo y, finalmente, aquí, absorta por un cielo de yeso con su pintura blanca recién estrenada.

«¿Tres techos?», me hubiera preguntado sor Prosperina jactándose de mi buena fortuna.

«¿Solo tres techos?», hubieran cuestionado, compasivas, las amigas de mi madre, tan acostumbradas a sus largas temporadas en Europa.

«Sí, solo tres, y este es el mejor de todos», les hubiera dicho.

–¡Porque este techo es mío! –exclamé mientras le concedía a la almohada el más fraterno de los abrazos–. ¡Ah, la felicidad!

Mis mejillas todavía vibraban con la dulzura de los besos que me había dejado Víctor en su despedida. «Mi Clementina, vuelvo a las diez con cosas ricas para el desayuno», decía la nota que descansaba en mi velador.

Querían los novios una ceremonia sencilla y que se llevara sin pompa, pero la prensa charlatana no lo consintió. Tampoco parientes y amigos personales de las familias más distinguidas del país, cuya ola de afectos colmó la mesa de boda con regalos que rondaban los miles de pesos.

Motivada por una indecible emoción, me levanté de la cama y procedí gozosa a abrir las ventanas, como si el sol me estuviera esperando. Lo recibí alzando los brazos hacia sus rayos benéficos mientras una bocanada de aire puro me daba los buenos días. Con el cuerpo erguido en toda su magnitud, creí, por momentos, poder atrapar al gran astro.

–¡Aleluya, vecina! –me gritó un tipo a lo lejos.

–¡Cállese, atorrante! –le contesté de vuelta.

Abandoné el balcón, fue tal mi vergüenza, pero mi objetivo de

salud se había cumplido. *Con esos dos regalos de la naturaleza, he quedado libre de todo germen infeccioso*, sentencié, orgullosa.

Finalmente, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas en un rezo, murmuré un «buenos días» para Inés y sonreí embargada por una extraña felicidad al recordarla.

–Cuento con su bendición, querida amiga.

Con la habitación ya ventilada de gas carbónico, procedí a despojarme de la camisa de dormir y corrí desnuda –cual artista norteamericana– de un lado a otro del amplio dormitorio nupcial para una estimulante sesión de gimnasia de un cuarto de hora. Hice estiramientos de brazos y flexiones de las piernas para aligerar el cuerpo, además de elevaciones sobre la punta de los pies con objeto de enderezar la columna vertebral. Movimientos suaves y eficaces para recuperar los encantos corporales.

Era el mío un entusiasmo que se encendía por grados...

El gran salón estaba perfumado por innumerables ramos de flores blancas, al igual que la mesa del buffet, donde se lucían extraordinarios platillos entre camelias blancas, rosas pompón y ramas de almendros en flor.

Un ligero sudor bañó mis sienes al término de la rutina gimnástica.

–¡Ah, la felicidad! –volví a exclamar, mientras recuperaba las energías con un vaso de sal de frutas.

Entonces me puse seria. Respiré hondo y levanté la mirada. Evocando la bravura del guerrero en la sangre y la esperanza que vive siempre en el corazón, me dirigí al lugar donde se prueba la fuerza de voluntad de toda mujer frente a las fatigas de la vida y los ataques del tiempo.

–La mesa de tocador...

Ya instalada en el pequeño cuarto de *toilette*, un rostro hinchado me miró con recelo desde el espejo.

–No se preocupe –le dije–. Ya voy en su ayuda.

Y antes de que mi otro yo levantara objeción, sumergí el rostro en una fórmula de agua de rosas, almendras dulces y esperma de ballena que, según me habían dicho las religiosas, resultaba ser muy buen remedio contra la inflamación. Con unos golpecitos extra de mis manos, me aseguré de estimular bien los poros.

Sonriente, me miré otra vez el espejo. Ahora mi cara no solo estaba hinchada, ¡sino también enrojecida!

–*Porca miseria!* –exclamé, imitando a Eulalio.

Sin embargo, esa fórmula tan fina no se iba a desperdiciar.

Con la ayuda de un paño, ocupé el tónico para un estimulante frotamiento en la zona del cuello y brazos, masaje que terminó extendiéndose a las piernas y, bueno, ahí donde no llegaba la luz.

Una buena higiene involucra todo el cuerpo, reafirmé.

Entonces, y ya limpia de todo sudor, apliqué una finísima capa de polvos de maicena sobre la cara y un poco de rímel para oscurecer las pestañas.

Me miré una vez más al espejo y ahí se me escapó un suspiro de resignación.

–Como dicen por ahí: «Es bueno el cilantro, pero no tanto».

Aunque deseaba recurrir a mayores afeites para mi maquillaje, el miedo a ser juzgada de coqueta me abstuvo de tal ejercicio. Las palabras de sor Eduvigis todavía resonaban en mi conciencia: «Una verdadera enfermera debe mostrarse lo más natural posible. Y el maquillaje es, a todas luces, ¡una manía innecesaria!». Y ese día, más que nunca, necesitaba verme profesional.

En concordancia con esta decisión, mi peinado fue sencillo, sin nada de pelo postizo. Con el cabello limpio y bien escobillado, lo dejé caer hacia atrás para luego trenzarlo y enrollarlo en un moño. Una peineta de carey dio el toque final. Y sí, parecía un estilo un tanto juvenil, pero ¿no ordenaba la moda actual aparentar la frescura de los quince años?

La novia Luisa vestía una hermosa toilette de raso liberty, muy elegante y sencillo a la vez, y un rico velo de encaje importado.

Para cuando llegó el momento de preparar mi *toilette*, el entusiasmo ya comenzaba a mermar. Lo noté por el resoplido que solté al ponerme la ropa interior y los malabares que hice para amarrar las medias con los sujetadores del nuevo corsé que, a diferencia de mis modelos anteriores, era largo y muy bajo de seno para evitar ahogos. Tal era su modernidad que incluso podía abrocharlo por delante y sin depender de ayuda ajena. Bueno, ¡no por nada me había costado veinte pesos!

Finalicé el ritual con un cubrecorsé de tul bordado y unas enaguas de algodón. Entonces, me miré al espejo nuevamente.

–¡Ahora solo falta escoger mi vestido! –exclamé con cierto sarcasmo.

Cuando la novia se dirigió al altar, la música de una espléndida orquesta y un coro de cantores rompió con los acordes de la Marcha Nupcial de Lohengrin dejando una gran impresión en el ánimo de la concurrencia.

A continuación, desplegué tres tenidas sobre la cama junto con mis descargos sobre la moda.

–Cuando un muchachito se hace hombre, ¡qué natural es el tránsito de su apariencia! Los pantalones se vuelven largos, a las camisas se suma una corbata y ¡listo el pescado! Pero cuando se es mujer, nuestra feminidad nos lleva a modas que muchas veces atropellan nuestro buen sentido. Y sobre todo el mío, ¡que justamente

es tan sobrio!

Ni el traje de lana ni el de tela rayada para los paseos matutinos emitieron comentarios sobre mis reclamos.

–¡La verdadera elegancia es personal! –declaré antes de decidirme por uno de *pongeé* azul-negro adornado con tafetán escocés. Un trajecito muy fresco y muy chic por la sencillez de sus líneas.

El acto fue solemnísimo. Puso las bendiciones el prebendado don Luis Campino.

Contemplé mi figura en el espejo de tres cuerpos. ¡Estaba hermosa!

Luego revisé el reloj de oro. Eran apenas las 9:50 horas.

–¡Oh! ¡Qué rápido he preparado mi atuendo! –celebré.

Terminada la fiesta, los novios partieron sin rumbo conocido.

En el acarreo de mis tenidas de vuelta al armario, cayó al suelo la revista cuyos párrafos de boda se repetían una y otra vez en mi mente. Sin disposición a prestarles más atención, terminé las líneas que me faltaban por leer.

Por todo Santiago se comentó el enlace de Luisa Concha Cazotte y Horacio Walker. ¡Enhorabuena por los novios!

–Podrían habernos invitado –refunfuñé.

Entonces llegaron a mis oídos los sones de una campanita. Provenían de la puerta principal.

–¡Luisa! ¡El desayuno! –se escuchó poco después.

¡Ah, qué delicia! Había llegado el marido.

–¡Voy, querido!

Antes de partir eché una última miradita al espejo y volví a sonreír. Era el mío un aspecto de elegancia y agrado que seguro despertaría la admiración del doctor Martínez.

Y más de un suspiro en mi compañero, añoré, emocionada.

Poco después, con una mano bien agarrada de la punta del vestido y con la otra del pasamanos, bajé las escaleras procurando vigilar cada una de mis pisadas para así no tentar la suerte con una quebradura de pierna o, peor aún, ¡de molleja! Nuestro hogar podría tener un aire neoyorkino de lo más acogedor, pero peldaños tan estrechos como los que sostenían mis pies no los había visto ni en las casas más pobres. ¡Ahora entendía la generosa rebaja que le habían hecho a Víctor por el alquiler!

–¡Ya voy! –volví a decir.

Mis quejas, sin embargo, siempre se esfumaban al llegar al vestíbulo, y esta vez no fue la excepción.

Ridícula, murmuré, divertida con mis mañas.

Quizá este súbito optimismo se diera por ser este el único espacio de la casa aperado con todos sus muebles o, tal vez, por su posición

privilegiada para apreciar el salón y el comedor a la vez, pero el hecho es que, cada vez que pasaba por ese espacio, no podía evitar sentarme en el ancho sillón de estilo italiano y sentirme como una reina que, desde su trono, se maravillaba con los helechos que adornaban las esquinas, suspiraba con el elegante estante para libros y los muebles de caoba tapizados en terciopelo azul, mientras sus pies retozaban en la mullida alfombra sobre el parqué. ¡Me imaginé rodeada de amigos, café, licores y cigarrillos después de un almuerzo! ¡Música y risas! Momentos de grandeza proyectados en el magnífico blanco que cubría las paredes, confirmando así que el recelo hacia este color se debía únicamente al mal gobierno de mis pasiones.

–¡Luisa!

Un llamado enérgico hizo reclamo de mi persona. Consideré prudente no demorar más mi llegada y atravesé el comedor para llegar a la cocina. Fue cuando descubrí un esponjoso *panettone* sobre la mesa que me puso feliz con su sola presencia.

Abrí la puerta de la cocina y, casi en un tarareo, exclamé:

–¡Ah, la felici…!

Pero callé. La mirada ofuscada de Víctor no concedió espacio para mayores celebraciones. Aun así, me decidí a saludarlo en tono alegre y juguetón:

–¡Buenos días!

–Buenos días, Luisa –me respondió, todo frío, mientras sacaba las compras de una bolsa.

Observé al hombre con sus gruñidos ahogados y el entrecejo fruncido. Claramente, laminar el queso no justificaba tal nivel de frustración y al verlo así, tan contrariado, comenzó a generarse una pequeña angustia en mi interior. Recordé a mi madre, a mi abuela Isabel y a tantas otras mujeres en sus desahogos sobre sus maridos. Sin importar la queja, el veredicto era siempre el mismo para ellas: «Si el hombre está de mal humor, ¡la culpa seguro la tiene una!».

¡Qué posma! Queriendo ser útil, fui en busca de tazas y platos.

–¿Puede ayudar haciendo el café? –Víctor preguntó al verme abrir la alacena.

La petición hirió un poco mi orgullo.

–Sí, puedo –respondí con acento en la última palabra, lo que no valió mayor atención a mi compañero. Él solo refunfuñaba y cada resoplido suyo se marcaba como un latigazo en mi conciencia.

Molí el café.

Herví el agua.

Puse la cafetera sobre el horno.

Y sobre mi *toilette*, ¡ni pío dijo el señor!

Con tanto silencio, mis remordimientos se tomaron la palabra. «¿Qué mujer le traspasa sus deberes al marido? ¡La cocina no es lugar

para hombres!», fue lo primero que me dijeron. Deseosa de apagar su voz, me decidí a hablar.

–Víctor, ayer leí en una revista sobre el matrimonio Walker-Concha Cazotte que se celebró unos días atrás y… ¿le conté que yo soy muy amiga de Teresa, la madre de la novia? Muchos veranos trabajé como voluntaria en su hogar de las Creches y ¡hasta le mandé una esquela de saludo la última Pascua! –ya más animada, aproveché para hacer un descargo–. Todavía no me explico por qué doña Teresa no nos invitó a la boda. ¡Si no fue hace tanto que asistimos al baile de fantasía ofrecido en su palacio!

Víctor, que ya llevaba laminado medio kilo de queso, soltó el cuchillo y me contempló con gran seriedad.

–Evidentemente no nos iban a invitar al convite –declaró.

Pero yo no me daba por vencida. Estaba empeñada en sacarlo de su mutismo.

–¿Y por qué le parece tan obvio?

Creí escuchar un rezongo antes de que el hombre fuera por una bandejita de plata y la expusiera frente a los dos, como si se tratara de un espejo.

–Con la barbilla en alto, Luisa –me dijo, sin perder la calma, mientras apoyaba su mano en mi cintura–. Eso, pose con el brillo de la seguridad.

Me sonrojé al tenerlo tan cerca, pero, digna ante todo, me rehusé a regalarle una sonrisa.

–Y ahora –él anunció, sin apartar la vista de nuestro reflejo–, repita conmigo: «Me fugué de la casa familiar para ser una mujer independiente. Mi marido es miembro del Partido Obrero Socialista».

Se me estropeó el caracho al instante y mi reflejo desapareció de la bandeja.

–¡Ya se puso pesado! –reclamé, contrariada.

–Luisa, de verdad que se lo digo por su bien. Es mejor que se vaya despidiendo de sus amistades de alcurnia –y con un ánimo más tristón que enojado, volvió a sus labores–. Usted sabe que a esa gente no le gustan las mujeres que piensan por sí mismas.

Evité su mirada y el silencio volvió a llenar cada rincón de la cocina.

–Víctor, mire –dije, finalmente–. ¿Qué le parece si me espera en el comedor? En unos minutos le llevo el café y esa tortilla a la francesa que tanto le gusta.

Hice el ofrecimiento más por mí que por su persona. Ya no soportaba los gruñidos.

–*Va bene,* Luisa –respondió, todavía serio–. *Molto grazie.*

Asentí.

Curiosamente, esos minutos a solas resultaron ser beneficiosos para

mis nervios, ya que toda preocupación se disipó. Bastaron apenas un par de maniobras para que en mi mente no hubiera más espacio que para esos seis huevos bien batidos en leche y las tres cucharadas de aceite de oliva para la sartén que se calentaba a fuego lento. Corté el tocino en trocitos y, cuando la grasa principió a saltar, añadí la mezcla junto a una pizca de sal y pimienta. Dar vuelta la tortilla sin estropearla se convirtió en mi única preocupación.

La cafetera italiana puesta sobre la cocina a leña comenzó a expeler los dulces aromas del café. Serví el brebaje en unas bellas tazas de porcelana y las coloqué en la misma bandeja que antes me había servido de espejo.

Cuando llegué con la bandeja con la comida pude notar que el marido ya había consumido un trocito de *panettone* y que su semblante se había suavizado. Después de unos sorbos a su taza y dos bocados de tortilla, atestigüé una gran sonrisa naciendo de sus labios. Desde mi puesto de la mesa, lo observaba con rigor científico.

De repente, él exclamó:

–¡Ah, qué delicia!

Y, ¡santas pascuas!, volvió a ser el mismo Víctor de siempre.

–Clementina, no sabe cuánto necesitaba esto –me dijo, cariñosamente.

Asentí, sin ganas de sonreír. «*Luisa* para los enojos; *Clementina* para las alegrías», deduje.

A los elogios sobre mi cocina, se sumaron pronto unas anécdotas sobre el acontecer nacional. Como lo era la huelga de conductores y telegrafistas de Ferrocarriles del Estado y el trágico accidente aéreo del teniente Mery, al que se sumaron algunos comentarios sobre los biógrafos de salón.

–Con Eulalio estamos pensando en traernos algunos desde Nueva York –anunció, con ánimo bonachón–. No cabe duda. El cinematógrafo se impone, triunfa y es ya un rival poderosísimo del teatro.

–No me diga.

–¿Le gustaría tener uno aquí en la casa?

–Pero, Víctor, ¿cuánto sale una de esas cosas?

–El aparato, unos cien pesos. Las películas, a treinta centavos el metro.

–¡Ay, misericordia!

Con la conversación tan distendida que se estaba dando, lo más sensato era dejar los rencores atrás y disfrutar del resto del desayuno, entre manjares y temas varios. Pero no fui capaz, ¡tenía el orgullo herido!

–Víctor, ¿me va a contar por qué estaba tan ofuscado?

Sus ojos miel se apartaron de mí por unos momentos y se

refugiaron en el fondo de su taza. Yo, en cambio, no le quitaba la mirada de encima. Con la barbilla bien en alto, así como él me había sugerido minutos antes, me preparé para las quejas que saldrían de su boca. Mal que mal, ya tenía listos los argumentos que justificaban mi sesión de *toilette*.

–¡Malditos policías! –expuso finalmente.

–Pero es que yo… ¿Cómo dijo?

Con el rostro conflictuado de emociones, le pedí más información.

–Iba caminando por calle Agustinas cuando me salieron al encuentro dos agentes de policía. Los saludé con una ligera venia de mi sombrero, pero no alcancé a dar ni dos pasos cuando uno de ellos me agarró del brazo para pedirme los documentos. *Cazzo*.

Esa última palabrota me dejó los ojos como plato, pero la disculpa no llegó nunca. Víctor no había terminado su relato.

–Pregunté el motivo de una inspección tan arbitraria, pero los policías no quisieron revelar detalle –Entonces apretó la mandíbula y su respiración se agitó enormemente–. Me preguntaron de dónde era, a qué me dedicaba e incluso insinuaron que tenía unos «rasgos peculiares» –la rabia lo consumía a esas alturas del relato–. ¡Malditos lamebotas! *Coglione* policías, tan valientes que se creían hasta que se enteraron de mi apellido. Asumieron que era extranjero y se esfumaron en un santiamén.

–¡Es cosa de no creer, Víctor! –exclamé, impactada. Y al verlo tan colorado, pregunté–: ¿Es que le hicieron algún daño?

–¡No, nada! Pero no soporto a estos *figli di puttana* que solo están para atender los intereses de los grandes. Pobre de ellos que me pongan la mano encima otra vez. De una guantada, ¡les boto dos dientes al hilo! *Per me che vadano in culo, maledetti poliziotti!*

Era, sin duda, una mañana llena de sorpresas. Nunca había visto a Víctor echando pericos.

–¡Ah! –exclamé, de repente, al ser iluminada por una revelación–. No es la primera vez que usted pasa por un mal rato como ese.

La sorpresa se reflejó en sus ojos claros.

–En efecto, pasé un desagrado similar… cuando era chico.

–Entonces, cuénteme.

–Pero, Clementina, ¿para qué empeñarse en recordar cosas tristes?

Me eché sobre el asiento, derrotada.

Las cosas tristes del norte, pensé, para terminar la frase por él. Una vez más, todo lo que se originaba en esas áridas tierras terminaba censurado por un velo negro de misterio. Se me empezó a avinagrar el puchero y él se dio cuenta.

–Mejor pensemos en cosas que nos alegren el corazón –dijo, a la vez que posaba su mano sobre la mía y me dedicaba una mirada llena de dulzura–. Como nuestro almuerzo con el doctor Martínez.

–¡Cierto! Con tanto enojo suyo, casi se me olvida ese compromiso.

Hecho el descargo, mis manos se cubrieron de los besos suyos.

–Mi Luisa Clementina. Disculpe este arrebato de mal genio. Es que los policías. Perdone, ¡casi vuelvo a empezar!

Y yo, que me sentía tan culpable por su enojo, caí en la cuenta de que había sufrido en vano. Me pareció escuchar a mi abuela diciendo: «Ay, qué difícil lo tenemos las mujeres. Tan acostumbradas estamos de hacer felices a los otros que olvidamos validar los propios sentimientos».

–Creo que es la segunda vez que lo veo así, tan enojado –respondí luego de un largo silencio.

–¿Segunda? –preguntó, sorprendido–. ¿Cuándo fue la primera?

–Víctor, ¿para qué vamos a recordar cosas tristes?

Él me miró con malicia. Buscando los recuerdos que se desprendían de mi insinuación, exclamó, de súbito:

–¡Ahora caigo! Fue esa vez que Eulalio y usted se emborracharon como cueros.

–¡Uy! ¡Fíjese lo tarde que es! Es menester que nos apuremos si no queremos llegar tarde a la casa del doctor –exclamé y el desayuno llegó a su fin.

Aperados con un alegre ramo de flores para la dueña de casa y unos cigarros importados para el doctor, caminamos muy campantes hacia calle Compañía para pedir un carruaje de alquiler que, pese a ser llevado por caballos, llegó a nuestro destino en apenas diez minutos. Y como a las citas no se debe llegar nunca demasiado tarde ni demasiado puntual, le pedimos al cochero que diera un par de vueltas extra por los alrededores.

Sin embargo, el Parque Forestal, tan famoso por sus verdes prados, pasó delante de mis ojos sin que me percatara del deplorable estado en que se encontraba. Si no fuera por Víctor, ¡ni siquiera me hubiera dado cuenta de que la laguna permanecía seca! ¿Sería tan difícil sacarle una toma al Mapocho para suplir ese defecto?

–Clementina, la batalla ya está ganada. Si el doctor la está invitando a almorzar es justamente para conversar sobre los detalles de su futuro trabajo como asistente.

–¿Cierto? –exclamé, delatando todo mi nerviosismo–. Usted también leyó la esquela donde él me aceptaba, ¿verdad?

Él me dedicó esa sonrisa que tanto me gustaba.

–La leí tantas veces como usted. ¡Cruz *pal'* cielo que todo saldrá a pedir de boca!

Finalmente, nos detuvimos frente a la mansión Martínez de la calle Merced a las doce con ocho minutos. Del brazo de mi amado, me sentí la dueña del mundo.

–¡Oh, un timbre eléctrico! –apunté, ansiosa–. ¡Qué lujo!

–Clementina, no exagere. Si en su casa paterna tenían uno igual.

–Es verdad.

Guardamos silencio al sentir unos pasos detrás de la puerta. Entonces, Víctor me dijo en un susurro:

–*In culo alla balena*.

Lo miré un tanto extrañada y sin saber qué decir.

–*Speriamo che non caghi*! –dijo, con la sonrisa en los labios –. ¡Es un dicho para la suerte!

–Oiga, ¿cómo es eso de «esperar que no se cague la ballena»?

La explicación tuvo que quedar para después. La puerta se abrió con sigilo y de ella emergió un mayordomo vestido de frac y guantes blancos, largo como una espiga, de mostacho abundante y de un ceño tan fruncido que una arruga permanente hacía puente con sus dos cejas.

Sonreímos para ganarnos sus simpatías, pero el gesto lo perturbó profundamente. Sin embargo, y tal como dictaba la etiqueta, el mayordomo recompuso rápidamente el rostro y dirigió su mirada a Víctor a la espera de su presentación. Él, siempre tan amable, preguntó por el nombre de quien nos recibía.

–Sinforoso –informó el mayordomo en un tono imperioso y seco.

–Estimado Sinforoso, somos el matrimonio Viviani Santa María. Venimos a presentarle nuestros respetos a don Gonzalo Martínez. Seguramente usted ya está al tanto de nuestra visita. De los señores Víctor y Luisa.

El hombre nos dedicó una larga inspección visual. Parecía que todo en nosotros le molestaba en demasía: nuestros atuendos, ofrendas. Y mostrarnos tan felices solo agravaba su desdén.

–El doctor y sus amistades –murmuró, un tanto irónico–. Adelante, señores.

Fuimos conducidos a un elegante vestíbulo, donde Sinforoso, con una parsimonia insuperable, recogió el sombrero de Víctor, mi echarpe de seda y estiró las manos para solicitar las flores que habíamos comprado para la señora de Martínez.

–Qué ramo más colorido –comentó el mayordomo.

–Ah, bueno, y estos cigarrillos son para el señor Martínez –agregó Víctor.

El mayordomo los tomó, extrañado.

–Bueno –dijo, encogiéndose de hombros–. Me parece que la señora también fuma.

–Sí, claro, también pueden ser para ella –me apresuré a confirmar antes de que el sirviente se fuera para anunciar nuestra llegada.

Ya refugiados por la soledad, nos dimos permiso para soltar unas risitas.

–El sirviente *pa'* raro –susurró Víctor en mi oído.

–¿Cierto? –agregué, toda coqueta.

Entonces nos alcanzaron los ecos de unas conversaciones lejanas. Quizá pertenecieran a una treintena de personas.

–Luisa Clementina, ¿acaso el almuerzo no era de carácter privado?

–¡Parece que ya no! –dije, extrañada–. Y habiendo tanta gente, ¿será que el señor quiere abrir su propia clínica?

Tentados estuvimos de soltar una buena carcajada, pero las pisadas largas y arrastradas del mayordomo nos pusieron en alerta. Entonces mi corazón comenzó a palpitar de modo inusitado. Después de meses de correspondencia, reuniones, cartas de recomendación y turnos extra en el hospital cumpliría mi sueño.

–Por aquí, por favor –expuso Sinforoso.

Seguimos a nuestro guía por un largo corredor que lucía cuadros antiguos en sus murallas. Retratos de la familia, deduje por los rasgos, que se repetían. Dimos unos pasos más hasta estacionarnos frente a unas amplias puertas de madera. Tras ellas se reveló, por fin, el gran salón con sus muebles rococó, sillones de tela forrada, cojines de seda y una elegante multitud haciendo uso de cada centímetro disponible.

–¿El señor Martínez? –pregunté a Sinforoso.

–Al fondo de la habitación, frente al gran ventanal –respondió para luego desaparecer.

Un murmullo de voces, como abejas en un panal, aturdía nuestros sentidos. El humo de los cigarrillos tampoco ayudaba. Sentí un escalofrío, pero, conteniéndome, atravesé ese mar oscuro de caballeros hasta alcanzar al ilustrísimo Gonzalo Martínez. Estaba el hombre esperándome con sus mejores atuendos, reposado y sereno dentro de un cajón.

–¡Ay, misericordia!

En mi pasmo me quedé sin voz y sin colores.

–Clementina, mi amor.

La voz de Víctor se hizo lejana hasta desaparecer. Como si mi alma hubiera migrado muy lejos del cuerpo que la contenía, observé el velorio desde las alturas. Ni siquiera reaccioné cuando el esposo me tomó del brazo para abrirles paso a unas señoras. Tampoco emití queja cuando me dieron un pisotón.

Con la mirada clavada en el ataúd, temí morirme yo también.

–Ayer, cuando el doctor se preparaba gozoso para un whisky, lo sorprendió la muerte con un infarto. ¡Dios lo tenga en su santo reino!

Una anciana de cabellos grises me liberó del hechizo que congelaba mi sangre. Pese a la pena que también se marcaba en sus gestos, me dedicó una dulce sonrisa antes de presentarse.

–Carmen Toro de Martínez.

–Luisa Santa María de Viviani –dije, quizá por primera vez–. Ayudándola a sentir.

Carmen me observó con gran curiosidad.

–¿Y usted qué era de mi marido? –expuso, finalmente–. Perdone la pregunta, es que entre tanta gente…

Abrí los ojos, perpleja. La señora que yo había conocido en San Bernardo era, a todas luces, mucho más joven que quien me dirigía la palabra. Y, para colmo, con su pregunta confirmé que ella nunca había escuchado mi nombre.

–Soy enfermera –dije, reaccionando por fin–. Del Hospital de San Bernardo.

–¿De San Bernardo? ¡Oh! Gonzalo siempre hacía trabajo voluntario en el hospital de esa ciudad. ¿Le mostró alguna vez uno de sus cuadros? –la viuda se quebró con el recuerdo de su marido–. Él aprovechaba sus estadías para dedicarse a su arte en la más absoluta soledad. Pero nunca más…

–Sí, sí, muy bonitos sus cuadros –dije, aunque nunca había visto ni un garabato esbozado en la servilleta.

Entonces recordé mis sueños, tan muertos como el doctor, y un par de lagrimones se dignaron por fin a salir. En mis manos frías me pareció volver a ver esa carta donde mis sueños de universidad se terminaban.

–Llore, hijita, ¡llore! –me consoló la viuda.

No quise hacer mención del almuerzo al que estaba invitada, ¡menos aún de la ayudantía ofrecida por el doctor! Por un buen rato, me quedé contemplando al finado, entre perpleja y doliente, esperando de alguna forma que se levantara del féretro y me dijera que mañana empezábamos a trabajar juntos.

–Clementina…

Volví a escuchar la voz de Víctor y entonces caí en la cuenta de que siempre estuvo detrás mío.

–Mi amor, ¿le parece si nos vamos?

Asentí.

Después de darle a Carmen el más sentido abrazo, nos zambullimos otra vez en las aguas negras que formaban los asistentes hasta alcanzar las orillas del vestíbulo, desde donde Sinforoso nos condujo hasta la salida. En esta ocasión, el mayordomo nos concedió el más gentil de los tratos. Supuse que era porque ahora estábamos tristes, tal como correspondía a la ocasión.

De vuelta a las calles caminamos por el Parque Forestal. Fue un recorrido silencioso, donde para mí no hubo esculturas, casas ni arboledas. Solo la punta de mis zapatos, que, de tanto en tanto, se asomaban desde las faldas azules de tela *pongeé*.

El suelo era lo único que podía ver.

El vacío que deja el fracaso era lo único que podía sentir.

Demasiado abatida para poder levantar la vista, me aferré al brazo

de Víctor para no caer.

Entonces sentí unos resoplidos.

–Víctor, ¿se está riendo?

–No, para nada...

El hombre ya estaba colorado y con la mirada brillante. Aun así, intentó contener el aliento hasta que unas sonoras carcajadas salieron de su boca.

–¡Víctor!

–Perdone, Clementina. Es que... ¡viejo jodido! Literalmente se hizo de rogar hasta la muerte.

Cegada por el orgullo, agarré el abanico para propinar unos aletazos a quien se estaba burlando de mí.

–¿No ve que me he quedado sin futuro? ¿Sin nada?

Una muchachita de apariencia extranjera y su *nurse* pasaron justo por nuestro lado. La más adulta dijo:

–*Miss*, cuando se case, recuerde siempre dominar sus pasiones para no convertirse en una señora como esa.

–Sí, *nanny* Celinda.

Levanté la vista y de mis ojos salieron rayos de fuego. Sí, ellas tenían razón, ¡era menester que me miraran con recelo! Me estaba convirtiendo en una señora a la que habían dejado de importarle las opiniones del resto.

Ellas desaparecieron como por arte de magia. Víctor, en cambio, levantó las manos en son de paz.

–Ya, Clementina, tranquila.

–¡Hasta cuándo! ¡Que me llamo Luisa!

Con el reclamo rabioso, llegó el arrepentimiento. Me había pasado de la raya. Lo confirmó la expresión de tristeza y desaliento en el rostro de mi esposo, junto a los temblores que dominaron mis manos. Era menester que ofreciera disculpas.

–¿Y qué voy a hacer ahora? –pregunté, en cambio.

–¡Pues, lo que hacen todas las enfermeras! –me dijo con exasperación–. ¡Cuidar enfermos!

Sus palabras, como un golpe, me robaron el aliento por unos segundos.

–Es que usted no me entiende, Víctor –insistí–. Si lo que yo quiero es... es... un trabajo de quirófano como el que hacía a veces en San Bernardo.

Me mordí la lengua para no persistir en mis explicaciones. No quería escuchar otro «las enfermeras no operan», por muy cierto que así fuera.

–Enfermera quirúrgica, eso es todo lo que quiero ser.

No hubo respuesta a mi ruego, mas sí una mirada paciente y compasiva.

–Luisa, está bien sentir rabia y que la saque afuera, pero, por favor, no vuelva a pegarme.

Sentí tanta vergüenza que no pude levantar la vista. No llevaba ni un mes de casada y ya me había comportado como una niña malcriada. ¡Cuántas veces me lo advirtió Petronila!

–Lo siento. No debí.

–Perdóneme usted también, Luisa –se apresuró a decir–. Tampoco debí reírme.

Con el ánimo todavía agrio, continuamos nuestro camino. Callados, pensativos, sin poder mirarnos a los ojos. Demasiado asustados de decir algo que nos hiciera discutir de nuevo.

Llegando a Plaza de Armas y sin mayor preámbulo, declaré con convicción y un fuerte zapateo:

–Encontraré otro doctor, ¡cueste lo que cueste!

Víctor me miró sonriente.

–¡Así se habla, mi Luisa! Y aquí estoy yo para ayudarle –dijo, y estrechó mi mano con fuerza–. No he olvidado las promesas que juré cumplir como su esposo.

Entonces me lo quedé mirando como Pedro frente al Cristo en la cruz: arrepentida, triste, ¡con deseos de retroceder el tiempo para poder corregir mis desenfrenos!

Dimos unos cuántos pasos más y, de repente, él agregó:

–Policías, doctores, hoy no ha sido nuestro día más afortunado, ¿no le parece?

Sonreí, pero unos ojos llorosos dejaron en evidencia mi frustración.

–Sí, maldito día –me sequé las lágrimas y, con acento italiano, exclamé con aires teatrales–: *Porca miseria.*

–*Porca miseria* –dijo él también, divertido, imitando mis gestos.

Y en nuestra felicidad, terminamos besándonos en los labios.

***

Llegada la noche, sentí una nostalgia profunda por mis mujeres. Y, en mis ansias de sentirlas cerca, dispuse sobre la cama un recuerdito de cada una de ellas. La tenue luz que emanaba de la lámpara de mi velador parecía bendecirlas con luces doradas mientras les dedicaba unos dulces pensamientos.

–Buenas noches, mi Petronila.

Un antiguo saludo de cumpleaños de su puño y letra, tal vez la única cosa que la mujer había escrito en su vida, volvió a mi elegante libreta de bordes dorados. Como tantas veces antes, le pedí a la Providencia que le dispensara protección para una exitosa preñez.

–Buenas noches, Clara, Jacinta y Flor Inés.

Descubrí con pesar que su instantánea comenzaba a mostrar tintes amarillentos. Si los negocios de Víctor lo permitían, la próxima semana podríamos hacerles una visita a Valparaíso y ahí volvería a tomarles una foto. Tras un beso, las regresé al cuaderno.

–Buenas noches, mis heroínas.

El retrato de Marie Curie, rescatado de un aviso publicitario, hacía de gran fuente de inspiración. Al igual que la doctora Eloísa Díaz, ella también había cursado estudios universitarios, pero en Física, Química y Matemática, recité una vez más, pues conocía su biografía de memoria.

Proseguí con el prendedor que acompañaba mi traje de enfermera. Una luz de esperanza, como lo era la ilustrísima Florence Nightingale. Ese lo guardé en el cajón de mi velador, confiada en que pronto lo volvería a usar en mis turnos.

¡Nunca hay que perder la fe!, pensé para mis adentros.

Dejé para el final un tesoro que había permanecido dormido entre libros y revistas viejas hasta que la mudanza lo trajo de regreso a mis manos. Al contemplarlo, reí nerviosa, como la primera vez que llegó a mi vida.

En su portada, con primorosa caligrafía, se leía:

Educación sexual. Y un par de renglones más abajo, el nombre de su autora: María Isabel Echeñique.

–Apuntes esenciales para una mujer joven como usted –dije, repitiendo las mismas palabras de su creadora. Y luego, casi en un grito de emoción, exclamé–: ¡Cuánta falta me hace, querida abuela!

Mis dedos dibujaron cada letra de su nombre añorando compañía. ¡Qué torpeza la mía no haberle dedicado más tiempo mientras estuvo viva! Me llevé el libro al pecho y, al cerrar los ojos, por momentos creí sentir su abrazo y ese perfume de jazmín que siempre usaba. La imaginé de la mano de su querido Ravinder allá en el Bombay del paraíso.

–Buenas noches, Isabel –murmuré en dulce despedida.

Luego abrí los ojos. Fue cuando la alegría me abandonó rápida como un suspiro: a medio metro de mí, una cama vacía esperaba por su dueño.

–¿Y ese libro?

La pregunta me trajo de vuelta a la realidad. Era Víctor, que regresaba de su baño.

–¡Ah! De mi abuela –me apresuré a responder, dedicándole una gran sonrisa al marido–. ¿Se acuerda de ella?

Asintió.

–Una mujer inteligente y de grandes talentos, como su nieta.

Al inclinarse cerca mío, pude notar que el título del libro había capturado su atención. Me ruboricé al instante.

–¿Usted me permitiría leerlo? –me preguntó, sin atisbo de broma.

Mi primer impulso fue negarle el permiso, ya que escritos como esos eran cosa de mujeres. Sin embargo, y en un gesto de audacia, le dije:

–Sí, por supuesto. Estará en mi velador para cuando guste revisarlo.

Sonrió con gusto.

–Gracias –dijo, depositando un dulce beso en mi frente.

Entonces lo seguí con la mirada mientras se dirigía a su cama a paso ligero. Luego de sentarse sobre la colcha, ya dándome la espalda, se despojó de la bata para ocultarse con premura bajo las sábanas. A esas horas, la temperatura bien podría alcanzar los veintinueve grados, pero Víctor apenas asomó la cabeza y, desde su trinchera, me observó regresar mis tesoros a la cajita. Eso y unas risas. La postura de mi gorro de dormir siempre le causaba la mayor de las gracias.

Me acosté yo también y nos miramos largamente.

–Luisa, sea sincera conmigo. ¿Lamenta mucho haberse casado en San Bernardo?

Su pregunta me causó gran asombro. Antes de que alcanzara a contestar, agregó:

–Se lo comento por lo que me mencionó esta mañana. El matrimonio de Luisa Concha Cazotte en su palacio… Como la nuestra fue una ceremonia tan íntima y sencilla.

–Quédese tranquilo, esposo –afirmé con entusiasmo–. Tengo de nuestra boda los más lindos recuerdos. Además, ¡jamás pensé casarme para Nochebuena!

Su mirada traviesa cuestionó mi entusiasmo.

–¿Usted sabe cuánto la quiero? –insistió en preguntar.

–¡Por supuesto! Más que la luna, el cielo y las estrellas.

Mi tono de niña lo hizo reír.

–Así es. Eso y mucho más.

Sostuve su mirada por largos segundos. Deseaba tanto su compañía.

–Buenas noches, Luisa.

Suspiré.

–Buenas noches, Víctor.

Apagué la luz. Los pensamientos, como mariposas nocturnas, iniciaron su revoloteo en mi conciencia. *El amor me ha hecho merecedora de una dicha inmensa*, fue lo primero que pensé. *Mi matrimonio había sido elección del alma y la simpatía*, repetí poco después.

Contemplé el dormitorio. Incluso bajo los efectos de la penumbra, se mostraba como una habitación preciosa y muy higiénica. *¿No era este refugio todo lo que siempre quise?*, concluí, orgullosa.

Pero.

Mordí las sábanas. Intenté pensar en otra cosa.

Pero.

Un diablo de idea me atormentaba.

¡Porque siempre se sueña con lo que no se alcanza!, reclamé, ahogando el ímpetu con la almohada, pues deseaba tanto meterme en la cama de Víctor y que se me maleara el carácter para perder la pureza y el candor de mi alma en un estrecho abrazo, y así juntos, ¡tan juntos!, olvidarlo todo.

Inés, ¿tú también sentiste ese hilo, invisible e inmisericorde, que atrapaba el amor que tu corazón anhelaba traspasar con el roce de tus dedos?

Sin embargo, no fui débil frente a mis pasiones. Me mantuve quieta en mi lugar, respetuosa de la única petición que me había hecho Víctor para nuestro matrimonio.

Tiempo.

Y así, resignada a mi suerte, lo busqué con la mirada, sabiendo de antemano que la oscuridad no me permitiría distinguir sus rasgos. Sin embargo, al creer encontrar sus ojos, por un breve momento, me pareció que brillaban por la pena.

Luisa

Santiago, 21 de febrero de 1914

Tras los visillos del balcón todavía no asomaba el amanecer cuando unas lentas campanadas resonaron por la habitación. Una, dos, tres... ¡cinco! Respetuosa del reloj que les daba vida, mantuve los ojos abiertos hasta que un isócrono tic-tac volvió a colmar el ambiente. Entonces, sonriente y libre de remordimientos, me dormí otra vez.

Mas el silencio duró poco.

Desde la oscuridad que me concedía el sueño, reconocí un largo bostezo al que siguieron unos pasos arrastrados sobre la madera.

–Mi amor.

Era Víctor.

–¿Humm? –murmuré.

–¡Buenos días!

Ah, la energía de la juventud, pensé al ver su rostro sonriente y le dije:

–Humm.

Los «buenos días» de mi corazón somnoliento y enamorado lo hicieron reír.

–Luisa, duerma otro ratito.

–Pero, cómo se le ocurre –expuse, bien abrazaba la almohada de plumas.

–Insisto. La despierto luego.

–Bueno.

Cerré los ojos, pese a que el sueño me había abandonado. Así lo dictaminaba nuestro pacto tácito de todas las mañanas: fingirme dormida mientras él buscaba su atuendo.

Lo primero que apercibí fue un rechinido de bisagras.

Víctor ha abierto el armario.

Le siguió un fugaz traqueteo de unos colgadores, el revoloteo de unas telas y unas suelas chocando entre sí. Golpecitos débiles al aire. Una, dos, tres veces.

Víctor ha extendido una tenida sobre la cama, pero no se ha decidido respecto de sus zapatos. Los contempla y los devuelve al armario. Ahí va de nuevo.

Una pausa seguida de un resoplido anticipó el clic de una llave. Luego escuché un cajoncito abriéndose. Era el segundo del costado izquierdo, estaba segura, porque era el único que siempre permanecía

cerrado.

¿Será un cinturón? ¿Una chaquetilla? ¿O quizá?

La prenda también cayó pesada sobre la cama.

El cajoncito. Le ha puesto llave otra vez.

Siguieron unos segundos más de silencio antes de que las puertas del armario retumbaran al cerrarse, los pasos de Víctor se perdieran a lo lejos y, poco después, otra puerta se cerrara con pestillo.

Víctor ha entrado al baño y no volverá a salir hasta dentro de una hora, quizá más.

Entonces un sonido profundo y melancólico quedó suspendido en el aire. Era mi propio suspiro anhelante por ese tramo de la vida que se desarrollaba mientras mis ojos permanecían cerrados.

***

En la calle de Ahumada se ha instalado un nuevo salón de café que ofrece las mayores comodidades que el público puede apetecer. Luz eléctrica en su amplio comedor, baños siempre disponibles y una orquesta para amenizar las onces. Un local serio al que no se asistía para lucir joyas ni *toilettes*, sino para entregarse a los perfumes de un buen café de grano y los confites de las más variopintas recetas.

Todo eso y más anunciaba la prensa sobre el nuevo Café Santos. El mismo recinto que tenía frente a mis narices esperando a que me decidiera a entrar. Saqué mi reloj por tercera vez, solo para confirmar lo que ya sabía:

–Ya son pasadas las nueve.

Entre las cortinas de tul que cubrían las ventanas a media altura, se dejaba ver el constante ir y venir de unos elegantes garzones de chaquetas blancas, confirmando así la buena recepción del público hacia el recién inaugurado café. «Gente de negocios, escritores y bohemios», recité, aludiendo otra vez a los diarios. Parecían estar todos menos el viejo Eulalio.

Cansada de esperar, me dirigí a paso firme hacia la entrada y, entre murmullos, me di ánimos con los dichos de sor Prosperina.

–Digna, siempre digna.

En el salón, larguísimo y de una decoración dispuesta con verdadero acierto, tres hileras de mesas de caoba oscura con sus lamparitas de aceite –quizá fueran unas treinta– recibían al comensal. Un aroma de café y fuertes esencias dominaba el ambiente, entremezclado con el humo de tabaco que se elevaba hasta unas lámparas colgantes de aspecto exótico que iluminaban el camino hacia la barra del barista y la caja registradora. Cuando examiné con prolijidad los rostros, mis sospechas se confirmaron. Era la única

mujer sola y, como tal, preferí sentarme en una de las mesas cercanas a la entrada. Por fortuna, un joven mozo corrió presto a hacerme compañía.

–Buenos días, señora –me saludó con una ligera reverencia–. ¿Qué le puedo servir?

–Un cappuccino, por favor.

–¡A la orden!

Y me quedé sola otra vez.

–¡Oh!

En mis deseos de admirar el gran cuadro dispuesto al fondo del salón, un pasmo de miradas curiosas salió a mi encuentro. Ellos también se habían dado cuenta de que no tenía acompañante y, dominada por las nerviosidades, clavé la vista en mis manos y el anillo de clementinas que tanta felicidad me producía. Sin embargo, la contemplación de la joya, lejos de calmarme, inspiró un coraje furioso que encendió mis mejillas.

¿Por qué miércales tengo que bajar la mirada? ¿Acaso es pecado que una mujer entre sola a un café?

Entonces levanté la vista con tanto ímpetu que doblegué a varios curiosos que se encontraban de camino al cuadro.

Sonreí.

–Señora, su cappuccino.

Mis ojos negros buscaron en las alturas al encargado de mi mesa. Con dotes de intrépida audacia, hice mi siguiente solicitud.

–Joven, ¿me podría traer un cenicero?

El mozo, aturdido, permaneció inmóvil.

–Que si me puede traer un cenicero –repetí.

–¡Ah!, sí, a la orden.

Mis deseos no tardaron en ser cumplidos. Encendí el cigarro en su presencia para dar fe de mis palabras.

–Muchas gracias.

El muchacho me dedicó una sonrisa antes de regresar con el resto de los meseros, los que ya cuchicheaban, divertidos como niños por mi descaro. Con la primera bocanada de humo, decidí sonreírles yo también y creerme, por unos segundos, la George Sand de Santiago. Bohemia, brillante y merecedora de todos los placeres masculinos, como lo era disfrutar de un buen pucho a vista y paciencia de todo el mundo.

–Debe ser una solterona. Por eso se comporta así, tan suelta.

El insidioso rumor llegó a mis oídos. No dije nada, pero levanté teatralmente la mano derecha para acomodar algunos cabellos de mi peinado. Fueron movimientos lentos para lucir el tabaco y la alianza de oro que decoraba mi dedo anular.

–¡Qué desgracia! –se escuchó poco después–. Pobre del marido que

tenga que aguantar semejante...

Ni siquiera alcancé a enojarme. Antes de que pudiera levantar reclamo, mi enemigo emergió del anonimato por causa de un súbito ahogo. Y es que de tanto chismosear en mi contra, a la mujer en cuestión se le había quedado un pedazo de carne atrapado en la garganta, o así parecía, por el sándwich a medio comer que descansaba sobre el plato. Sin saber qué hacer, su acompañante la abanicaba para darle consuelo.

El cigarro tendría que quedar para después.

–Ya, deje ese abanico –le dije al hombre–. ¡Ni que se le estuviera quemando la señora!

Él me obedeció. Ella, aún en su ahogo, me miró aterrorizada.

–Con su permiso, *madame* –le dije, a la vez que la abrazaba por la espalda con ambos brazos–. Esta atorranta le va a salvar la vida.

Con el puño a la altura del ombligo y la otra mano sosteniéndolo con firmeza, inicié una serie de compresiones sobre el estómago de la mujer que despertaron el asombro de la concurrencia. Mi intención era provocar la tos, pero no faltaron los mal pensados que creían estar presenciando una venganza y me trataron de loca. Los gritos de quien supuse era su marido retumbaban en mis oídos y, para mayor desgracia, la mujer era de carnes abundantes y dueña de un corsé rígido como armadura. Mas no me di por vencida y seguí con el rescate, evocando las prácticas que sor Prosperina me había concedido con tanta asfixia que los atracones de comida solían provocarle. Una y otra vez, hundí el puño sobre el estómago, adentro y hacia arriba, mientras pensaba: *Nunca se me ha muerto un paciente y esta no va a ser la excepción*.

Concentré todas mis energías en un último golpe, rápido y seco.

–¡Sal de una vez! –grité.

Entonces el pedazo de churrasco voló por los aires. Todos lo seguimos en su vuelo de estrella fugaz hasta verlo caer a los pies de un italiano bonachón y senil que me contemplaba con ojos brillantes de orgullo.

–Bravo, doctora, *bravissimo*! –exclamó Eulalio a todo pulmón–. Eso fue *straordinario*!

Meseros y comensales se miraron unos a otros, desconcertados por las felicitaciones. De atorrante había pasado a ser médico y mi proceder no hacía más que confirmar el hecho. Se produjo entonces un vigoroso aplauso entre los presentes y la mujer que antes me había vapuleado, besaba mis manos con profundo fervor. Eulalio, a mi diestra, avivaba las ovaciones apasionadamente.

–¡Me ha salvado usted la vida! –exclamó la mujer de nombre Carlota y dos lagrimones se perdieron bajo el fino pañuelo de seda que cubría su cuello–. ¿Qué puedo hacer para compensarla?

–Señora, no necesito ninguna recompensa. Con mi deber nomás cumplo.

–Por favor, dígame, algo habrá en lo que pueda ayudarla.

Los gruesos collares de perlas que lucía Carlota emitieron un curioso tintineo con su súplica.

–Señora, no se preocupe.

–¡Insisto!

Previendo que una nueva negativa nos pondría a pelear, fui en busca de mi carterita y le hice entrega de un elegante sobre cuyo interior contenía unos documentos mecanografiados que siempre llevaba conmigo. Carlota pestañeó muchas veces al recibirlo y un resquemor se asomó en su semblante cuando le sonreí. Entonces me preguntó con voz dura:

–¿Cuánto quiere?

–¿Cuánto qué? –con la comprensión, llegó el pudor que sonrojó mis mejillas–. ¡Ay, no, que no busco dinero!

Abrí el sobre para despejar todo malentendido entre las dos.

–Señora, estos párrafos que le comparto son mi hoja de vida como enfermera. Mis estudios en el campo de la ciencia médica, mis logros en el Hospital de San Bernardo. Realmente no ostento título de doctor, como indicó el caballero aquí presente –ahí llegó un codazo para Eulalio–, pero mis anhelos profesionales son serios y muy nobles.

La mujer ya no mostraba un aspecto severo, pero seguía sin entenderme.

–Doña Carlota, a ver...

Ya me había advertido Víctor sobre mi mala costumbre de enredar las cosas y todo indicaba que había vuelto a caer en ese vicio. «Luisa, hay una frase para la gente que exagera en la política. Se dice que son demasiado amables para ser sinceros», me advirtió en una ocasión similar.

Sin más preámbulos, procedí a exponer lo que realmente deseaba.

–Doña Carlota, si usted llegara a conocer a un cirujano falto de enfermera para apoyarlo en el quirófano, ¿podría hablarle de mí?

Ella sonrió iluminada por las llamas de la compresión.

–Pues claro, niña. ¡Lo haré con las mejores referencias de mi parte!

La esperanza volvió a renacer en mi corazón después de tantas semanas de rechazos. Al parecer la mujer lo notó porque, al despedirnos, me dijo:

–No pierda la fe.

Asentí, iluminada por un ligero optimismo. La misma Luisa sola e insegura de hacía unos minutos, ahora regresaba del brazo de Eulalio y se llevaba con ella el respeto de los asistentes del salón. Sobre la mesa, un café humeante y unas masitas dulces, cortesía de la casa, esperaban por mí. ¡Qué curioso cómo las circunstancias pueden

cambiar de un momento a otro!

–Oiga –susurré a mi acompañante–. ¿Y usted por qué anda diciendo que soy doctora?

El viejo se encogió de hombros, sonriente y festivo en sus modos. Su asombrosa capacidad para simplificar las cosas hacía un contraste divertidísimo conmigo.

–Enfermera, *dottoressa*, *non vedo nessuna differenza!*

Contradecirlo me pareció un acto inútil y en silencio lo observé dirigirse a su silla desde donde, y ya posicionado frente a ella, el hombre estiró los brazos levemente hacia adelante, levantó bien las posaderas y se dejó caer lentamente sobre el cojín. La ceremonia no estuvo exenta de reclamos.

–*Mamma mía*, ¡estos asientos están cada día más duros!

Los años no pasan en vano, pensé, pero no dije nada. Sabía que el italiano era orgulloso hasta lo ridículo.

–¿Y cómo está *la mia bellissima* Luisa? –preguntó con entusiasmo. Sus ojillos chispeantes me contemplaban con aprecio.

Pero antes de que pudiera contestar, exclamó de repente:

–*Ma che cosa*! Así no se puede conversar.

Hizo unas señas que el mesero entendió a la perfección y dos copitas de oporto aparecieron frente a nuestros ojos.

–*Mens sana in corpore sano* –sugirió a modo de brindis.

Me reí de sus ocurrencias y alcé la copa para corresponder el saludo.

–*Salute, Eulalio!*

–*Salute, ragazza.*

El dulce vino fue servido y degustado en medio de un gran entusiasmo que no fui capaz de extender más allá de los últimos sorbos a mi copa.

–¿Qué le pasa, Luisina?

–No sé, estoy cansada.

Lo dije y mordí mis labios, arrepentida. En mi condición de desempleada ni siquiera merecía estar vegetando en un café. *¡Si tan solo el doctor Martínez no se hubiera muerto!*, pensé, inútilmente, mientras Eulalio hacía reflexión similar respecto de su situación financiera.

–¡Si tan solo nos hubieran resultado los negocios en Buenos Aires!

La crisis incluso había alcanzado la epidermis de las familias más acomodadas de Santiago y, por mucho que el Gobierno asegurara que el salitre se seguiría vendiendo como antes –y que el dinero no faltaría en el bolsillo de nadie–, todos estábamos condenados a gastar cuanto billete de banco pasaba por nuestras manos.

–Y una aquí, ¡desempleada! –chisté con aires de fracaso.

–¡Pero ya verá cómo sube el cambio y baja la carne! –aseguró el

italiano para equilibrar la balanza.

A medida que la conversación transcurría, una tempestad de nostalgias me hizo la cabeza tan pesada que mi vista terminó de nuevo en el anillo. Como nunca, eché en falta a mis mujeres, los largos turnos en San Bernardo y ¡ganar mi sustento! Sin duda, eran circunstancias que invitaban a expresar la frustración con unas cuantas lágrimas, pero, fiel a la promesa que le había hecho a mi Petronila, me mantuve firme.

–Perdone este numerito, Eulalio –dije, mientras me valía de un pañuelo–. Solo estoy cansada. Muy cansada.

–Tranquila, mi *ragazza*.

Juraría haberlo visto sonreír cuando me dijo:

–Ya sé que Víctor es el que la tiene así.

Mi segundo bostezo murió abruptamente. El modo tan jovial de Eulalio no dejaba ocasión para el agote que intentaba interpretar.

–¿Víctor?

–Luisa, conmigo no tiene que fingir –y después de una larga pausa, agregó–: Ya sé que *il mio nipotino* ¡es un desastre en la cama!

Un súbito rubor secó cualquier asomo de lágrima.

–¡Qué cosas dice, Eulalio! –exclamé con premura–. No, no.

–¡Pero si es una verdad *innegabile*!

–No, usted exagera. ¡No, señor!

Defendí a mi marido hasta la muerte sin entender qué intimidad era la que estaba negando con tanto ímpetu. ¡Si a Víctor no le había visto ni las rodillas!

–Luisa, no hay nada de qué avergonzarse. *Io ti capisco perfettamente.*

–¿Y usted cómo es que me entiende tanto? –pregunté, asustada.

Eulalio dedicó unas cariñosas palmaditas a mi mano empuñada hasta que no me quedó más opción que abrirla y, de paso, relajarme un poco si quería escuchar la infidencia que el señor me tenía reservada.

–Pero no le vaya a decir que yo le conté. Porque a Víctor esta cuestión le da vergüenza o pena, ¡o qué sé yo! Es algo muy... *personale*.

Asentí y de una sola bocanada mi segundo cigarro quedó a la mitad. Mi conciencia naufragaba en un mar de pensamientos cochinos.

–*Poverina* Luisa, las cosas que le toca aguantar de su *marito.*

–¿Aguantar? –pregunté en un hilillo de voz.

–¡Cuánta violencia!

–¿Violencia? –repetí en mi desconcierto–. ¿Víctor le pegaba?

–¿Cómo? Y a usted, ¿no?

–Y a usted, ¿sí?

Como no agregué comentario alguno más que la perplejidad de mi rostro, Eulalio se reclinó en su asiento antes de continuar su relato.

–Luisa, *Io* tengo *molta pazienza*, pero después de que su *marito* me dejó un ojo morado, ¡nunca más me acosté con él!

Me quedé de una pieza, tal fue mi impresión, y antes de que me diera un soponcio, tuve la viveza de preguntar:

–¡Pero Eulalio! ¿No se referirá usted a dormir? ¿A compartir la cama?

El viejo sacudió sus manos en el aire.

–Acostarse, dormir. *Non vedo nessuna differenza!* –replicó.

Entonces recuperé el aliento.

–Luisa, le hablo de tiempos en que *il lavoro* no andaba muy bien y no me quedaba más que compartir cama con el *ragazzo*, como usted bien dice, pero, *porca miseria*, ¡mejor se duerme en el suelo con las cucarachas!

Creí inhalar todo el aire del salón antes de exclamar:

–¡Vaya con este Víctor!

El viejo celebró mi ímpetu con una buena carcajada.

–*Il mio nipotino*. Es un desastre, *vero*?

Reí de buena gana y mientras lo hacía mis recuerdos me llevaron de vuelta a mi alcoba, donde contemplé a Víctor tapado hasta a las orejas y tan quieto en sus modales que ni una arruga se asomaba en su colcha. Al día siguiente, su cama seguiría mostrándose tan lisa como si nadie hubiera dormido en ella.

¿De qué Víctor me hablaba Eulalio?

Cuando volví de mis cavilaciones, la risa me había abandonado por completo. En mi rostro solo quedaba una mueca insípida que el viejo atribuyó al cansancio que yo tanto promocionaba.

–Luisa, el otro *giorno* me acordé de sus viejas andanzas por la fábrica de don Lindorfo González. ¿Ha sabido algo de las amigas que hizo cuando *lavorava* ahí?

–La semana pasada me aparecí por la fábrica, pero fue en vano –respondí, seca–. ¡Lindorfo las había despedido a todas!

Las tazas tintinearon con el golpe que Eulalio le dio a la mesa.

–*Porca vacca!* Creo ha llegado el momento de buscar otro proveedor de camisas –el viejo titubeó por unos segundos–. *Mi perdoni,* Luisa, no debí decir tanta *parolacce* delante suyo.

No hice comentario. Mi cabeza divagaba. «Yo también quiero dormir con Víctor, a riesgo de alguna patada voladora».

–Y esa *ragazza* tan bonita de su hermana. ¿Adelaida era su *nome,* verdad? ¿Cómo se encuentra?

–¡Encinta!

Mi propia descortesía me trajo de vuelta a la Tierra. Avergonzada, agregué sin mucho entusiasmo:

–Me la encontré ayer en la plaza, pero me negó el saludo. De todas maneras, lucía un cutis rozagante de salud.

Las preguntas llegaron a su fin. Mi interlocutor podría poseer un optimismo desbordante, pero no era estúpido. Se reclinó en su asiento para contemplar mi sinfonía de gruñidos ahogados por breves sorbos de café, pues, sin importar lo que ocurriera en el salón, yo seguía atrapada en la alcoba nupcial.

–*Caro* Luisa, quizá debería considerar reunirse con mujeres. Ehh, *come si dice*?, con intereses más parecidos a los suyos.

–Eulalio Viviani, ¡sabía que era usted!

Nuestro silencio fue aprovechado por un hombre que se acercó a la mesa. Era Rafael Cabrera, un abogado y conocido de Eulalio que quería saludarlo y, de paso, preguntarle por la mujer que había salvado a la señora de Hugo Riquelme.

–*Caro* Rafael, Luisa está casada con mi Víctor. ¿A que no soy el hombre más afortunado del mundo?

–Eulalio, ¡qué honor tener una nuera tan talentosa y valiente!

–*Per favore*, dígalo otra vez, que a esta *donna* se le olvidan fácilmente sus méritos.

Intercambiamos unas miradas cómplices con el italiano mientras Rafael solicitaba mi mano para besarla.

–Inteligente y poseedora de una belleza exótica, ¡como de las lejanas tierras de la India!

El inesperado piropo despertó la más curiosa sorpresa. «India» me habían dicho muchas veces, pero siempre en contextos más bien despectivos.

–He viajado muchas veces a Bombay, por eso se lo comento –agregó el abogado poco después.

Era, además, la primera vez que mis verdaderos orígenes eran detectados por un extraño.

¡Es usted muy observador, señor Cabrera! Eso debe ser herencia del amante de mi abuela, fue lo que pensé en decir, pero Isabel Echeñique, que Dios la guarde en su santo reino, jamás me lo perdonaría.

–Muy amable, señor Cabrera. Luisa Santa María de Viviani, para servirle –respondí, en cambio.

El recién llegado me contemplaba con ternura y, sin saber qué hacer frente a tanta atención, le sonreí con extraordinaria timidez.

–¡Ah, la bendición de los primeros meses de matrimonio! –soltó el abogado con un tremendo suspiro–. Les confieso que las sonrisas y las atenciones ya son un vago recuerdo para mí. Catalina, mi señora, por cualquier nimiedad ¡me hace una escena de horrores! Y ustedes saben que una mujer violenta es una anomalía. En cambio, la que no grita, no se queja y no turba la vida con sus arrebatos es la que inspira la mayor de las simpatías. Pero, vaya suerte la mía, en casa me espera la

peor de todas. ¡Cuánto carácter tiene!

El hombre soltó una buena carcajada. Yo también sonreí al manifestarle mi parecer.

–Estimado Rafael, por el contrario, creo que a su mujer le hace falta carácter.

–¿Usted cree?

–¡Por supuesto! –exclamé animosamente–. En su lugar, ¡hace rato me hubiera divorciado de usted!

Entonces reímos los dos, como unos cínicos.

–¡No sabía que su nuera era tan divertida, Eulalio!

–¡Por eso la amo *così tanti*! –celebró el italiano.

Eulalio me dedicó una mirada rebosante de cariño y, en su risa, sentí cómo mis tribulaciones se volvían pequeñas, insignificantes incluso. Le sonreí de vuelta, profundamente agradecida de su cariño incondicional.

–Eulalio, doña Luisa, si me disculpan...

Por supuesto, mi comentario marcó el final del encuentro. Con un ademán de fingida cortesía, el señor Cabrera regresó a su mesa y Eulalio retomó la palabra en la nuestra.

–Luisina, ¿le puedo decir algo?

Busqué el mechero para encender un cigarro. Ya era el tercero de la mañana.

–Sí, por supuesto.

Mis manos morenas, el anillo de clementinas, el faldón de lino... Sin darme cuenta, había vuelto a bajar la cabeza.

–¡Usted *mi ricorda* tanto a mi Luisa Carvajal!

Mi corazón se detuvo por un breve instante y nuestras miradas se encontraron otra vez.

–Mi sobrina era una *ragazza* muy especial, sin duda –el viejo sonrió y, por unos segundos, su vista se tiñó de nostalgia–. ¡Bah!, pero la vida me bendijo con la llegada de otra Luisa. Una que vestía ropajes de *ragazzo* pobre y que un día no dudó en auxiliarme cuando unos ladrones me atacaron en plaza Brasil.

–Eulalio...

–La misma *donna* que dejó la casa de sus padres para convertirse en enfermera y está felizmente casada con *il mio nipotino*, que es como un hijo para mí. Dos años se cumplen desde ese cumpleaños en que usted sentía que el mundo se acababa por convertirse en una *zitella*... solterona de veintitrés. ¿Se acuerda de ese día en plaza Brasil? Nosotros, dos tontos peleándose por un reloj *di oro*...

Con la risa se me nublaron los ojos. Reía y lloraba a la vez.

–Sí, sí, ¡mi querido reloj!

Lo saqué de mi bolso casi por reflejo y el viejo sonrió admirado por el cariño que le prodigaba a su regalo. *¡El sueño que tuve en San*

Bernardo!, recordé de repente, pero sin ánimo de arruinar tan emotivo momento, me guardé mis preguntas sobre flores rojas.

–Luisina, no me cabe ni una sola duda de que va a conseguir lo que se proponga –entonces me acercó su pañuelo–. Incluso esas cosas que la tienen suspirando sin descanso. Y lo que pasa con Víctor –agregó con fuerte convicción–. Es un pelo de la cola, ¡una *cavolata*!

Asentí, sin atreverme a hilar respuesta.

–Estoy seguro de que, si habla con Víctor, el muchacho moderará sus manotazos al ponerse a dormir.

El viejo le dio unos golpecitos a la madera para alentar la suerte.

–¡Ah, por supuesto! –afirmé con premura–. Pronto hablaré con él.

Unos cafés aparecieron en la mesa. Sin darme cuenta, el italiano los había pedido para discutir «dos asuntos de suma urgencia», según sus propias palabras, aunque de ellos solo fue capaz de recordar uno, por más que se rascó la cabeza intentando estimular su memoria. El esfuerzo, afortunadamente, le sirvió para tomar nota de unos pesos que le debía a su despachador.

–Por la entrega de unas cajas de dulces y confites. Antonio Vergassola, un buen *ragazzo*... –comentó.

–Pero, Eulalio, ¿qué era lo que me tenía que decir?

–Es que tengo una inquietud *molto*...

Me recosté en el asiento antes de exclamar con impaciencia:

–No me diga que es otro asunto... *molto personale*!

El señor se sonrió en una pausa que me pareció eterna y con los ojos rebosantes de alegría, finalmente preguntó:

–¿Qué va a querer para su vigésimo quinto cumpleaños?

Inés

Viña del Mar, 9 de enero de 1932

Eran las nueve de la mañana. El comedor del hotel estaba en su apogeo y hacía su agosto con el servicio del desayuno. La iluminación era espléndida, la suave música un deleite y un exquisito gusto por la decoración completaban la escena de meseros corriendo de acá para allá y de huéspedes felices que levantaban platos con cuantiosos manjares.

Lejos de todo el bullicio, se encontraba Inés. Afuera en los jardines, la joven, acodada en una mesita, leía una carta y soñaba con los suyos.

«*Mia cara Ines... Come ti senti oggi?*».

Recordar la voz de su querido abuelo le bastó para sonreír.

–*Benisimo, nono* –murmuró la muchacha en respuesta–. Cumpliendo con su encargo, tal como me lo pidió.

Las brisas frescas de la mañana jugaban con sus cabellos de oro y los encajes del trajecito blanco revoloteaban vaporosos sobre su cuerpo esbelto. También con esa carta que se empeñaba en arrebatarle de las manos para hacerla volar por el cielo.

–No, todos menos eso... Por favor, no me hagas volver al comedor.

Y el viento, obediente, cedió a los caprichos de la cantante. Inés volvía a sonreír y un «gracias» nació de sus labios.

–Pues bien, ¿en qué estaba?

Regresó a la carta y al listado contenido en ella. Según se indicaba, para cada lugar mencionado correspondía hacer una fotografía y si Inés podía aparecer en ella, tanto mejor.

–Veamos... Plaza Vergara... ¡listo!

Inesita, en nuestro primer viaje juntos, Vittorio le tomó molto affetto *a esa plaza. Apenas tenía oportunidad, él se iba a pasar el rato al parque para leer y escribir, pese a que los alrededores ofrecían panoramas mucho más interesantes. Creí que tal* amore por *ese lugar se debía a sus verdes parajes, tan diferentes a los que pueden apreciarse en la pampa salitrera, pero un día lo seguí* in segreto *y me lo encontré muy fresco flirteando con una de las chiquillas Wilms Montt. Iba a castigarlo por haberme mentido, pero su galanteo me inspiró tal ternura que no tuve* il cuore *para reprocharle.*

Después de todo, el muchacho salió tan seductor como su tío.

Inés ocultó su boca para disimular las carcajadas.

–Eulalio, viejo zorro –exclamó–. ¡Por eso lo quiero tanto!

Luego de un sorbo a la taza de café, fue el turno de la instantánea del Castillo Wulf. Había sido tomada apenas un par de días atrás y en ella posaba Inés con una sombrilla pagoda.

El castillo Wulf, ¿está en pie ese edificio?

No entiendo cómo estando a la orilla del mar todavía no se lo ha llevado una marejada. ¿Le conté que Gustavo Wulff es amico mio*? Si lo llega a ver en su visita a Chile, dele mis saludos y recuérdele que aún me debe cien pesos de una partida de póker,* ¡porca miseria!

El día que Vittorio conoció el castillo no se encontraba con el mejor ánimo. Sufría el quinceañero por las asperezas propias de la edad ingrata y dudaba de cualquier complimenti *que se le hiciera a su persona, creyéndolo un simple piropo de cortesía. Si lo hubiera visto, querida Inés,* bel ragazzo *como él no había en la ciudad, apenas superado por su tío a la misma edad. Por fortuna, después de una larga conversación, y unas cuantas bromas, logré hacerlo reír nuevamente. «Espero que un día pueda ayudar a alguien, así como usted lo hace conmigo», me dijo, eso jamás lo olvidaré, y yo le dije que así sería. Años después, Vittorio conoció a Luisa y con eso creí cumplida su promesa. Sin embargo,* amata nipotina, *a veces creo que él hablaba de usted, sin saberlo.*

–Yo también lo creo, *nono*...

Suspiró la joven como se recordaba a un amor perdido. Sus ojos tenían una intensidad profunda y su boca pequeña sonreía con nostalgia. Así fue como la encontró *mister* Elano cuando fue a buscarla al jardín.

–*Miss* Rossi, *are you feeling well?*

El tono sombrío del hombre no daba cuenta de su verdadero interés.

–*Mister* Elano, dígame –dijo la muchacha, ignorando la pregunta–. ¿Usted cree que estas fotografías ayuden a Eulalio a no olvidar? Mi mamá dice que el daño es irreversible y que solo irá en aumento con los años.

El abogado observó las fotos y el listado de lugares incluidos en la carta. El hipódromo, emporio Lopresti, la Fábrica Chilena de Sederías, plaza Aníbal Pinto, entre tantos otros, que la muchacha se había empeñado en visitar solo para conseguir el ansiado recuerdo para el señor Viviani. Entonces un pensamiento tan rápido como un aerolito cruzó su mente y por todo comentario, el hombre dijo:

–¿Usted se sentiría mejor si no hubiera hecho nada?

–¡Por supuesto que no!

–Entonces, vale la pena el esfuerzo.

La joven lo abrazó. Fue para ella como rodear con los brazos a un árbol, tan tieso y alto que no pudo notar el ligerísimo rubor que se asomó por las mejillas del hombre.

–*Miss*, le aconsejo que nos apuremos. Hay *business* de su abuelo que debemos finiquitar antes de viajar a Santiago, sin olvidar la visita pendiente a sus tías Clara y Jacinta.

–La pequeña Flor Inés ya debe estar hecha toda una señorita –murmuró Inés–. ¿Qué le parece si le compramos unos finos guantes como obsequio? Ayer vi unos muy bonitos.

–¿Además de los vestidos y sombreros que ya le lleva de regalo a su prima? *Miss*, no tenemos tiempo. *Please, hurry up!*

–¡Sí, por supuesto! –exclamó, emocionada–. Pero antes, ¿podría sacarme una foto con el hotel de fondo? No puedo irme sin ella.

El abogado asintió, resignado, y sacó la cámara.

–*Say cheese...*

Inés posó con la gracia de las jovencitas. Con el cabello recogido en grandes rizos, parecía evocar la viva imagen de las estrellas de Hollywood.

La primera noche que Vittorio pasó en Viña del Mar fue en Gran Hotel de Viña del Mar. Me parece estar viéndolo aparecer con su tenida arrugada para el desayuno. De tan emozionato *que estaba, ¡se había dormido con la ropa puesta!*

En este hotel también experimentó lo que era tener una pieza propia y ser invitado a una fiesta de la alta sociedad. Pero, por sobre todas las cosas, era él en toda su esencia.

Devo confessarle*, Inés, que los días más felices de mi vida los viví junto a su padre en Valparaíso. Por eso, no se asuste ni sorprenda si empiezo a repetir mis anécdotas de esas épocas cuando* la mia testa *no me funcione. Al menos tenga la certeza de que haciéndolo, soy inmensamente dichoso.*

Luisa

Santiago, 24 de febrero de 1914

En el ejercicio de su autoridad, los reyes ostentan gloriosos cetros. Los obispos, por su parte, lucen báculos de los más nobles materiales mientras las dueñas de casa se valen de campanillas de bronce pequeñas y de empuñaduras estilizadas como la que descansaba sobre mi mesa a la espera de los dedos que la hicieran cantar.

«Luisa Clementina, recuerde bien lo que le voy a decir», me dijo una vez mi madre. Quince años tendría yo por esas fechas. «En el hogar, preocúpese de que todo parezca servirse como por encanto y evite a cualquier costo esos gritos tan desacompasados y chilenos para solicitar la asistencia de los criados. Basta con una campanada para que vengan a encender las luces. Dos, para que sirvan la comida. Tres, para atender a las visitas que se van. Hija mía, ¿ha comprendido la lección?». Como en aquella ocasión, me llevé las manos a la barbilla en actitud meditativa y solté con un resoplido: «Pero, mamita... ¡ni que fueran perros!».

Pese al zarandeo que me valió el comentario, como adulta seguía pensando exactamente igual.

–Tiene que haber otras maneras... –murmuré y continué con la escritura de mis cartas.

Santiago, 24 de febrero de 1914

Sr. Dr. Claudio Urtubia:
Muy Sr. mío:
He sabido con gran alegría que ha sido nombrado para el cargo de director en la morgue de Santiago, lo que constituye un acto de justicia por el cual le felicito efusivamente. He leído su inserto en el diario sobre las propiedades curativas de la planta pichi en el catarro de la vejiga, cistitis y gonorrea, y he quedado gratamente sorprendida por la precisión de sus observaciones, brillantes bajo cualquier mirada. ¿Ha tenido la oportunidad de leer Les Plantes Médicinales du Chilli *del doctor Murillo? Es una obra excepcional y no me cabe duda de que sería un excelente complemento para sus investigaciones.*
Honorable doctor, ¿hasta cuándo voy a estar persiguiéndolo para...?
Para hablar de asuntos más bellos, quisiera preguntarle...
Querido doctor, no quiero suponer que usted se olvida de mí y achaco

su silencio a su excesivo quehacer. Sigo atenta a sus órdenes para cuanto guste mandarme, pues grande es mi anhelo de empaparme de los requisitos de la ciencia quirúrgica, tan avanzada hoy por los esfuerzos de doctores como usted, soberbios, vanidosos y tan profundamente encariñados al dinero que ni siquiera se dignan a escribirme una esquelita de vuelta, pese a las numerosas promesas de trabajo que me ofrecen ante los ojos de mi marido.
Sin más, quedo atenta,
Luisa Santa María de Viviani.

Contemplé los párrafos sin poder contener una sonrisa maliciosa, pues grande era la tentación de mandar la carta así como estaba.

–Ni lo piense, Luisa, ni lo piense –murmuré a la vez que me hacía de una nueva hoja de papel–. Vamos otra vez.

Santiago, 24 de febrero de 1914

«24 de febrero», y diciéndolo, suspiré. Los veinticinco años me habían alcanzado por fin.

Sr. D. Claudio Urtubia:
Muy Sr. mío:

Entonces recordé que para el habitual pensar de la gente, la mujer no debería pasar de la edad que hoy celebraba. ¡*Misericordia, Dios mío! ¿Acaso ambiciona nuestra sociedad un imposible?*, medité, no exenta de cierta frustración. Parecía que, para obrar el milagro de la perenne juventud, las mujeres no tendríamos más alternativa que conservarnos en litros de formol.

Mi concentración flaqueaba.

He sabido con gran alegría que ha sido nombrado para el cargo de director en la morgue de Santiago, lo que constituye un acto de justicia por el cual le felicito efusivamente.

La pluma descansó nuevamente sobre la mesa.

¿Qué significó la edad para mi admirada Marie Curie, que tenía cuarenta y cuatro años cuando ganó el Premio Nobel de Química? ¿Acaso tuvo alguna relevancia que yo aventaje a mi querido Víctor por tres años? Sin embargo, un hecho tan natural no fallaba en provocar ese asombro que dilata las pupilas hasta volverlas gigantes.

He leído su inserto en el diario sobre las propiedades curativas de la planta pichi (Fabiana imbricata).

Un nuevo rayón se lució sobre el texto. Una nueva hoja de papel

aparecía frente a mí.

–Menos mal que a mí esas cosas de la edad no me afectan…

Lo dije y una risa furiosa escapó de mis labios, ya incapaces de contener semejante descaro mío. Las memorias del ayer que de repente colmaron mi mente no hicieron más que confirmar el hecho. Como cuando lloraba por la soltería de mis veintitrés, por la palabra señora que tanta alergia me provocaba antes del matrimonio y tan solo un día antes, cuando por solicitud expresa de Víctor, me dirigí a una compañía aseguradora para solicitar una póliza de vida en su nombre y volví a ser víctima de mis inseguridades. Se me exigió entonces, y como era de esperarse, revelar mi partida de bautismo. Sin embargo, la solicitud, lejos de contrariarme, despertó en mí el espíritu más festivo y, mientras buscaba el documento, no encontré nada mejor que bromear con el vendedor declarando cuarenta y cinco años.

Mas, ¡cuál no sería mi sorpresa! El desgraciado no dudó ni un segundo en registrar la edad en el formulario.

–Ser o no ser, ¡he aquí el problema!

Evoqué a Hamlet con teatral entonación.

–Morir, dormir… y con un sueño… –a falta de calavera, me hice de una manzana a la que hablarle–. Saber que se concluyen las angustias, ¡los mil tormentos de la carne herencia!

Y así, aleteando sentimientos al aire, le di un manotazo a la campanilla de bronce y su tintineo resonó por todo el comedor. En menos de cinco minutos, mis dos nuevas sirvientas se apersonaban frente a mí.

–¡A sus órdenes, doña Luisa! –exclamó Carmela, la más experimentada.

Estaba a punto de ofrecer disculpas cuando los dichos de mi madre sellaron mis labios.

Toda mujer debe saber dirigir en el hogar, pero más importante aún es que sus empleados sepan que ella sabe.

–Pues, yo… –con una venia a modo de saludo, me coloqué frente a ellas–. Yo… pasaré revista de sus atuendos.

Ellas, al parecer más acostumbradas a estas prácticas de lo que pensaba, se despojaron de sus guantes para demostrarme que sus manos estaban limpias y de uñas cortas. Los cuellos de sus blusas y puños hacían gala de la misma pulcritud. El tiempo se me hizo largo e incómodo tratando de ejercer la autoridad que correspondía.

–Bien, muy bien.

Era mi deseo mostrarme como una dueña de casa inteligente y versada en higiene doméstica, siempre atenta al menor detalle de su hogar. Buscando cumplir esta expectativa, reparé que en los aparadores se lucía una fuente de frutas bien escobillada sobre guirnaldas de parras.

–¡Esa debe haber sido obra suya, Rosenda! –exclamé emocionada por el acierto y abrí las cortinas de par en par para apreciar mejor la decoración del cuarto. Ensimismada como estaba en mis escritos, ni siquiera había reparado en su confección.

–Sí, señora –confirmó Rosenda. Sus mejillas ruborosas de adolescente se alzaron en una sonrisa–. Lo he dispuesto *toíto* esta mañana luego de barrer los patios y terminar el aseo del gallinero.

–Pues déjeme decirle que tiene usted muy buen gusto, querida, y un talento para las artes decorativas. Lo que es su patrona, ¡ni un ramito de violetas le queda con gracia! ¡Soy desmañada hasta la tontería!

Las muchachas rieron alegres.

–¡Carmela, no me había dicho lo *divertía* que era la *iñora*! –agregó Rosenda.

Quería reír con ellas. Dios sabe cuánto.

–Rosenda, espérese nomás a que le…

Luisa, de ninguna manera se deben tolerar familiaridades entre amos y sirvientes. Sea rigurosa: cualquier falta que se note en el buen sirviente, será culpa de la dueña de casa.

–¡Bueno, bueno! –declaré con el natural recato que debe guardar una señora que se respeta–. ¿Y a usted, Carmelita? ¿Cómo le ha ido en sus deberes?

Ella me observó con una ligera extrañeza. Definitivamente, yo no era la misma muchacha a la que había servido en la mansión Santa María. Esa que conversaba y reía con los criados.

–Señora Luisa –me dijo, muy nerviosa–. He dejado remojando su vestido de seda blanca en agua con jabón tibia y una cucharada de miel. Es la única prenda que me falta para terminar con el lavado de la semana. Apenas esté seco, se lo plancho por el revés junto con el resto de ropa.

–Tranquila, Carmela. No pasa nada si ese vestido no está listo…

–¿Quiere que le haga el aseo del dormitorio? –preguntó, con mayor ansiedad que antes.

–Pero, Carmela… –interrumpió Rosenda–. Acuérdese que no podemos meternos en la habitación de los patrones. Órdenes de don Víctor.

La joven se llevó las manos a la cabeza.

–Guarda razón, Rosenda… –confirmó, nerviosa–. Entonces, ¿preparo el almuerzo?

Algo en mí resonó en esos momentos. Carmela no era así y yo tampoco me estaba comportando con sinceridad.

Luisa, recuerde que debe existir una barrera entre ellos y usted.

–Pero yo no soy usted, mamá… –murmuré.

La muchacha seguía enredada en sus cavilaciones cuando

cariñosamente la tomé de las manos.

–Querida, ¿no le parece que esta niña Rosenda se parece un poco a nuestra Petronila?

Ella buscó mis ojos negros y esta vez sí me encontró.

–Vaya, si es verdad.

Nuestro abrazo no tardó en llegar. Ese que nos debíamos después de tantos años juntas en la casa de mis padres.

–Gracias por venirse a trabajar conmigo... –y, en un susurro, le dije al oído–: Le prometo que no volveré a comportarme como doña Teresa.

–¿Cómo? –la joven me miró extrañada por unos instantes y de repente, ¡palaplum!, el entendimiento la alcanzó–. ¡Vaya, si se le parecía un poco!

Esta vez sí nos reímos las tres.

¡Clong! ¡Clong! ¡Clong!

Las campanadas del reloj y nuestras voces sonaron al unísono. Las once de la mañana nos habían alcanzado.

–Virgen santísima, ¡qué tarde es!

Las muchachas asintieron y con sus ojos me buscaron a la espera de sus instrucciones.

–Rosenda, Carmela, revisando la alacena me fijé que ya estamos escasos de algunos productos. ¿Será posible que vayan juntas al almacén de don Eusebio y me compren un cajón de azúcar y cinco kilos de arroz? El primero no debería estar a más de veinte pesos y el arroz anda por los dos pesos el kilo.

–No hay problema, patrona –Rosenda se apresuró a confirmar.

–Y para la tarde –continué– con sacar lustre al piso del salón y comenzar con el planchado de la semana, sería más que suficiente.

–Yo me encargo de esto último, señora Luisa –declaró Carmela.

–Y yo del piso –agregó su compañera.

Una vibración telúrica de entusiasmo me invadió de repente.

–¡Entonces listo el pescado! Porque del almuerzo me encargo yo.

–¡Pero, señora Luisa! –reclamaron las dos.

–Como bien dice el evangelio: «La mujer hacendosa edifica la casa y la perezosa la destruye» –dije para dar por terminado el asunto, pues no fui capaz de confesarles la gran culpa que me producía estar desempleada.

De todas maneras, logré despacharlas no después de varios ruegos y fue al despedirlas en la puerta cuando las palabras de Carmela me alcanzaron. Fueron los últimos ecos de su voz antes de verla desaparecer por la vuelta de la esquina.

–Doña Luisa es así. ¡Chispeante como una niña!

Y al escucharla, mi corazón se estremeció por no sé qué poder extraño. Como si mi existencia hasta ese momento hubiera sido

apenas una brisa de verano.

–Veinticinco años, ¡la mitad de la vida! –murmuré.

Con la vista puesta en las alturas, le pregunté al firmamento qué sería de mí en el futuro. Cuando él siguiera igual y yo fuera una anciana intentando no sucumbir ante la inmensidad de su azul. ¿Lo contemplaría todavía desde este preciso lugar? ¿Lo buscaría como esposa, dueña de casa y enfermera?

–¿O doctora? –me atreví a preguntar en un susurro.

No me quedó más remedio que entrar a la casa sin haber dilucidado el misterio.

Entonces, y sin tiempo para recurrir a recetas elaboradas, decidí preparar una sopa de pan y un buen guiso de estomaguillo tapapecho, papas, arroz y repollo que al día siguiente podría convertir en un sabroso charquicán. La misma filosofía de reciclaje apliqué para unos plátanos maduros y claras de huevo que terminaron siendo un merengue dulcísimo. Con la tarea cumplida y el espíritu satisfecho, llegaron los elogios de *miss* Leyton para coronar mis ocurrencias en la cocina. Me parecía estar oyéndole decir: «Muy bien, Luisa. Economizando se le hace al marido una vida más agradable». Al evocar su recuerdo, mi paso por el liceo parecía cosa de otra vida.

Ya eran las 11:45 horas.

–¡Con quince minutos se hacen maravillas! –le aseguré al reloj antes de partir corriendo hasta el tocador y hacer uso de los lápices que tenía para hermosear mi rostro: el rosa oscuro para la piel, el carmín para los labios y el negro para los ojos. *Actos de sana coquetería para encantar al compañero*, pensé.

Estaba por empolvarme la nariz cuando tocaron violentamente la campanita de la puerta principal.

–¡Voy!

Callé en cuanto pillé mi reflejo en un vidrio. El descubrirme a grito pelado encendió de vergüenza mis mejillas y, en un intento por recuperar la compostura, cambié los reclamos por unas exclamaciones más refinadas.

–Ya voy…

Pero no alcancé a dar más de tres pisadas cuando ya estaba de vuelta en el cristal. Esta vez, mi otro yo me sacaba la lengua.

–¡Ridícula! –afirmé, divertidísima.

Uno, dos, tres peldaños. El recuerdo de mi cumpleaños aceleró mis pasos.

–¡Ese debe ser…!

Supongo que la emoción que me embargó aminoró los efectos del costalazo que sufrí en la escalera, aunque no tanto como para salvarme de unas cuantas lágrimas.

–Buon pomeriggio, signora!

Un enorme ramo de rosas me salió al encuentro.

–¿Víctor?

–¡No, no! –un rostro huesudo emergió de entre las flores–. ¡No Víctor! *Sono* Antonio Vergassola *al vostro servizio*.

El joven depositó un sobre en mis manos y, tan rápido como dejó su entrega, se fue. Confieso que me lo hubiera quedado mirando hasta perderse en el infinito si no fuera por el calambre que me recorrió la espalda.

–¡Auch!

Así, adolorida y chascona, busqué consuelo en los mullidos asientos del sillón del vestíbulo para leer la carta.

Mi amada Clementina:

Unos asuntos urgentes en la aduana me han obligado a viajar a Valparaíso y no creo que pueda estar de regreso antes de las nueve de la noche. Lamento mucho esta situación siendo este su día de aniversario, pero prometo compensarla como corresponde a mi regreso. El ramo de flores que le hago llegar es solo una pequeña muestra del gran amor que siento por usted.

Eualio le manda los más afectuosos saludos y se resiste a revelar cuál fue el obsequio que le dedicó.

Un abrazo cariñoso de su Víctor.

–Pero ¿cómo?

Ardía en deseos de protestar, pero las rosas que aparecieron frente a mí sellaron mis labios. ¿Es que acaso alguien puede levantar reclamo frente a semejante ramillete? Mi Petronila no me lo permitiría y si Víctor estaba atrapado en Valparaíso, buenos motivos tendría. Entonces, miré las flores con más detalle aún. Sus pétalos teñidos de un suave color rosa parecían de porcelana. Bellísimas, sin duda.

Después de todo, Carmela tenía razón: ¡su patrona realmente era como una niña! Dueña de un corazón que se alegraba con la misma facilidad que despertaba unas pataletas.

Nada qué hacer, pensé, sonriendo.

Las criadas llegaron poco después y con el flamante ramo de rosas que las recibió en el vestíbulo, no me quedó más opción que revelar mi cumpleaños. Carmela corrió a pedirme disculpas por no haberlo recordado y yo la reté de vuelta al verla tan preocupada por semejante lesera. Todo lo contrario a Rosenda, que se puso toda festiva imaginando la fiesta que se realizaría en casa, mas, ¡qué remedio!, tuve que apagar sus ilusiones diciéndole que no habría convite alguno.

–Pero eso no va a impedir que nosotras celebremos con una buena taza de café de grano, ¿verdad?

–*Iñora* Luisa, pero… –Rosenda me observaba, suspicaz–. ¿Es que vamos a almorzar con usted?

–¡Por supuesto!

Estoy segura de que mi madre sufrió una jaqueca en ese preciso instante, donde sea que estuviera.

–¡Ya, muchachas, que la comida se enfría!

El almuerzo se desarrolló en los mejores términos y, para cuando el reloj marcó las dos, ya estaba instalada en mi dormitorio con la cama sirviéndome de escritorio. Rodeada de libros, sobres y papeles. De ideas, de ilusiones y sueños que parecían tambalear cuando mis ojos se encontraban con la foto de la familia Carvajal Viviani que mantenía escondida en mi velador.

Querida Dra. Eloísa Díaz:
No pasa un día sin que Víctor y yo le recordemos con el cariño que usted sabe que le tenemos. Mucho me consuelan sus cartas de apoyo y sepa que he seguido sus consejos al pie de la letra en mi búsqueda de trabajo.

No dejaba de mirar ese retrato en colores sepia, que desaparecía con cada pestañeo que me incitaba a dormir. El padre, la madre… y sus mellizos adolescentes.

No hace mucho llegó a mis manos el último libro del doctor Murillo, Les Plantes Médicinales du Chilli*, y tengo la impresión de que podría ser de gran utilidad para usted.*

Escondí la instantánea dentro de mi libreta de apuntes, fiel a la promesa que le había hecho a Eulalio en mi cumpleaños. «¡Que no la vaya a ver Vittorio, *ti prego!*», me dijo. «Esa foto siempre le causa mucho dolor».

Doña Eloísa, ¿quiere que se lo vaya a dejar al Servicio Médico Escolar? Precisamente este jueves pasaré.

La pluma resbaló de mis dedos. Ignorando los pendientes que tenía por delante, me rendí a un sueño profundo.

–Buenas noches, mi amor.

Ese era Víctor.

–Buenas noches, querido.

Esa era yo.

Al mirar por la ventana, una enorme luna se asomaba entre las nubes.

–Hoy es su cumpleaños… –dijo, sacándome de mis pensamientos.

Asentí.

El hombre pasó por mi lado antes de llegar a su cama. Sobre su bata de terciopelo, los destellos dorados de las lámparas lo habían

transformado en un pequeño sol que seguí con la mirada hasta verlo desaparecer bajo un manto de tela y oscuridad. Como tantas veces antes...

–¡Víctor, yo...!

Sin embargo, juré que esa noche sería distinta. Con los puños apretados y la respiración entrecortada, me planté súbitamente frente a él. A riesgo de perder el recato, exigí casi en un grito lo que mi alma tanto añoraba.

–Víctor, yo... yo... ¡quiero hacer el amor con usted!

Sentí una conmoción tan violenta que dejé de respirar, quizá por cuántos segundos, y mis manos se agitaron en un temblor agónico y cobarde. Pero el acto de rebeldía, lejos de doblegarme, me concedió la fuerza suficiente para seguir de pie y con la barbilla en alto a la espera de una respuesta. Fue cuando la luna iluminó nuestro cuarto con sus pálidos rayos plateados que distinguí su sonrisa.

–Sí, mi amor–murmuró dulcemente–. Lo haremos porque te has desnudado frente a mí.

Con sus palabras, ¡llegó el pasmo! Mis mejillas sonrosadas se convirtieron en brasas al comprobar que mi cuerpo estaba desprovisto de toda tela y, abrumada por el pudor más intenso, intenté ocultarme tras mis largos cabellos.

–Luisa, no sienta vergüenza. Yo también estoy desnudo.

Unas sábanas se levantaron para invitarme a sumergirme en ellas.

–Venga conmigo.

Di un paso adelante. Víctor me sonreía, pero bajo la frazada que lo contenía todo era pura oscuridad.

Aún así, seguí avanzando hacia él.

–Ven...

Un abismo interminable. Una penumbra infinita.

–Ven...

Víctor tomó mi mano y tiró de ella.

–¡Luisa!

Desperté de mi sueño sintiendo que el corazón explotaba en mi pecho.

«Desnuda, ¡desnuda...!», repetí para mis adentros. La sola palabra me encendía de placer.

Comencé a dar vueltas en círculos buscando desprenderme de la duermevela, pero fue inútil, ¡anhelaba tanto hacer realidad mi sueño! Y con la pasión fui perdiendo el sentimiento de la moderación y el sentido crítico, mientras se proyectaban en mi mente fantasías impúdicas sobre el desenlace del sueño que no alcancé a vivir.

En un movimiento torpe, me golpeé la espalda contra una silla. No me importó. El canto de los pájaros, el barullo de la calle que se colaba por la ventana. Todo era anulado por los latidos descarriados

de mi corazón.

–Hoy es mi cumpleaños.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire mientras observaba en el horizonte los primeros atisbos del atardecer.

¿Será pecado convertirme en el regalo para alguien más?, pensé luciendo una sonrisa que me iluminó el rostro y, en ese preciso instante, recordé lo que necesitaba para cumplir mi anhelo.

Abrí el armario de par en par en busca del tesoro escondido. Volaron calcetines, blusas, pañuelos. Mis manos se movieron rápido por las gavetas para escudriñar cada uno de sus rincones. Abrir, cerrar, abrir, cerrar… hasta que un cajón me detuvo abruptamente.

El segundo del costado izquierdo. El que Víctor siempre dejaba con llave.

No pude evitar cierta desazón al ver frenados mis impulsos. Quizá fuera una señal para recobrar la cordura. Tal vez, lo correcto era detenerse.

–¡Ya sé dónde está el regalo! –exclamé, ignorando mis propias aprensiones.

Con la asistencia de una silla logré rescatar una cajita de tela que descansaba arriba del armario. «Para Luisa», decía la tarjetita que colgaba de un moño y que esperaba por mí desde el día de mi matrimonio.

–Para Luisa… en su noche de bodas.

Creí escuchar el susurro de Clara en mi oído mientras sostenía su obsequio entre mis manos. Sin abrirlo todavía, sabía perfectamente cuál era su contenido.

Entonces extendí la tela frente a mí. Era tan delicada como las alas de una mariposa y bajo su manto transparente mis dedos adquirían ese tono de plata que me había regalado la luna en mi sueño. Dominada por la emoción, regresé frente al espejo de mi habitación para apreciar el camisón sobre mi vestido. Contemplarlo, incluso sin haberme despojado de una sola prenda, volvió a encender el color en mis mejillas, así como un inesperado cariño por ese cuerpo que tanto solía menospreciar. Sin duda, ¡me habían regalado un negligé de magnífica hechura!

¿Qué es este fuego que me abrasa pensando en las caricias de Víctor? ¿Cómo se puede experimentar tal pasión por algo que no se ha vivido nunca? ¿Será, acaso, lo que llaman «instinto»? Casada estoy hace dos meses, pero sigo totalmente ignorante de las artes amatorias propias de un matrimonio.

Sola, frente al espejo, permanecí atrapada por ilusiones.

–¡Solo de besos y abrazos se ha alimentado mi afecto! –manifesté con los puños apretados.

El reloj dio siete campanadas que me sacaron de mis reflexiones.

Creí gritar por la emoción cuando declaré a los aires:

–Desnuda. ¡Hoy me presentaré desnuda ante ti, Víctor!

La guerra estaba declarada y, para ganarla, ¡me convertiría en una diosa!

Y así, luego de fingir una jaqueca con las criadas –una lo bastante intensa como para justificar mi encierro–, regresé a mi habitación para sumergirme en una tina de agua caliente, sal y amoníaco de violeta. ¡Oh, por San Pantaleón! Los músculos adoloridos no tardaron en ceder bajo los efectos del calor y el baño, programado para unos pocos minutos, se extendió por largo rato. Rendirme a la nada me pareció, de pronto, algo exquisito. O quizá fuera el silencio lo que más anhelaba. Uno apenas interrumpido por unas gotas cayendo desde el grifo con sus ondas interminables formándose entre mis piernas. Entonces cerré los ojos para percibir mejor el perfume de las flores, así como las notas que nacían de mi cajita de música. Esa que me había regalado Víctor como declaración de amor y que entonaba la melodía «Mi querida Clementina».

Las cortinas que me acurrucaban bajo su alero se mecieron al son de una brisa vespertina. Febrero, con sus calores tormentosos, pronto llegaría a su fin.

Me llevé las rodillas al pecho y, con el rostro oculto tras ellas, murmuré:

–No me importa que no pueda cumplir sus funciones de hombre…

Los recuerdos me nublaron la vista de repente. A mí, que había creído liberar todas las lágrimas por Víctor y su pasado.

–¡Basta! Lo importante es que no falle el amor.

Entonces decidí seguir adelante. Hecha la limpieza, llegó el momento de recurrir a prácticas menos ortodoxas.

–La navaja.

Tal como me lo imaginaba, conservaba el filo necesario para la tarea que le esperaba. Víctor apenas le había dado uso y yo tampoco recurriría a ellas más que para un par de aplicaciones. O eso pensé hasta que inspeccioné mis piernas.

–¡Qué barbaridad! –reclamé a los aires–. ¡El yeti no es nada al lado suyo, Luisa Clementina!

Tras haber extendido una buena capa de jabón verde de hospital y un buen cepillado sobre la piel, posicioné la navaja en mi tobillo y, ¡hela!, ya no pude detenerme. Primero, llegué a las rodillas, después me aventuré con la pierna completa. A falta de práctica, no faltaron los cortes, pero la extraña excitación que me dominó los redujo a una simple molestia. Víctima de un entusiasmo desaforado, avancé hacia el rebaje de la entrepierna y, no satisfecha con eso, el frenesí guio la navaja a rincones que ni siquiera deben ser pronunciados.

Y luego del baño, una ducha fría. De esa manera, cerré los poros y

de paso, calmaba un poco las pasiones.

–Ay, Dios, ¿qué locura he cometido?

Me miré con asombro frente al espejo. Despojada de todos mis pelos, volví a ser una niña. ¡Si me viera así la Petro! Si hasta me pareció escucharla decir: «Y *usté*, ¿a dónde fue a pegarse la tiña?».

El asunto me despertó una risa traviesa. Exageré, de eso no cabía duda, pero nunca antes me había sentido más dueña de mi cuerpo y, con la piel en esas condiciones, cada roce sobre mi piel despertaba un goce difícil de explicar.

Pero el tiempo escaseaba.

Imaginando unos besos en el cuello, vaporicé la zona detrás de mis orejas con agua de rosas. De ese modo, cada movimiento que hiciera con la cabeza exhalaría el delicioso perfume. ¡Besos, caricias! Pensando en los afectos, terminé vaporizando el cuerpo completo y la botella que debía durar al menos un mes quedó a la mitad.

Por último, dejé mi pelo suelto para que los bucles negros me permitieran conservar algo de misterio en mi presentación y, con jugo de betarraga, coloreé sutilmente mis mejillas y labios. Estaba magnífica, pero no fui capaz de mirarme al espejo una vez que tenía el camisón puesto. Con tan solo bajar la vista, podía atisbar todo mi cuerpo debajo de él.

–Que la Virgen de la Merced me perdone por este pecado mortal... –susurré al cielo, haciendo la señal de la cruz–. ¡Pero ya no hay vuelta atrás!

Una brisa fresca me brindó un poco de consuelo, pues la fiebre más alta me invadía. La noche ya se había instalado y una luna llena coronaba un horizonte de estrellas titilantes. Me parecía estar soñando otra vez.

Y, de repente, el son de unas campanitas.

–¡Víctor!

Me levanté en el acto al escuchar el tintineo. Mas los minutos pasaron y la puerta del dormitorio no se abría. Entonces creí sentir el sonido de unos platos en la cocina. *Quizá ha ido a comer algo*, pensé y seguí de pie a la espera de nuestro encuentro.

–¿Qué hace que se demora tanto? ¿Se habrá quedado conversando con las criadas?

Reaccioné con el eco de unos pasos por la escalera. Eran lentos, pues, a diferencia de los míos, ya habían sufrido las consecuencias de varias caídas producto del descuido.

–Luisa –escuché a lo lejos–. ¿Está dormida?

El escuchar mi nombre me hizo saltar y la idea de enfrentarlo me aterrorizó de manera indescriptible. Fue así como, en un acto de cobardía, corrí a abrir las cortinas de par en par y me eché sobre la cama haciendo gala de mi cuerpo cubierto de hilos de seda, del que no

se perdía detalle gracias a la luz de la luna, que parecía iluminarlo todo. Sin darme cuenta, había caído en la misma rutina de las mañanas: fingir el sueño más profundo a la espera del beso que me despertara.

La puerta se abrió.

–¿Luisa? ¿Está…?

Los pasos se detuvieron frente a mi cama por unos segundos que me parecieron eternos. No podía más que escuchar mi corazón, ¡mis sentidos enloquecían!

–Luisa.

Sus pasos se alejaron lentamente y el silencio volvió a saturar el ambiente. No pude reconocer ruido alguno hasta que sentí el golpeteo de un cinturón cayendo al suelo. El armario permaneció cerrado, su ropa cayó desparramada en el suelo. ¡Y eso era algo insólito para él! Un cosquilleo furioso se hizo camino por mis venas al comprobar que nuestra rutina se iba resquebrajando para dar paso a mi ensoñación.

Las pisadas volvieron a mi lado. Eran suaves al estar desprovistas de los zapatos que las contenían. Mi colcha se hundió levemente y el ambiente se colmó de un respirar que no era el mío. Víctor estaba sentado a mi lado.

–Mi Luisa…

Desde mis sueños fingidos grité por sus caricias y en un movimiento desesperado giré la cabeza buscando desprenderme de los cabellos que ocultaban mis pechos. Mis labios se entreabrieron para incitar los besos de mi amado. Esperaba desnuda, frágil, pecadora a esos ojos que me observaban sin tocarme.

Entonces sentí el suave roce de sus dedos en mi hombro. Luego, una caricia en la mejilla. Sobre mi frente ardiente, un beso me embriagó de éxtasis.

–Buenas noches.

Sin embargo, unas mantas cubrieron mi cuerpo, la compañía que tanto anhelaba dejó mi cama y con las cortinas cerradas, volvió la oscuridad.

No puede ser.

Cuando abrí los ojos, Víctor, de espaldas a mí, yacía oculto por sus propias sábanas. Pero, aún así, esperé por él. Uno, dos, cinco minutos. Sin despegar la vista de su cama, esperé. Porque quise creer que él volvería, quieta en mi lugar, esperé.

Quién sabe cuántos minutos estuve deseando que mis ojos se encontrasen con los suyos, esperé.

Víctor, por favor.

Esperé, ¡esperé tanto! Lo hice hasta que me alcanzaron las lágrimas que sentí caer ardientes por las mejillas cuando, ya con la almohada sobre el rostro, intentaba escapar de la vergüenza que me consumía.

Como herida de muerte, me retorcí en mi lugar y el nombre que tanto añoraba empezó a tener un sabor amargo en mis labios. Víctor. Su silencio no tardó en volverse pesado sobre mi pecho para convertir el aliento en resoplidos y la pena, en rabia.

Mis ruegos mutaron.

Oh, Dios mío, que no despierte, ¡que no despierte!

Solo Dios supo cuánto lo odié en esos momentos.

Llorar, sufrir y, al despertar, fingir que nada había pasado la noche anterior.

Luisa

Santiago, 28 de marzo de 1914

Semanas de preparativos merecían una última revisión.

Un mantel inmaculado siempre da una impresión de frescura, pensé al confirmar la blancura de la tela que cubría la mesa –ya alargada para la ocasión–, donde un caminito de seda bordado y dispuesto con pequeños bombones conducía la vista hasta un magnífico centro de azucenas blancas, espárragos y helechos.

–Muy bien –murmuré al comprobar que se había puesto una franela bajo el mantel para proteger la mesa.

El mayordomo Olave y las dos sirvientas asintieron a mis observaciones inclinando un poco la cabeza.

–Muy bien –repetí luego de confirmar, desde distintos puntos de la mesa, que el ramo de flores no obstaculizaba la visión de los comensales–. ¡La conversación se dará sin mayor contratiempo!

Rosenda se irguió en su puesto delatando su autoría sobre el arreglo floral.

–¡Bien, muy bien!

Eran catorce puestos en total y en cada asiento se lucía un plato, cuchillo, tenedor, cuchara y servicio de pescado. Dentro de las servilletas bien arregladas yacía oculto un pancito y, muy acorde a la ocasión, se estrenaban cubiertos de plata antigua y vajilla de porcelana fina.

–Cuchillo y cuchara a la derecha. Tenedor a la izquierda –murmuré cada vez que pasaba por un puesto–. Copas de agua, jerez, burdeos y champagne.

Por un descuido mío, tuve que repetir la ronda por los platos.

–Una botella de agua y un salero por asiento –repetí en voz alta, casi como castigo, a la vez que Carmela me ayudaba a colocar las piezas faltantes.

Afortunadamente no hubo contratiempos con las tarjetitas que descansaban sobre cada plato. Todas habían sido escritas de mi puño y letra con esmerada caligrafía y sin faltas en tildes o consonantes para indicar el asiento de cada invitado y los platos que degustarían esa noche.

–Eulalio Viviani, Edelmira Correa, Alberto Mackenna, Clementina, yo…

¿Clementina, yo te amo? ¡Ay, este Víctor y sus leseras!

Hice desaparecer la improvisada declaración de amor en un bolsillo, pero no así el sonrojo de mis mejillas. Estaba resentida con mi marido y, aún así, él lograba ponerme como una colegiala.

–Qué debilidad la mía…

Con la vista puesta en las flores logré espantar el enojo que se asomaba en mi entrecejo y continué con mis labores.

–Estimado Gastón Olave.

–Señora Luisa, dígame.

–Su colega Sinforoso me dio las mejores recomendaciones de su persona –y con la mayor delicadeza, busqué enderezar el corbatín de su camisa–. ¿Tiene experiencia con el servicio «a la rusa»?

El mayordomo de arriendo sonrió ampliamente. Volvió entonces la tranquilidad a mi ánimo, pues era tal la seguridad que el señor proyectaba.

–Por supuesto, mi gentil señora. Y déjeme decirle que me parece el más adecuado para una velada como la de hoy.

Luego mis ojos buscaron a Carmela y Rosenda, y ellas me sonrieron también. ¡Qué lindas se veían engalanadas en sus mejores ropas de servicio! Cuellos, puños y delantal de gasa adornados con encajes angostos y coquetos sobre un traje color ciruela.

–Creo que ya está todo listo, ¿verdad? –gesticulando con los brazos al aire, casi parecía que me iba a poner a bailar por los nervios–. Mesa puesta, flores y dulces sobre el mantel, antes ya hicimos repaso del menú.

Y con tanto aleteo mío, la campanilla de bronce terminó de nuevo en el piso.

–¡Vaya con este cachivache! –exclamé y, tratando de recogerlo, casi le hago compañía en un incidente tan imprevisto como burlesco. La risa que me despertó el susto terminó contagiando a todos.

Lo siento, madre, pero ya no hay cómo negarlo: estoy destinada a ser una pésima dueña de casa.

Miré mi reloj de oro por última vez antes de esconderlo bajo mis faldas. El momento de debutar como anfitriona había llegado por fin.

–Gastón, ya es hora –dije, ya posicionada en mi lugar–. Hágame el favor de hacer pasar a los invitados.

El mayordomo hizo como ordené, dirigiéndose a abrir de par en par las puertas que conectaban con el salón. Luego, y con el más varonil de los tonos, anunció a los presentes:

–¡La señora está servida!

«Servida», repetí para mis adentros y una sonrisa maliciosa me traicionó. ¡Oh, cómo se complace el espíritu con las jugarretas de la imaginación! Sin aviso, me imaginé desnuda sobre una bandeja de plata, como lechón entre adornos de lechuga, y casi me largo a reír.

Menos mal que como vienen los pensamientos, así también se van.

–Queridos, sean muy bienvenidos a nuestra mesa –tal como indicaba la etiqueta, di un paso adelante y dije–: Los invito a tomar asiento.

Sonrisas, halagos, comentarios afectuosos. Todo llegaba a mí como sonidos distantes y confusos por el palpitar de mi corazón preocupado frente a los numerosos detalles que exigía la velada. ¡Y no eran injustificadas estas aprensiones! La buena salud de los negocios de Víctor dependía, en parte, de su exitosa ejecución, pues los invitados eran también sus socios y compradores principales.

–Carmela, sírvale agua a la señora Isidora para que pueda ingerir sus pastillas. Sofía, claro, no hay problema que cambie su asiento con don Flaminio. ¿Hace un poco de calor? No se preocupe, don Alberto, yo...

Atento a mis palabras, Víctor tomó la iniciativa abriendo las puertas-ventanas que daban al patio interior. Después volvió a mi lado y con un tierno beso sobre mi mano enguantada, susurró:

–Te ves bellísima, mi amor.

Nuestras miradas se cruzaron y esos ojos miel que tanto adoraba solo recibieron una tibia sonrisa de mi parte.

–Gracias...

Él asintió. Sus dedos parecían no querer soltarse de los míos.

–Víctor, no se olvide de escoltar a doña Adela Pinochet –dije, y me separé de él–. Su asiento está a la derecha del suyo.

Esta vez fui yo quien lo buscó con la mirada. Anhelaba ver el desconcierto reflejado en sus pupilas para sentir que no era la única ignorada en sus caricias.

–Sí, por supuesto –dijo, en cambio, con dulce resignación–. Iré por ella.

Sí, claro, está bien... ¡Siempre es lo mismo con usted!, pensé.

Su ausencia dejó tras de sí una estela de resentimientos, mas no tardé en tener compañía que los espantara. Eulalio me alargaba una copa de champagne en su trayecto hacia mí.

–*Mia cara Luisina,* ¿por qué tiene esa cara tan triste? –exclamó, ofreciéndome su brazo izquierdo–. ¿Tanto me extrañaba?

–¡Mucho, mi querido Eulalio!

Me aferré a él con el ímpetu de una alegre niña. Sin embargo, y al igual que mi marido, mi ánimo escondía sentimientos que no eran dichosos. El viejo lo notó, pero no dijo nada.

–¡Ni se imagina las delicias que tendremos esta noche! –exclamé forzando una gran sonrisa–. Por ejemplo, filete mechado, ese que tanto le gusta.

Eulalio me observaba con mirada atenta. Demasiado serio, ¡concentradísimo! Algo en mi rostro parecía haber capturado su interés en perjuicio de mis nervios.

–*Bellissima*! –exclamó, de repente.

–¡Ay, Eulalio!

Me eché a reír, pero mi alegría duró poco.

–Víctor me dijo exactamente lo mismo…

–Pues, claro que debe haberlo hecho. *Signora* más *splendida* no hay esta noche –comentó orgulloso, mientras acariciaba mi mano con suaves golpecitos–. Supongo que, por lo mismo, tendré *l'onore* de sentarme a su lado.

–Sí, por supuesto. Ahí está su tarjetita, junto a la mía.

–*Luisina,* querida. Dígame una cosa… –me buscó con la mirada y yo le sonreí otra vez. Una larga pausa anticipó su veredicto–. ¿Debería *tirare le orecchie a mio nipotino*?

Quedé tiesa.

–A usted no se le pasa nada, ¿verdad? –reclamé en murmullos.

–*Niente di niente*, ¡nunca!

Él se sonrió con tal gusto que me enternecí.

–Mi querido Eulalio…

–¡Luisina!

Me incliné hacia él. Su oído atento no quería privarse ni de los suspiros.

–Eulalio…

–¿Sí?

–Es menester que nos sentemos.

–*Ma che cosa!* –reclamó en su derrota.

Los invitados siguieron nuestro ejemplo y, gracias a la asistencia de los criados, todos se posicionaron en sus asientos sin mayor inconveniente. Mientras Gastón y Carmela iban sirviendo la sopa de callampas en cada uno de los platos, una broma avivó la risa entre los presentes. Sin embargo, no fui capaz de apreciar el chiste, pues estaba absorta en Víctor. Sentado frente a mí, asentía tiernamente a cada cosa que la pequeña Amalia Mackenna tenía para contarle. «Mi niñera se ha enfermado de paperas. ¿Sabe usted lo que es eso?», escuché que le preguntó para después cambiar drásticamente de tema con recuerdos de sus últimas vacaciones, donde «tuve una brillante temporada», según dijo con el tono serio de los adultos que mi marido gozaba desbaratar, de tanto en tanto, con una mueca divertida.

Víctor era así con los niños. Disfrutaba de sus historias con el mismo deleite con que el astrónomo seguía el tránsito de una estrella.

–¿Luisa? ¿Luisa, querida?

La señorita Sofía Aristizábal, a mi izquierda, me buscó con la mirada. Sus increíbles ojos negros intentaban mostrarme algo sobre la mesa.

–¡Ah! –exclamé, reaccionando por fin.

Nadie comenzaría a comer antes de que hubiera desdoblado mi

servilleta.

–Por favor, ¡adelante! –dije y coloqué el pedazo de tela sobre mi regazo–. Que la sopa se enfría.

Las miradas que se posaban sobre mí regresaron a las cucharas encargadas de llevarles el alimento y esa algarabía confusa y alegre que reinaba en el comedor quedó silenciada por sorbos de caldo, que, muy ocasionalmente, dejaban escapar el tintineo del metal contra la loza.

–Gastón, por favor, proceda a servir el jerez –solicité al ver que el consomé ya desaparecía de los platos.

Sin embargo, el licor no hizo efecto alguno sobre las lenguas.

–Pues…

Empecinada en acabar con ese silencio angustioso, me lancé a la búsqueda de un tema digno de ser compartido. *Un dato de refinada cultura siempre cae en gracia*, fue lo primero que pensé, pero mi mente, como hoja de papel, se resistió a salir del blanco. Me pareció entonces que una broma podría ser un buen recurso para animar a los contertulios, pero ¿cuál sería la indicada? Recordé una que decía: «Un ladrón le dijo a otro: Compadre, con esta crisis no se puede trabajar en libertad. Por cada dependiente que atiende, hay veinte desocupados que miran».

Meneé la cabeza, delatando mi congoja.

¡Ay, misericordia! ¿Y si mejor…?

Pensando y pensando, terminé de nuevo en los ojos de Víctor. Por su expresión preocupada, parecía que él me observaba desde hacía un rato.

–Tranquila… –me dijo en tono consolador. Unos segundos después, el suave tintineo de un cuchillo contra su copa daba fin al mutismo que tanto me incomodaba.

–Señores –expresó en voz alta–, hay un asunto de suma importancia que todavía no ha sido discutido en esta mesa.

La solemnidad impresa en su tono no falló en capturar la atención de los presentes.

–¿Se referirá al cambio del metálico, señor Viviani? –se aventuró a preguntar Flaminio Rayo, el de las Confiterías Rayo–. ¿Alguien sabe si será de nueve o de doce?

–No, no –interrumpió don Salustio. Según recordaba, tenía negocios en el área de las confecciones–. Seguro que don Víctor se refiere a la muerte del senador José Tocornal.

–El senador era uno de nuestros más ardientes amigos, ¿cierto que sí, papito? –agregó la señora Edelmira Correa y, con un codazo, animó a su marido a unirse a sus lisonjas.

–Claro que sí, hijita.

La niña Amalia no quiso quedarse atrás en los comentarios.

–¡Que la tumba le sea ligera! –exclamó y las risas no se hicieron esperar.

–Tocornal, un momio de tomo y lomo –sentenció Eulalio en mi oído cuando levantábamos las copas en honor al finado.

Por fortuna, todo parecía marchar según lo planificado. Los platos utilizados desaparecieron para dar paso a unos limpios y un magnífico filete de lenguado a la Colbert se presentó en bandejas de plata para que cada invitado pudiera escoger su pieza. Víctor, por su parte, destapó el mejor vino blanco para la ocasión y se ofreció a servirlo, pese a la reticencia del mayordomo. Se notaba que el muchacho disfrutaba muchísimo de su papel de anfitrión.

Al son de los cubiertos y el deguste del alcohol, la conversación siguió aflorando libre en los labios de nuestros invitados, y tal como lo presentía, el asunto de «suma importancia» que había anunciado mi marido pasó rápidamente al olvido. Él se preocupó de que así fuera llenando copas y proponiendo temas nuevos. El terremoto del 29 de enero, el problema con los peruanos en el norte, la última novela de Rafael Maluenda. No había asunto que el joven no tratara con extraordinaria fluidez y ellos, embelesados por su don de gentes, participaban gozosos de cuanta pregunta se les hacía y se sorprendían a sí mismos compartiendo anécdotas íntimas con la naturalidad propia de un grupo de amigos que se conoce de años.

Parecía una maldición. Mis ojos regresaban a Víctor una y otra vez. Él, que para mí encarnaba la seguridad de los seres nobles, encantaba a la gente mientras hacía frente a sus propias sombras.

–Todavía no encuentran los restos del joven teniente Bello –comentó en esos momentos–. Me parece que fue el 9 de marzo pasado que ocurrió la tragedia.

Con unos sorbos furtivos de leche tibia y miel, el joven intentaba aliviar su garganta adolorida de tanto forzar la voz.

–¿Cuántos se han ido ya? No fue hace mucho que lamentamos la partida del teniente Francisco Mery.

Hablaba acompañado por el gracioso bamboleo de sus manos, que cada cierto tiempo desaparecían para ir en auxilio de un pañuelo. Pese a los calores que nos azotaban esa noche, el señor no se desprendía de la chaqueta de su frac y al notar cómo el sudor empapaba su camisa, una ligera compasión se apoderó de mí.

–Es un *sport* atrevido, sin duda, pero ¿valdrá la pena tantos peligros para surcar el firmamento y convertirse en el vencedor de los vientos? –sus ojos soñadores se elevaron en busca de una respuesta–. Bueno, ¿acaso no se pierde un poco la razón cuando se ama con locura?

Alguien se aventuró a preguntarle por su historia familiar. Deseoso de rehuir el tema, Víctor sorprendió a la audiencia con el último

récord mundial de distancia en un solo vuelo. «Fue del capitán Langosoft. Seiscientas treinta millas en siete horas y media sin escalas», dijo, causando el asombro de los hombres y mujeres presentes.

–Mi amor, ¿y qué opina usted? –preguntó, de repente.

Yo me sorprendí sonriéndole.

–¿Vale la pena morir por un sueño? –insistió.

Asentí sin pensarlo siquiera y, al hacerlo, me di cuenta de que todavía seguía esperando una oportunidad. Él, receptor de mis confidencias y miedos, conocedor en su misma fuente de mis emociones, sabía todo de mí. Yo, en cambio...

–Una de las cosas más bonitas que me ha pasado en la vida ha sido casarme con Luisa Clementina.

Sonreí y desvié la mirada. Sus promesas de amor ya no me causaban la alegría de antaño.

–¡Qué bella pareja! –exclamó la anciana Adela.

La concurrencia clamó emocionada por un brindis y así, con las copas alzadas en lo alto, nuestras miradas se encontraron de nuevo.

¡Si tan solo confiara en mí!

Para ese momento, el reloj marcaba las diez y cuarto. Se cumplían así los cuarenta minutos que debía tomar un servicio para catorce personas. Una sonrisa de alivio se dibujó en mis labios.

–Oiga, Luisa...

Un par de asientos a mi derecha, Isidora McClure pedía mi atención. Vestía un magnífico vestido de terciopelo chiffón color turquesa, que, según algunos de los presentes, había metido bulla durante su último viaje a Europa.

–Yo adoro a mi prometido–me dijo, ocultándose bajo un gracioso abanico–. Pero es menester que se lo diga: su Víctor es simplemente encantador.

Sofía Aristizábal, a su lado, corroboró las palabras de su amiga.

–En efecto, Luisa –dijo, ya con la copa en alto–. ¡Qué suerte la suya tener un marido tan perfecto!

Estoy segura de que sonreía con todos mis dientes cuando les dije:

–¡Qué va a ser perfecto!

Mi desfachatez dejó a las mujeres de una pieza.

–Porque... ¿existe alguien que pueda jactarse de tal virtud? –pregunté, deseosa de salir del impasse–. ¡Vamos, brindemos! –levanté también la copa–. Estoy segura de que ustedes experimentarán la dicha del matrimonio muy pronto.

Después de un fugaz sorbo de licor, fingí concentrarme en mi plato. *¡Yo y mis ocurrencias!*, pensé, mientras llenaba mi cuchara con las frutillas del postre, muy celebrado, por lo demás. Unos minutos después, Gastón serviría un dulce vino de Málaga que los invitados

saborearon llenos de regocijo. Entonces mis fuerzas volvieron a entonarse: ¡el banquete había sido un éxito! Si tan solo lograba capturar las simpatías y sufragios de las mujeres, mi debut como la señora de Viviani sería recordado con el mayor de los cariños. Pese a mis faltas, todavía tenía una oportunidad con la sobremesa.

–Digna, siempre digna –murmuré, una vez más.

Los invitados posaron sus ojos sobre mí. La señal había sido clara: al dejar la servilleta sobre la mesa, la dueña de casa daba por finalizada la cena.

–Eulalio…

Busqué el brazo de mi querido compañero de mesa y juntos nos dirigimos al salón con la pompa propia de un cortejo, elegantes y de andar tan ligero que producíamos la ilusión de estar flotando en el aire. *Las mujeres debemos brillar de todas las formas posibles*, recordé al observar a las señoras de gran *toilette* que seguían mis pasos. Ellas, con sus vestidos escotados y soberbias joyas sobre los cuellos, parecían hacerlo sin dificultad alguna. *Brillar en honor, elegancia, distinción… Para eso nos han educado a todas.*

Luego dirigí la mirada hacia Eulalio ¡y qué preocupado se veía! Sus cejas fruncidas le daban a su rostro un tono de gran aflicción. *Los hombres también cargan con sus propias cruces*.

–Ay…

–¿Qué pasa, Eulalio?

–¡Ay!

Entonces, lo escuché. Una especie de silbido, diminuto y continuo, que murió ahogado por la música de vitrola.

–*Mi perdoni tantissimo, Luisina*!

Colorado como tomate, el hombre no encontró mejor cosa que ponerse a zapatear.

–¡Es que las criadillas estaban tan deliciosas! –susurró, a modo de disculpa, a la vez que agitaba la mano al aire. Me despertó tal risa que temí por el rímel de mis pestañas.

–¡A veces quisiera ser hombre! –exclamé antes de mandar a Rosenda por un antiácido–. Se lo toma todo, ¿me oyó?

El viejo, agradecido, se zampó el brebaje en dos segundos y al contemplarlo no pude evitar recordar a mi Petronila. «Los hombres podrán ponerse viejos, feos y peludos, pero el carácter ¡ese no les cambia nunca!», me pareció escucharla decir y reí por segunda vez.

Así, y tal como era la costumbre, los caballeros se retiraron al despacho de Víctor para beber y fumar a sus anchas y las damas, en cambio, permanecimos en el salón, que ya se encontraba listo para recibirnos con sus luces prendidas.

–Adelante, queridas mías, pónganse cómodas.

Observé mis alrededores, atenta al menor detalle.

–Este café es importado de Colombia, ¡una delicia! –entonces serví la primera taza a la más anciana del grupo–. Con Víctor estamos muy agradecidos de su recomendación, querida Adela.

La luz era tenue. Bajo unas bonitas pantallas, las lámparas de parafina pintaban las paredes de un barniz dorado. Sobre la chimenea, el nuevo teléfono de la casa no fallaba en capturar la atención de mis invitadas.

–Permítame servirle, señora Isidora –otra taza más con sus confites–. Creo que no se lo había dicho antes, pero esta noche se ve divina.

Estaba segura de que las sillas, con sus respaldos anchos y cojines de seda, harían del cuarto lo más confortable posible. Floreros de lirios adornaban todos los rincones, transportándonos con su perfume a los pasados días de primavera.

–Doña Edelmira, disfrute este café junto con el deguste de estos bombones. El chocolate negro realza muchísimo su sabor –servir, siempre con tacto muy educado–. ¡Por Dios, querida! No había reparado en sus hermosos aros de esmeralda. ¡Exquisitos, sin duda!

Una dueña de casa siempre debe encontrar algo amable que decir. Mostrarse plácida y reposada, incluso cuando todo en su ser grita: «¡Cómo me duelen los pies!».

–Querida Sofía, ¡excelente sugerencia! Carmela, tráigame ese licor de café que está guardado en la alacena.

«Invitar a alguien a casa es encargarse de su felicidad durante el tiempo que esté bajo nuestro techo», profesaba el *socialité* Brillat-Savarin y la sonrisa de mis invitadas no hacía más que confirmar sus enseñanzas. Ellas eran las amistades que Eulalio tanto me había animado a cultivar, pues tenían como referencia a sus maridos, hombres modernos y de pensamientos liberales como los míos.

–Luisa, quisiera darle las gracias por la magnífica cena que nos ha brindado esta noche –Adela sonrió, buscando la aprobación de las demás–. ¡Los platillos que hemos degustado han sido una obra de arte!

El grupo asintió sumando comentarios ventajosos sobre la comida.

–Pero lo mejor fueron el filete mechado con salsa picante y el budín de guatitas –señaló Edelmira.

–En efecto, esa carne se podía comer con cuchara –agregó Aurelia Carranza de Fernández. Su curioso arreglo de plumas se sacudía con cada uno de sus gestos–. También fue mi plato favorito.

–Pues, ¡es cosa de no creer, señoras! –exclamé con graciosa vivacidad–. Esas delicias que tanto alaban son obra culinaria de Víctor.

Lo dije y en sus rostros se reflejó la misma compasión que despierta un niño con la torpeza de sus primeros retratos.

–¡Si tan solo lo hubieran visto dando instrucciones de aquí para

allá! –exclamé llena de emoción–. Solicitando apio, perejil y pimienta para el condimento, adornando la sopa con una pinta de leche para darle una textura cremosa y sin descuidar las carnes que se cocían en una cacerola –y en tono de broma, expuse–: ¡Era como si prácticamente hubiera nacido en la cocina!

Mi risa, huérfana entre los labios de mis compañeras, se fue extinguiendo poco a poco. Ni siquiera la niña Amalia me secundó en el chiste, dormida como estaba en el regazo de su madre.

Ah, pero Víctor sí cocinaba. En la pampa, recordé, y un ligero dolor de cerebro me sobrecogió de repente.

–Pues… –expuso la joven Sofía en un hilillo de voz–. En Europa, los chefs más renombrados son hombres.

Por desgracia, nadie le hizo el menor caso. Doña Edelmira, preocupadísima por la confesión que había hecho, se inclinó en su asiento para observarme mejor. El monóculo que descansaba bajo su ceja no hacía más que exacerbar su mirada de acero.

–Pero, Luisa Clementina, la cocina es santuario de toda mujer. ¿Cómo se le ocurre traspasar sus labores al marido, que ya tiene bastante con el quehacer de sus negocios? Si sigue comportándose así, tan caprichosa, ¡él se aburrirá de usted!

Sonreí hasta que me quedó la cara tirante.

–Él ama mucho cocinar… –insistí.

Por fortuna, Adela se rio con tantas ganas que terminó contagiándome su alegría.

–¡Qué ánimo tan fresco el suyo, Luisa!

Asentí, un poco más aliviada por su apoyo. Ella continuó su discurso.

–Bueno, niña, imagino que la vida de campo hace del carácter uno más risueño y dado a las picardías. Con tanto sol, ¿cómo no va a ser así? Porque, en lo que a mí respecta, no conozco un mulato que no sea feliz. Y cuénteme, ¿le ha sido muy difícil adaptarse al frenesí de la capital?

Entonces recordé por qué odiaba tanto los convites sociales.

–¡Mamá! –interrumpió Sofía–, ¿por qué anda diciendo esas cosas?

–¿Pero qué, hija?

–Luisa es nacida y criada en Santiago. Hija, ni más ni menos, de doña Teresa Matte de Santa María.

La viuda hizo sonar el bastoncito contra el piso.

–¡Es que no puede ser! –reclamó imperiosamente–. ¡Si en esa familia son todos rubios!

–Mamá, ¡ya córtela! –insistió su hija.

El debate se fundió con la vitrola tocaba en esos momentos. *¿Seré como esas mujeres que, sin importar las atrocidades vividas en el parto, vuelven a tener más hijos?*, pensaba, a la vez que maldecía mi

ingenuidad como anfitriona. Comentarios como los emitidos por la señora Pinochet eran pan de cada día en las tertulias organizadas por mis padres.

–¡Pero si el señorito Javier es tan distinto a usted! –reclamó la anciana para sacarme de mis reflexiones–. Sofía, te acuerdas que el otro día lo encontramos en la confitería Torres. Tan rubiecito y bello de rostro.

–¡Mamá, cállese, por favor!

–Señora Adela, le juro que Javier Santa María es mi hermano.

Una segunda ronda de café y bombones llegó para limar asperezas y pronto la conversación se trasladó a temas más mundanos, como los bailes de moda, los vestidos de temporada y los últimos matrimonios de la alta sociedad. Entonces llegó el turno de reír para ellas, divertidas por los chismes que salían de sus bocas. Yo, en cambio, ni siquiera las escuchaba. Una sonrisa llena de amargura era lo único que podía ofrecerles.

–El terciopelo triunfará en trajes y sombreros –sugirió doña Isidora mientras se llevaba a la boca un pastelillo–. Se los digo yo, que estuve en París hace muy poco. Así que vayan buscando las mejores prendas para la próxima temporada de invierno

¡Menuda tontería!, reclamé para mis adentros. Sin embargo, y a juzgar por los aplausos que valió la mención, era la única que pensaba así.

–El gran chic consiste en que el abrigo y el vestido sean iguales. Lo vi en un modelito de Buzenet que me robó el corazón.

Doña Edelmira, que amaba hacer alarde de su círculo social, agregó:

–Buzenet es uno de nuestros más ardientes amigos de París.

Me escondí tras una taza de café para poder observarlas mejor. Sus modos, intereses, prioridades... Era obvio, ¡a todas luces! La evidencia demostraba la superioridad en la que me encontraba respecto de esas mujeres, pues tenía un oficio y un propósito que iba más allá de los quehaceres del hogar y de complacer al marido. Dado el despecho que sentía en esos momentos, el recurso de la soberbia se sintió como el mejor de los tónicos.

–El otro día supe que la niña Walker de Larraín tuvo otra pérdida. Según me contó un médico amigo, es la tercera que sufre en dos años.

–¡Ay, no! Pobre criatura desgraciada –se lamentó Aurelia–. ¿Se imaginan si llegara a quedar infértil antes de parir un hijo?

–Ojalá el marido se apiade de ella y no la bote –declaró la señora Adela.

–¿Y por qué habría de botarla?

Todas se voltearon hacia mí.

–Un matrimonio puede ser feliz sin hijos –declaré y lo hice sin

pestañear.

Entonces ocurrió el milagro. Esa broma que tanto añoraba para amenizar la cena por fin germinaba de mis labios, ni más ni menos que con mi propia opinión. Con la cara roja de alegría y los ojos húmedos, las mujeres se desternillaron de la risa por lo que acababa de decir.

–¡No embromo, señoras! –reclamé en mi defensa–. Incluso lo he hablado con Víctor. Él jamás me obligaría a tener hijos como condición de su felicidad.

Eso último marcó el éxtasis. El monóculo de la señora Edelmira saltó de su cuenca por los espasmos que le provocó mi ocurrencia.

–Ay, Luisa, Víctor tenía razón: ¡usted es la mar de divertida!

–No hay hombre que no desee tener descendencia –sumó Aurelia, por si no me había quedado claro el mensaje.

–¿Cuántos meses dijo que llevaba de casada?

–Tres meses, señora Adela, para ser precisa.

–Pajarita, ¡con razón tanta ingenuidad de su parte!

Estaba segura de que ni las caricaturas del *Zig-Zag* lograban tal golpe de gracia en sus lectores. Cada comentario mío solo avivaba el jolgorio.

–Luisa, ¿no me diga que usted es de esas que quieren votar?

–Pues sí…

–¡Qué barbaridad! –interrumpió Aurelia–. ¿Es que se imaginan, no sé, a una mujer gobernando este país?

Y las risas volvieron a encenderse.

Nada qué hacer.

Me encerré en la muda resistencia, cual tortuga bajo su coraza y en ese ánimo, las dejé reír hasta que el cansancio cerró sus bocas. Al menos una cuestión estaba clara: ¡las mujeres se la estaban pasando muy bien en mi compañía!

–Aurelia, pare, por favor –Adela, su compañera de asiento, la miró con desdén–. Ya no tiene gracia seguir riendo.

La mujer asintió sin poder cerrar la boca. Unos lagrimones cayeron raudos por sus mejillas.

–Aurelia, ¿qué le pasa?

–Aah… ah…

–Parece que le duele la mandíbula –comentó Edelmira.

–A ver, Sofía, pínchele las mejillas para que se le pase –Adela, al parecer docta en achaques mundanos, empezó a dar instrucciones.

–No pasa nada, mamita.

–Debe de tener cariado un diente –propuso Isidora–. ¿Y si le preparamos…? Luisa Clementina, ¡¿qué diablos hace?!

Lo admito, mi proceder fue brusco. No debe haber sido una imagen agradable verme con las dos manos de lleno en la boca de la señora

Fernández.

–¡Guácala!

–¡Luisa, compórtese, por favor!

Pero las quejas ya poco importaban.

–Señoras, tranquilidad, por favor –mi voz resonó fuerte–. La molestia que sufre Aurelia no es otra cosa que una luxación de la mandíbula.

–¡Oh, no! ¡Qué desgracia! –exclamó Isidora y, en un gesto de terror, se llevó las manos al rostro. Aurelia, al verla, se puso a llorar–. ¡Sálvenla, por favor!

Suspiré.

–Queridas, observen con cuidado el procedimiento que voy a llevar a cabo, de modo que ustedes puedan aplicarlo en caso de necesidad –entonces, clavé la mirada en Isidora–. Sufrir de una luxación es algo muy común.

–Sí, por supuesto... –murmuró la aludida en su vergüenza.

–Y bien...

Un inoportuno gallito coronó mis últimas palabras, pues, ¡con qué pupilas magnetizadas me observaban las invitadas! Dadas las circunstancias, consideré primordial corregir mis maneras para poder impresionar sus corazones y ganar, de una vez por todas, un poco de su aprecio.

–No se preocupe, señora Fernández. Todo saldrá a pedir de boca.

El desafortunado comentario quedó flotando en el aire.

–¡Pues bien! –exclamé con el rubor puesto y las manos ya higienizadas–. Lo primero que deben hacer es introducir sus pulgares en la boca del paciente, de manera que la pulpa de la mano derecha se apoye sobre el último molar izquierdo de la mandíbula y lo mismo ocurre con la mano izquierda, que se aplica sobre la última muela derecha.

Eché una ojeada a mis alumnas. Ni pestañeaban de tan concentradas.

–Como pueden apreciar, mis otros dedos quedan por fuera aplicados sobre el borde inferior y el ángulo de cada rama de la mandíbula. Entonces, por favor, mucho cuidado con el siguiente movimiento. En esta posición, llevamos la mandíbula hacia abajo y adelante... ¡y en seguida se empuja hacia atrás!

Un breve quejido de la señora Fernández anticipó su rehabilitación:

–¡Estoy curada! –exclamó alzando los brazos arriba en señal de victoria y la concurrencia alabó la hazaña con calurosas ovaciones.

–Pero, Luisa, explíqueme una cosa –inquirió doña Adela, con tono suspicaz y familiar a la vez–. ¿Cómo pudo reconocer la dolencia con tal facilidad?

Hice una breve pausa antes de responder. Ahí me erguí, con el pecho alto y saliente. Como en los cuadros de Boticelli, estaba segura de que un halo de grandeza me envolvía cuando dije:

–Sepa usted que soy enfermera.

Un gesto de asombro sobrecogió los rostros de las hijas de Eva.

–¿Y dónde aprendió el oficio?

–¡Y ese temple para reaccionar!

–Luisa, ¿podría darme un consejo sobre esta mancha que me salió en el cuello?

–Y a mí sobre estas várices. Me duelen muchísimo.

Fueron tantas las consultas, que Rosenda tuvo que salir corriendo por el maletín donde guardaba implementos, remedios y cuánta cosa se requería para la atención médica. Como era de esperarse, la manufactura del bolso también tuvo su momento de gloria entre las señoras.

–¿Dónde lo ha comprado usted? –preguntó Isidora.

–No sabría decirle, querida. Víctor me lo regaló para mi último cumpleaños.

–¿No me diga? –dijo, emocionada–. ¡Qué hombre más atento!

–Así es.

–¡Seguro que este regalo fue toda una sorpresa!

La culpa sonrojó mis mejillas.

–Sí, claro, pues tenía en mente un obsequio mucho más sencillo.

Continué con mis labores para evitar más preguntas. El despliegue de bisturís, tónicos y vendajes logró calmar el frenético parloteo, pero no fue por mucho tiempo.

–Este sulfato de quinina para las fiebres. Estas vendas son de algodón. Y esto es salicilato de soda para los dolores de las coyunturas...

–Luisita, míreme aquí, ¿quiere?

Prometí, como era mi deber de enfermera, revisar con ojos escrutadores cuanta dolencia llegara a mis manos, pero, Dios me perdone, ¡cuánta viveza puede llegar a inspirar lo gratuito! El impudor floreció audazmente entre las damas con tal de aprovechar la oportunidad de revisarse sin costo. Doña Edelmira incluso llegó a los extremos de bajarse los calzones por una molestia que la estaba aquejando en sus partes íntimas, ¡y no fue la única! A Carmela no le quedó más opción que hacer guardia por si a algún caballero se le ocurría aparecer de improviso por el salón.

–Momento, señoras. Déjeme ponerme los guantes.

Entonces saqué la última innovación traída de Norteamérica: guantes de hule reutilizables. Cada vez que tenía el orgullo de usarlos, mi semblante se animaba imperceptiblemente por una sonrisa de triunfo.

–Luisa, ¿y usted en qué hospital trabaja? –preguntó Sofía.

Entre revisiones y recetas médicas, aproveché la ocasión para ventilar mis desdichas laborales.

–Hace poco fui a ofrecer mis servicios al hospital San Vicente de Paul, pero la experiencia no fue del todo feliz –dije, mientras me sumergía bajo las faldas de Edelmira–. Incluso habiendo mostrado mis credenciales y recomendaciones, no hubo caso para que me concedieran un cupo asistiendo a algunos de sus cirujanos. «¡Ni lo piense!», me dijo la enfermera jefa, «usted comienza aseando enfermos como todas las mujeres que inician sus pasos en este establecimiento».

–¿Y cómo estoy de allá abajo? –interrumpió Edelmira.

–Bien, querida. Nada que un buen baño con vinagre de manzana no pueda sanar. Utilice dos cucharas en un litro de agua tibia y... –en un susurro, revelé el diagnóstico–. Y verá cómo erradica todos los hongos.

–¡¿Cómo dice?!

El chequeo médico siguió su curso. Ya estaba administrando unas gotas de colirio a mi nueva paciente cuando la señora Adela irrumpió exasperada.

–Pero, Luisa, ¡usted no está para esas cosas tan mundanas!

–Así es –agregó Aurelia, ya convertida en mi más fiel seguidora–. No escuche usted a esas enfermeras pichiruches.

Sus palabras me proporcionaron un infinito consuelo.

–Señoras mías, eso mismo le dije a Víctor cuando le comenté mi visita al hospital. ¡Qué alivio saber que al menos ustedes me entienden!

Contemplé una vez más a las mujeres que me rodeaban y descubrí en ellas una mirada singular. ¡Sí, era innegable! Sus rostros demostraban un cariño tan puro como el afecto maternal.

–No se preocupe, Luisa. Nosotras la vamos a ayudar.

–Quiere trabajar como enfermera, ¿verdad?

¡Oh, maravilla!, pensé, extasiada. Mis ardientes plegarias al cielo habían sido contestadas por fin.

–Sí, por supuesto. Reanudar mi oficio de enfermera me sería muy beneficioso.

La tranquilidad de mis modos ocultaba la verdadera emoción que sentía por dentro.

–Entonces, entre todas vamos a conseguirle trabajos a la altura de sus capacidades y ponerla en contacto con médicos, pero...

–¿Pero?

–Acuérdese de hacernos un buen precio por sus servicios, ¿sí?

Fue cuando comprendí ese afecto que antes vi chispear en sus ojos. Ellas solo me aceptaban a beneficio de inventario propio.

–¿Y, Luisa?

Pero no me importó. Yo no necesitaba su amor, pero sí trabajo.

–Señoras, ustedes son toda bondad –me apresuré en contestar–. Una tarifa especial es lo menos que podría ofrecerles.

Un gracioso *toc-toc* resonó en la puerta que conectaba el salón con el comedor. Era Gastón con bandejas con té, galletas y *petit-fours*, tal como habíamos acordado para las diez y media. Las mujeres, ya atendidas en sus dolencias médicas, aceptaron las viandas con el mejor talante y yo regresé a mi papel de dueña de casa.

Volví a consultar mi reloj. La merienda de los varones debía ser servida en los próximos minutos.

–Señoras, con su permiso, haré una breve visita al segundo piso para confirmar que los caballeros se encuentren bien atendidos.

Las mujeres siguieron charlando sin hacer el menor caso a mi aviso.

–El tango ha despertado un entusiasmo frenético en la juventud –dijo Isidora.

–En París hay una verdadera manía por ese baile y, según me dijo una prima, no se oye más que hablar de lecciones de tango –agregó Sofía–. Mientras que en Buenos Aires se baila solo en las tabernas o en casas de dudosa reputación.

Mi momento de gloria ya era cosa del pasado.

–Gastón, es menester que se tome un descanso. Rosenda, ¿me acompaña?

–Voy ligera, patroncita.

Con el ánimo aún festivo, acompañé a la criada hasta la cocina para recoger las golosinas y juntas nos embarcamos en la difícil misión de subir el carrito sin rodar por las escaleras.

–Ha salido todo tan bonito, ¿verdad, *iñora*?

Durante nuestra odisea subiendo los pequeños peldaños, observé a la adolescente con una atención que no le había concedido antes. Rosenda parecía resplandecer esa noche de fiesta y, en su felicidad, entonaba unos versos de una canción popular que la hacían reír. Su preciosa cabellera castaña, oculta bajo un gorrito de tela, dejaba escapar unas ondas coquetas que ella acariciaba, de tanto en tanto, en un gesto nervioso. Al sentirse el objeto de mi interés, me sonrió. Sus paletas separadas le daban un aspecto gracioso e infantil.

Llegamos al segundo piso y celebramos nuestra victoria con grandes abrazos. El esfuerzo nos había desordenado nuestras *toilettes*, así que también procedimos a acicalarnos mutuamente.

–*Iñora* Luisa…

–¿Sí?

–¿A *usté* no le gustaría adoptarme?

La confesión me tomó por sorpresa. Tanto así, que no supe qué decir y, al ver que no reaccionaba, Rosenda se asustó.

–Que la estoy embromando, ¿no ve?

–Rosenda, tranquila –le dije apoyando mi mano en su hombro–. No hay nada malo con preguntar.

–Además, *usté* dijo allá abajo que no quería tener hijos...

–Sí, pero...

–¡Yo la entiendo! Los hijos son un cacho.

Sus palabras aumentaron el ritmo de los pasos y las tazas temblaron sobre la carretita de metal que la joven empujaba. Al fondo del pasillo, las risas de los varones se colaban por la puerta entreabierta.

–En mi casa somos siete hermanos –Rosenda no paraba de hablar–. ¡Puros cachos!

Sin embargo, algo en la conversación de caballeros levantó mis alertas. Estaba segura de haber escuchado al señor Flaminio diciendo: «Esta cuestión del sexo».

Con una mano detuve el andar de la joven. Ella me miró extrañada.

–No entremos todavía –le dije haciendo el gesto del silencio con mi dedo índice–. Espéreme aquí.

Rosenda asintió, intrigadísima, y se quedó quieta en su puesto mientras me aproximaba a la puerta.

–Víctor, pero ¿por qué me está poniendo el ceño? Mientras antes se inicie un varón en las artes amatorias, mejor preparado estará para su matrimonio.

–No comparto su parecer, Flaminio.

–¡Pero si usted acaba de confesar que lo hizo a los quince!

Eso fue lo último que escuché antes de huir de la puerta. Mis pies se movieron como si mi vida dependiera de ello.

–Uy, *iñora*, ¿qué le pasó? ¡Está blanca como pantruca!

El rostro preocupado de la joven me trajo de vuelta a la realidad.

–Debe ser la jaqueca, Rosenda ¡Vaya que me dio fuerte!

–¿Quiere que vaya a la cocina por una oblea? Le hará bien.

Mis ojos me traicionaban, así que sonreí con más fuerza aún.

–No se preocupe, querida niña. Yo iré a buscar una a mi dormitorio.

–Pero...

–Le encargo a los invitados, ¿sí? Atiéndamelos bien y después se va a la cocina a comer algo.

–Bueno...

Rosenda hizo lo que ordené, aunque a regañadientes, y yo me dirigí a paso ligero al salón, olvidándome por completo del medicamento. Para escapar de mis pensamientos conté cada peldaño de la escalera en voz alta y, al igual que mi madre, me sorprendí tapándome los oídos como si el gesto pudiera salvarme de la rabia que

terminó alcanzándome de todos modos. Eso y una verdad innegable:

¡Así que la única virgen soy yo!

–Eso quiere decir que Víctor e Inés…

Casi me vence el llanto. Ahí, justo cuando estaba por hacer mi entrada al salón, pero logré recobrar la cordura a punta de pellizcos.

–Luisa, digna, siempre digna.

Y con ese grito de guerra, abrí las puertas de par en par.

–Ay, Luisa, ¡qué bueno que volvió! –Edelmira me dijo con la boca llena–. ¿Tendrá usted tarjetitas de presentación?

Mis convidadas seguían banqueteándose alegremente. Eso me concedió cierto consuelo.

–Por supuesto que sí. Ahora mismo se las entrego.

Fui en busca de mi maletín. En uno de sus bolsillos interiores estaban las tarjetas y también algunas copias de mi currículum mecanografiado. Las repartí entre las presentes con el corazón ilusionado.

Enfermera
Luisa C. Santa María de Viviani
Experiencia en quirófanos.
Teléfono: 2711

–Este es papel Bristol, ¿verdad?

Asentí y, con disimulo, eché una mirada al reloj.

Doce y cuarto.

Con una sola de mis invitadas que anunciara su despedida, el resto seguiría su ejemplo. Entonces, y como si hubiera leído mis pensamientos, Edelmira solicitó su echarpe y su sombrero. Corrí a buscarlos con demasiada alegría para quien debía entristecerse por el adiós y en unos cuantos segundos, dejé a la vieja lista para su salida.

–Pero, Edelmira… –le dijo Adela–. ¿Es que no te vas a quedar para el bridge?

Quise llorar, pero de cansancio. Cómo odié a la señora Pinochet en esos momentos.

***

«¡No insista en devolvérmelo!».

La dedicatoria del reloj se podía leer pese a la oscuridad.

«¡No insista en devolvérmelo!».

Era el efecto de la luna llena. Las manecillas anunciaban las dos de la mañana.

–¿Devolverlo?

Movida por un pálpito, busqué a Víctor con la mirada.

–Ay, Luisa... –dije, llevándome los dedos a las sienes–. Mejor acuéstese de una vez...

Mi marido dormía con el mayor de los gustos. Así lo confirmaba la ubicación privilegiada que me concedía estar sentada en cuclillas frente a su cama. Sus rizos, ya libres de la gomina, caían libres sobre la frente. Sus dientes perfectos, a diferencia de los míos, se asomaban entre los labios entreabiertos, donde una leve sonrisa se dejaba ver por sus comisuras.

Sin embargo, mientras más lo observaba, más blanco me parecía su rostro. Achiné los ojos, lo miré aún más de cerca y, en un susurro, le dije:

–Puto...

Un gran puchero coronó mi semblante. Víctor, en cambio, sonreía.

–Usted se ríe, pero para mí la cuestión no es *na'* chiste... –murmuré enrabiada–. ¡Tan comprensiva que he sido con sus dilemas de hombre y quién sabe cuántas veces usted le ha visto el ojo a la papa!

Entonces me pareció escucharlo decir, como tantas veces antes: «Luisa, no siga, por favor. Deme tiempo».

–Tiempo... –repetí con amargura.

Y así, sin quitar la vista de su persona –a ese rostro de lienzo blanco– me fui proyectando en el futuro. Ahí estaba yo, quitándome el maquillaje y los postizos, despojada del pesado vestido. Seguiría sacándome todo, menos esa sensación de derrota que me agobiaba.

Solté un pataleo sobre la alfombra. ¡Cuántas veces me propuso Clara conversar sobre intimidad y yo me negué motivada por la soberbia! Me parecía estar contemplando su rostro preocupado cuando le decía: «No hay tema que Víctor y yo no podamos conversar. Es solo cuestión de tiempo».

–Tiempo.

Me vi furiosa, ahogando mis gritos en un cojín. Con los dientes apretados mientras maldecía mis días de infinita paciencia frente a quien creí tan inexperto como yo. Y luego, las lágrimas.

–¡Qué posma! –dije, cruzada de brazos–. ¡Si lo que yo necesito es reírme!

En un impulso virulento, agarré el montón de revistas que descansaban sobre el velador y corrí a encerrarme en el baño, donde volaron los postizos y el vestido quedó tirado sobre una silla. En mi atuendo de calzones largos, prendí un cigarro y, como una reina, me senté en el trono para disfrutar de cuanta caricatura encontraba en los impresos. Realmente añoraba reír, y así lo hice. Las travesuras de Quico y Caco, las anécdotas del *Zig-Zag*. Buscando en qué entretenerme, llegué a ese cuadernillo que tanto quite le había hecho desde mi llegada a Santiago.

–*Educación Sexual* de M. Isabel Echeñique.

Cerré los ojos y escogí una página al azar. El título «Bendita histeria» destacaba con caligrafía cursiva.

–¿Bendita? ¿La histeria? –repetí y me largué a reír.

Mi abuela tenía ese don sobre mí. Me aventuré a pensar que ella también sonreía, donde fuera que estuviera.

Mi querida Luisa:

Toda mujer, desde sus primeros lustros, carga con la horrible misión de hacerse agradable a todo el mundo y, para lograrlo, reformará su carácter hasta olvidarse de sí misma. Pero, qué remedio, ¡todo sea por conseguir el amor de quienes la rodean! Primero, el de sus padres. Con los años, el de su marido. Cuando ese hombre que tantos suspiros le provocó en el noviazgo, por fin estreche su mano para juntos enfrentar el mundo.

Para él, todo será viajes y negocios. Para ella, todo será él, pues para eso la han educado. Cruel es el destino que le espera a esta mujer, ¿no le parece, Luisa? La felicidad que tanto anhela depende de un hombre tan defectuoso como ella y ya le comenté antes que los varones, especialmente en su juventud, carecen del tacto y la experiencia necesarios en el arte de amar, que es el tema del que quiero hablarle. Lamentablemente a ellos también los han moldeado desde la infancia, pero en las bases del orgullo y la vanidad. Los hombres no lloran y deben siempre tomar la iniciativa en todo.

Entonces comienzan los resentimientos.

Sin embargo, una mujer de bien no se queja ni turba al compañero con sus arrebatos, menos aún hace despliegue de un afecto ardiente. «El que se apasiona suele perder el sentido de la moderación», le han advertido las féminas que llegaron antes que ella a la familia, y en su pasivo mutismo, los deseos insatisfechos irán arrebatándole la sonrisa. Para colmo, su formación cristiana le impedirá expresar sus necesidades y, resignada a las circunstancias, ella terminará dependiendo de la caridad de su marido. Rezará para que se encuentre de buen humor, ojalá con los negocios boyantes, para que de regreso a casa él le conceda la atención que su cuerpo le pide a gritos.

A veces, la suerte estará de su parte. Otras, no, pero su fuero interno seguirá reclamando por lo que no tiene hasta que sus nervios colapsen y llegue el doctor que la tilde de histérica para recetar un cuanto hay para el alivio de su mente y el de su marido.

¡Qué desgracia! Y pensar, mi querida Luisa, que esa mujer fui yo.

Luego de mi primer hijo, es menester confesar que la intimidad con su abuelo era, pues, decepcionante. Un mero trámite para seguir engendrando descendencia, que se daba más para el regocijo de él que el mío y que muchas veces justifiqué por mi falta de experiencia o por

nuestros caracteres tan diferentes. Seguro que usted se debe acordar de él. Un hombre cariñoso, atento, que jamás me levantó la mano y cumplió todos mis caprichos, pero carente de toda imaginación. Y yo, que soy toda chispeza y arrojo, seguro le parecía intimidante. Sin embargo, nada decía para no lastimar su orgullo de macho. La cuestión es que nuestros encuentros terminaban siendo tan breves como el soplo de una vela. ¡Tristes, tan patéticos! Cuando los calores de la pasión comenzaban a colorear mis mejillas, su abuelo ya se estaba subiendo los pantalones.

Y así pasaron los meses, los reclamos de mi suegra, los comentarios de la gente. Para cuando el doctor me diagnosticó el histerismo, no quería verle ni los calcetines a Jorge y mucho lo amenazaba con conformarse con un hijo único, pero el médico me dijo que no perdiera la fe... y que abriera las piernas.

Cerré el cuadernillo de golpe.

–Ay, abuela... –mis mejillas ardían de acholo–. ¿Cómo me cuenta estas cosas?

Con la vista fija en la ventana, suspiré largamente. En el fondo sabía que no tenía más opción que seguir leyendo. No solo me estaba convirtiendo en la mujer que mi abuela describía en su diario, sino que también me sentía terriblemente sola.

No tenía a quién más recurrir.

Luisa, me parece estar viendo al doctor, lavándose sus manos con abundante jabón antes del procedimiento. Derrotada en mis esperanzas, lo dejé hacer sin antes preguntarle los detalles. Entonces el hombre estiró sus cinco dedos y con toda tranquilidad me dijo: «Usted tiene todo para su curación. Solo necesita esto». Y con esa misma mano, dio un golpecito a mi nuca.

Ese día, mi querida nieta, recuperé el control de mi cuerpo y el placer, ese que creí propiedad de los hombres, regresó a mí. Con todo esto, lo que quiero transmitirle es que usted también puede recurrir a este goce y, por supuesto, sin necesidad de ningún doctor o marido. Eso fue solo el primer paso para mí.

La fórmula es sencilla: el movimiento enérgico de sus dedos sobre sus partes íntimas, reemplazable también por el auxilio de algún accesorio. Usted, que gusta tanto de la Medicina, sabrá encontrar el adminículo que mejor asemeje la anatomía masculina. No obstante, si para cuando lee estos párrafos todavía no ha hecho el amor con varón alguno, bien podría auxiliarse con el suave roce de una cuchara. En cualquier caso, recuerde siempre proceder con la delicadeza que merece un capullo de rosa para que sus pétalos se abran al son de alegría y no del dolor. Insisto, ¡no se vaya a introducir cualquier cosa!, y asegúrese siempre de que el objeto elegido esté completamente higienizado.

Eso último que le voy a mencionar es muy importante y, tal vez, lo más esencial del ejercicio que le propongo. Al momento de proceder, reciba con gusto los pensamientos más apasionados que se le vengan a la cabeza. Este es un regalo para usted y todo está permitido, así que no se restrinja en cuanto a fantasías. De lo contrario, el procedimiento le parecerá de lo más decepcionante.

Luisa Clementina, hágame caso y conviértase en una mujer independiente en todo sentido. No busque a su marido por necesidad, sino por gusto, y deseche por completo cualquier miedo a una parálisis o enfermedad como consecuencia del onanismo. Le aseguro que la práctica será del todo placentera, pero no revelaré mayor detalle para que usted se anime a experimentarlo por sí sola.

Permítase ver al mundo con el orgullo que concede el autoconocimiento y, acuérdese de mí: esa voz que permanece reprimida en su interior volverá a renacer.

Cuando cerré el cuadernillo, mi corazón se estremecía convulsionado.

–¡No pierdo nada con intentarlo!

Y, en menos de cinco minutos, regresaba de la cocina con una cuchara en la mano.

–Ahora a buscar una posición cómoda.

La mullida alfombra que descansaba bajo la tina me pareció un buen lugar para el experimento. Sentada sobre ella contemplé mi cuerpo oculto bajo mi ropa interior y, en un arrebato, opté por despojarme de todas mis capas. Culpé a los últimos calores del verano por este impulso.

–Allá vamos.

Pero llegó el miedo. De un salto me levanté para echar llave a la puerta y, mientras lo hacía, no fui capaz de mirarme al espejo.

–¡Me muero si Víctor me pilla así!

Mis manos temblaban. Vulvas había visto por doquier, pero nunca la propia. Con los dedos intenté recrear lo que no me atrevía a enfrentar con la vista y así estuve un par de minutos que me parecieron eternos. Imágenes de parto fue todo lo que evoqué con el improvisado masaje.

–¡Maldición!

Sin deseos de darme por vencida, recurrí a la cuchara. El metal, ya tibio por acción de mis manos, fue desapareciendo lentamente entre mis piernas.

–¡Ah!

Creía saltar con el primer contacto y, nerviosa, clavé la vista en lo alto. En cuestión de segundos, pude sentir cómo un fuego interior tiñó de rojo todo mi rostro y la respiración, jadeante, amenazó con

abandonarme. Aun así, seguí frotando mientras las cornisas del techo se volvían borrosas.

Cerré los ojos por unos segundos intentando recordar.

–Las fantasías…

Bajé la vista lentamente hasta los senos y mis mejillas se encendieron al imaginar los labios de Víctor sobre ellos. Avergonzada, volví la vista al techo.

–Moriré en el infierno…

Sin embargo, mi mano derecha seguía moviéndose cada vez más rápido. Cuando volví a cerrar los ojos, él me miraba con avidez. Volvía para besarme el cuello en besos tímidos que se trasladaron a mi oreja. Entonces un suspiro de placer se deshizo en el aire. Las declaraciones que el joven murmuraba a mi oído me habían erizado la piel.

–Víctor…

Podía verlo todo en la oscuridad. Mis senos atrapados entre sus dedos. Su rostro oculto bajo mis largos cabellos. Sus labios sobre los míos.

De golpe, abrí los ojos.

Desde la ventana, la luna llena de mi cumpleaños parecía regresar para terminar lo pendiente. Bajo su hechizo, mi pecho desnudo se agitaba al son de una respiración descarriada.

Entonces, un cosquilleo.

Los dedos fantasmas de Víctor desaparecieron entre mis piernas. Uno, dos pestañeos. La luna que resplandecía en el firmamento me sonreía. Otro cosquilleo. Mis pies se retorcieron en un pequeño espasmo que no detuvo el frenesí del metal contra mis genitales y, así, me fui reclinando sobre mi espalda.

Sacudidas eléctricas, convulsas como la risa de un niño.

–Ay, misericordia.

Abrazada al Víctor de mis sueños, creí perder la vida por unos segundos.

Luisa

Santiago, 24 de mayo de 1914

–¿Aló?

–Tita querida, ¿cómo está?

Mis ojos fueron los primeros en reconocer a mi hermana. Su dulce voz los puso brillantes en un santiamén.

–Mi Luisa, dispénseme por llamarla a altas horas de la noche, pero recién me pude conseguir un teléfono. Estoy en el almacén de don Eufemio. ¿Se acuerda de él? Se lo presenté cuando vino de visita a Valparaíso.

Me apresuré a decirle que la memoria no me acompañaba esta noche y ella, para iluminarme, entre susurros trajo a colación el peculiar mostacho que caracterizaba al caballero. Escucharla reír me conmovió y aunque sabía que no podía verme, asentí a cada una de sus palabras.

–Luisa, la llamo porque estoy preocupada por Flor Inés. No sé qué le pasa...

Apreté el receptor al oído para sentirla cerca de mí.

–Hace días que una repentina tos la aqueja en la mitad de la noche.

Poco después, un olor a tierra húmeda me recibió al abrir la ventana. Se parecía al de las violetas cuando recién se les arranca de la mata. Afuera llovía con estruendo.

–Y tose tan fuerte que a veces creo que va a dejar de respirar. Permanece en ese estado unos veinte minutos hasta que el acceso se calma y ella vuelve a dormirse. Al día siguiente, cosa extraña, la bebé despierta como es de ordinario. ¡Apenas sufre de una ligera ronquera!

Le pregunté a Clara si había seguido algún tratamiento mientras me rendía a la triste melodía de las gotas sobre la ventana.

–Cerca de la cuna pongo una tetera con hojas de eucaliptus para que el vapor la descongestione. Eso y unas cucharadas de jarabe de cebolla. No me atrevo a más por miedo a malograr a la niña.

A esas horas, los automóviles se deslizaban veloces y silenciosos por calle Amunátegui. Para mi desdicha, ninguno paró en nuestra puerta.

–¿Cómo dijo, Luisa? ¿Laringitis estridulosa?

Clara tomó nota de mis indicaciones.

–Compresas calientes en la garganta. Diez gotitas de éter vertidas

en un pañuelo para cuando ocurren los accesos y dos lavativas diarias de un gramo de bromuro de potasio por tres días seguidos.

Mis manos estaban tan heladas que dolían.

–Luisa, no sabe cuánto le agradezco sus consejos. Los comenzaré a aplicar esta misma noche –entonces, la escuché reír de nuevo–. Oiga, solo la he molestado con mis preocupaciones. No me queda mucho tiempo al teléfono, pero al menos déjeme preguntarle por su persona.

–¿Ah?

–¿Encontró un doctor al que asistir?

–No, todavía no.

–Bueno, estoy segura de que pronto la Divina Providencia la guiará hacia ese trabajo que tanto anhela. No se rinda, hermanita.

–No lo haré.

–Luisa, ¿se encuentra usted bien?

–Sí.

–Por favor, no me mienta.

–...

–¿Le pasó algo malo?

–No, no.

–¿Y a Víctor?

Al escuchar su nombre, un sollozo violento se apoderó de mí y ya no pude pronunciar palabra.

–¡Luisa!

¡Cómo deseaba retroceder el tiempo, pero lo único que podía hacer era llorar! Y así, ahogada por un torrente incontenible de lágrimas, acaparé los pocos minutos que nos quedaban al teléfono.

–Clara, yo.

Ella, mi querida confidente, sabría comprender mi dolor mejor que nadie.

–Hermanita. Víctor y yo... se acabó todo.

***

Diez horas antes.

–Buenos días. Luisa Santa María a su servicio.

Pese a mis esfuerzos, mi imagen al otro lado del cristal todavía emanaba una energía nerviosa.

–Luisa Santa María... –insistí–. Enfermera.

Entonces mi gemela en el cristal sonrió con sinceridad y sus ojos oscuros brillaron al verme. ¡Cuán orgullosa parecía ahora!

–Eso, Luisa. Digna, siempre digna.

Guardé el espejito en mi maletín y con unos ligeros toques de un pañuelo, procedí a sacarle brillo a mi prendedor para que la admirada

Florence Nightingale me bendijera en los oficios de la sanación.

«Haré cuanto esté en mi poder para elevar el buen nombre de las enfermeras», le aseguré en un rezo fervoroso que elevó mi vista a los cielos, con tal suerte que coincidió con el vuelo de una extraordinaria mariposa plateada.

–¡Si eso no es señal de buena suerte! –chisté y, sin más preámbulos, mi dedo alcanzó el timbre de los señores Gallardo.

Así pasaron uno, tres, ¡cinco minutos!

–Pucha que se demoran en atender.

Mientras sonreía a la nada, la espléndida puerta de dos hojas que tenía enfrente iba robándose mi atención.

Toc-toc.

Un ligero golpecito para la suerte nunca está de más, pensé.

Toc-toc.

¿No era la escritora Colette la que siempre estaba tocando madera?, me pareció recordar de una entrevista del diario.

Toc-toc.

Cuando se es supersticiosa, los excesos están permitidos.

Toc-toc.

De la nada, un escalofrío conmovió todas las fibras de mi cuerpo y la mano que se alzaba para el quinto golpe de suerte quedó suspendida en el aire. Dios mío, ¡qué mala jugada me había hecho el destino al mostrarme como pájaro carpintero! Porque estaba segura: alguien me observaba desde el brevísimo espacio que dejaba la puerta entreabierta.

Abrumada por los calores de la vergüenza, ni siquiera me atreví a voltear el rostro.

–Pero qué madera más fina… –expuse congelada en mi lugar–. Ébano, sin duda alguna.

La puerta no tardó en abrirse para revelarme al espía.

–¿Señora Luisa?

Una anciana, pequeña y de mejillas hundidas, me contemplaba sin poder contener su curiosidad.

–¡Oh, vaya! –exclamé con falsa sorpresa–. ¡Tenga usted muy buenos días! Luisa Santa María de Viviani para ser…

–Entre, que hace frío –me ordenó sin vacilar. –. La estábamos esperando.

Asentí y apresuré mis pasos al interior de la mansión.

–¿Me prestaría su abrigo?

Mercedes Rojo, que así se llamaba la criada, me despojó de la prenda antes de que pudiera decir ¡agua va! Sus grandes manos me intimidaron.

–Sígame.

Asentí nuevamente.

Atravesamos en silencio un largo pasillo que permanecía a oscuras hasta llegar al vestíbulo. Las murallas cubiertas por platos de porcelana y retratos de personas antiguas ciertamente le daban al lugar un aspecto de cementerio al que solo le faltaban las flores.

–¡Ay, misericordia!

Asustada, me llevé las manos al pecho. Ni siquiera había terminado de hilar el pensamiento cuando una joven sirvienta completó la escena con un enorme florero.

–¿Tanto le gustan las flores, señora Santa María? –preguntó Mercedes, interpretando mi pavor como la más pura emoción.

–Uff, ¡si supiera! –mentí.

–Entonces venga a contemplarlas más de cerca. Mire lo bonitas que están.

–No es necesario.

–Venga, le digo –bastó que la anciana levantara la mano para que yo corriera a su lado–. Eso, venga. A ver si adivina qué flores son.

Cerré los ojos. Ese perfume me resultaba familiar.

–¡Ah! –exclamé y busqué el rostro de la criada–. ¡Pero si huele a gladiolos!

Si las miradas hablaran, la de Mercedes me hubiera soltado el rosario completo.

–¡Que son lirios! –espetó la mujer haciendo la señal de la cruz–. ¡L-I-R-I-O-S!

–Eso, lirios.

Miré a mi alrededor, pero de la dueña de casa, ¡ni rastro!

–Doña Mercedes, ¿será posible que me lleve donde la pequeña Manuela? –pregunté, un tanto ansiosa–. Anoche, cuando hablaba por teléfono con Francisca, me decía que la bebé lloraba en exceso. – Mis últimas palabras parecieron captar la atención de la anciana–. Realmente me partió el corazón escuchar a la madre tan afligida.

Mercedes alzó una ceja.

–¿Afligida? –preguntó y nos quedamos mirando por largo rato. «Le faltan dos dientes en el medio de la mandíbula superior», deduje cuando la mujer, por fin, me sonrió.

–¡Afligida! –repitió, esta vez con sarcasmo.

–Pues sí.

–La señora Gaete salió de compras y no creo que vuelva antes de las cuatro.

–Pero ¿y la bebé?

–Si usted me pregunta, a la niña solo le duelen las encías por sus primeros dientes, pero mejor déjeme que le presente a la sirvienta que la cuida y a ella le hace todas las preguntas.

Suspiré, resignada a mi suerte.

La emergencia médica ya no era tal, es más, ni siquiera existía por

causa de una madre que no se daba el mínimo tiempo de conocer a su hija. Pero ¿acaso no había adolecido de la misma suerte con mi propia madre? Apenas me parió, pasé de mano en mano como una encomienda. Primero, me crio una nodriza y luego, Petronila. También me tuvo bajo su tutela una institutriz, luego a las maestras del liceo y así un largo etcétera hasta que mi madre no tuvo más remedio que volver a recibirme, pues no había hombre que me desposara, por más encajes y cintas que la señora me pusiera encima.

–Doña Mercedes, ¿no le habrá comentado Francisca sobre un doctor amigo suyo? ¿Le habrá dejado sus datos?

La mujer negó enérgicamente con la cabeza y, segundos después, mi diagnóstico dental evidenciaba la ausencia de dos premolares más. Fue en el momento exacto en que Mercedes casi me deja sorda de un grito.

–¡¡Guillermina!!

Desde el segundo piso, una voz juvenil le contestó con igual ímpetu.

–¿¿Qué??

–¡¡Baja, niña!!

–¿¿Por qué??

El intercambio de alaridos entre criadas me despertó una risa traviesa que oculté tras un pañuelo.

–¡¡Baja, te dicen!!

–¿Y *pa'* qué voy a bajar?

–¿No ves que llegó la eminencia médica a ver a la Manuelita?

«Eminencia», repetí para mis adentros. ¡Tanto trabajo por fin cosechaba sus primeros frutos! Sonreí al comprobar que mi reputación de enfermera iba ganando adeptos entre las familias de bien.

–¿La qué? –preguntó Guillermina desde lo alto–. ¿Cómo dijo?

Mercedes se encogió de hombros.

–¡Esta juventud! –dijo a la vez que me dedicaba un guiño de complicidad–. ¡Tan pavas que son!

Le correspondí con una venia ligera y sonrisa.

–Baja, te dicen... –insistió la anciana, ya agotada de gritar.

–Voy... –le contestaron con igual ánimo cansino.

En un asomo de vanidad, le di unos toquecitos discretos a mi moño y en un furtivo encuentro con el espejo, confirmé que el rímel de mis pestañas permanecía intacto, al igual que el brillo de mis labios. Todo fuera para poder corresponder a la magnánima presentación hecha por Mercedes.

La joven criada alcanzaba los últimos peldaños de la escalera cuando entonó un dulce saludo.

–¡Buenos días, señora!

Asentí.

–Guillermina… –interrumpió la anciana–. Déjeme que le presente a la matrona.

–¡Matrona! –repetí con sarcasmo y tan fuerte que asusté a las mujeres.

Nada qué hacer…

A las once y media, en el hogar de los Cesari del Solar, me esperaba otra emergencia infantil. Sin embargo, todo hacía parecer que la atención de la niña Aída sería lo de menos en mi visita.

–¿Y eso qué es?

–Mi maletín, señora.

–¿Maletín? ¿Como el que usan los doctores?

–Así es.

–Sí, bueno, pero usted no es doctora, ¿o me equivoco?

Eloísa del Solar supervisaba cada uno de mis preparativos antes del ingreso a la habitación de Aída. ¡Qué suplicio! Era la mujer el símbolo del más puro nerviosismo, flaca y delgada como una rama vieja que crujía por el apriete de unos dientes o por la campanita que guardaba dentro de su puño y que, de tiempo en tiempo, emitía un leve tintineo con cada movimiento suyo.

–Enfermera, ¿qué es eso que tiene en las manos?

Por breves segundos sonreí iluminada por la maldad. *¿Y si le echo unas gotitas de éter sulfúrico en el té?*, pensé, antes de decir:

–Un cubrebocas, señora Eloísa.

–¿Un qué?

La marcada extrañeza de la mujer terminó por minar mi confianza, así que estiré una vez más la tela frente a mí para cerciorarme que lo que tenía en mis manos no era un calzón o algo parecido. Sin embargo, la inspección siguió revelando el mismo cubrebocas que había confeccionado con los escasísimos conocimientos de costura que había alcanzado en el taller de don Lindorfo.

–Un cubrebocas –repetí, incómoda–. Señora, esta es una medida de precaución para evitar el contacto directo con las gotitas de saliva que la niña podría expeler al estornudar o toser. Y lo mismo ocurre con mis propios fluidos, que quedan atrapados en la tela.

–Fíjese que es la primera vez que veo una enfermera usando una de esas cosas…

Eloísa asentía, pero el gesto de estupor seguía perenne en su rostro.

–Por casualidad, ¿ha escuchado hablar del cirujano Mikulicz-Radecki? –pregunté a la vez que me colocaba la mascarilla–. Este procedimiento está inspirado en sus estudios clínicos sobre la antisepsia.

Sonreí al ver cómo abrió los ojos por la sorpresa. Darles peso a mis fundamentos con el trabajo de un hombre era un recurso que no

fallaba, y esta no fue la excepción.

–¿Mikul-Rapeki? –repitió con horrible pronunciación–. Sí, claro. Excelentísimo doctor inglés.

Era austrohúngaro, ¡pero qué importa!, pensé, sonriéndole con los ojos. Acto seguido, busqué mis guantes de hule previamente desinfectados.

–¿Guantes? –exclamó, de repente–. ¿Tan grave está mi hija?

Tener la boca cubierta tenía muchas ventajas después de todo. Los rezongos y las muecas, por ejemplo, pasaban completamente desapercibidos.

–Señora Eloísa, por favor, no pierda la calma. Por los síntomas que me describió, lo más probable es que estemos frente a una enfermedad infecciosa y créame que no le voy a ser de mucha utilidad en el futuro si también me contagio.

–Guarda toda la razón, enfermera –dijo en voz alta y la campanilla acompañó sus palabras–. Confío plenamente en su quehacer.

¡Me lo dijo esa boca que mentía con una sonrisa!

–Querida Eloísa, lo mejor es que permanezca afuera mientras examino a la niña. Al menos hasta que pueda confirmar el diagnóstico

–Pero ¿cómo se le ocurre que la voy a dejar sola con mi hija?

En favor del tiempo, dejé de buscar la aprobación de la mujer e ingresé al dormitorio apenas iluminado por una lámpara eléctrica. Era un espacio elegante, ordenado y de detalles coquetos. El peinador de gasa con su espejo y juego de frascos me recordaron muchísimo al que lucía en mi propia habitación.

–Es menester que ventilemos el aire de la pieza –declaré en voz alta mientras buscaba a la madre con la mirada–. El oxígeno y la luz solar son nuestros mejores aliados para eliminar los gérmenes infecciosos.

Eloísa, apostada bajo el umbral de la puerta, de golpe y porrazo hizo sonar la campanilla y en menos de un minuto dos sirvientes corrieron a abrir las ventanas.

La que se persignó esta vez fui yo.

Dios, ojalá haya errado en mi diagnóstico y no se contagien, rogué, para luego acercarme a la paciente, que hasta entonces dormía plácidamente. Sus ojitos soñolientos quedaron prendidos de mi mascarilla, pues, al igual que su madre, parecía que era la primera vez que veía una.

–Buenos días, Aída. Mucho gusto –dije, y me senté a la orilla de la cama–. Soy Luisa y he venido a cuidarla porque su mamita me contó que no se sentía bien.

Ella asintió y estiró sus bracitos para hacerse de un libro que descansaba sobre su velador y que luego depositó en mis manos. En la portada una misteriosa mujer de ojos negros aparecía envuelta por un

velo.

–¡Ah! –exclamé sorprendida–. ¡*Las mil y una noches*!

–¿Eres tú?

Casi muero de amor en ese preciso instante.

–No, hija –gritó Eloísa detrás mío–. Que es la enfermera.

Suspiré.

–¿Sabes qué, Aída? ¡Me has descubierto! Soy fiel seguidora de la princesa Sherezade y uso un velo como el suyo cada vez que puedo.

La confesión le causó la mayor de las gracias a la niña, pero su garganta adolorida no la dejaba reír con fuerza. Al momento de retirar el termómetro, este marcaba 39 grados.

–Su mamá me contó que tiene fiebre desde ayer.

–Y me duele la cabeza –agregó la niña, llevándose las dos manos a las sienes.

Desde la puerta, su madre sumó otros síntomas.

–Y de la nada, principió con arcadas y vómitos, enfermera –sus dedos nerviosos parecían incrustarse en la madera–. ¿Y ya sabe qué tiene?

–Calma, señora del Solar. Deme unos minutos.

Del maletín saqué el espejito y el pincel. De antemano, una lámpara de alcohol me había sido facilitada por la misma dueña de casa.

–Aída, necesito que abra bien la boca y diga «a».

–Aaaaaaah –dijo la paciente y un pequeño estornudo escapó de su boca–. Aaaaahh.

Entonces escuché a su madre decir:

–¡Menos mal que estaba usando el cubrebocas, enfermera!

Ni siquiera me digné a mirarla. *¿Por qué no cobré cien pesos por esta visita?*, me pregunté y seguí con el examen, que reveló la hinchazón de las membranas en boca y laringe que, por cierto, tenían un color azulado, al igual que la campanilla. La lengua era de color fresa.

Un largo «humn» de mi parte hizo eco por toda la habitación.

–¿Y ya sabe qué tiene?

–Todavía no, señora Eloísa… –intenté ignorarla–. Aidita, ahora voy a desabrochar su camisola para revisarla.

La niña pensó que estaba jugando a las cosquillas, por lo que el procedimiento tardó unos minutos más de lo esperado. Sin embargo, entre risas y juegos, logré abrirme paso hasta el pecho, donde unas manchitas de un fuerte color rojo se encaminaban hacia el cuello.

–¿Y ya sabe qué tiene? –insistió la madre.

Respiré hondo. El diagnóstico no era el más alentador.

–Aída, ¿le gusta leer?

–¡Sí, mucho!

–¿Y cuánto se demora en leer un libro como el de la princesa

Sherezade?

La paciente estiró su mano frente a mí.

–¿Cinco días? ¡Oh, vaya si es rápida! Pues bien, entonces le voy a recetar cinco libros y algunas medicinas. Si es obediente y sigue mis instrucciones, estoy segura de que estará recuperada para su última lectura.

Aída parecía encantada con su tratamiento. Me despedí de ella con la promesa de que nos encontraríamos al día siguiente.

–¿Y? –Eloísa y su campanita me perseguían–. ¿Qué tiene la niña?

Cerré la puerta tras de mí.

–Señora, le daré un informe detallado de la fiebre que aqueja a su hija y el procedimiento que seguiremos para su recuperación, pero, por favor, concédame unos minutos para quitarme el cubrebocas y los guantes. También necesito lavarme bien las manos.

–Vaya, vaya... –dijo, un tanto angustiada–. Que la espero.

Y yo insistía en sonreírle con el rostro tapado.

Clic.

Amparada por la privacidad de un pequeño cuarto de baño, me concedí unos minutos de reflexión. Sabía que era menester no despertar sospechas sobre la enfermedad de la niña, así que decidí escoger cuidadosamente mis palabras.

«Señora, todo parece indicar que estamos frente a un cuadro de fiebre escarlata. Sin embargo, el tratamiento es del todo alentador. Déjeme explicarle».

«Hay que conservar la garganta, la boca y la nariz muy limpias. Para este fin, unas gárgaras de vinagre y azúcar quemada son las más recomendadas».

«Todo lo que tenga contacto con la enferma debe desinfectarse hasta lo más mínimo».

«Aquí ningún cuidado es excesivo. Para evitar que se inflamen los riñones, lo mejor son las infusiones de jengibre y de perejil».

«Notifíqueme inmediatamente si la orina disminuye o se pone espesa».

«Un reposo de unos veinticinco días será suficiente».

Me miré una vez más al espejo. Mis modales corteses pero sencillos ayudarían también a contener cualquier angustia. Además, en asuntos médicos, «quien va piano, va sano y va lontano».

–Estoy lista.

Entonces abrí la puerta.

–¿Y?

Eloísa y sus ojos desorbitados me anularon en un instante y mi diagnóstico quedó remitido a simples balbuceos.

–Señora, todo parece indicar que estamos frente...

No alcancé a terminar la frase. Como un águila a su presa, la mujer

me agarró por los hombros y con una energía salvaje exigió la verdad a punta de sacudones.

–¿Me va a decir qué diablos tiene la niña?

–¡Fiebre escarlata! –chillé–. ¡Fiebre escarlata, señora!

–¿Fiebre escarlata? Pero, pero ¿es que mi hija se va a morir? ¡Ay, no, mi pobre Aída!

Y, de pronto, se me desmayó la vieja.

–¡Señora Eloísa!

Por fortuna, mis instintos de enfermera supieron responder ante la emergencia y lograron amortiguar su caída a costa de mi propia humanidad. Y así, en mi condición de colcha humana, hice sonar la odiada campanita para que algún alma caritativa nos rescatara.

¡Qué mariposa ni qué ocho cuartos!, pensé, con la vista perdida en las cornisas del techo. *Seguro que lo que vi en la mañana fue una polilla*.

Cuando el reloj marcaba la una de la tarde, volví a Amunátegui 661.

–*Iñora* Luisa, ¡le sirvo inmediatamente el almuerzo!

A mi regreso al hogar, la mesa del comedor mostraba una curiosa disposición. En una mitad se lucían un florero, una panera y unos cubiertos muy bien colocados para el almuerzo. En la otra, ¡el caos! Un verdadero surtido de cajas de todo tipo entre chocolates, equipos eléctricos, juguetes y cuanta cosa se pudiera extraer de un almacén.

Desde la cabecera observé hipnotizada la montaña de cachivaches que se cernía frente a mí.

–Rosenda, dígame una cosa. ¿Don Víctor no le habrá dejado algún recado para mí?

La muchachita miró el tumulto y una risita la dominó mientras acomodaba mi plato de lentejas.

–Así es, *iñora* Luisa. Como el patrón estaba seguro de que este desorden no le causaría ninguna gracia, nos encargó decirle que mañana sin falta –marcó esas últimas palabras con la misma entonación de mi marido– irá a devolver esas cuestiones a los almacenes y que si le interesa alguna, que se la quede.

Como suponía, el instinto no me engañaba. Asentí a la joven mientras me llevaba una cucharada de caldo a la boca.

–Rosenda, ¡estas lentejas están deliciosas!

Con tanto trajín no me había dado cuenta del hambre que sentía.

–¡Espérese un tantito! –en menos de un minuto, la joven regresaba de la cocina con un frasquito en las manos–. Déjeme ponerle una ralladura de queso parmesano y verá lo rico que le queda.

Y tenía razón.

–¡Gracias, querida!

Ella asintió, orgullosa, y ya desaparecía por la puerta cuando el efecto de un recuerdo la hizo girar en sus talones.

–¡Ah, doña Luisa! El patrón también mandó a decir que estará de regreso a eso de las ocho.

Un «¡oh!» tan dramático como el de Eloísa del Solar escapó de mis labios, provocando unos cuantos pestañeos de sorpresa en mi compañera.

–¿A las ocho? –pregunté intentando recrear un tono más reposado–. ¿Será por motivo del Club?

–No, *iñora*. Se fue de viaje hasta Ñuñoa para una reunión con la señora… ¿Cómo era que se llamaba?

Mi cuchara regresó al plato para darle espacio a un tremendo suspiro.

–Paula Ovalle –murmuré–. La señora de los tónicos.

¡Nada qué hacer! Me moría de ganas de contarle a Víctor mis peripecias con los pacientes, pero para eso faltaba mucho todavía.

–¡Paula! ¡Esa mismita!

Rosenda hizo una venia y se retiró para darle de comer a las gallinas. Por mi parte, aproveché la soledad para sacar un libro y ponerme al día con las últimas publicaciones sobre enfermedades contagiosas. Ciertamente comer y leer no era una tarea fácil, pero me las ingenié para tomar apuntes en una libreta y, para cuando terminaba el postre, había hecho grandes progresos con el estudio sin haber manchado ninguna página.

Saqué el reloj.

–Si me apresuro, ¡incluso tendré tiempo para una siesta! –declaré contenta como unas pascuas.

Pero el destino quería otra cosa.

Al levantarme del asiento, mis ojos quedaron atrapados por una cajita que yacía casi oculta bajo una bolsa de medias. Una de bordes dorados y rojos cuya publicidad había visto infinidad de veces en las revistas.

–¡Así que estos son los famosos vibradores! –exclamé.

Picada por la curiosidad, procedí a leer su etiquetado.

«¡El secreto de la eterna belleza! Especialmente diseñado para las necesidades de las damas, este vibrador alivia tensiones y espasmos musculares. Aplíquelo en su rostro y cuello para una pulsante relajación».

–¡La eterna belleza! –repetí con asombro.

Abrí la caja que la feliz casualidad había puesto en mis manos y, en su interior, una especie de varita con dos puntas intercambiables descansaba sobre almohadillas de terciopelo. Era, sin duda, un diseño extrañísimo. Simple y de tamaño pequeño, a diferencia de los otros modelos que había visto en las vitrinas.

–Habrá que probarlo.

El primer cabezal se asemejaba a un cepillo para el cabello por sus

numerosas puntas de hule. Deseosa de conocer su funcionamiento, lo conecté al único enchufe disponible en el comedor y me apresuré a refregar el adminículo sobre mis mejillas.

La emoción, sin embargo, duró poco. La vibración era tan suave como el ronroneo de un gatito.

–Ahora entiendo por qué Víctor quiere devolverlo al almacén.

Mas, para tener una opinión acabada, procedí a probar el otro cabezal. Ese que era redondeado, liso y suave. Su efecto fue incluso más delicado que el anterior.

–¡Qué posma! –exclamé desilusionada y en ese preciso instante un recuerdo atravesó mi cerebro.

«Usted, que gusta tanto de la Medicina, sabrá encontrar el adminículo que mejor asemeje la anatomía masculina».

Devolví el vibrador a la caja como si estuviera maldito y, avergonzada, me llevé las manos al rostro.

–Ay, Luisa –murmuré con la pasión de un rezo–. ¡Sea firme! No caiga en las fauces del onanismo.

Sin embargo, la caja regresaba a mis manos por efecto de una fuerza misteriosa. Mi formación científica, de seguro, me estaba impidiendo descartar cualquier teoría, ensayo o invento sin antes haberlo pasado por el cedazo de la experimentación.

O, al menos, esa fue la mentira que me quise vender.

–Señora Luisa, ¿necesita algo?

Las criadas disfrutaban todavía de su almuerzo cuando me aparecí por la puerta de la cocina.

–Señoritas.

Ellas me observaron con extrañeza. Mi semblante, pálido y sudoroso, seguro llamó su atención. Entonces ordené, casi en un grito:

–¡En la próxima hora no estaré disponible para nadie!

–¡Ay! –gritó Carmela y, por el susto, quebró un vaso.

Arrepentida por el mal gobierno de mis pasiones, suavicé mis modos y enseguida agregué a modo de disculpa:

–¡Es que no saben cómo me duele la cabeza!

Escondida tras mi espalda, la cajita del vibrador crujió por efecto de mis manos nerviosas. El aparato, cómplice de mis futuras locuras, parecía reírse de mí.

La carne es débil, pensé, derrotada, y sin más preámbulos, me dirigí a paso ligero hasta el dormitorio… la segunda habitación de la casa con enchufe eléctrico.

***

Salí de la casa de los Larraín Ortúzar echando pericos y prometiendo

no volver jamás.

–¡Qué insolencia! ¡Qué atrevimiento! ¡Cuánta mezquindad!

Pero, débil y cobarde en mis actos, los reclamos que echaba al aire eran apenas un susurro que se perdía entre los transeúntes que pasaban por mi lado.

–¡Seis pesos!

Estaba furiosa y, solo para prolongar mi tormento, saqué del bolsillo los billetes que me habían sido cancelados.

–Seis pesos por atender a cinco pacientes. ¡Sinvergüenzas!

Recordé entonces el llamado de la señora Hortensia pidiendo mis servicios. Ella y su marido sufrían de una descompostura de vientres, pero llegado el momento de su examinación, los pacientes fueron sumando más y más síntomas.

Mis recuerdos no me engañaban. ¡Solo dos pacientes estaban programados para mi visita! Mientras caminaba por calle Agustinas repasé todo lo acontecido en un acto del más puro masoquismo.

–Enfermera, ¿usted me podría dar algo para las ronqueras?

–¿Y a mí para el insomnio?

Mi vocación me impidió hacer oídos sordos a las dolencias del matrimonio y fui generosa en tratamientos. Me encontraba en esas labores cuando llegó el hijo mayor de ambos.

–Es que yo también sufro de diarrea –me confesó, avergonzado, el adolescente, que, al igual que sus padres, aprovechó la ocasión para agregar una molestia por el excesivo sudor de sus pies. Le receté licor de acetato de plomo mezclado con agua al dos por ciento y el muchacho me sonrió agradecido.

Sin embargo, tanta diarrea era sospechosa, así que no tuve más remedio que inspeccionar los procedimientos que se llevaban a cabo en la cocina. Por fortuna, la causa quedó en evidencia después de unas cuantas preguntas: a cualquier agua le echaban un paquetito de polvos Lithines.

La cocinera se defendió con uñas y dientes cuando la confronté por su error.

–Oiga, enfermera, yo solo seguí las instrucciones del diario. El aviso decía clarito: «Convierten el agua mala en una mineral».

–¡Pero hay límites, señora! –dije ya molesta–. ¿Cómo se le ocurre buscar el milagro de la purificación con agua estancada? Si la que almacena en la olla, ¡hasta algas tiene!

Cuando ya me estaba poniendo el abrigo para partir, la otra hija de los Larraín, que tendría unos diecisiete años, acusó un terrible dolor de piernas al que no pude negarle la atención. Sin embargo, ¡vaya mentira! Lo que realmente quería la niña era una cura para las piernas velludas que tanto la avergonzaban.

–¡El único método eficaz para erradicarlos es la electricidad! –le

dije un tanto airada y decidí no avanzar en mis retos porque ¡ay, Dios!, yo sufría del mismo mal.

Poco después volví a ver a la señora Hortensia, esta vez con un niñito en los brazos.

–Es que el niño cruje los dientes –me informó en tono lastimero.

No me quedó más opción que revisar al pequeño. Mi examen, sin embargo, no reveló dolencia alguna.

–Si el niño hace crujir los dientes en su sueño puede ser por una de estas dos causas: es síntoma de las lombrices o por los nervios. Dele leche tibia con menta piperita para los parásitos y, si no se le quita con eso, ensaye con un poquito de agua de azahar antes de que el crío se vaya a dormir.

La madre, agradecida, me acompañó hasta la puerta, donde procedió a entregarme mis honorarios en un elegante sobrecito cerrado.

–Seguiremos todas sus indicaciones al pie de la letra, enfermera Luisa. ¡Que tenga buena tarde!

Para cuando me di cuenta del engaño, ya estaba a dos cuadras de distancia. Víctor tenía razón cuando me decía que los ricos resultaban ser los más tacaños.

–Tal vez por eso mismo es que tienen plata –murmuré.

Volví a sacar el sobre con los billetes. Esta vez los contemplé con ojos esperanzados.

–Estoy por alcanzar la meta de los cincuenta pesos.

Considerando los quinientos pesos que mi marido destinaba para el hogar, mi contribución era ínfima y apenas sí alcanzaba para pagar los honorarios de las dos criadas. Eran mesadas que se recibían amasadas con lágrimas y otorgadas con desprecio.

–¡Dinero es dinero! –dije a modo de consuelo.

Guardé el sobre, alcé la vista y, poco después, un zapateo furioso hizo eco de mi frustración. Como si me hubiera leído la mente, un hombre murmuró al pasar por mi lado «Norte claro, sur oscuro. ¡Aguacero seguro!» y poco después las notas en mi libreta comenzaron a diluirse por menudas gotas de lluvia.

–¡Ah! ¡Pues qué bien! –reclamé gritando al firmamento mientras el agua me iba empapando–. ¡Eso era lo único que me faltaba!

Mis groserías continuaron hasta llegar a la casa de mi siguiente paciente. Por fortuna nadie se percató de mí, preocupados como estaban todos de resguardarse de la lluvia.

–Odio mi trabajo –mascullé con amargura y un par de lágrimas rodaron por mis mejillas.

Pero de esa confesión tampoco supo nadie.

***

–Oh, perdón, ¿la desperté?

El suave roce de una manta me trajo de regreso al mundo de los vivos.

–Siga durmiendo, no se preocupe por mí.

Víctor, a los pies de mi cama, me contemplaba con la mayor de las ternuras.

Extrañaba tanto esa sonrisa, pensé, antes de cerrar los ojos por efecto del cansancio y del frío.

Me he quedado dormida sobre la cama otra vez, dije en mi mente poco después mientras contaba las campanadas del reloj desde mi refugio de almohadas. Eran las ocho de la noche.

Afuera no dejaba de llover.

Sin embargo, ávida de curiosidad por mi marido, volví a abrir los ojos. Él, empapado hasta los huesos, cargaba unos maderos en la chimenea cuando nuestras miradas se encontraron por segunda vez.

–¿Víctor? –tres pestañeos después, volví a recuperar la lucidez–. ¡Pero mírese cómo viene de mojado!

Él soltó una sonora carcajada.

–No se preocupe, mi Clementina –dijo sin quitar la vista del fuego. Su optimismo parecía inagotable–. Pongo unas brasas a la chimenea y me seco en unos minutos.

Asentí y me senté a observar su quehacer.

–Pero ya que despertó, ¿por qué no me cuenta cómo le fue con sus visitas?

Como no soltaba palabra, al marido no le quedó más remedio que darse vuelta a mirarme.

–¡Qué barbaridad! –exclamó al encontrarse con mi puchero–. ¿Así de mal?

–El día ha sido duro.

–Pero explíquese.

No, señor. Usted no quiere abrir esa caja de pandora.

–Le va a hacer bien –insistió.

Suspiré.

–Pues, la verdad es que hoy…

Las palabras no salieron y él, deseoso de darme un poco de espacio, me libró de su mirada unos instantes para sacarse los zapatos y acomodarlos en la chimenea. Entonces no pude evitar pensar: *¡Cuántas veces tendríamos que pasar por lo mismo para aceptar el horrible destino de conversaciones como estas!*

En el fondo de mí sabía que una vez que pronunciara la primera palabra no podría dejar de quejarme hasta el hartazgo y Víctor,

cansado de no llegar a ninguna conclusión que me dejara satisfecha, volvería a herirme con el mismo mensaje de siempre: «Pero ¿qué más quiere, Luisa? Las enfermeras están para cuidar enfermos».

Y lo peor era que tenía razón.

–¿Sí? –volvió a preguntar.

Decidida a cambiar mi suerte, retomé la conversación con otra perspectiva. Una que no fuera tan personal.

–Ay, Víctor. ¡Qué frustrante puede ser la Medicina!

Él abrió los ojos.

–Pues sí... –dije, reafirmando mis palabras–. Hoy me ha tocado atender infecciones de diferente índole y no tuve para ellas más que remedios caseros. Usted sabe, lo típico para esas dolencias: antipirina, bromuro de potasio, bicarbonato... Eso, y rezos a la Divina Providencia para que intercediera en la recuperación de mis pacientes, pues, sea dicho, nada elimina realmente las bacterias más que las defensas del propio organismo.

Víctor asentía a cada una de mis palabras y, en un gesto de confianza, se sacó la chaqueta para ponerla a secar. Mentiría si dijera que el gesto me dejó indiferente.

–Allá en el campamento donde vivía –indicó, muy serio–, un hombre terminó muerto por ingerir cloro. Cristian Reyes, creo que se llamaba. Las malas lenguas dicen que lo hizo para curarse de la sífilis.

¡Sífilis!, pensé y el enojo principió a manchar el tono de mi voz.

–Precisamente, Víctor. El cloro elimina las bacterias y, de paso, se lo lleva a uno también.

–Qué terrible enfermedad.

–¿Terrible? –cuestioné–. Lo trágico es que hombres promiscuos como ese señor Reyes contagien a sus mujeres por el fruto de sus pecados. En lo que a mí respecta, ¡que se tomen todo el cloro del mundo si no tienen la decencia de ser fieles!

–Mi amor, ¿está bien que una enfermera hable así de los pacientes?

–¡Pero, Víctor!

Víctima de un orgullo herido, escondí el rostro bajo las sábanas para rendirme a unas cuantas lágrimas.

–Si supiera cómo me trataron hoy, ¡entendería el porqué de mis descargos!

La lluvia azotaba los cristales sin compasión. Su clamor y el mío parecían cargar la misma intensidad.

–¡Es de no creer, esposo mío! –exclamé luego, sin darme por vencida–. En el Hospital de San Bernardo infundía tanto respeto y cariño en la gente que hasta regalos me hacían, pero estas familias ricas me tratan peor que a una empleada.

Él se acercó a consolarme y, mojado como estaba, no pudo más que tomar mi rostro entre sus manos.

–Mi Luisa Clementina, no llore.

No pude evitarlo. Su mirada apacible conmovió todas mis fibras y una tímida sonrisa afloró por mis labios al encontrarse con los suyos. Fue cuando pensé: *Esto es todo lo que necesitaba*.

–Mi tesoro…

–¿Sí, Víctor?

–Le advertí que esto iba a pasar cuando me contó sobre sus visitas médicas, ¿se acuerda? Se notaba lo superficiales que eran esas mujeres.

Al escucharlo, se me avinagró el rostro de golpe y en un gesto de venganza, liberé mi rostro de sus cariños.

Entonces alcé aún más la voz.

–Hoy tuve que enseñar a hervir la leche para una mamadera y revisarle los pies malolientes a un mocete. ¿Acaso es ese el trabajo digno para una enfermera? –reclamé a la vez que estrujaba un cojín–. ¡No, señor! ¡No lo es!

Víctor suspiró. Tal como temía, el cansancio comenzó a hacer mella en sus facciones, pero aún así no dijo nada.

–¡Hasta la servidumbre se envalentona conmigo! –proferí en una exclamación de cólera–. ¿Y sabe por qué? Porque no tengo los cabellos rubios ni los ojitos de color de su amiguita Teresa Wilms para infundirles el respeto que merezco.

Él me fulminó con la mirada.

–¡No, señora! –vociferó en mi contra–. ¡A usted lo único que le falta es valentía para enfrentar la vida!

Una oleada de sangre encendió mi rostro.

–¿Valentía? –repetí con amargura.

–Así es. ¿Por qué no se sincera de una vez?

Cada palabra suya revivía un resentimiento dolorosamente guardado.

–¿Sincerarme?

–¡Suelte de una vez por todas lo que quiere!

–No sé a qué se refiere…

–Cuántas veces vamos a tener que volver a lo mismo –exclamó frustrado–. ¡Conviértase en doctora de una vez y sea feliz!

Herida, me levanté de la cama dispuesta a enfrentarlo y entonces noté cómo sus ojos brillaban.

–Víctor, ¡qué injusto está siendo conmigo! Usted más que nadie sabe cuánto intenté hacerme de un cupo en la universidad.

–¡Pues siga intentándolo!

Lo contemplé con el ceño ensombrecido y, por un breve instante, quise rendirme al perdón. Tenía la certeza de que si seguía con mis descargos podríamos acabar muy mal. Sin embargo, la ira que hervía dentro de mí consumía todas las palabras que intentaban salir de mi

boca.

–Yo… pues…

No sabía qué hacer y busqué su mirada. Fue cuando me dijo:

–Engañarse es la peor de las falsedades.

Desde aquel momento no hubo consuelo para mí y me planté frente a él hasta oprimirme contra su pecho, tanto como para poder escuchar los latidos de su corazón.

–¿Cómo me dice eso, Víctor? –le grité en una horrible súplica que mezclaba rabia y dolor–. ¿Cómo osa hablarme de falsedades?

Él adivinó al punto a qué me refería y el miedo transformó sus pupilas en unos enormes agujeros negros.

–¿Confía en mí? –pregunté en términos violentos.

–¡Por supuesto que sí, Luisa! Con toda mi al…

–¡Mentiroso!

Sus manos no pudieron detenerme. Furiosa, tiré su camisa hasta rasgarla y los botones volaron por toda la habitación. Entonces, y por unos brevísimos instantes, mis dedos temblorosos pudieron rozar un pecho suave y blando como el mío.

Víctor, mi Víctor…

Estremecida por la emoción más intensa, creí detener el tiempo al alcanzar el fragmento de su vida que se me había negado por tanto tiempo. Su piel blanca y las cicatrices ocultas bajo unos vendajes no pudieron hacer nada contra mis deseos y él, completamente derrotado, giró el rostro y me dejó hacer.

Olvidé todo cuanto me rodeaba cuando descubrí sobre su pecho el dibujo de una flor de tintes rojos y, sin darme cuenta, casi por instinto, me aferré a sus senos a riesgo de perderlo todo por ese momento. Su corazón se estremeció bajo el tacto de las manos que lo reclamaban y mi boca, que ya no respondía al mandato de mi voluntad, buscó esa flor sin espinas para besarla suplicándole amor.

Para decirle que no podía vivir sin él.

–¡Basta, Luisa!

Entonces llegó el dolor. El principio del fin.

Me llevé la mano a la mejilla caliente por la bofetada y el recuerdo de nuestras promesas nupciales me llenó los ojos de lágrimas que me negué a soltar.

–Usted juró que jamás sería violento –murmuré con voz trémula para luego desviar la mirada por la vergüenza. La alfombra bajo mis pies se fue desdibujando hasta quedar reducida a unas manchas.

–Y me prometió que yo sería su refugio, pero usted…

Apreté los puños, estremecida hasta lo más hondo.

–¡Pero usted ni siquiera me deja tocar su cuerpo de mujer!

Seguía con la mirada fija en el suelo cuando me alcanzó un sollozo. Uno que jamás olvidaré. Mi corazón, lacerado por un

indecible dolor, se estremeció al escucharlo por primera vez.

Mi marido lloraba.

Un lamento desconsolado le hinchaba el pecho en convulsiones y nublaba su vista con gruesas lágrimas que no dejaban de caer por sus mejillas. Como herido de muerte, Víctor fue desapareciendo frente a mí mientras intentaba cubrirse con retazos de su camisa. Sus ojos de ámbar rehuían los míos, una y otra vez.

Entonces comprendí cuánto daño le había hecho.

–Víctor, yo... lo siento tanto...

Pero ya era demasiado tarde.

Al cabo de un instante, él tomó su abrigo y desapareció por la puerta.

Muerta, sola, vacío el pensamiento, quién sabe por cuánto tiempo, así me quedé.

Eso hasta que sonó la campana del teléfono.

Y afuera no dejaba de llover.

Luisa

Santiago, 5 de junio de 1914

Frente al Palacio de Bellas Artes, un sauce mecía sus ramas al son de una brisa de invierno. Lo divisé a la distancia y, por un extraño motivo, me sentí atraída a él tanto como para apurar el paso y sentarme en el banco instalado bajo su copa.

–¿Qué hago aquí?

Pese al frío de la tarde, no lograba emprender la marcha de regreso. Esas ramas, largas como rosarios, clamaban por mi presencia y al observarlas con atención –tratando de descubrir en su baile la razón de su poder sobre mí– cerré los ojos y mi mente se empapó de escenas de días luminosos.

El corazón me dio un vuelco. De alguna manera había vuelto a San Bernardo y ahora el sauce resplandecía sobre mí por efecto de los rayos de un sol de verano. Entonces empecé a soñar. Y olvidándome del tiempo y de dónde estaba, me dejé llevar por una tibia oleada de calor.

Parecía como si fuera otra vida cuando en mi alma había contento y en el corazón, ilusiones de un futuro prometedor. Al volver a experimentar las suavidades del verano con la fuerza de la imaginación, recuperé fugazmente la alegría que alguna vez había sido mía y, con los ojos todavía cerrados, levanté el rostro para que un delicado perfume de flores colmara mis sentidos.

–Naranjos y jazmines –murmuré.

Sin embargo, el verde que dominaba mis sueños trajo también los dulces momentos de otro recuerdo.

¿Acaso no fue bajo un sauce como este cuando Víctor y yo nos comprometimos?

Y unas lágrimas cayeron por mis mejillas.

–¡Basta!

Mis ojos no querían obedecer. Mientras me obligaba a pensar en otras cosas, busqué el auxilio de un pañuelo y declaré:

–¡Lo que fue no volverá a ser!

Solo para volver a secar mis lágrimas unos segundos más tarde.

Así se terminaron mis sueños de verano y al volver la vista a mis alrededores, el paisaje parecía haber perdido sus colores, como si mi atención solo pudiera tomar nota de los senderos sucios del Parque Forestal.

–¡Ay! –me recriminé al sentir las mejillas húmedas otra vez–. ¡Ahora todo me da pena!

Metí las manos en el maletín buscando mi espejito y, tal como lo suponía, tenía los párpados hinchados como papas.

–Si Eulalio me ve así, se va a preocupar.

Frente a mí, las ramas del sauce se mecían invitándome a soñar nuevamente, pero en mis pensamientos ya no quedaba más espacio que para Víctor. Ese que apenas comía y se pasaba las horas resguardado bajo las sábanas, lejos de mí... Era la suya una depresión del ánimo que lo tenía más triste y abatido que nunca, pues con la forzosa revelación de su secreto le había arrebatado las ganas de vivir y ahora esquivaba mi mirada con gesto de vergüenza, como si el hombre que conocí ya no le perteneciera.

Clavé la vista en mis manos y las injurié con el pensamiento mientras los recuerdos teñidos de angustia me iban revolviendo el estómago. Como una maldición, regresaba a mí la imagen de ellas aferradas a su pecho desnudo. Visiones amargas, ¡mi corazón torturado por la repulsión y la pena! Ni siquiera cerrar los ojos me libraba de la horrible escena de mis labios furiosos sobre la flor que en sueños juré proteger.

–¿Cómo fui capaz? ¡¿En qué estaba pensando?!

Una brisa hizo temblar mis labios, pero estos se rehusaron a callar. Las últimas dos semanas habían sido un infierno y no había podido encontrar arrepentimiento que me liberara del castigo de ver a Víctor apagarse frente a mis ojos.

Castañeando los dientes, murmuré, enrabiada:

–Si tan solo hubiera dominado mis malas pasiones. Si no hubiera cedido a la impaciencia. ¡Si tan solo hubiera expresado lo que tanto anhelaba!...

Quería tanto... que él confiara en mí.

En pensamientos me transporté a su lado y mis ojos buscaron los suyos en vano. Aunque las cartas de nuestro destino parecían estar echadas, los dos seguíamos atrapados por un silencio que no nos permitía hablar de lo sucedido. Mi corazón me decía que de hacerlo sería la última vez, y todavía no estaba preparada para ese adiós.

–Ay, Dios, ayúdame.

Pensé entonces en Petronila y, anhelando su cariño, rodeé el maletín con mis brazos entumecidos y lo apreté con fuerza. Amparada en su regazo imaginario, intenté escapar, aunque fuera por unos minutos, de la negra angustia que había sacudido mi vida y me rendí al llanto.

Creí soñar al sentir el tierno roce de unas manos meciendo mis cabellos.

–No llore –me dijo mi ángel de la guarda–. Nanái, nanái.

Sorprendida, levanté la vista y me encontré de frente con el rostro preocupado de una niñita.

–¿Dónde se pegó? –me preguntó.

Y, sin pensarlo, me llevé una mano al corazón.

–¿Ahí duele?

La pequeña puso su mano sobre mi pecho y cantando, me dijo:

–Sana, sana, potito de rana. Si no sana hoy, sanará mañana.

Entonces volvió a mirarme, expectante.

–¿Se le pasó la *yaya*?

Sus ojitos se pusieron tristes al ver que no decía nada.

–¡Sí, sí! –reaccioné por fin–. ¡Ya no me duele!

Ella me dedicó una brillante sonrisa, la más linda que había visto en mucho tiempo, y luego volvió a ponerse muy seria.

–Me tengo que ir –con sus deditos apuntó en dirección a una mujer–. Si no, mi mamá se va a preocupar.

–Vaya, mi niñita linda. Que Dios la guarde como es menester.

–¿Segura que no le duele más?

–A ver –me llevé las manos al pecho y cerré los ojos por unos instantes–. No duele nada, ¡nada de nada!

–¡Bien!

El pequeño gorrión salió corriendo sin que alcanzara a preguntar por su nombre. A lo lejos, ella y su madre alzaron sus manos para dedicarme un último adiós mientras, en el horizonte, el sol nos regalaba unos tímidos rayos de luz.

Al despedirlas, mi corazón vibró.

Sí, he cometido un error horrible, pero mi amor por Víctor es grande y verdadero, pensé.

Incluso si todo llegara a su fin, jamás me arrepentiré de nuestra historia juntos.

Por primera vez en días alcé la mirada sin sentir vergüenza.

Cada aventura tomada de su mano me ha convertido en quien soy ahora. Una mujer fuerte que no necesita de ningún hombre para triunfar.

Y entre mis labios trémulos se asomó una sonrisa.

Sí, me equivoqué, pero conocerlo fue mi felicidad. Una que no creí conocer nunca.

El perdón que tanto necesitaba logró hacerse de un pequeño espacio dentro de mi pecho y me sentí, como nunca, orgullosa por haberme atrevido a amar a un hombre diferente a todos los demás.

–Luisa… –con voz temblorosa declaré a los vientos–. Digna, ¡siempre digna!

Y sin más ánimos de seguir lamentando mi situación, emprendí la marcha hacia mi próximo destino. Si me daba prisa y alcanzaba el tranvía de calle Merced, llegaría a tiempo al Gran Hotel de Francia para mi cita con Eulalio.

Había logrado recuperar algo de optimismo. Sin embargo, caminando a paso ligero, de repente, me vino al cerebro un oscuro presentimiento. *Si la intención del viejo es darme un sermón sobre su sobrino, pues, ¡que así sea!*, pensé resignada, mientras pagaba mi boleto al cobrador.

Tres campanadas anunciaron la detención en Plaza de Armas. Tres minutos después, me presentaba en la recepción del hotel con la puntualidad de un caballero inglés.

–Señora Santa María, pase, por favor –se apresuró a decirme el conserje al reconocer mi nombre en su libreta de visitas–. Don Eulalio la espera en su cuarto.

–¿Cómo? ¿Es que no me está esperando en el restaurante?

El hombre negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

–Él insistió en esperarla en sus aposentos.

Juraría haber detectado una pizca de malicia en su mirada cuando me lo dijo.

–Habitación 302 –agregó.

–Lo sé –me apresuré a decirle–. ¡No sabe la de veces que he ido para allá!

Esa última frase lo descolocó y, sin ánimos de dar más explicaciones, me dirigí a los elevadores con la vista fija en el suelo. El canto de Eulalio se colaba por el otro lado de la puerta cuando me instalé frente a ella. Afinando el oído, me pareció reconocer a Rigoletto.

–Las cinco en punto…

Pero no me decidía a tocar el timbre. No al menos con ese rostro demacrado por las lágrimas. ¡Pecado de vanidad! Solo cinco minutos después de una intensa gimnasia facial para estimular la sonrisa –y unos pellizcos para el rubor– logré juntar el valor suficiente para anunciarme con la entereza propia de una mujer moderna.

–Eulalio querido, ¡ya llegué!

El viejo correspondió con igual entusiasmo apenas se asomó por la puerta.

–*Caro* Luisina! *Vieni qua, vieni qua*!

Y entonces, zas, llegó el abrazo con tanta efusión que los ojos me traicionaron. Angustiada, elevé la vista.

No llores, Luisa. ¡No llores!

–*Come sta la mia bellissima* Luisa?

Muy a la usanza de su sobrino, el viejo contuvo mi rostro entre sus manos vaciando toda la ternura de su alma en ese gesto. Eso fue mi perdición.

–Bien, Eulalio –me apresuré en decir–. ¡Muy bien!

Torpe de mí. Insistía en mostrarme alegre aun cuando unos gruesos goterones ya escapaban de mis ojos.

–¿Y usted? –insistí en preguntar mientras mi voz se iba extinguiendo por la pena–. Dígame, ¿cómo está?

El pañuelo de Eulalio fue apagando mis lágrimas mientras sus ojos buscaban decirme lo que no lograba poner en palabras. Dar consejos, recordé de conversaciones anteriores, no era lo suyo.

–¿Un café?

Asentí e hicimos el ingreso al 302.

Como por efecto de una obra de magia, el italiano recuperó el buen humor apenas puso un pie en su apartamento y, con ademanes saltarines, hizo recibo de mi abrigo sin perder la oportunidad de mostrarme su última adquisición: un colgador de sombreros traído desde la India.

–Si le gusta, ¡es suyo!

Al igual que su sobrino, la generosidad sin límites era tan propia de su identidad como gozar de la buena comida.

–¡Ay, Eulalio! –exclamé resignada, como una madre ante las travesuras de sus retoños–. ¡Usted y su sobrino son como dos gotas de agua!

Él me dedicó una mirada curiosa.

–¡Porque todo lo regalan! –declaré, divertida–. No entiendo cómo hacen para tener tanta plata…

El asunto pareció intrigarlo de veras. En lo que nos tomó llegar al sillón no soltó palabra.

–Hay que estimular *l'economia*! –dijo por conclusión.

–Ah…

–¿Y? –preguntó poco después–. ¿Se va a llevar el perchero?

Como una niña, negué con movimiento exagerado de cabeza.

–¡Que es madera de roble! –insistió–. Solo mire estas terminaciones, ¡muy en la línea de la moda actual! –negué otra vez, pues si había algo que realmente no necesitaba era un colgador. Sin embargo, mi rechazo no pareció importarle–. Dos cucharaditas de azúcar, *certo che si?*

Ambos sonreímos. La pena parecía haberme abandonado por fin.

–Sí, un cappuccino bien dulce, por favor.

–A la orden, *signora!* –exclamó con igual entusiasmo.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció por una puertita que daba a la cocina y, entre susurros, rogué a la Divina Providencia por su protección.

–Cuídelo, ¿sí? –le pedí persignándome con recogimiento–. Que no sé qué sería de mí sin ese viejo.

Tracé algunos pasitos tambaleantes antes de acomodarme en el sofá. Ahí repararé en un delicado bouquet de peonías sobre la mesa y la corneta de la vitrola, que se lucía tan reluciente que por primera vez me apercibía de sus tonos dorados. No satisfecha con lo que

testificaban mis ojos, empiné la nariz en un intenso ejercicio de olfateo.

–¡Pero si huele a limpio!

Le dediqué una buena inspección al entorno, pues no cabía en mi asombro frente a tanta pulcritud y orden. ¡Qué lindos se veían los estantes con sus libros en orden! ¡Y cómo se lucía la pequeña mesa de caoba antigua sin la rumba de cachivaches en su superficie! Nunca se había revelado tan violentamente la preocupación de Eulalio por mantener la casa en buen pie y eso despertó en mí una admiración que creí necesario compartir.

–Eulalio, lo felicito por su apartamento. ¡Le ha quedado muy lindo y aseado!

Pese a haber alzado la voz, el mensaje no llegó a los oídos del viejo.

–¿Qué dice? –gritó de vuelta.

–¡Le decía que lo felicito por su apartamento! –insistí–. ¡Está muy…!

No terminaba la frase cuando la cabeza de Eulalio se asomó entre los biombos que daban al comedor y un pasmo me hacía abrir los ojos en toda su magnitud. A las espaldas del señor se lucía una montaña de artículos tan colosal y diversa que incluso creí reconocer entre los enseres un ataúd, si es que eso era posible.

–Ahora sí, Luisina. ¿Qué cosa me decía?

El viejo acudió a mi llamado con el corazón henchido de alegría.

–¿Luisina?

–Le decía que adoré ¡este cenicero suyo!

–*È bello, vero?* –confirmó con aires de orgullo–. Lo compré en una subasta a muy buen precio, y eso que es de *porcellana chinese*. ¿Lo quiere?

–No, no es necesario.

–¡Insisto!

Y, sin más que decir, el viejo se giró en sus pies y volvió raudo a la cocina. Por mi parte, creí menester hacer los honores correspondientes a mi nueva adquisición y prendí un cigarro. Su aroma a cereza y chocolate me supo a gloria, pero fue más grato aún poder degustarlo a mis anchas, libre de culpas y miradas impertinentes. «A la parisiense», como dirían los esnobs para justificar con elegancia cualquier gesto femenino que amenazara las buenas costumbres.

Me recliné sobre el sillón y, acurrucada entre mullidos cojines, solté un suspiro que elevó las aureolas de humo a un largo viaje hasta el techo, que seguí con la mirada absorta y el ánimo reposado. Entonces, y sin pensar, solté en un murmuro:

–A veces quisiera ser hombre.

El razonamiento me causó tal impresión que el humo del cigarro se

infiltró por las narices hasta llegar a la sustancia gris del cerebro. *¡Eso era lo único que me faltaba!*, reclamé para mis adentros por la misma frase que antes me hacía reír y, usando las manos a modo de abanico, intenté salir rápido del mal rato. Eso hasta que me alcanzaron de nuevo los pensamientos.

–Pero qué daría Víctor por ser...

Unos instantes después, sacaba el pañuelo –esta vez el de Eulalio– para limpiarme las lágrimas.

–Luisina, perdone la demora. Yo estaba...

Abatida y llorosa, así fue cómo me pilló el viejo, pese a mis pasmosos esfuerzos por recomponer ánimos y fingir sonrisas en tiempos imposibles.

–¡Vaya con esta alergia! –declaré en mi defensa–. Eulalio, ¿tendrá usted un frasquito de colirio por ahí?

Mi actuación fue pésima, pero el italiano me siguió el juego. Luego de facilitarme el remedio, sirvió el café y los pasteles que tanto me gustaban con gran coquetería en sus modales. Esa tarde el anfitrión realmente se había esmerado en el recibimiento de su invitada y lo hacía con una profunda entrega a los detalles. ¡Nada de servir la comida en platitos desiguales ni el café tibio! La decoración de la mesa era digna de una instantánea de revistas.

–Los compré esta mañana en el almacén de don Giuseppe –dijo y se llevó los dedos para gesticular en un beso al aire–. *Una vera delicia!*

Entonces estudié a mi compañero sin sutilidad alguna en el acto de la observación. Tanto su sobrino como yo parecíamos almas en pena llorando por nuestras desavenencias amorosas y el señor se mostraba tan campante como un ruiseñor en primavera. *Pero ¿es que me hubiera sentido mejor de habérmelo encontrado triste y abatido?*, pensé. Me dio vergüenza reconocer el «sí» de mi sentir.

–Oiga, ¿y usted por qué está tan contento?

¡Ay, misericordia! Me tapé la boca en el acto, pero el daño ya estaba hecho.

–Por favor, dispénseme por...

–Luisina *adorata*, ¿es que no lo ve?

La sonrisa del viejo permanecía intacta y alzó su taza a modo de brindis.

–*Salute!* –agregó.

Mientras Eulalio esperaba mi respuesta, degustó su café con bullicio, tal era su costumbre para expresar lo mucho que estaba disfrutando la bebida, y luego le dio un buen bocado al pastel. Con la esperanza de espabilar mi obtuso cerebro, imité su ejemplo y me refugié tras un trago de café.

Sus ojos, ávidos de una sonrisa mía, no tardaron en buscarme.

–¿Que no ve... cómo todo se fue al carajo con Víctor? –respondí

con sarcasmo.

–*Ma che dice, signora!*

Eulalio se carcajeó con tal sentimiento que no me dejó espacio para melodramas.

–Es solo una cuestión de *porspectiva*.

–Perspectiva –corregí.

–¡Eso mismo, Luisina!

Tras apoyarse sobre el respaldo de su sillón, el italiano guardó silencio con los ojos cerrados. Todo indicaba que ese día estaba determinado a hablar lo justo y necesario, pues solo cuando una sonrisa levantó la comisura de los labios, volvió a mirarme y dijo:

–¿No le parece maravilloso que por fin podamos hablar con *sincerità*... sobre nuestro Vittorio?

Mi corazón dio un brinco al escucharlo.

–Sí... –agregó poco después–. *Il nostro ragazzo* tiene cuerpo *di una donna*.

Lo busqué con la mirada, conmovida. Como si todo mi ser hubiera estado atrapado por esas simples palabras, me llevé las manos al pecho intentando sosegar los latidos de mi corazón.

–Así es, Luisina. Ambos lo sabemos, ambos lo amamos así y por fin *è arrivato il giorno* en que usted y yo podemos hablar sobre él sin temor ni culpa –y estrechando mi mano, me sonrió con ternura–. Porque ya no hay *segreto* que cuidar entre nosotros dos, ¿se da cuenta?

No quería soltar el llanto, pero reprimirlo se me estaba haciendo muy difícil.

–¡Guarda tanta razón, Eulalio!

Y echándome aire con las manos, logré espantar un par de lagrimones.

–¿Más pastel, querida?

–Por favor.

Él también se sirvió un trozo y de repente, mientras lo hacía, dio un sonoro golpe a la mesa.

–¡Es que me parece absolutamente inaudito!

Casi salto de mi asiento de la pura impresión.

–¡Pero si nosotros somos familia! –agregó emocionadísimo.

Asentí más por miedo que por entendimiento.

–Figúrese, Luisina. ¡De las infinitas *converzacioni* que hemos tenido usted y yo, ni una sola vez –su dedo índice se elevaba para dar énfasis a sus palabras– hemos hecho mención de Víctor y su condición de *donna*. ¿Se da cuenta? Como mucho nos hemos permitido decir «eso que usted ya sabe» cuando algún problema se presenta y, por lo que entiendo, usted ha pasado por los mismos sufrimientos que yo en lo que respecta a *nostro ragazzo*. «¿Qué pasará si Vittorio está en sus épocas y se mancha la ropa? ¿O si tiene un accidente y lo tiene que

revisar un doctor?» –entonces buscó mis manos nuevamente y las estrechó con fuerza–. *Mia carissima amica*, ¿por qué tuvimos que esperar a que ustedes dos se pelearan para poder hablar con franqueza?

Reconocí su dolor como si fuera el mío y me sorprendió tanto que me paralicé. Temblaban mis manos cuando por fin pude recuperar la voz.

–Porque lo queremos, Eulalio, ¡tanto que hemos negado lo obvio! En el fondo de nuestro corazón sabemos que Víctor sufre por su cuerpo y nosotros solo queremos verlo feliz.

Y las lágrimas comenzaron a caer de nuevo.

–Mi Luisina, no llore, *ti prego* –me pidió el viejo con el rostro rojo y empapado en llanto.

–Guarda razón, mi viejo. Basta de lágrimas. ¡Hay que ser fuerte! –respondí moqueando como una chiquilla.

Ninguno de los dos jamás podría siquiera imaginar cómo era vivir en los zapatos de Víctor. Sin embargo, cargábamos con la eterna angustia de que algo malo le pasara. Por eso, en nuestra conversación, primero nos dominó la pena, pero pasados unos minutos, un gran suspiro de alivio enmarcó nuestros rostros abatidos. Ese profundo miedo que oprimía nuestros corazones, poco a poco, se disipaba.

–Porque somos familia –repetía Eulalio con orgullo.

Y de repente, de mis labios se escapó una exclamación:

–Es la segunda vez que cometo el mismo error.

Él me miró con ligera extrañeza.

–Con Clara, mi hermana mayor–indiqué, tan sorprendida como él–. ¿Se acuerda de ella?

–¡Por supuesto! ¡Si es *bellissima* como usted!

No pude evitar carraspear con la declaración. Clara me superaba por creces en preciosidad y blancura, pero correspondí el cariño de Eulalio asintiendo con una gran sonrisa.

–¿Sabe, amigo? –me estremecí al pensar en lo que estaba por confesar–. Ella es la única que sabe de Víctor y su secreto.

El viejo asintió, sin reproche alguno en sus gestos, y me animó a continuar con mi confidencia.

–Jamás olvidaré cómo mi familia negó la existencia de Clara luego de desterrarla de la casa. Cómo quitaron su puesto en la mesa, cerraron su habitación con llave y donaron sus vestidos. A amigos y parientes se les anunció un viaje a Europa del que ella jamás regresaría. ¿Puede creer que yo fui parte de ese complot? Como si las órdenes de mi padre tuvieran el poder de borrar mis recuerdos, incluso la creí muerta y lo hice porque, en ese entonces, él lo era todo para mí.

La revelación me era tan dolorosa que recurrí a la rabia para no

dejarme doblegar bajo su peso.

–Eulalio, juré que jamás volvería a cometer semejante pecado al reencontrarme con ella. Sin embargo, aquí estoy llorando ¡por el mismo error! Todo por no ser fiel a lo que realmente sentía.

Nos quedamos en silencio batallando cada uno contra sus propios fantasmas.

–Si es por error –murmuró finalmente el viejo–. No tengo derecho a decir nada, *niente di niente!*

Me sirvió otra taza de café y, ¡cosa curiosa!, una sonrisa de resignación se asomó por sus labios.

–¡En el fondo es culpa mía! –exclamó, encogiéndose de hombros.

Lo miré intrigada.

–¿Culpa de qué?

–Que Vittorio sea Vittorio.

Acto seguido, Eulalio volvía a lucir el rostro brillante, pero de café. Tan brusca impresión provocó estragos en mi garganta.

–¿Cómo?

Sin embargo, el impasse no alteró los ánimos de mi amigo. Eulalio buscó su servilleta y, sin mayor complicación, procedió a limpiarse.

–¿Mi *nepotino* le contó alguna vez cómo fue nuestro reencuentro? –preguntó mientras se auxiliaba con una servilleta–. ¿Allá en el norte?

Mi rostro acontecido por la sorpresa pasó rápidamente al disgusto.

–No, ¡por supuesto que no!

–¡Pero no se enoje, Luisina! *Adesso* se lo cuento –y me agarró la mejilla para disolverme el puchero–. Fue en una de mis visitas a Iquique, donde había quedado de encontrarme con Clara, mi hermana... ¡su suegra! Por unos asuntos, pues, del *vero* Vittorio.

–Su hermano mellizo –acoté con seriedad.

–Así es...

Eulalio alzó la vista en busca de unos recuerdos que le iluminaron el rostro de alegría.

–En esos tiempos, año 1907, para ser preciso, Clara y su *marito* José no tenían fondos para mandar a su hijo a estudiar a Santiago. ¡Uy, si hubiera conocido a mi hermana! Era orgullosa y *testarda* como una mula –el viejo elevó la vista y mandó un beso a los cielos–. *Mi amata* Clara, ¿cómo estará allá arriba? En fin, pese a lo mucho que ella odiaba pedir ayuda, recurrió a mí para el coste de los estudios de su hijo en la capital y ese día quería darme las gracias. Pero lo que yo no sabía es que ella iba a estar acompañada de Luisa, su hija. La última vez que la vi era apenas una *bambina*.

Luisa, repetí en mis pensamientos. El nombre que compartía con mi esposo, ese que él tanto evitaba porque le recordaba demasiado a su pasado.

–¡Si lo hubiera visto, Luisina!

La voz de Eulalio me trajo de vuelta.

–¿Cómo? ¿A Víctor?

–Sí, lo reconocí inmediatamente en la multitud. Un *ragazzo* vigoroso, *allegro*, en la flor de sus quince años. «¡Vittorio!¡Vittorio!», le grité apenas lo vi y él me respondió de vuelta con un abrazo. Luisina, ¡jamás olvidaré la sonrisa de mi *nepotino* al escuchar su nombre! Y tampoco el coscacho que le dio Clara cuando lo pilló haciéndose pasar por su hermano Víctor –hizo una pausa antes de continuar y se sobó el brazo–. ¡Vaya que tenía la mano pesada esa mujer!

De pronto me percaté de que el viejo tenía la mirada perdida, como si sus recuerdos se hubieran escapado por la ventana. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa tan cariñosa que despertó toda mi curiosidad.

–¡Es que Vittorio y Luisa eran igualitos! –continuó–. Y con el cabello corto que lucía mi *nipotina* en ese momento, pues, parecían dos gotas de agua. Jamás creí que se trataría de Luisa.

–¡Pero, Eulalio! –interrumpí–. ¿Me está diciendo que mi marido lucía vestidos de mujer y aun así lo confundió con su hermano?

Asintió con gran solemnidad.

–¡Es de no creer! –protesté airada.

–¡Le digo que se veía igual a su hermano! –Eulalio exclamó en su defensa–. Aunque clasificarlos de vestidos es mucho decir, querida. «Harapos» es la palabra correcta.

–Harapos... –repetí, apenada.

Pronto los recuerdos de Víctor sonriéndole al espejo, acto que yo siempre consideré un simple gesto de vanidad, se transformaron en algo conmovedor. Intentando evocar un sentimiento igual en mi ánimo, estiré los dedos sobre mi faldón sin lograr percibir más que tela y encaje. Era obvio. El que nunca ha sufrido carencias, no sabe apreciar lo que tiene.

Eulalio dejó su plato sobre la mesa, sacándome una vez más de mis ensueños.

–Obviamente, todo este malentendido no tenía asidero alguno porque para esas fechas *il vero* Vittorio ya se encontraba en Santiago estudiando, pero ¿qué le puedo decir? *Per me*, Luisa fue siempre un hombre. Incluso con el vestido desastrado que estaba usando, ¡era un *uomo*! Unos meses después, los dos tuvimos la oportunidad de viajar juntos a Valparaíso y lo que empezó como un juego para él se convirtió en su... *vera essenza*.

Alcé la mano sutilmente. No quería escuchar nada más.

–Víctor se ha negado a contarme de su pasado y dudo que lo haga ahora –reclamé dolida–. No después de nuestra pelea.

El italiano juntó las manos, como en un rezo, y las agitó de arriba abajo como diciendo: «¡No diga bobadas!».

–No, Eulalio, usted no entiende.

–Luisa, todas las parejas pelean y luego se reconcilian.

–¡No, no! –exclamé nerviosa–. Le hice mucho daño a Víctor.

Bajé la mirada, avergonzada. La posibilidad de que Eulalio supiera de mis malos tratos a su sobrino me provocó una emoción tan nauseabunda que creí vomitar. Sin embargo, no había vuelta atrás y estaba dispuesta a asumir las consecuencias. Exprimí este pensamiento hasta hacerlo palabra.

–Y… y… ¡Está bien! Lo he asumido –declaré con vehemencia–. Si Víctor desea el divorcio, lo aceptaré sin reclamo. Al menos me consuela pensar que no tendré que pasar por la desventura de ser devuelta a mis padres, pues tengo la certeza de que él jamás me expondría a aquella humillación –entonces reí con sarcasmo–. ¡Y está claro que mis padres ni siquiera se molestarían a asomarse por la puerta para recibirme!

Derrotada y carente de toda energía, clavé la mirada en el piso para dar por terminado mi argumento.

–Luisa, le ruego que me perdone por lo que le voy a decir, pero…

Tragué saliva, apreté los puños.

–¿Es usted estúpida?

Erguí la cabeza en un gesto de enojo.

–¿Cómo fue que me dijo?

–¿Divorcio? –el viejo tiraba de los pocos pelos que le quedaban en la cabeza–. ¿Con mi Vittorio *che la ama così tanto*?

La indignación del hombre era tan profunda y acompañada de golpes tan sentidos sobre el pecho que me vi preparando una inyección de morfina por un posible ataque al corazón. Por primera vez en la vida, Eulalio estaba realmente enojado conmigo.

–Mi *nepotino* ha pasado por momentos muy difíciles y ha logrado seguir adelante. Esta pelea que tuvieron no será la excepción –y con acento suplicante, me dijo–: Luisina, por el amor que le tengo, solo una cosa *ti prego*: ¡no subestime a mi Vittorio!

Asentí, conmovida.

–Todo esto reafirma más mi decisión –protestó.

–¿Qué decisión?

–Vittorio quería acompañarme, pero no se lo permitiré. Ustedes necesitan conversar, sanar sus heridas. Un tiempo a solas les hará bien.

–Pero, Eulalio, ¿qué dice? ¿A dónde se va?

–A Europa.

–¡Europa!

–¡No ponga esa cara, *ragazza*! –dijo intentando recomponer su humor–. Si solo será por unos meses.

Esa última frase me transportó a mis épocas infantiles. Como si

Eulalio fuera mi madre, le rogué para que se quedara conmigo en vez de viajar, junto con recordarle lo mucho que le desagradaba separarse de Víctor. Pero fue en vano. El viejo se limitó a decir que no habría problema porque «el de la mala suerte era él» –cuestión que no entendí y no tuve el valor de preguntarle a qué se refería– y que un poco de dieta mediterránea no le sentaría nada de mal.

Primero fue Clara, luego Petronila y ahora Eulalio. El peso de la soledad abrumó inexorablemente mi corazón.

–Llámeme loco –exclamó–, pero nada me quita la idea de que tendremos guerra en Europa. ¡Una muy grande!

–Eulalio, ¡qué cosas dice!

–No es broma, Luisa. En *Inghilterra* hacen simulacros de batallas navales, en *Spagna* suman y suman poder a su Armada con todos los progresos modernos. La clase obrera está muy resentida en ¡todas partes! Europa es una bomba de tiempo y necesito velar por mis asuntos en Italia.

Desistí de mis deseos de niña caprichosa y bajé la mirada nuevamente.

–Sí, por supuesto.

–Luisa...

–¿Sí, Eulalio?

–*Perché dubitare così tanto dell'amore che Vittorio sente per lei?*

Su mirada me hirió, tanto que no fui capaz de esgrimir palabra y el pobre viejo, sin saber qué hacer, buscó nervioso dónde posar los ojos –que ya se atisbaban húmedos– y los clavó en la ventana.

Las sombras del atardecer caían sobre nosotros. Eulalio extendió la mano hacia el sol en un curioso juego entre los rayos de luz y sus dedos en el que parecía absorto, casi hipnotizado, un poético embrujo. Sus labios entreabiertos vacilaban.

–*Porca miseria!* –exclamó finalmente.

Me encogí de hombros. *Sí, la vida es una mierda*, pensé.

–¡Ya son las seis y media! –insistió el hombre al verme tan impávida–. ¡La reunión con los señores Moletto!

No sé qué me desconcertó más: si su grito o el pronóstico tan acertado de la hora.

–La técnica del dedómetro... –confirmó dedicándome una mirada pícara–. Funciona siempre.

Nuestra tertulia llegó a su fin. Y para cuando teníamos los abrigos puestos para salir, la esperanza comenzaba a aflorar otra vez en mi ánimo.

–Tal vez si hablo con Víctor... –susurré.

–¡Por supuesto! ¡Hágalo! –y, al igual que su sobrino, el italiano exclamó–: ¡Tenga *iniziativa*!

–¡Sí!, ¡sí! ¡A la felicidad!

Al desprenderme de su brazo a la salida del hotel, los colores volvían a ocupar su puesto en mis mejillas y, veloz, apuré el paso. ¡Las seis y media! Si me apresuraba, tal vez alcanzaría a ver a Víctor antes de su reunión semanal en el club. En un abrir y cerrar de ojos, me encontré en la puerta de mi casa.

–¿Víctor? ¿Ya llegó?

Me despojé de la bufanda y los guantes. A paso ligero fui siguiendo por el pasillo unas voces que se colaban desde el salón.

–A ver... ¡muestre las manos!

Esa es la voz de Rosenda, pensé, pero, de todas maneras, anuncié mi llegada con tres golpecitos a la puerta. Cuál no sería mi sorpresa al verme atrapada por los brazos de una niñita que se aferró a mis faldas con el afecto que se le reservaría a Santa Claus.

Miré a Rosenda en busca de una explicación.

–¡No sé *na'*, patrona! –reclamó y se encogió de hombros–. Don Víctor dijo que lo había traído para usted.

–¿Cómo es eso de que me la trajo?

Y sin más, la criada –que, al parecer, no gozaba del mejor humor esa tarde– se dio media vuelta y desapareció. Entonces volví la vista a la niña y ella hizo lo mismo. Los rizos que caían sobre su frente dieron espacio a unos preciosos ojos verdes que me observaron por largo rato.

Me fue difícil describir qué sentí en esos momentos. Recordé a la niña del parque, al hijo de Petronila, a mi sobrina Flor Inés. ¡Tanto niño del que ya era madrina sin haberlo pedido! Entonces una sombría suposición se hizo con mis pensamientos: *¿No será esta una señal que me está dando la vida para que me convierta en madre?*

Mi expresión de tristeza se dibujó en los ojos claros que me observaban hasta contagiarlos con el mismo sentimiento. Esa sonrisa tan linda que me buscaba se transformó en una profunda mueca de preocupación.

–Pero, Totó, ¿qué hace molestando a la señora?

Carmela apareció en el salón y, con un paño húmedo, se apresuró a limpiar las manos morenas de la niña.

–Señora Luisa, perdone. No la sentí llegar.

Negué con la cabeza y, antes de que pudiera decir algo, la criada anunció:

–Este es Totó –y la aludida me miró, curiosa–. Don Víctor lo trajo para que se encargue de sus mandados y así no llegue tan cansada de las visitas médicas.

La miré de pies a cabeza, suspirando profundo. Conocía a mi marido lo suficiente como para saber que lo del recadero no era más que una fachada.

–¿Y don Víctor? –dije en tono de broma para disimular mis malas

pasiones–. ¡Ah, espérese un momentito! No me lea ni me lo cuente: le apuesto que el señor tuvo que salir corriendo por alguna diligencia urgente.

La criada me miró un tanto incómoda.

–En efecto, señora Luisa. Se le veía bastante preocupado…

–¿Qué es eso?

Totó levantó su índice en dirección a mis manos.

–¿Qué? –entonces las miré yo también–. ¿Esto? Es un cenicero que me regalaron.

Sin darme cuenta, había estado gesticulando con el cachivache todo el tiempo, pero a Totó mi descuido le causó la mayor de las gracias.

–¡Chiquillo irrespetuoso! –dijo Carmela–. ¿Cómo se le ocurre reírse de la patrona?

Esa melena rizada. Esos gestos tan dulces y coquetos. Pantaloncillos tan holgados que parecían una falda.

–¿Cómo? –pregunté sorprendida–. ¿Totó es por Antonio? ¿Totó es varón?

Me estremecí al ver cómo Carmela asentía, pues hacía apenas unos minutos antes era yo quien le aseguraba a Eulalio que tal confusión de sexos no era posible. Entonces llegó la certeza, ¡se me iluminó el cerebro! y comprendí las verdaderas intenciones de mi marido: quería cuidar de este niño que era como él.

–Ya, Totó –reclamó la criada–. Vamos a la cocina.

–Carmela, no se preocupe. Vaya a hacer sus cosas, déjelo conmigo.

La criada abandonó el salón luego de hacer una ligera reverencia.

–¿Cuántos años tiene, Totó? –me apresuré a preguntar.

El ahora jovenzuelo estiró los diez dedos hacia mí y luego escondió dos. Por lo que iba captando, era un chico de pocas palabras. Al ver que no le quitaba los ojos de encima, preguntó:

–¿U-U-usted también me va a decir que so-soy ma-maricón?

Como diría mi padre, el chiquillo «hablaba poco, pero espeso».

–¡Vaya con sus modales, Totó!

Sin dejarme amedrentar por su ímpetu, me arrodillé para quedar a su altura y lo miré de frente.

–No me-me pegue… –rogó con el rostro oculto tras sus brazos.

Lamenté haberme mostrado con tal seriedad.

–No era mi intención asustarlo –dije a la vez que volvía a despejar la frente del niño de sus cabellos desordenados–. La verdad es que…

–¡Es-toy pa-ra servirle, se-ño-ra! –exclamó en su tartamudeo.

Suspiré. La verdad es que no necesitaba ni ceniceros ni recaderos.

–¡Ay, jovencito! –exclamé en un desahogo–. ¿Conocerá a algún cirujano que necesite de una enfermera como asistente? Es lo único que realmente anhelo.

Totó me contempló serio y luego se encaminó en dirección a la puerta al son del tic-toc que nos ofrecía el reloj de pared. Lo seguí con la vista hasta verlo desaparecer.

–¡Adiós, Totó! –murmuré al ver que no regresaba–. Fue un gusto conocerle…

Mas no terminaba de arreglarme las faldas cuando el muchacho regresó para tirar de mi brazo.

–¿Qué pasa, niño?

Totó señaló la ventana y unas gotas reventándose contra el cristal anunciaron el aguacero que estaba por acontecer. Después, tomó mi mano, sonriéndome. Al reparar en su chaleco descosido y sus zapatos destalonados, evoqué irremediablemente al Víctor de la pampa.

–Ve-venga a-afuera.

El niño insistió en arrastrarme hasta el zaguán de la casa e indicó el paraguas. *A buen entendedor, pocas palabras*, pensé para mis adentros.

–No se preocupe, Totó –dije, no sin cierto pesar–. Yo lo acompaño hasta su casa.

Volví a calzarme el abrigo, los guantes y cuanta prenda encontré para contrarrestar el frío que me esperaba. Totó, por su parte, pasó por un ejercicio similar para dejarlo convertido en un fiordo de ropa por donde apenas se asomaba su carita sonriente. Paraguas en mano, salí a la aventura bajo la guía del niño, que parecía encantado conmigo.

–¿Dónde queda tu casa, Totó? ¿Tendremos que coger el tranvía?

Doblamos en calle Santo Domingo en dirección sur, avanzamos una cuadra y nos paramos frente a una distinguida casa con aires góticos.

–¡Fi-fin del viaje! –anunció y se apresuró a tocar el timbre.

–Totó, ¿no me diga que somos veci…?

No hubo tiempo para aclaraciones. En cosa de segundos salió al encuentro una mujer y, al verla tan alta y de fachas tan extrañas, enmudecí. Mi compañero, en cambio, no dudó en lanzarse a los brazos de la extraña.

–Totó… oiga…

Y yo, patitiesa en mi puesto, no me atrevía ni a respirar. La señora en cuestión lucía unos largos cabellos grises que ¡hela! llevaba sueltos como una chiquilla. Los ropajes oscuros y amplios que vestía no hacían más que exacerbar su gran presencia, y en su rostro marcado por el cansancio de la vida, unos intensos ojos negros me observaban con extraño fulgor y curiosidad. ¿Estaría en los dinteles de los cincuenta años? ¿Quizá un poco más? De lo que no había duda era de su perfil excéntrico.

¡Una artista a todas luces!, concluí.

–Hala, Totó –dijo con marcado acento español–. ¿Qué hacéis afuera con esta lluvia?

El niño se dejó acariciar y luego miró en mi dirección. La extranjera hizo lo mismo desde las alturas que le concedía el porche.

–Venga, niña, ¿en qué puedo serviros?

Me aferré al paraguas y, desde mi refugio, disimulé como pude el nerviosismo que me sobrecogía. Una vez más, observé a Totó con sus ojos bien abiertos que viajaban una y otra vez hacia la mujer para mostrarme algo que no lograba captar.

¿Trabajarán juntos? ¿Habré hecho mal al traerle al niño?

Y entonces, un fuerte pálpito me estremeció, tanto como para atreverme a preguntar:

–¿Es que acaso usted es doctora?

Ella me sonrió.

–¡*Pue*, claro, niña! Cirujana Honorina García Villarán, a su servicio.

Un relámpago que atravesó los cielos hizo eco de la emoción que casi me desgarra el pecho. Entonces brotó de mis labios, casi en un ruego, esa pregunta que me atormentaba desde hace meses.

–¿Y usted necesitará una asistente?

Mis dedos torpes y temblorosos se sumergieron dentro del bolso a la búsqueda de mi hoja de mi vida, la que entregué en un deplorable estado, por más que intenté estirarla con mis manos.

La lluvia se volvió diluvio.

–¿Queréis ser mi asistente? –preguntó la mujer de voz ronca.

–Sí, señora García. Sería todo un honor para mí trabajar con usted.

Pude notar cómo la doctora levantó la ceja al escuchar la palabra «honor» y la vergüenza me invadió. *¿Habrá torpeza igual?*, pensé, con deseos de que me atropellara el tranvía. *¡Ay, si a la señora la acababa de conocer!*

Sin tiempo para recriminaciones, continué con mi solicitud.

–Quisiera tanto aprender sobre la ciencia de la cirugía porque... porque... usted sabe, a las mujeres nos están vedadas esas especialidades y...

–¿Es que sois estudiante de Medicina?

–No, soy enfermera, pero...

Nuestras miradas se volvieron a cruzar y, para mi desgracia, no pude ignorar el patente desgano que estaba aflorando de las pupilas de la señora. Estaba perdiendo la batalla con mis débiles argumentos y, si no encontraba una razón de peso pronto, esta doctora también se sumaría a mi larga lista de rechazos. *¡Quiero ser doctora! ¡Ayúdeme a ser doctora*!, consideré en decirle, pero mi orgullo fue más fuerte y callé.

–Y bueno, Luisa...

En mi desesperación, extraje desde las profundidades de mi

conciencia una verdad tan rara que el rubor me cubrió completamente al exponerla.

–¡Doctora García Villarán!

Buscando entonar mis fuerzas, estreché el reloj de oro escondido en mi bolsillo.

–Sí, niña…

–Doctora, tíldeme de loca, pero tengo la certeza… ¡de que se aproxima una guerra en Europa!

No generé mayor reacción de la mujer que un extraño baile de manos que vinculé a un trastorno nervioso.

–Sí, una guerra en Europa –insistí apretando los dientes–. Y necesito estar preparada por si la vocación me llama a servir en tierras extranjeras. En un campo de batalla poco le va a importar al herido si quien lo opera es un doctor o una enfermera cuando la vida peligra. Doctora García, ¡instrúyame, por favor!

Después de soltar mi discurso, tuve la valentía de volver a mirarla. Sus gruesas cejas subían y bajaban sin decidirse por su lugar.

–¡Me cago en la leche! –dijo finalmente–. Ahora somos dos locas: usted y yo.

Boté todo el aire de mis pulmones en un suspiro de alivio.

–Europa es una bomba de tiempo –tuve el descaro de agregar.

–¡Hala! ¿A que sí? –exclamó Honorina–. Como si no fuera obvio que la cosa está liada entre austrohúngaros y serbios, y nos tenemos que quedar tan tranquilos por eso. Es lo más absurdo que he escuchado en mi vida, ¡me cago en Dios!

Asentí con una sonrisa y con un castañeo de dientes por el frío. Al buscar con la mirada a mi pequeño salvador, Totó me sonreía como si mi alegría fuera la suya.

–Pero, niña, ¿qué hacéis todavía bajo la lluvia? Venga, ¡que resfriada no me sois útil! –obedecí y me planté frente a ella. El tenerla cerca solo hacía que se viera más alta–. ¿Y mi futura asistente tendrá nombre?

–Luisa Clementina Santa María Matte de Viviani, señor.

–¡Menudo gazpacho! –y luego, agregó–: Pues bien, ¿qué vamos a necesitar?

Luego de una breve ausencia, la doctora volvía desde el interior de su hogar con unos papeles para mí.

–Estoy a cargo de una clase magistral sobre cirugía de guerra en la Universidad de Chile y me vendría bien un poco de ayuda. La pobre Gladys ya casi no entiende mis explicaciones de lo sorda que está. Clases todos los martes y viernes, de diez de la mañana a doce de la tarde, por un jornal de diez pesos semanales. A veces hago visitas médicas. ¿Estáis dispuesta a acompañarme?

–¡Por supuesto, señora!

Mi alegría era tan obvia que casi salté en mi lugar.

–¡Bien! Entonces, pues, ¡a por ello, señora Luisa! En este papelillo encontraréis las materias de mi clase, además de las lecturas recomendadas. Además, voy a necesitar que su marido redacte una autorización para que pueda trabajar conmigo. ¡Estupideces de la universidad! –exclamó–. Espero me lo podáis traer para evitarnos problemas.

Junto a los documentos también se adjuntaba el libro *Cirugía de Guerra* del doctor Moore, el que debía tener estudiado para la primera clase del segundo año. De los nervios, casi lo boto al suelo.

–Señora García, muchísimas gracias por esta oportunidad.

Ella me sonrió.

–¡Que no es nada, chica! Y no se preocupe por Totó. Yo lo mando con mi cochero al hogar de niños luego de darle unos churros con leche. ¿Es que también es su recadero?

Totó me buscó con la mirada.

–Sí, lo es –respondí con orgullo.

–Bien, cualquier asunto, se lo haré saber con él.

–Sí, sí...

–Bueno, hasta la próxima semana, Luisa Santa María Matte de Viviani.

Correspondí con una reverencia que mantuve hasta que la puerta se cerró.

–Luisa, lo lograste. ¡Lo lograste! –susurré extasiada–. ¡Y para colmo con una doctora!

Para luego alzar los brazos a los cielos, tanto como me fue posible, y dejar que la lluvia me empapara. El aguacero continuaba, pero ni una nubecilla empañó mi cielo de glorias y esperanzas.

–¡Gracias, Divina Providencia!

Como si en eso me fuera la vida, me puse a correr a todo lo que me dieron las piernas hasta llegar a casa. El corazón saltaba en mi pecho, el aliento me abandonaba. El tropezón que me di en la escalera en nada afectó mi espíritu, que, presa de la mayor de las ansiedades, se precipitó a la habitación de mi marido sin anunciar su llegada.

–Víctor, ¡Víctor!

Él, que en esos momentos estaba sentado sobre su escritorio, suspiraba con la mirada perdida en la ventana. ¡Me lo encontré tan triste y abatido! Sin embargo, esta imagen desapareció apenas él se percató de mi presencia.

–¡Dios mío, Luisa! ¿Se encuentra bien? ¿Qué le pasó?

No fui capaz de contestar. Extenuada por el esfuerzo físico, apoyé las manos sobre las rodillas mientras intentaba recuperar el aire.

–Víctor, es de no creer, pero...

Busqué sus ojos una vez más y con una sonrisa inmensa en el

rostro.

–Víctor, lo he conseguido. ¡Voy a ser asistente de un cirujano!

Jamás olvidaré la mirada de adoración que apareció en su rostro y la emoción con la que estrechó mis manos para manifestar su más grande alegría. ¡Reíamos! ¡Soñábamos otra vez! El amor, flor apetecida, nos bendecía nuevamente con su adorado perfume y, en el fondo de mi corazón, pude sentir cómo unos lazos insondables volvían a tejerse entre nosotros. Le conté de Totó y de cómo me había ayudado a encontrar a la doctora García. También de las clases en la universidad, de cuánto ganaría. Fueron minutos que tal vez valieron por una vida entera de felicidad.

–Entonces, ¿esta es la autorización que debo firmar?

–Sí, sí... exigencias de la universidad.

–No se preocupe –me aseguró con una sonrisa y se encaminó a su escritorio–. La escribiré inmediatamente.

Estaba tan feliz que no podía dejar de sonreír.

–Estimada doctora Honorina García Villarán... –murmuró y yo, como una colegiala, asentí a cada palabra dicha con marcado ímpetu.

–Muy señora mía... –dijo–. Teniendo en conocimiento que usted...

Sin embargo, y como atraída por una fuerza invisible, mis ojos repararon en el clóset abierto. Las pocas tenidas que Víctor se había llevado a su pieza ya no estaban.

–Luisa, esto era lo que tanto quería, ¿verdad? –preguntó, todavía de espaldas.

No me tomó mucho tiempo ver su maleta de viajes a un costado de la cama y el abrigo sobre ella, a la espera de ser ocupado.

–Sí, Víctor...

Mi voz temblorosa pasó desapercibida.

–Ahora tengo la certeza de que podrá conseguir su sustento –agregó antes de terminar la carta–. Por si algo llegara a pasarme.

Entonces entendí de golpe ese rostro triste que vi antes de entrar, su insistencia en viajar a Europa y la llegada de Totó, que nada tenía que ver con su pasado, sino más bien con su despedida.

Don Víctor dijo que lo había traído para usted.

Me traicionaron unas lágrimas, pero alcancé a secarlas antes de que él pudiera notarlas.

–Luisa –dijo, pasándome la carta–, necesito hablar con usted.

Asentí.

–Yo también tengo algo importante que decirle, Víctor.

Contemplé una vez más a quien adoré desde el primer momento en que lo conocí y le sonreí con ánimo sereno. Él hizo lo mismo y, por un tiempo, tuvo sus ojos fijos en mí. Y así, nos quedamos inmóviles, tristes, con el alma vagando sobre nuestras cabezas mientras una

atmósfera cargada de promesas incumplidas nos iba consumiendo poco a poco.

Inés

Viña del Mar, 11 de enero de 1932

–Buenos días, señorita Rossi, ¿en qué puedo ayudarla?

La joven esbozó una gran sonrisa al viejo recepcionista del Gran Hotel de Viña del Mar. Sus ojos ilusionados resplandecían tanto como los pequeños aros de diamantes que la adornaban.

–Buenos días, señor. ¿Habrá correspondencia para mí?

–Me parece que sí. Un momento, por favor.

El hombre se ausentó unos minutos del mesón mientras su joven asistente, con los ojos clavados en la artista, no perdía detalle de su figura.

–Buenos días –dijo Inés al sentirse observada.

–Buenos días, señorita Rossi –contestó el muchacho cuyo sonrojo echó abajo la indiferencia marmórea que intentaba proyectar–. Qué buen tiempo hace hoy, ¿verdad?

Ella asintió, risueña.

–¿Ha tenido oportunidad de ir a la playa? –agregó el joven, ya con un poco más de confianza–. ¿Y al Sporting Club?

–La verdad es que no.

Para mala suerte del galán, la conversación con la artista no llegaría más lejos. El fajo de sobres que su jefe depositó sobre el mesón terminaría acaparando toda la atención de Inés.

–¿Eso es todo lo que llegó?

–Así es, señorita Rossi.

Remitentes de invitaciones y cartas de sus seguidores fueron sometidos a una rápida revisión por parte de la muchacha. Primero, con entusiasmo. Luego, con escepticismo. Para cuando llegó a la última correspondencia, su rostro se revelaba triste y desilusionado.

–¿Esperaba algo más, señorita Rossi?

–Pues sí.

–Quizá yo pueda ayudarla.

La intromisión del asistente no le hizo gracia a su jefe, pero antes de que este pudiera hacer un reclamo, el joven reveló una cajita que permanecía guardada bajo el mostrador.

–Señorita Rossi, ayer llegó este paquete. Lo trajo el señor Fernández, abogado, si no me equivoco.

–Sí, ¡lo conozco!

–Perdone que no se lo haya mencionado antes, pero el paquete

está a nombre de «A. Rossi». Por casualidad, ¿será conocido suyo?

Una sonrisa iluminó el rostro de Inés, a la vez que estiraba los brazos para hacerse con la encomienda.

–¡Qué alegría! –exclamó la artista, interrumpiendo a su salvador–. Esta era justamente lo que estaba esperando.

–¿Será «A. Rossi» su hermano? –insistió el joven–. ¿Quizá su esposo?

La insistencia le valió un codazo de su superior, pero el muchacho estaba empeñado en averiguarlo. Si su cantante favorita tenía pareja, era mejor escuchar la verdad de sus propios labios.

–No, nada de eso –aclaró Inés después de un largo suspiro–. Antonio Rossi es mi padrastro.

Luisa

Santiago, 10 de junio de 1914

Sin lugar a duda, Rosenda se esmeró con el desayuno. Una magnífica bandeja de manjares descansaba sobre mi regazo a la espera del primer bocado, aunque esa mañana solo podía abrir la boca para suspirar.

Tanto esfuerzo no se puede perder, pensé, y con los ojos cerrados, me concedí un instante para disfrutar del dulce aroma del café. Resignada, lentamente, bebí un sorbo. Luego fue el turno del pan amasado con huevos revueltos y los bizcochos de vainilla. Un par de mordiscos para cada pieza, nada más. La degustación no se tradujo en ninguna sonrisa de mi parte, mas sí en una certeza innegable: había que estar muy triste para no regocijarse con un menú tan delicioso.

Por la ventana, entre los cortinajes, entraba la escasa luz del amanecer invernal, que mi mente se empecinaba en teñir de recuerdos de atardecer, rojos como los destellos del café. Eran los tornasoles del crepúsculo, que Eulalio contemplaba desde su propia ventana allá en Plaza de Armas semanas atrás.

–Perché dubitare così tanto dell'amore che Vittorio sente per lei?

Como en aquella ocasión, se reflejó mi triste rostro en sus pupilas dejándome abatida y una horrible sensación volvió a oprimirme el pecho. En la respuesta, lo sabía, se abismaba mi tormento. El pobre viejo, sin saber qué hacer, buscó nervioso dónde posar los ojos y los regresó a su ventana.

También volví a mi ventana. Al blanco de mis paredes, donde, a lo lejos, solo se oía el canto de los pájaros. Clavada en la cama como por cadenas invisibles, mis ojos regresaron al café y a los platillos que descansaban en mi regazo hasta que se volvieron borrosos por la pena. Me dolía aceptar que tan solo un poco de afecto de Víctor me habría bastado para volver a sonreír.

–Esto no está para nada bien… –susurré en reproche–. Llegué sola a este mundo y sola me voy a ir.

Era tanta mi melancolía que levantarme me parecía una proeza imposible. Sin embargo, la existencia debía continuar, aun con sus tristezas. Arrebujada en un chal, tomé la bandeja con la intención de llevarla a la cocina –junto con las correspondientes disculpas a la cocinera por mi patente falta de apetito– y me di a la tarea de bajar las escaleras sin morir en el intento.

Me hallaba en el comedor cuando las voces de las criadas rompieron mis meditaciones.

–Pobre señora, está así desde que se fue don Víctor.

Descubrir que Carmela hablaba de mí congeló mis pasos.

–¿Qué quiere que le diga? A mí la *iñora* me ha desilusionado tantísimo. ¡Incluso hasta tonta la encuentro!

Escuchar la palabra *tonta* se sintió como una estocada en el corazón.

–Rosenda, ¿por qué dice esas cosas de la patrona? No sea mal hablada.

–Es la santa verdad. Ella misma se hace llamar feminista, pero al final resultó ser como todas las mujeres: vive por y para el marido.

–¡Eso dice porque usted aún no se ha enamorado!

–Yo me niego a que mi felicidad dependa del pelmazo que tengo al lado. Para eso, ¡mejor ser sola! Lo único que necesito son estas manos y el cerebro *pa'* trabajar. ¡Nada puede igualar al goce de bastarse a sí misma!

La sinceridad de la criada me estaba matando.

–Además, hay que ser tonta para encontrarse fea. ¿O acaso no ha notado lo insegura que es la *iñora*?

–Si conociera la familia de los Santa María Matte –declaró Carmela en mi defensa–, usted también se sentiría así. Los hermanos de la señora parecen extranjeros.

Un silencio anticipó la respuesta de Rosenda.

–¡Da igual la cara que uno tenga! Que no venga a dárselas de espiritual, tan elevada, si tiene un carácter tan débil.

El tintineo de los platos dejó al descubierto el temblor de mis manos. De pie, pálida de rabia, me debatía entre escapar o enfrentar a la insolente. Iba a optar por lo segundo cuando unas lágrimas furtivas resbalaron por mis mejillas, dejando al descubierto la flaqueza de la que tanto hablaba Rosenda. Acobardada por la derrota, dejé la bandeja sobre la mesa y corrí a encerrarme a la alcoba sin dar tiempo a las criadas para que me descubrieran escondida tras la puerta.

–Digna, Luisa. Siempre digna.

Las palabras de Prosperina –esas que no fallaban en edificar mis fuerzas– me supieron más amargas que nunca.

Sin ánimo de ser molestada, puse llave a la puerta y a los pensamientos, que me atacaban sin piedad. Era menester darse prisa, pues ya no quedaba mucho tiempo para las clases en la universidad y, con ese propósito, sobre la cama comencé a juntar todo lo que necesitaba para ese día: maletín, uniforme de enfermera, la autorización de Víctor y los apuntes del libro del doctor Moore, desde donde cayó un recorte que tenía guardado entre sus páginas. Podría tratarse de una burda publicidad, pero mi corazón saltó como un

corderillo apenas apercibió la imagen de la mujer impresa en el aviso.

Madame Curie, a quien la Ciencia Humana debe uno de sus más maravillosos descubrimientos, se ve, sin embargo, obligada a rehusar la entrada a la Academia de Ciencias.
Según la docta asamblea, la mujer no puede estar nunca al honor, pero sí al trabajo.
El colmo del egoísmo sería también impedir a la inminente mujer el uso de aquella agua que los hombres sabios del mundo entero toman constantemente, a saber.

El remate de tan conmovedora historia solía hacerme reír, pero hoy mi voz se revelaba sombría y quebrada.

–El agua Vichy Celestins.

Por primera vez, la figura de Marie Curie me pareció lejana, de otro planeta.

–Aunque quisiera, ya soy demasiado vieja para estudiar.

Suspiré al vacío y devolví a mi ídola al resguardo de las páginas.

–Ya son las nueve, voy a llegar tarde.

Los preparativos de mi *toilette* tendrían que ser breves. Luego de una limpieza rápida de cutis y brazos, procedí con el afeite del rostro. Apenas un poco de carmín para los labios y mejillas, y rímel para las pestañas, anhelando alcanzar la tan saludable y anhelada belleza.

Entonces, en mis ojos oscuros brilló un extraño reflejo y en él se pintaron todas mis verdades. Rosenda tenía razón: realmente me sentía fea y tonta.

–¡Y yo que me creía tan moderna!

Conmovidas todas las fibras de mi alma por la certeza, apreté los dientes y con presteza sequé las lágrimas de mi orgullo herido. Todavía faltaban muchas pruebas que por superar ese día.

–Vamos, Luisa –exclamé con convicción–. ¡Digna, siempre digna!

Bajé las escaleras a paso firme y seguro, mientras desde las alturas observaba a las criadas congregarse para recibirme.

–Carmelita, ¿llegó el cochero?

–Sí, señora –confirmó a la vez que me ofrecía el abrigo–. Ya está afuera.

Asentí, agradecida.

–Rosenda, no se olvide de pasar a comprar el queso parmesano. Y las legumbres, que ya casi no quedan.

Oculté mis rencores tras una sonrisa para la joven sirvienta, que me alcanzaba el paraguas. Por su semblante tranquilo, supuse que no tenía idea de mi espionaje.

–Sí, señora –aseguró con una sonrisa–. Tendré listas las compras para antes del almuerzo.

Mejor así, pensé y abrí la puerta de la entrada donde, de súbito, una pequeña alma saltó a mis faldas. Entre mechones de una melena desordenada, descubrí la mirada verde y brillante de mi pequeño chaperón.

–¡Totó! ¡Buenos días!

Generoso en sus afectos, el pequeño Antonio también estiró sus brazos hacia Rosenda. Sin embargo, la mujer lo corrió rápidamente de su lado.

–Chiquillo de remolienda.

El murmullo de la criada llegó a mis oídos y así se lo hice saber con una mirada de reproche. Sin embargo, su rechazo hacia el pequeño no disminuyó ni una pizca. Esa mañana, Totó debía asistirla con las compras, pero la faz malhumorada de la mujer no pronosticaba una salida agradable para el niño.

–Rosenda, sea más amable con Totó, ¿quiere?

–*Iñora,* con lo pavo que es, me va a estorbar en el mercado.

–Rosenda…

Ella rehuyó mi mirada. Su rebeldía ya se estaba pasando de la raya.

–Cuento con usted –insistí antes de cerrar la puerta. A la criada no le quedó más que asentir–. Nos vemos en el almuerzo.

Por fortuna, principié el trayecto hacia la Escuela de Medicina con optimismo. Las novedades que ofrecían los viajes siempre lograban distraerme y, desde la ventana, observé todo cuanto me rodeaba: las calles sembradas de carromatos, los caballos extenuados de las victorias y elegantes cocheros que saludaban desde sus altos pescantes.

Al girar en calle Cementerio pasamos frente al Hospital San Vicente de Paul, donde me visitaron las memorias de mi fallido examen de bachillerato. Hasta que me tocó asistir a la doctora García Villarán, seguía creyendo que la escuela y el centro médico eran la misma cuestión, y así se lo comentaba a quien me preguntara por la casa de estudios.

–Qué bochorno… –comenté a los aires.

Un giro más, ahora por avenida Independencia, para dejar atrás la sección de hombres del hospital y estacionarnos, finalmente, en el edificio que casi daba con la calle Panteón.

–Buenos días, enfermera Luisa.

Sonreí al notar que el guardián de mandil azul ya reconocía mi presencia.

–Buenos días, don Pedro.

–Enfermera, ¡espere!

¡Ay, no!, lamenté para mis adentros. *¿Será que el señor otra vez necesita la autorización de mi marido?*

–Manda a decir la doctora García Villarán que la clase de hoy se realizará en la sala de disección.

Asentí, luego de dar las gracias por el aviso, y seguí mi camino. Primero, a paso veloz. Después, casi a zancadas. Parecía una mañana agitada en la escuela, lo que dificultaba aún más el tránsito. El reloj ya marcaba las 9:45.

–*Porca miseria!*

–¿Con esa boquita come, señorita? –exclamó alguien de quien jamás sabré su nombre.

Contra todo pronóstico, llegué a mi destino y con tal suerte que fui la primera en hacerlo. Agitada, con dedos temblorosos, busqué el instrumental que la doctora había solicitado para esa clase y lo dispuse sobre una gran bandeja de acero: dos escalpelos grandes, fuertes y finos; un mazo, sierra y martillo con puntas; cloroformo.

Este último elemento me hizo levantar la ceja. ¿A quién va a anestesiar en una sala de disección?, pensé. *Solo piltrafas carnosas llegaban hasta ese lugar*. Sin embargo, obediente, seguí con mis tareas. Para higienizar el planchón de piedra sobre el que trabajaríamos, harta agua y una solución desinfectante.

–¡Muy buenos días, Luisa!

Sonreí con orgullo al saludo de la doctora. Ya dispuesta con el uniforme y toda la sala debidamente limpia y ordenada, había cumplido con la tarea que se me había encomendado.

–Buenos días, doctora.

Pero la cirujana no llegó sola esa mañana. Tras ella, un par de fortachones traían consigo lo que supuse sería el objeto de estudio para la clase de hoy.

–Tened cuidado, muchachos. No se les vaya a caer el señor.

Curiosamente, las moscas no mostraron mayor interés en el recién llegado y tampoco se hizo presente ese olor tan característico de quienes ya se encuentran en el más allá. Juan –así lo había nombrado la doctora– era un hombre gordinflón y de mejillas sonrosadas. Su sonrisa, sin duda, cautivaba vivamente la curiosidad.

–¡Ay, misericordia! –exclamé al alcanzar la mano del difunto–. ¡Pero si todavía está calentito!

Mi alarido le causó la mayor de las gracias a la doctora.

–Bueno, niña, la verdad es que se me ha muerto el paciente en el anfiteatro anatómico –expresó con magistral naturalidad–. Venga, que quería operarlo para la clase, ¡pero no ha resistido, el pobre cristiano! Pinta a que la herida era más grave de lo que aparentaba. Pues bien, ya resolveremos ese asunto más tarde.

–¡Sí, señora!

Los estudiantes no tardaron en llegar. Ellos, acostumbrados a diseccionar pequeños trozos de humanidad, abrieron los ojos como

platos frente a ese espécimen que en tan buenas condiciones estaba. Cuando el reloj marcó las 10:05, la doctora cerró las puertas para empezar su clase, sin compasión alguna por quienes asomaban la cabeza por los ventanales rogando que los dejaran entrar.

Honorina pasó al frente. Con su amplia y amarilla sonrisa, daba muestras inequívocas del agrado que sentía al hacer la clase.

–Muchachos, venga, ¿deseáis viajar conmigo a Europa?

Ella hablaba con seriedad y fuerza. Las manos del grupo se alzaron todas buscando su aprobación.

–Yo, doctora, lléveme a mí –exclamó Nicanor Castro, el más alto del grupo.

–Doctora, viajar a Europa es mi sueño –agregó el señor Harms.

Por supuesto, también levanté la mano, aunque de manera más discreta que el resto del alumnado.

–Yo ya he estado ahí tres veces.

–¿Y le apetecería volver, señor Lisoni?

–Sí, doctora.

En los ojos de Honorina pasaban relámpagos de goce por el entusiasmo.

–Me alegra escucharos, chaval, porque en Europa se avecina una guerra y toda la ayuda será muy bienvenida.

Bajaron las manos, desilusionados. Una vez más, la doctora volvía a mencionar esa guerra en la que nadie creía. Pese a todo, el respeto que infundía la mujer acotó las quejas masculinas a un mero rezongo. Ella, como si lloviera, continuó su discurso con la misma fuerza de siempre.

–La guerra –dijo con marcado acento– nos lleva a situaciones inesperadas y escasas en recursos. Como ya sabéis, son los valientes soldados, y no los políticos, los que exponen su vida en primera fila. Hoy, con el permiso de don Juan, que en paz descanse, procederemos a realizar una amputación en condiciones similares a las de un conflicto bélico. Aunque vosotros recién vais en segundo año, considero imprescindible que conozcáis el procedimiento en directo, ¡una experiencia real! Cebollinos, os quiero muy atentos a todo lo que la enfermera Luisa y yo os mostraremos a continuación. Ella será mi asistente.

Sea por una justa nerviosidad o por mera sorpresa, me limité a sonreír por tan inesperada elección y corrí por mis guantes quirúrgicos.

–¡Hala! ¡Pero mirad qué maravilla estos accesorios! –exclamó la doctora, encendiendo la envidia en más de un presente.

Lo que fuere, declaré para mis adentros mientras iba por los insumos para la clase. Pero cuál no sería sorpresa y mi susto al ver cómo casi todo el arsenal era retirado por Honorina.

–Recuerde, Luisa. En la guerra todo escasea.

El alumnado se congregó alrededor del cadáver y de las dos mujeres en su papel de maestras de ceremonia. Hecha la desinfección de manos y puestos los delantales, Honorina solicitó asistencia para el registro de la hora.

–Señor Bersano, ¿seríais tan amable de cronometrar quince minutos?

¡Apenas quince!, pensé, un tanto patidifusa por el desafío.

–Deberían ser siete –murmuró Honorina a mi oído–. Pero estos borregos son lentos para aprender.

Ella me cerró un ojo y yo la imité.

–Doctora, todo listo –dijo Pedro Bersano y, de paso, aprovechó de hacer alarde de su vistoso reloj de oro–. Ahora... ¡ya!

Pesó un letal silencio sobre toda la sala.

–Señores, ha llegado la guerra a Europa –expresó Honorina con dramático acento–. Alemania le ha declarado la guerra a Francia y sois médicos de la Cruz Roja, ¡todo es caos en el campo de batalla! Os encontráis en una tienda de campaña a unos ciento ochenta metros de la línea de combate y este soldado que veis aquí fue herido en la parte baja de la pierna derecha. Todo indica que deberéis realizar una amputación. Ya sabéis, mientras más rápido removamos la extremidad, mayores son las posibilidades de que el paciente sobreviva. «¿Y cuáles son estas, doctora?», de seguro se estáis preguntando. Pues, de un setenta y cinco por ciento si hacemos la amputación antes de cuarenta y ocho horas desde producida la herida.

Con una destreza admirable, Honorina procedió con la aplicación del torniquete en la pierna afectada.

–¡El torniquete no debe faltar nunca en una caja médica! Apretadlo a lo bestia, ¡es esencial detener la hemorragia!

Todos asentimos, entregados por entero a las enseñanzas de la galena. Fueron unos breves momentos de tregua antes del implacable interrogatorio que nos esperaba.

–Señor Unzurrunzaga, ¿qué hacemos con los heridos en la cabeza o las entrañas?

La boca pálida del estudiante intentó formular una respuesta en la medida en que se lo permitían sus balbuceos.

–Pues, supongo que...

–Déjese de chorradas, señor Unzurrunzaga.

–Doctora, pues mire, los individuos agotados por la pérdida de sangre caen en colapso y mueren. Por lo mismo, y para evitar esta crisis, si la herida es en el extremo superior... dispondría horizontalmente al herido con la cabeza baja, a fin de enviar al cerebro y médula el máximo de sangre.

Pésima respuesta. Honorina consultó el reloj de oro de Bersano y

luego volvió al estudiante, que ya se orinaba en sus pantalones.

–¡Señor Unzurrunzaga, estamos en pleno combate! ¡Las balas silban sobre nuestras cabezas! ¿Cómo procedemos con el herido?

–Pues, pues...

–Pues, ¡hasta luego, Maricarmen! Usted coloca al sujeto a un lado y lo deja morir. Así de simple, ¡me cago en la leche!

Fue manifiesto el pasmo que se reflejó en el rostro de los hombres y el mío tampoco fue indiferente. Ella, aún con sus excentricidades, lo notó.

–¡Ah, joder, no me miréis así! –replicó–. Después de que le hayáis administrado medicación para el dolor, lo dejáis a un ladito para que pueda vivir sus últimos minutos en paz.

Lo que agregó tampoco fue de gran consuelo.

–Os recuerdo que si vais a amputar unos deditos –agregó–, la posibilidad de supervivencia aumenta, pero si estamos hablando a la altura de los hombros o las caderas, la cuestión se pone más difícil. Venga, ¡seguimos!

Había llegado mi turno. Honorina me observó con una mirada taladrante, de desdeñosa ironía, para promover mi iniciativa. Yo, a su vez, busqué la de don Juan, olvidando por completo que ya estaba muerto.

¡Ah, la guerra!, recordé de repente.

–Doctora, procederé con el cloroformo a falta de anestésicos más avanzados.

Ella sonrió con orgullo.

–Muy bien, enfermera. Adelante, continuad. Tenemos que ser compasivos con el pobre hombre, ¿verdad? –asentí y, cuando ya estaba respirando de alivio, ella preguntó–: ¿Y qué método vais a utilizar?

La nerviosidad me tiñó todos los conocimientos de blanco hasta que de mi interior escuché, fuerte y claro, la voz de Rosenda diciéndome: «¿Acaso no ha notado lo insegura que es?». Eso me hizo espabilar.

–Método de dosis débiles continuas, doctora.

–¿Por qué? –preguntó, inquisidora.

–Porque el método a dosis débiles continuas y sin aire evita una gran pérdida de tiempo en la anestesia, lo que significa que el enfermo no se intoxicará con las enormes dosis que requiere el método corriente de las alternativas de aire y de anestésico.

Los estudiantes me miraron con sospecha y luego se dirigieron a la doctora para conocer su veredicto. Ella, que apenas levantó la cabeza en su ensimismamiento por el muerto, exclamó:

–¡Pues cómo se nota que habéis estudiado el libro que os presté!

Sudorosa y triunfante, esperé por más instrucciones. Recién

terminábamos de preparar al paciente para la intervención y ya me sentía poseída de una vibrante emoción.

–Bueno, cabrones, ahora vamos a por lo que nos convoca, ¡al causante de todas nuestras desgracias médicas!

–¿La guerra? –acotó Unzurrunzaga, deseoso de llevarse la razón aunque fuera una vez.

Ella lo miró un tanto desganada.

–Sí, hombre, sí, pero me refería a algo más específico –y, tras una larga pausa, expuso casi en un grito–: ¡La bala!

Unzurrunzaga hizo un gesto de derrota que le valió risas y frases humorísticas de sus amigos. Para desgracia de esos pelmazos, el gesto les valió la expulsión inmediata. Era Honorina una mujer de carácter.

–Escuchad con atención. Una bala que penetra deja un orificio al que denominaremos «canal de trayecto», al fin del cual el proyectil se aloja si la velocidad ha sido escasa –indicó mientras todos lo apuntaban en su libreta–. Si la bala posee la fuerza suficiente, esta perfora la región produciendo un agujero de salida, de bordes más grandes y desgarrados que los del orificio de entrada –y luego miró a su público–. La penetración de una bala está en razón directa con la densidad de sección. ¿Alguna idea de cuáles son las balas más utilizadas en Chile?

Claudio Unzurrunzaga, que no quería darse por vencido, levantó la mano una vez más.

–La cilindro-ojival, señora. Esta desvía toda resistencia del aire.

Los estudiantes guardaron albo y solemne silencio, expectantes todos por la suerte del compañero. Una sonrisa fina se dibujó en los labios de Honorina antes de responder:

–¡Está usted en lo correcto!

Nadie celebró el acierto por temor a ser echado de la clase, pero las sonrisas se hicieron patentes en todos los rostros. Unzurrunzaga, al menos por lo que durara la clase, sería el héroe del día cuya gloria eclipsó todas las glorias, ¡el que fue al encuentro de la muerte sin poder hallarla!

Creo que he leído demasiadas novelas, pensé, y ahogué la risa fingiendo unos carraspeos.

–¡A callar, cebollinos! –solicitó Honorina con un par de aplausos–. Pues bien, ahora procederé a introducir mi dedo en la herida.

La mujer detuvo sus movimientos, como iluminada por una gran idea. Entonces se giró en mi dirección con una sonrisa y un poco de malicia.

–Mejor, hágalo usted, Luisa. Venga, démosles un buen uso a esos guantes.

–Sí, doctora.

–¡A por esa bala, niña!

Hice como ordenó abriéndome paso con los dedos en la carne.

–Muy lenta, Luisa. Muy lenta…

–No encuentro la bala, doctora.

La doctora acudió en mi auxilio con una varilla. Tenía en su punta una bolita de porcelana.

–Mirad con atención, cebollinos. Esto que tengo aquí es un invento muy antiguo, pero conveniente para este tipo de situaciones. Venga, enfermera, introdúzcalo en la herida –asentí y hurgué anhelosamente en busca del proyectil–. Al dar con la bala, vais a ver que queda una marquita gris en la punta.

–¡La tengo, doctora!

–Enhorabuena, Luisa. Ahora coja las pinzas y sáquela de una vez.

Era curioso. El sarcasmo que marcaba las observaciones de la doctora solía dejarme siempre con la misma duda: ¿se reía de mí o me estaba felicitando?

–¿Y? –preguntó Honorina–. ¿Cuál es la situación?

Extendí el proyectil para que todos pudieran apreciarlo en detalle.

–La bala ha impactado directamente en la tibia –concluí.

Honorina sujetó el balín entre sus dedos y lo paseó entre los alumnos para su observación.

–Fijaos bien en el estado del proyectil, chavales. Está aplanado por algunos lados, incluso *machacao*. De haberse alojado en la carne, la bala podría estar intacta y el daño sería menor. En casos como ese, bastan unas cuantas curaciones para enviar al soldado de vuelta al campo de batalla, pero cuando da con el hueso… –luego, volvió a mí–. Enfermera, ¿podríais confirmar si la extremidad herida tiene pulso?

–¿Pulso? –pregunté.

–¿Pulso? –insistió.

Ah, el teatro.

–Sin pulso, doctora –y por si no se había entendido, agregué–: No se registra corriente sanguínea en la zona del tobillo… –ella me alentó a seguir con el diagnóstico–. El hueso está destrozado. Por lo mismo, ¿podríamos decir que el miembro está muerto?

–Muerto –ella insistió–. Decidlo con seguridad.

–Muerto, señora –repetí, ahora con voz firme–. La parte baja de la pierna está muerta.

Los alumnos contemplaban con atención nuestro quehacer con el arsenal y esperaban con impaciencia el desenlace de la maniobra. Contemplé a don Juan en su plácido sueño, ¡qué feliz se le veía! Y yo también lo estaba, ¡bien podría pasarme días enteros en un quirófano sin cansarme!

–Bien, chicos, preparaos para el jugo de grosella –anunció la doctora–. ¡Vamos a cortar!

Siguiendo las instrucciones de la doctora, contabilicé siete

centímetros arriba de la herida para iniciar la incisión. Mas estaba a punto de hacer el primer corte cuando la doctora detuvo mi actuar y, muy a tono con el escenario bélico que veníamos desarrollando, me facilitó un simple cuchillo de doble filo para hacer de la experiencia una más real.

–Un cuchillo catalán –indicó, muy práctica.

–¿Este cuchillo? –cuestioné sin pensar.

Nos miramos. La respuesta llegó sola.

–¡Ah, claro! –susurré con un suspiro–. La guerra...

Sin más preámbulos, tomé aire, tanto como me lo permitieron los pulmones, y empecé a cortar.

La gordura excesiva de don Juan me presentaba un desafío difícil. Sin embargo, recordé entonces mis épocas de juventud para infundirme fuerzas, ¡tantas horas faenando chanchos en la cocina por fin rendirían sus frutos! Así fue cómo atravesé la piel, el tejido y el músculo en un corte limpio y digno de admiración. Un fuerte escalofrío casi me hace soltar el cuchillo, pero persistí implacable, hasta que una sustancia verde y nauseabunda detuvo bruscamente mi accionar.

–¡Guácala! –gritaron varios al unísono.

Las náuseas fueron generalizadas, la fetidez avasalladora y la doctora, como si nada.

–Madre mía, por eso este hombre murió tan rápido –apuntó, reclinada el miembro a medio amputar–. ¡Cargaba con una infección de las buenas!

Recordé a los doctores de San Bernardo comentando casos similares y, sin pensarlo mucho, lo compartí con los presentes.

–Podría deberse a un problema en la sangre del paciente que facilita la infección de cualquier herida mal tratada.

Honorina me dedicó una mirada de orgullo. Una que me hizo sentir la Marie Curie de la sala de disección, aunque por brevísimos segundos.

–¡Venga, Luisa! ¿Y ahora cómo vais a proceder?

–Pues, ¡habrá que cortar más arriba!

Con una línea de amputación por encima de la rodilla, seguí cortando lo más rápido que me permitieron las manos. ¡Quería llegar al hueso de una buena vez!

–Enfermera, retraeré la piel para que podáis tener una vista más clara.

–¡Lo veo, doctora!

–Muy bien, Luisa. ¡A por el serrucho! Y usted... sí, usted, señor Undurraga, ¡no me mire con esa cara! Ayude a la enfermera, ¿quiere?

De todos los señorones, el raro de José Unduraga era el que menos quería de compañero y su expresión me dio a entender que el disgusto

era mutuo. Sin embargo, y a la cuenta de tres, nuestros movimientos enérgicos y perfectamente sincronizados compensaron cualquier animadversión entre nosotros. Una y otra vez, con todas nuestras fuerzas, hicimos avanzar el serrucho mientras don Juan sacudía su gelatinosa humanidad sobre la mesa de piedra.

–¿Cómo vamos con el tiempo, Bersano?

–Se acaban de cumplir diez minutos, doctora.

–Pues, muy lento, señores, muy lento. Esta operación no os debería tomar más de siete a diez minutos por paciente. Así es el campo de batalla, a diferencia de un quirófano, donde podríamos gastarnos dos horas sin...

Y, de súbito, todo fue oscuridad para mí. Apenas alcancé a cerrar los ojos antes de que una explosión de sangre y grasa me salpicara por completo.

–¡Me cago en la leche, chavales! Parece que habéis dado con la médula.

De la pura impresión, quedé tiesa. Incapacitada de pronunciar palabra, solo atiné a desplegar un pronunciado puchero como llamado de auxilio. El líquido viscoso no tardó en correr por mi frente y mejillas.

–No se preocupe, Luisa, ya voy... –escuché decir a la doctora.

Honorina me limpió el rostro con suaves toques de su pañuelo y una voz melosa, como aquella con la que se habla a los niños enfermos. Era la suya una ternura maternal que me conmovió profundamente.

–¿Podéis seguir con la operación? –preguntó, cuando nuestros ojos se encontraron nuevamente.

–Sí, doctora.

Y así, con el rostro ya despejado y una fuerza de voluntad que no me conocía, procedí con la última etapa de la amputación revisando que no quedaran astillas sueltas en la zona de la incisión. Asimismo, era menester lijar la terminación del hueso para que quedara lo más suave posible. Undurraga, que no había sufrido percance, se fue a buscar la aguja e hilo que utilizaríamos después.

–Cebollinos, con este ejercicio espero que hayáis comprendido la gravedad de algunas de las situaciones que os tocará enfrentar. En muchas, como ya sabéis, arriesgaréis la propia vida para salvar la de otros.

Honorina hizo una pausa en su discurso y terminaron por callar todos los murmullos que circulaban en la sala.

–Quiero que cuando estéis solos en sus hogares y no tengáis que fingir ni demostrar nada a nadie, os pregunteis «¿por qué estudio Medicina?».

No fui capaz de levantar la vista mientras cosía la piel para hacer

el muñón. Me espantó percatarme que, además del ejercicio de operar –el mismo que estaba llevando a cabo–, no había existido otra fuerza más poderosa para mí en lo que se refería al estudio de la Medicina. Operar, eso era todo lo que quería. ¿Significaba entonces que hoy se había cumplido mi sueño?

–Espero que seáis sinceros con vosotros mismos. ¿Queréis, acaso, descubrir una cura para una enfermedad? ¿Es por el prestigio? ¿Por mantener una tradición familiar? ¿Por dinero?

Seguí cosiendo, de manera que la piel restante fuera suficiente para evitar que, en uno o dos meses, esta se encogiera dejando expuesto el hueso de haber estado vivo el sujeto. Unas puntadas más y un largo suspiro. Pregunta similar me había hecho la doctora Eloísa Díaz años atrás y seguía sin encontrar una respuesta que me brindara plena satisfacción.

Como si leyera mis pensamientos, la doctora dijo:

–No hay respuesta incorrecta. Solo tened en cuenta que esta motivación debe ser lo suficientemente fuerte como para que valga la pena dedicarle la vida entera. Y para quienes todavía no sabéis o no queréis saber por qué hacen lo que hacen, no os preocupéis: la respuesta siempre llega y, de seguro, en los peores momentos.

Honorina, una vez más, volvía a dejarnos en silencio, cada uno sumido en sus propias reflexiones. Entonces reaccioné. *Las enfermeras no operan*.

–Luisa, ¿terminó con la amputación?

–¡Sí, doctora!

–Bersano, ¿cuánto tiempo llevamos?

–Quince minutos, doctora.

–Muy lento. Muy lento… –fue todo lo que dijo.

Y así terminó el primer segmento de la clase.

Las horas de Anatomía Descriptiva pasaron rápidas a partir de ese momento y de la conversación que se dio en la mesa, ya de regreso a casa, no retuve nada más que algunas anécdotas de Rosenda en el mercado y la suave risa de Carmela, asintiendo a todo lo que decía su compañera.

Frente a mí había un abundante plato de guatitas que apenas degusté. A mi diestra, Totó jugaba con migas de pan sin dejar de observarme mientras mis ojos divagaban en el reloj de pared. Sí, estaba cansada. Sí, recordé haber hecho algunas preguntas solo para seguir escuchando a las mujeres hablar y espantar, aunque fuera por unos momentos, los miedos que rondaban por mi mente. *¿Cuánto falta para que sean las cuatro?*, me preguntaba a cada rato. Antes de que Carmela sirviera el postre, me retiré con la excusa de descansar en mis aposentos.

Un escalón, dos, tres. Avancé hasta que una manito tiró de mis

faldas.

–Lú… ¡Lú!

–Totó, querido, ¿qué quieres? Oh, ¿ese dibujo es para mí? Pero si ese es mi sombrero, ¿es que es mi retrato?

Por respuesta, recibí un abrazo y ese gesto tan simple me bastó para recuperar la sonrisa. Entonces tomé conciencia de que había sido un gran día, de que era fuerte, ¡y de que nunca dejaría de aprender!

Solo necesitaba que me lo recordaran.

–Gracias, mi niño. ¡Es un dibujo precioso!

Como si el día volviera a empezar de nuevo, me di un largo baño de tina y preparé mi *toilette* para la tarde. Sobre la cama dispuse tres tenidas diferentes. Elegí la de seda rosada y fui tras la compañía de Clara, José, Víctor y Luisa.

–Mi otra familia –murmuré.

El retrato de los Carvajal-Viviani me observó mientras solicitaba su bendición para las horas venideras. Víctor y Luisa. Acaricié con los dedos la silueta de mi joven y melancólico marido atrapado en sus vestidos y de mis labios escapó una declaración de amor para él.

–¡Incluso así me hubiera enamorado de ti!

Para luego concederle un beso entre risueños suspiros.

–¡Ay, Luisa! –murmuré–. ¿Qué puede ser más difícil que una amputación?

***

Por momentos me sentí sin valor, preparada para abandonar la lucha antes de siquiera iniciarla. Con la mano puesta sobre la manilla de la puerta, no lograba aunar las fuerzas que me permitieran dar el primer paso.

La Divina Providencia, compasiva, no tardó en darme un empujoncito.

–Señora –preguntó un hombre detrás de mí–. Va a entrar, ¿o no?

Exhalé un largo suspiro.

–¡Oh, sí! –respondí y abrí la puerta.

El café ya estaba lleno y, al entrar, la gente bebía, reía y fumaba como en los tiempos de Babilonia, envolviéndolo todo en una impresión extraña como de una nube que los hacía desaparecer por instantes. Miré a mi alrededor. Las melodías de un violín acariciaban los oídos desde el pequeño plató, a veces acompañado por el chin-chin de las tazas y las copas de Baccarat que se servían en el bar.

Avancé unos pasos. La calva de los viejos brillaba por el sudor y no fueron pocas las presentes que con su *toilette* merecían el título tan deseado de «mujer elegante». Un jovencito jugaba con los cubiertos en

su puesto. Más allá, una señora se despojaba de sus guantes de seda. Y, entre todos ellos, sentado en una mesita frente al ventanal, estaba Víctor.

–Sea muy bienvenida a la Confitería Torres, señora.

–¿Ah? Sí, gracias.

–¿Desea una mesa para dos? ¿Para cuatro?

Negué ligeramente con la cabeza.

–Mi marido me espera en esa mesa.

–Pues, bien. Déjeme escoltarla entonces.

Demasiado tiempo había esperado por ese momento y, aunque nos movíamos rápido, la distancia entre Víctor y yo parecía interminable. Incluso a lo lejos, notaba cómo el cansancio se había posado como una nube en el rostro de mi esposo, oscureciendo ligeramente sus párpados. Fumaba y en su vaso bailaba un whisky mientras las reflexiones lo tenían perdido en la ventana.

Él también está nervioso, pensé.

–Señor, ha llegado su acompañante.

El aviso lo hizo dar un pequeño salto, tal era la abstracción en la que se hallaba sumergido. Se levantó inmediatamente de su asiento para recibirme y, motivados por los nervios, no supimos si saludarnos con un beso en el rostro o en los labios.

El maître rio discretamente por nuestra torpeza.

–Mandaré a un garzón que los atienda –indicó antes de despedirse.

Rondaban aromas de esencias fuertes y risas que surgían como un carnavalesco rumoreo.

–¿Cómo ha estado, Luisa?

Me quedé mirándolo a la espera del «Clementina», que no llegó.

–Pues, muy bien, Víctor. Apenas llevo un par de clases asistiendo a la doctora García, pero se siente como si fuera un mes. ¡He aprendido tanto! Fíjese que el otro día le compré unos zapatos nuevos a Totó en agradecimiento por haberme presentado a la doctora, pero yo creo que más bien debería regalarle un guardarropa completo. ¡Si supiera ese niño cuánto me ha ayudado!

Víctor iba asintiendo y, al verlo tan contento, las reminiscencias de nuestro pasado juntos hicieron saltar mi corazón.

–Oiga, ¿es que acaso esta es «nuestra» mesa? –pregunté.

Juraría que se sonrojó cuando dijo:

–Sí, en este mismo lugar tuvimos nuestra primera cita.

–¡No, señor! ¡Cita, no! –corregí, divertida–. Usted me dejó muy claro esa vez que no debía ilusionarme. Que lo nuestro era solo una reunión en aras de mi futuro profesional. ¡Vaya vergüenza que pasé ese día por pasarme películas con usted!

Víctor rio con dulzura.

–Luisa, ¿se refiere a esa carta que iba acompañada de un mechón

suyo? ¿Su declaración de amor?

–¡Esa mismita! –confirmé, incapaz de mirarlo sin rubor–. Ríase usted, pero fue tal el bochorno que sentí por su rechazo que le hubiera propinado una buena bofetada de no haber estado disfrazada de hombre, digo, de Pancracio.

Mis últimas palabras quedaron flotando en el aire. Como protagonistas de una escena incómoda, aun penosa, permanecimos callados un momento.

–Querida, está bien. Hable con confianza –indicó mientras apagaba el cigarro sobre el cenicero–. No me tenga miedo.

Asentí. Era preciso hacerlo.

–Víctor, ¿por qué insistió esa tarde en que fuera disfrazado de Pancracio? –pregunté antes de que me traicionaran los nervios–. Yo... siempre creí que lo había hecho para protegerme, pero...

Sus manos experimentaron un leve temblor, en medio del cual Víctor encendió otro cigarrillo, pero no dijo nada.

–Tengo muy claro que si mis padres se hubieran enterado de nuestro encuentro a solas –dije, retomando la palabra– podrían haber cuestionado mi honorabilidad, pero... había algo más, ¿verdad?

Cuando levanté la vista, sus ojos profundos me contemplaban con cariño.

–Pues, sí. Admito que tenía curiosidad por ese Pancracio del que tanto me había hablado el viejo. Quería verlo con mis propios ojos, aún a sabiendas de que para usted no era más que un personaje. Quería saber cómo se veía a alguien como yo.

La franqueza de sus palabras selló mis labios. Permanecí así, sin saber qué decir o hacer, hasta que nuestro silencio fue interrumpido por un garzón de curioso peluquín.

–Señores, ¿ya saben qué van a pedir?

Aun en presencia del extraño, Víctor se atrevió a decir:

–Por supuesto, usted es demasiado bonita como para que funcionara el engaño. Don Juan, déjeme presentarle a mi esposa, Luisa Santa María.

Pude notar cómo mi marido forzó su voz para hacerla parecer ronca. Ese gesto que solía angustiarme ahora despertaba un profundo anhelo de conocimiento. Con un apropiado entrenamiento, ¡sus cuerdas vocales no sufrirían tanto!

–Mucho gusto, señora Luisa. Juan Soto, para servirle.

Correspondí el saludo con una sonrisa y extendí mi mano para que él pudiera besarla. Algo en este Juan –el segundo para lo que llevaba del día– llamaba poderosamente mi atención. Él, por su parte, parecía compartir el mismo sentimiento hacia mí.

–Mi señora, ¿es que ya nos habían presentado? –preguntó.

Insistí en que era mi primera vez en la confitería.

–Oh, seguramente me confundí de persona. ¿Y qué desea ordenar?

–Pues, un café y dos huevos *moll*.

Mi respuesta no dejó indiferente al mesero.

–Por casualidad, ¿no querrá treinta de esos pasteles? –preguntó sin quitarme la mirada de encima.

Enmudecí de la pura impresión y mi marido, aun en sus modos tan relajados, hizo lo mismo.

–Don Víctor –insistió el mesero–. ¿No fue un amigo suyo el que pidió una carretonada de huevos *moll* un par de años atrás?

–Don Juan –intercedió el joven rápidamente–. No sea maleducado y tráiganos esas delicias que usted siempre está promocionando. Mire que vengo llegando de Valparaíso y traje a mi señora solo para que pudiera hacerlo.

–¡Oh! Por supuesto.

–Y yo también quisiera ordenar un café y huevos *moll*. Receta de don José Domingo Torres, si no me equivoco.

–Usted lo ha dicho, don Víctor –exclamó Juan, orgulloso de que alguien tomara nota de sus usuales recomendaciones–. Volveré enseguida con su pedido.

Al quedarnos solos, se esfumó también la alegría que sentimos al encontrarnos. En los ojos de Víctor solo quedaba el brillo de las arañas de cristal que colgaban sobre nosotros.

–Luisa, aprovecho de contarle que ya está todo en orden con las bodegas en Valparaíso –dijo, de la nada–. Nos salvamos de milagro de que todo se quemara por el incendio, así que con Eulalio hemos contratado un seguro para así estar más tranquilos. Me ha costado convencer al viejo sobre las pólizas antes de su viaje a Europa, pero es una buena inversión. Ojalá su viaje por los mares le haya tocado tranquilo.

Pensé en Eulalio. En su ausencia, Víctor y yo nos habíamos quedado sin padre y consejero.

–Disculpe por haber pospuesto nuestra conversación esa noche –agregó un tanto nervioso–. Sé que la he estado evitando desde hace un tiempo y… que necesitamos hablar.

–En efecto. Yo…

Un coro de risas interrumpió mis palabras. Eran de una mesa cercana, donde un grupo de hombres despedía a un amigo de su vida de soltero.

–Víctor, tengo cosas importantes que decirle, pero no creo que este sea el lugar adecuado.

Él negó con la cabeza.

–Por favor, Luisa –insistió–. Quedémonos aquí.

–Pero… y la gente…

–No se preocupe por ellos. Están demasiado ocupados en sus

negocios para prestarnos atención. Además, los necesito para obligarme a decir lo que siento –sus gestos se sucedían con gravedad y mesura–. No quiero evitar por más tiempo este asunto ni tampoco dejarme llevar por el mal gobierno de mis pasiones. En un lugar público evitaré todo eso –dijo y luego sonrió, aunque ya se hundía en el piélago del más amargo desconsuelo–. Los necesito porque no quiero llorar frente a usted.

Don Juan llegó para servir nuestros platos en medio de un incómodo silencio que Víctor supo disipar con una gran sonrisa y unas palabras de agradecimiento para el garzón, mientras mi mente aterrorizada divagaba suspendida en el tenor de sus últimas palabras. Fue cuando desde mis recuerdos me alcanzó la voz potente y temeraria de Petronila: «Como mujer casada, debe mostrarse con la dignidad de una adulta y no con el humor variable y antojadizo de una chicuela mimada».

Entonces decidí comportarme como tal.

–Me parece bien, Víctor. Nos quedaremos aquí –expuse, al estar solos otra vez–. Permítame compartirle una confesión sobre… sobre esa noche.

Una repentina sensación de miedo apretó mi garganta, ahogándome.

–Esa noche en la que…

Su mirada era tan penetrante que no fui capaz de sostenerla. En mis nervios, me auxilié tras un sorbo de café.

–Esa noche en la que abusé de usted… Le falté el respeto y soy consciente de que el daño que le hice constituye una desgracia irreparable.

Por primera vez en mi vida de casada, no me atrevía a levantar la cabeza frente a él. Abatida, volví una vez más a mi anillo de clementinas. Con la esperanza de recuperar la calma, volví a contar sus cinco perlas.

–Víctor, yo…, que tan encarecidamente le pedí que no me hiciera violencias, a quien incluso tuve el descaro de amenazar con el divorcio. Yo, que… sufrí tanto las golpizas de mi padre a Petronila y las que él mismo me propinó por no cumplir con sus expectativas. Así las cosas, ¡terminé cometiendo sus mismos pecados!

Volví a tomar café, temblorosa por el frío y la angustia.

–Por eso, si existiera una posibilidad de que siguiéramos juntos, agradecería en el alma su perdón. Mas si el daño es demasiado grande y desea el divorcio, acataré su decisión sin hacer reclamo alguno.

Me llevé la taza nuevamente a los labios, pero esta ya estaba vacía.

–¿Víctor?

Incluso con el rostro girado hacia la ventana, pude notar cómo luchaba contra las lágrimas que se asomaban por su mirada. Ese gesto

de pena se clavó en mi corazón y me convirtió en un testigo lejano de lo que ocurría frente a mí. De esa manera, el dolor no era tan grande.

–¿Por qué lo hizo, Luisa? –preguntó, de repente.

–Yo... pues... Estaba cansada de esperar y...

–¿Y?

Apreté los puños.

–Tenía rabia –murmuré apretando los dientes–. Todavía la siento.

–¿Por qué?

Su insistencia no hizo más que exacerbar el resentimiento que guardaba, pero logré extinguirlo con un fuerte pellizco en el brazo. Como él, yo tampoco quería llorar ni dejarme arrebatar por las emociones.

–Víctor, usted me pidió tiempo y yo intenté dárselo, pese a lo mucho que me dolía su rechazo cada vez que intentaba acercarme a su persona. Su obvia reticencia no hizo más que empeorar mis miedos.

Casi enmudecí producto del orgullo.

–Yo, que por fin había logrado sentirme orgullosa de mí misma, volví a sentirme fea, sin valor... tonta.

–Pero, Luisa.

–¿Por qué se negaba a tocarme? –lo interrumpí–. ¿Y a hablarme de su pasado? Era obvio que yo no cumplía con sus expectativas, pero, aun así, esperé paciente una señal suya hasta que logré confirmar que el problema ¡era efectivamente mío!

–¿Cómo? –preguntó, contrariado–. ¿A qué se refiere?

Las abruptas carcajadas de unos hombres le concedieron un breve silencio a nuestra discusión. Mi mirada, sin embargo, permaneció encendida.

–¿Qué otra cosa puede ser si no es eso, Víctor? –murmuré entre dientes para que no nos escucharan de la mesa vecina–. Usted hace tiempo ya se había iniciado en las artes amatorias allá en el norte, y yo como estúpida seguía esperando por una oportunidad suya. Incluso pensé que era tan inexperto como yo, pero no, todo lo contrario.

Apreté los puños hasta clavarme las uñas en la piel.

–¡Eso me da rabia! ¡Sentir que no valía lo suficiente para usted me dio rabia! ¡Pensar en su amiga Inés me dio rabia!

Víctor se llevó ambas manos a la cabeza, desconcertado. Sus pupilas fijas en la nada daban cuenta del profundo viaje que emprendía hacia su interior.

–La noche de la fiesta en la casa... –dijo finalmente–. ¿No me diga que usted escuchó mi conversación con don Flaminio?

–¡Sí, lo hice! –exclamé, desafiante–. ¡Es que no lo comprendo! ¿Por qué yo, su esposa, no iba a tener el mismo derecho a ser amada como esa joven de la pampa? O quién sabe cuántas más.

Justo en ese momento se iniciaron los acordes de una orquesta que

conmovió hondamente al auditorio, obligándome a callar. ¡Creí morir de rabia! Sus sonetos alegres parecían una mala broma del destino, al igual que la taza vacía de café, que insistía en llevarme a los labios por mero reflejo. Pese a mi promesa, no pude evitar un par de lágrimas que limpié con los puños de mi blusa.

–Lo siento tanto, Luisa –dijo Víctor, afectado por mi dolor–. Debí haber sido sincero con usted.

Él se reclinó en su asiento, ya sin fuerzas.

–Ni siquiera sé por dónde empezar.

Víctor pidió dos cafés más, gesto que agradecí con una sonrisa forzada.

–Lo primero que quiero decirle es que nunca intimé con Inés y menos aún con una prostituta.

Aturdida por la repentina confesión, busqué la mirada de mi esposo.

–¿Entonces todo era una mentira para sus amigos? –pregunté–. ¿Es usted virgen?

–No.

La frustración se hizo patente en mi rostro. Simplemente no sería capaz de soportar una mentira de su parte.

–Luisa, tenía quince años cuando abusaron de mí.

Mi corazón se detuvo al escucharlo.

–Fue allá en la pampa –expresó de una sentada–. Inesita casi pierde la vida tratando de defenderme.

Paralizada por el horror de sus palabras, las mías quedaron atrapadas en mi garganta. Entonces la música se volvió distante y me venció un llanto silencioso. Mi alma se sentía empequeñecida, aplastada incluso por la fuerza de un pasado que se me revelaba de golpe y que había juzgado de la peor manera.

–Lo siento tanto, Víctor. No sabía.

Él negó con la cabeza.

–Yo quería olvidarlo todo, Luisa. Hacer como si eso nunca hubiera pasado, pero está claro que no lo logré. Lo siento mucho.

Las ternuras de sus manos alcanzaron las mías.

–De verdad, lo siento tanto...

–Tranquila, mi amor –dijo con una sonrisa apacible–. Está todo bien.

Sobre la mesa, los pasteles apenas fueron degustados. Él buscó refugio en su taza de café y yo hice lo mismo. Fue ahí cuando, y para mi sorpresa, Víctor sacó de su maletín el cuadernillo de mi abuela y me lo devolvió.

–Pero ¿cómo?

–Lo he estado leyendo –dijo con mirada triste–. Sé que es de su interés porque lo ha subrayado. Pero, Luisa, ¿se da cuenta de que todo

lo descrito ahí habla de la relación entre un hombre y una mujer?

Un rubor furioso me cubrió al escucharlo.

–La noche de su cumpleaños no fui indiferente a su persona –agregó, para colmo, y sus mejillas también se pintaron de rojo–. Por favor, no piense que hay algo malo con usted.

Busqué la segunda taza de café intentando escapar de la vergüenza que me encendía por dentro.

–Desde que tengo uso de razón he odiado mi cuerpo, pero más me aterra la idea de que usted deje de quererme cuando se enfrente a mi verdadero yo –y su voz se quebró al decirlo–. Mi madre… pues, ella…

Y de súbito dirigió la vista a la ventana para ocultar sus ojos. Entonces, la sonrisa más triste se asomó por sus labios.

–Al menos con ropa sigo pareciendo un hombre de verdad.

La palabra *verdad* me regresó de golpe al departamento de Eulalio, cuando en el disfrute de un cigarro pensaba en cuánto deseaba Víctor convertirse en un hombre íntegro.

–¿Por qué cree que insisto tanto en que usted se convierta en doctora?

Levanté los ojos, un tanto confundida por la pregunta.

–Porque estoy seguro de que eso es lo que realmente quiere y puede hacerlo –exclamó emocionado–. No importa si se decide a los cincuenta años, usted tiene todo para cumplir su sueño. No es mi caso, nunca lo será, y he sido muy egoísta con usted porque me he casado a sabiendas de que nunca podré cumplirle como un hombre, ¿me entiende?

Pensé en dedicarle unas palabras de aliento para animarlo, pero no lo creí justo. Menos aún en mi condición de enfermera. Que una mujer pudiera adoptar la fisonomía masculina era una cuestión imposible a todas luces. Entonces lo contemplé en silencio y, como el viajero que cruza un paisaje por primera vez, me pareció que todo en él era hermoso y fuerte, digno del amor más puro e incondicional. Era mi mejor amigo y la persona que más había amado en la vida.

–Víctor, no sé qué decirle. Simplemente lo quiero a usted…

Bajé los ojos, sonrojada. En mi regazo, el cuadernillo de mi abuela era contenido por mis manos, anhelantes de un poco de valentía.

–No se lo voy a negar –expresé con alegre nerviosismo–. A veces miraba a las mujeres en la calle y me preguntaba si mis inclinaciones iban hacia el sexo bello. Mal que mal, pensaba, ese es el cuerpo que comparten con usted, pero… no. Mi preferencia va por los hombres y, aun sabiendo su condición, a mí me gusta usted –tras una pausa, le sonreí sin dejar de mirarlo–. A mí me gusta el hombre que es usted.

Luego busqué su mano y la besé con cariño.

–Víctor, ¿acaso no podemos ser felices a nuestra manera?

Contrario a sus deseos, una lágrima surcó su rostro y en sus pupilas

mi rostro enamorado volvió a reflejarse como la primera vez que nos vimos.

–Le juro que jamás volveré a lastimarlo como lo hice esa noche ni tampoco volveré a tocarlo sin su consentimiento. Lo único que le pido es que confíe en mí. ¡Yo no volveré a ocultarle lo que realmente siento!

Un nudo en la garganta no le permitió decir palabra, pero emuló un «sí» asintiendo con la cabeza. Incluso en su pena, Víctor sonreía y temblaban sus labios intentando contener la emoción que lo desbordaba.

–Vamos a estar bien, ¿verdad? –declaró finalmente con una voz entrecortada.

Asentí, incapaz de hacer otra cosa. La alegría de nuestro reencuentro también me había dejado sin palabras.

Inés

Santiago, 14 de enero de 1932

Carlos Muñoz no daba crédito a sus ojos. Frente a él se apersonaba la hermosa protagonista de esos afiches que lo hacían suspirar y también lamentarse por las entradas al Teatro Municipal que su escuálido sueldo no le permitían adquirir.

–Señorita Rossi, es un honor conocerla. Carlos Muñoz, inspector general, a sus órdenes.

El hombre besó la mano de la primera celebridad que conocía en su vida y, sin duda, la única que se daba el tiempo para visitar una casa de orates.

–El placer es mío, señor Muñoz –indicó Inés, cordial–. Y disculpe las molestias que le estoy causando. He anunciado mi visita con tan poca anticipación y...

No le alcanzó el tiempo para dar más explicaciones.

–Señorita, ¡no es necesaria ninguna disculpa! Es usted bienvenida el día y a la hora que desee –interrumpió el inspector con una reverencia a modo de agasajo–. ¡Se lo dice su más fiel admirador!

Una risita escapó de la boca de Inés, halagada gratamente por la sinceridad de su anfitrión. Brillaban entonces sus ojos como estrellas titilantes y su sonrisa por el fulgor de la alegría, pero no así su *toilette*, por expresa solicitud de *mister* Elano. «Usted no *querer* llamar la atención en un manicomio», le había advertido el abogado, que ahora entornaba los ojos por el exagerado gesto de devoción del señor Muñoz y que fue imitado por un par de locos que observaban el encuentro asomados por las ventanas.

–Señor Muñoz, déjeme que le presente a *mister* Elano, abogado y amigo que me acompaña en esta gira por Chile.

El americano descendió de las alturas para ofrecer un frío apretón de manos que el menudo inspector correspondió con disimulado nerviosismo.

–Alan Elano, *lawyer, at your service.*

Hechas las presentaciones, un silencio profundo reinó en el despacho del inspector. Solo se oía el zumbar de las moscas y uno que otro carraspeo entre los hombres, mientras Inés se deleitaba contemplando a los locos que la miraban y le lanzaban besos al aire.

–¿Señorita Rossi? –dijo el inspector un tanto incómodo–. Usted dirá...

–¡Oh, perdone!

Liberada del hechizo que la tenía cautiva, la diva regresó la mirada a su anfitrión, y lo hizo con tal gracia y coquetería que el inspector creyó enamorarse de nuevo.

–Señor Muñoz, perdone, ¿puedo tratarlo por su nombre?

–Sí, por supuesto, mi dama. Carlos, Carlitos, ¡usted llámeme como quiera! ¿Y podría yo tutearla?

–Por supuesto, querido Carlos.

Mister Elano, desde las alturas, se limitó a soltar un suspiro de resignación.

–Lo pongo al tanto de los motivos de mi visita a esta noble institución. Dos, para ser exacta –la diva y el abogado cruzaron miradas de complicidad–. El primero es aprovechar la oportunidad de hacerle entrega de una donación de seiscientos pesos para los fines que la casa estime convenientes.

Un sobre apareció sobre el escritorio y con la misma rapidez desapareció en las manos de Carlos.

–Pero, Inés, ¡no debió usted molestarse! –señaló el inspector–. Le estoy muy agradecido de este donativo y tenga por seguro que la prensa estará bien enterada de sus buenas acciones.

La muchacha se apresuró a mover las manos. Sus pulseras tintinearon con el gesto y atraparon a su admirador por unos segundos.

–Carlos, se lo ruego, es menester mantener este donativo en la más estricta confidencialidad. Me doy por recompensada por el solo hecho de ayudar y no deseo publicidad de ningún tipo.

–¡Oh, qué alma más sensible la suya! –exclamó su admirador.

Desde las ventanas, los locos aplaudieron emocionados por la escena.

–Señorita Rossi, dígame, ¿cuál sería el segundo motivo que la trae por acá?

Sin medir el efecto que producía su encanto, la mujer se inclinó hacia el inspector para susurrar su deseo al oído y, creyendo haber alcanzado el paraíso en vida, el hombre se divorció de su esposa en pensamientos.

–Sí, en efecto, la conozco –murmuró–. Puedo llevarla donde ella se encuentra, si eso es lo que usted desea.

Luego de abandonar el despacho, el inspector condujo a sus acompañantes a la sección de mujeres, no sin antes aprovechar la oportunidad para mostrarles el salón destinado al esparcimiento, la cocina y los dormitorios, espacios destacados por su pulcritud y orden. Y el paseo, como era de esperarse, no estuvo exento de célebres encuentros. Le salieron al paso el «bracitos cortos» Piñera, famoso entre los internos por creerse presidente de la nación, y don Narciso

Flores, pintoresco doctor, que aseguraba que el mundo terminaría destruido por la contaminación del hombre en el año 2023. *Mister* Elano confesaría después que unos pocos minutos en el manicomio le habían cansado corporalmente tanto como si hubiera recorrido Santiago durante todo un día.

El paseo por el manicomio terminó en el patio. Ahí, escondida a la sombra de una gran palmera, estaba la mujer que Inés buscaba. Un pálpito remeció su pecho al escuchar su nombre después de tanto tiempo.

–¿Podrían dejarnos a solas? –preguntó a sus acompañantes.

La idea no fue del agrado del inspector, pero no le quedó más que acceder a los deseos de su ídolo.

–Con *mister* Elano estaremos a unos metros de usted por si nos necesita –insistió Carlos–. Esta chiquilla es de carácter apacible, pero con los locos nunca se sabe. Tenga cuidado, señorita.

La chica asintió y lentamente fue aproximándose a la mujer que, ensimismada en sus ensueños, no tenía ojos más que para las flores que deshojaba entre sus dedos. De rostro cansado y marchito, parecía aparentar mucha más edad que los casi veinticinco que realmente tenía.

Luego de sentarse en el pasto, a unos cuantos pasos de distancia, la cantante susurró un «buenos días» que no fue correspondido.

–Buenos días –insistió.

La enferma sonrió, sin moverse de su lugar. Sus rizos cobrizos revoloteaban sobre su frente, ocultando su mirada.

–Buenos días, señorita –dijo, y siguió en lo suyo.

Inés la observó en silencio mientras sus dedos se hundían en la tierra fresca. Buscaba alivio a sus sentimientos, pues, ¡cómo odiaba ver feliz a esa mujer!

–*Usté* no es quien dice ser.

La sentencia sacó a la artista de sus reflexiones.

–¿Cómo dice, señora?

Sin embargo, la loca seguía ensimismada en sus flores.

–*Uste* es un hombre y le miente a *toítos* sobre su verdadera identidad –la voz de la mujer no era la de antes. Al igual que Inés, ella también ocultaba una oscura emoción–. Los puede engañar a *toítos*, menos a mí.

La cantante resintió cada palabra de la extraña e intentó, sin éxito, controlar la ira que hervía en sus entrañas.

–¿Y por qué anda diciendo que soy hombre? –inquirió con voz quebrada y temblorosa.

No hubo respuesta. Los ojos sin expresión de la enferma se quedaron fijos en la flor que estaba por deshojar.

–¿Y si soy hombre qué? –insistió Inés, desafiante en sus palabras–.

¿Me va a matar, acaso?

Al escucharla, la mujer se estremeció y clavó su mirada en Inés, que la observaba con lágrimas en los ojos.

–No sabe cuántas veces deseé verla muerta… –confesó la cantante–. Pero ahora me doy cuenta de que el castigo que vive es aún peor que la muerte.

Unos ojos escrutadores se posaron sobre Inés. El cabello rubio y piel canela. Nada en esa jovencita lograba despertar algún recuerdo de su pasado. O eso creyó la demente hasta que reparó en sus ojos claros.

–¡Pero si eres tú! –exclamó, estupefacta–. Ese maldito chiquillo de remolienda, insolente…

Un horrible grito anticipó su venganza. De un salto, la enferma se abalanzó sobre la artista para retorcerle el cuello y lo hizo tan rápido que casi cumple su cometido si no fuera por el resguardo que *mister* Elano y el inspector mantenían sobre Inés.

Las mujeres fueron separadas de inmediato.

–¡Es un hombre! –gritaba la enferma en su defensa–. ¡Esa mujer es un hombre!

Su rabia, sin embargo, no pudo con la fuerza de Muñoz y Elano, a los que se les unieron un asistente más, alertado por los gritos de su jefe. El resto de los pensionados sintió miedo de ella y la miraban de lejos.

–Señorita Inés, cuánto lo siento. ¿Se encuentra bien?

Pese al desafortunado episodio, una dulce paz envolvía a la joven y una sonrisa no tardó en reflejarse en su rostro. A *Mister* Elano, que ya la conocía bien, le bastó una sola mirada para saber que su protegida se encontraba en perfectas condiciones. No era el caso del inspector.

–Por favor, Inés, no haga caso de lo que grita esa desquiciada. A todo el mundo le dice cosas parecidas. A mí siempre me reclama que soy mujer.

–Tranquilo, Carlos –insistió Inés–. No siga usted martirizándose por lo que pasó. ¡Solo ha sido un susto!

Pero el inspector no tenía oídos para ningún consuelo, ni siquiera para el de su ídolo.

–¡Oh, es mi culpa! –se lamentaba con sentidos golpes en el pecho–. ¡Sabía que reunirla con Rosenda no era buena idea!

Luisa

Santiago, 29 de junio de 1914

–Tanto qué hacer, Dios mío.

Atraída por una fuerza misteriosa, dirigí la mirada hacia la ventana. Ahí, apoyada sobre el alféizar, una mariposa estiraba sus alas buscando al sol y me pareció una criatura tan bella y delicada, que, sin darme cuenta, caí rendida a sus encantos. Atrás quedaron los libros pendientes y los apuntes por pasar en limpio solo para poder contemplarla de cerca.

Más y más cerca.

Nos tocamos.

Sus alas anaranjadas acariciaron mi mano y, bajo su hechizo, y por quién sabe cuánto tiempo, volví a ser la niña que pasaba horas escondida en el jardín de casa. Por ese pequeño tesoro que el azar había atraído hasta mi ventana ni siquiera me atreví a respirar con tal de aplazar lo más posible la despedida.

Una mariposa apoyada sobre mi mano.

No podía pensar en otra cosa más que en mi buena fortuna.

De cerca parecía una pequeña joya. Una mariposa de invierno, ¡qué delicia!

–¡Oh!

Mi amiga se fue revoloteando por la ventana y ahora no lograba recordar qué era lo que antes me tenía tan agobiada.

–¡Ay, Luisa! –exclamé a los aires–. Si será lesa.

Tenía tanto que hacer, pero, aun así, seguí quieta junto a la ventana. Reparé entonces en que nunca había observado la alcoba desde esa posición y, por mera curiosidad –como si un fantasma fuera–, me pregunté por la pareja que habitaba ese espacio.

Principié por la cama más cercana a la puerta y el desastre sobre su colcha. Recortes, papeles y libros. Un uniforme de enfermera, un maletín abierto, dulces de menta desparramados por doquier.

Una mujer ocupada, deduje en su defensa.

La otra cama, en contraste, lucía una superficie inmaculada. Tan lisa y perfecta que cualquiera dudaría de la existencia de su dueño si no fuera por una corbata a la espera de su momento de ser devuelta a la oscuridad de una gaveta.

Dos camas, colindantes la una con la otra. Cada una con sus propias sábanas y frazadas, pero juntas, después de todo. Un detalle

insignificante para un fantasma, pero no para mí.

–Ah, la felicidad…

Detalles, pequeños detalles. ¿Acaso la dicha no consiste en descubrirlos para deleitarse con su dulzura? A paso veloz, me recosté en la cama de Víctor y abrazada a su almohada recordé el «buenos días» que nació de sus labios cuando mis ojos lo contemplaban sin miedo mientras elegía su atuendo.

De súbito, pensé en Eulalio y en cómo anhelaba poder echarme un párrafo con él.

Querido Eulalio:

Mi marido ya no es perfecto.

Su voz se muestra aguda en mi presencia y, aunque parecía ordenado, sería más correcto decir que es hábil manteniendo la limpieza. También he aprendido a reconocer que cuando dice que «está todo bien» debo tener cuidado, pues lo más probable es que se esté guardando una pena que no me quiere contar.

Estos últimos días me ha llenado la casa de plantas. Con cada nueva adquisición, un alegre «Luisa» nace de su voz. Es mi nombre, que nada tiene que ver con su pasado y que por fin pude pronunciar sin sufrir.

Seguimos tomándonos de las manos como unos pololos y, cuando menos me lo espero, una patada voladora me saca del más profundo sueño de la noche.

Usted tenía razón: Su nipotino *¡es un desastre en la cama!*

Pero, claro, ¡qué insoportable tiranía la de desear sin descanso! Al posar los ojos sobre el clóset, recordé cuántos deseos aún quedaban sin cumplir.

–Tiempo al tiempo…

En un impulso de precoz primavera, me planté frente al mobiliario y abrí sus puertas de par en par. Al igual como ocurría con las camas, ropas de mujer y hombre parecían compartir una frontera infranqueable. Mis dedos se pasearon por las telas y no tardaron en llegar a los cajones, donde los pensamientos me traicionaron al alcanzar el segundo del costado izquierdo. El hecho de que pudiera estar cerrado me angustió y congeló mi mano sobre la manilla.

–No importa, ¡no importa! –dije a modo de consuelo–. Ya llegará el día en que esté abierto.

Una bocanada de aire anticipó mis movimientos y ¡el cajón cedió sin dificultad! Otro detalle que significaba un mundo para mí. Sin pensarlo siquiera, sumergí las manos en su interior y, entre camisetas, comprimido como si quisiera devorarse a sí mismo, encontré eso que Víctor tanto escondía.

Era un viejo corsé. De esos que aplastaban el pecho hasta dejarla a una sin aire. Lo estiré frente a mí y di cuenta de su tela gastada y las

huinchas que ya se salían de su lugar. Me estremecí recreando el dolor que esas puntas podrían producir en la carne y, en un acto reflejo, corrí la vista.

¿Será por eso que lo atacan dolores de espalda?

Mis manos siguieron buscando. Tal como lo suponía, los vendajes no aparecieron entre los ropajes, pero incluso sin ellos llegaron las memorias de ese funesto día de lluvia. *El invierno, con sus abrigos y ropas pesadas, lo libraba de usar el corsé*, deduje para dar fin a las indagaciones que me habían aventurado a sus secretos.

Desde que tengo uso de razón he odiado mi cuerpo, pero más me aterra la idea de que usted deje de quererme cuando se enfrente a mi verdadero yo.

Las palabras de mi marido me hicieron suspirar y divagar.

–Pero es un cuerpo, después de todo. ¿Cómo no voy a poder conseguir un modelo mejor? Estoy segura de que en Gath y Chaves vendían unos corsé muy sentadores para mujeres grandes.

Decidí no seguir con mis ideas. Estos asuntos tan delicados no se podían tomar a la ligera y menos obrarse sin el consentimiento del otro. Devolví el corpiño con la esperanza de que fuera su dueño el que me hablara de él y, con el corazón optimista, celebré para mis adentros el gran gesto de confianza que Víctor me había obsequiado.

¡El cajoncito ya no está con llave!, recordé una vez más.

Con ese último pensamiento, cerré las puertas del clóset. Ya era momento de volver a mis pendientes.

–¡Cabro de remolienda!

Sin embargo, el destino me tenía reservado otros menesteres.

–¡Ven *pa'* acá, te dicen!

Los gritos de Rosenda anticiparon la intempestiva llegada de Totó a la alcoba. Ocurrió todo en cuestión de segundos, pero mi cerebro procesó la escena con parsimonioso desenvolvimiento. Las puertas se abrieron de par en par, el niño avanzó al trote hacia mí y, en un peligroso chapuzón, se aferró a mis faldas con tal ímpetu que perdí el equilibrio y caímos juntos mientras Rosenda vociferaba:

–Socórrenos, Señor, ¡de este atorrante!

Sin lugar a duda, ese día llamaba a la más pura contemplación. Escapar de las excitaciones que produce la vida moderna para volcar la vista a los detalles de las cosas pequeñas que nos pasan desapercibidas. Como lo era la filtración que se estaba dando en una cornisa del techo.

–¡Ay, ay, ay!

Los gemidos de Totó me sacaron de mis cavilaciones. Rosenda, de un solo tirón de orejas, lo levantó del suelo.

–Rosenda, ¡basta! –dije, reaccionando por fin–. ¡No trate así al

niño!

La joven criada me miró incrédula. Su pecho todavía se agitaba intentando recuperar el aliento.

–Pero, *iñora*, ¿cómo me dice eso? Este mocoso ha entrado a su habitación sin permiso y eso está prohibido. Son órdenes del patrón.

Me mordí los labios. Ella tenía razón.

–Totó, dígame... –él me observaba expectante–. ¿Qué necesita? ¿Por qué la urgencia?

Sus ojos verdes se abrieron de par en par al recordar su misión y en un movimiento reveló el libro que escondía tras la espalda para entregármelo.

–*Tratado de cirugía*. ¿Me lo manda la doctora García?

Él asintió. La retahíla de Rosenda no se hizo esperar.

–¡Pero si yo le dije que se lo pasaba! –exclamó la mujer y de un puro coscorrón alejó al niño de mi lado–. ¡Ya! Ahora que entregó su paquete, se viene conmigo. Nadie puede entrar a la alcoba de los patrones.

La reprimenda hacia Totó no hizo más que despertar mis propias heridas infantiles, pues de la misma forma me habían hecho callar cuando no me comportaba como debía. Uno, dos, ¡tres coscorrones! De improviso, temblé agitada por el pesado vuelo de esos golpes, como si los sintiera en carne propia.

–¡Basta, Rosenda! ¡Basta! –exclamé en un grito de rabia y rescaté al niño de sus arrebatos–. Pobre que le vuelva a levantar la mano a Totó, ¿escuchó?

La muchacha me dirigió una mirada incrédula. Tenía en sus ojos pequeños unas cuantas lágrimas enredadas en sus pestañas y la tristeza de quien sufre por un corazón decepcionado. Ojos que no tardaron en convertirse en dos carbones encendidos de odio.

–Sí, señora. Lo que *usté* diga...

Me estremecí.

Luego de una reverencia, Rosenda dejó la habitación. Sin embargo, yo no logré despegar la mirada de la puerta cerrada. Una desagradable sensación me aplastó el pecho y sentí el miedo de quien ha cometido un daño irreparable. Después de todo, Rosenda también era una niña y solo cumplía con su deber. Si me disculpaba, quizá lograría aplacar algo de su resentimiento.

Reminiscencias de lo ocurrido con Víctor no dejaban de retumbar en mi conciencia.

–Totó, espérame un momento. Voy a hablar con Ro...

–¿Es-to es pa-ra jugar?

¡Ay, misericordia! Tanto contratiempo ya parecía obra de algún genio del mal.

Totó, con una sonrisa de oreja a oreja sobre la colcha de Víctor,

hacía de las suyas con mi vibrador. Ese que habría jurado haber escondido hábilmente debajo de la cama.

–¡No, no! ¡Eso no es un juguete! –exclamé, intentando enmendar el descuido–. ¡Es para el rostro!

–¡Para el-ros-tro!

Obediente a mis instrucciones, el niño procedió a refregar el adminículo sobre sus mofletes de una manera tan entusiasta que caí víctima de la risa más intensa. *¡Bendita sea mi compulsión por desinfectar hasta lo más íntimo!*, pensé, y un repentino pudor silenció mis labios.

¡Hasta lo más íntimo!, repetí, avergonzada.

–¡Se puso co-lo-ra-da! –acusó y entonces nos reímos los dos. Eso hasta que miré de reojo la pila de libros y pendientes que me esperaban sobre la cama.

Sin embargo, no tuve corazón para echar al niño de la pieza.

–Totó, tengo aquí un álbum de fotografías familiares. ¿Le gustaría verlo?

En mis palabras parecía haber algo de magia encerrada. El niño liberó de inmediato a Monsieur Pachyderme –ese era el nombre con el que lo había bautizado– y corrió a mi lado para deleitarse con el álbum de instantáneas que se desplegaban frente a él mientras yo escondía el vibrador debajo de un cojín.

–¿Y esta quién es?

–Esa señora rubia es mi mamá, Teresa. Este es mi papá, Ramón. Esos son mis ocho hermanos.

–¿Y cómo se llama ese?

–Javier. Uno de mis hermanos mayores.

–Es bonito... –dijo sin asomo de duda y ocultó su rubor con las manos puestas sobre las mejillas.

–Sí, lo es... –confirmé, nerviosa, y busqué otra foto–. ¿Y qué le parece esta instantánea? Soy yo cuando tenía su edad.

El niño dibujó con sus dedos las flores y postizos que decoraban mi peinado. Parecía fascinado por mi *toilette* infantil.

–¿Y e-lla? ¿Qui-én es? –preguntó, de repente–. ¿Por qué la abraza?

–Ella es Petronila, mi segunda mamá.

–¿Se-gun-da?

Totó me observaba expectante, curiosísimo por esas dos mamás que le estaba presentando.

–Así es, dos mamás –dije para luego enfrentar la instantánea de las dos mujeres. Eran literalmente como el día y la noche–. Doña Teresa me tuvo en su vientre, pero Petronila fue quien me crio y a la que hice rabiar con mis travesuras. Vaya, ¡cómo adoro a esa mujer!

Totó apuntó con su dedito el rostro redondo de la criada.

–E-lla es tu mamá de verdad, ¿ci-er-to?

Respondí con un «sí» que casi me cuesta unas lágrimas y acaricié el rostro de mi Petro deseando rescatarla del papel.

Ya debe estar de siete meses, recordé.

–Pe-pe.

–Petronila. Pe-tro-ni-la.

Mi álbum familiar, ¡mi pequeño tesoro! Antes de fugarme de la casa patriarcal, me había hecho de él intuyendo que no volvería a ver ni a mis padres ni a mis hermanos. El tiempo me había dado la razón.

–¡Petronila!

–Eso, muy bien, mi niño.

Observé a mis madres una vez más. Solo la foto de Teresa regresó a su lugar.

–Totó, a las fotos importantes hay que concederles un lugar especial en la casa para que todos las vean y sepan quiénes son valiosos para nosotros. Un día de estos nos vamos a sacar una juntos y la vamos a poner en un lindo marco –sus ojos verdes parecían entusiasmados–. ¿Qué le parece? ¿Se ha sacado alguna vez una instantánea?

–No. ¡Nunca!

–Oh, eso hay que remediarlo.

Busqué la cajita de música que me había regalado Víctor y la coloqué junto a la foto de Petronila y el álbum familiar.

–Qué lindos se ven mis tesoros.

Y, ¡cataplín!, llegó el afectuoso abrazo de Totó para dejarme tiesa como un palo. Contrario a la imagen que tenía de mi propia persona, el niño me demostró que yo era poco dada a las demostraciones de cariño. O al menos a las que se me concedían con tanta facilidad y soltura.

–¡Bueno, Totó! –exclamé correspondiendo el gesto con unas palmaditas–. Usted se queda mirando fotos y yo regreso a mis quehaceres.

Él asintió y, gozoso, volvió al álbum. Por mi parte, y después de unas cuantas cavilaciones, ordené mi maletín, pues hacía mucho que no tomaba nota de las existencias en su interior.

–Ya casi no me queda algodón fenicado, tanino, ni éter sulfúrico.

Todo indicaba una pronta visita a la droguería para el abastecimiento. Al revisar el calendario que descansaba en el velador, la suposición se volvió certeza.

–¿Es que ya estamos a veintinueve?

Según mis cálculos, Víctor y yo tendríamos nuestro periodo en los próximos días y, de solo pensarlo, mis mejillas se colorearon por efecto de una extraña mezcla de pudor y complicidad. Que mi marido me hubiera revelado tal detalle de su intimidad todavía me parecía un milagro.

–Son cosas del cuerpo... –murmuré y Totó me miró extrañado–. No hay por qué sentir vergüenza.

Y agregué a la lista de compras esa tela de vendajes que tan buenos resultados me había dado para las compresas. El cinturón para mantenerlas en su lugar, sin embargo, era un asunto muy diferente y que aún no trataba con mi esposo. *¿Le compro uno? ¿O quizá ya lo tiene?*, pensé y, nuevamente, opté por desistir. O, más bien, me rendí al optimismo de que el tiempo me revelaría el misterio. Como dicen por ahí: «Dejad que el milagro se vuelva habitual».

Revisé la hora. Sin visitas médicas ni clases en la universidad, esa tarde se convertía en un excelente momento para visitar la botica y así se lo propuse a Totó, quien, por supuesto, no puso objeción alguna. A paso ligero nos encaminamos hasta la Plaza de Armas, donde procedimos con las diligencias con tanta eficiencia, que premié a mi acompañante con un trozo de pastel y un buen vaso de leche con chocolate.

–Totó, acuérdese, los codos no se apoyan sobre la mesa. Y cuidado con comer con la boca abierta. ¡Eso, muy bien! ¡Como todo un caballero!

Pese a la retahíla de indicaciones, el niño las seguía sin chistar. Su sonrisa era incondicional, pues –y al igual que mi madre– yo no sabía hacer otra cosa que dar instrucciones para interactuar con él. En el fondo, no contaba más que con la experiencia de mi propia infancia y la de mis hermanos. Instrucciones: eso era todo lo que recibimos de nuestros padres. Pese a eso, como Totó, yo también sonreía cuando estaba con Teresa. Después de todo, tenía toda su atención solo para mí.

–Está rico, ¿verdad?

–Sí.

Teresa, la que siempre estaba triste y malhumorada. La que no se cansaba de recordarnos lo feliz que era su vida antes de ser madre. Con su ejemplo, sin saberlo, ella me había dado todos los argumentos para no tener hijos.

–Totó, los codos... Nada, olvídelo.

–Bue-no.

A falta de palabras entre los dos, me incliné por las conversaciones que abundaban a nuestro alrededor. En el salón de té no se hablaba de otra cosa que de la muerte del archiduque Francisco Fernando y yo, que apenas había leído unos cuantos titulares del triste acontecimiento, quedé hecha una experta gracias a mis compañeras de mesa, unas ancianas muy histriónicas, por lo demás.

–¡Qué infortunio la de esa pareja, Gertrudis! Fíjese que lograron ahuyentar la muerte de una bomba lanzada contra ellos solo para ser rematados a balazos por un jovenzuelo.

–Mercedes, los Habsburgos están malditos y yo me persigno ante tanto infortunio.

–Explíquese usted, amiga, que no le comprendo.

–¡Ay, querida! El archiduque Rodolfo muere de un balazo. El emperador Maximiliano es fusilado en México y ahora su sobrino, el heredero Francisco Fernando, muere en trágicas circunstancias.

–¡Virgen Santísima nos libre de tanta desgracia! Mira nada más cómo me tiemblan las manos. ¡Mesero! ¡Mesero! Tráigame un *irish coffee*, por favor.

–A mí también, joven, y con harto *irish*, de preferencia.

Motivada por los calores de la discusión, me uní al pedido de los cafés irlandeses sin evitar recordar a Eulalio y su fatídico pronóstico sobre una guerra en Europa. Si algo le ocurriese al monarca austriaco a sus años y con tanta desgracia familiar a su haber, de seguro la tragedia alcanzaría esferas globales.

–Los hechos hablarán –declaró Mercedes para darle cierre a mis cavilaciones–. Oiga, Gertrudis, ¡qué sabroso está el café!

–Es que el licor es como la zarza, amiga mía. Donde cae, brota, y ¡después no hay cómo sacarla!

Cuando las amigas se pusieron a discutir sobre los mejores trajes para ir a Viña del Mar, creí buen momento para afinar el oído en otras direcciones. Sin embargo, en la otra mesa del lado, las novedades eran aún menos auspiciosas. Un grupo de caballeros discutían sobre la crisis económica.

–¡No me diga *na'*, Martínez! Los bancos a nadie le adelantan dinero.

–De uno a otro extremo de la república, el pueblo sufre y se desespera –agregó un tal Rodríguez–. Aunque, claro, conmigo no rige la crisis. Ya estoy acostumbrado con la tirana de mi esposa.

–La crisis de Chile se debió a la baja del salitre, del cobre y del estaño, señor –exclamó el que se apellidaba Benavides.

–Pero si el Gobierno dice que pronto superaremos la crisis...

–¡No sea ingenuo, Martínez! –le contestaron al unísono.

Decidí volver al silencio de Totó. De su morral había sacado la libreta y los lápices que le había regalado para dibujar, como tantas otras veces, mujeres en vestidos vaporosos y flores, muchas flores. Los adultos que pasaban por nuestro lado se lo quedaban mirando sin decir nada. Su incomodidad, sin embargo, era obvia. La mesa no era lugar para esos juegos y menos para dibujos tan afeminados.

–Totó, no se di...

No terminé la frase. O, más bien, la reformulé.

–Totó, ¿esa soy yo?

El niño asintió.

–Y ese es usted, ¿verdad?

–S-sí...

–Pero, Totó, ¿por qué se ha dibujado con vestido?

Por respuesta, soltó una risa coqueta y unos hombros levantados, como si él mismo no tuviera clara la razón.

–¿Y esa otra niña quién es?

–Ru-ru-fina.

–¿Rufina? ¿Su amiga?... Quizá, ¿su novia?

El rostro de Totó se sonrojó, mas negó el hecho enérgicamente con la cabeza y siguió dibujando.

–Usted tiene un talento, sin duda –dije y despejé su frente de los cabellos desgarbados–. Pero ya es momento de regresar a casa.

–Sí.

Sus trazos sobre el vestido de Rufina se volvieron más enérgicos. Supuse que deseaba terminar de pintarlo antes de nuestra partida. Ese retrato también me lo regaló.

–Cu-cuídela mucho, por favor.

–¿A Rufina? Por supuesto, lo haré. Prometido.

–¡Pro-me-ti-do!

–Totó, ¿está listo? ¿Guardó sus cosas?

–Sí.

Lo miré una vez más y él me correspondió con esa sonrisa de la que nunca había nacido un «no». Fue cuando, en un rezo, le pedí a la Divina Providencia que cuidara de esa criatura de sensibilidad exquisita, así como lo había hecho con Víctor, porque yo no me sentía capaz de hacerlo.

No a costa de mi libertad.

–Vamos, Totó, vamos...

Animados estaban los comercios, teatros y paseos al son de los sueldos recién entregados, y calle Huérfanos no fue la excepción. Aperados como estábamos de bolsas, el tránsito de regreso fue tan rápido como lo permitió el gentío en el que nos habíamos sumergido. Sin embargo, el recuerdo de los pendientes que me esperaban en casa apretó mi garganta y apuró mis pasos. ¡Craso error! Unos instantes después, mis bolsas y yo volábamos por los aires producto de un tropezón. Totó, que iba muy agarrado de mi mano, se desplomó conmigo. ¡Y todo por ahorrarme unos minutos!

–Señora, ¿está bien?

Asentí mientras sucumbía a la enfermedad de la vergüenza y las enaguas a la vista.

–Señora, ¿esto es suyo?

Un caballero me ofreció su brazo para levantarme y otro me alcanzó el maletín. Totó, en su calidad de infante, se levantó del suelo con agilidad asombrosa y empezó a recoger los enseres que habían saltado de las bolsas mientras un grupo de colegialas intentaban

disimular la risa.

Con venias y disculpas, me incorporé en mi lugar.

–Gracias, gracias. Disculpe…

Totó empalideció por unos instantes. Su mirada, fija en la multitud, había quedado atrapada en uno de los rostros que nos observaban.

–El de la fo-to… –anunció con el índice.

El corazón me dio un vuelco al reconocer unos ojos claros entre los curiosos que nos rodeaban.

–¿Javier? –dije con emoción–. ¿Es usted?

En cosa de segundos perdí de vista al hombre, pero, haciendo caso omiso a mi cuerpo adolorido, me fui tras él. Totó me siguió.

–¡Hermanito! ¡Soy yo, Luisa!

Su forma de caminar, ese remolino travieso que se le formaba en la nuca. Tenía que ser Javier o su gemelo perdido, ¡no había más opción! Apuré aún más el paso, pero él me había ganado distancia y, como nunca, la gente parecía haberse puesto de acuerdo para interponerse en mi camino.

–¡Javier! –clamé, ya sin energías–. Por todos los diablos, ¡Javier Santa María!

Al escuchar mi llamado, se volteó a verme.

–¡Javier, oiga!

Sí, era mi hermano, pero él, en vez de detener su andar, lo aceleró. Unos metros después caí en cuenta de su cruel desprecio y desistí. Ahora no solo me dolía el coxis, sino también el orgullo.

–¡Ya va a ver, Javier! –vociferé en su dirección–. ¡Mi venganza será dulce!

Elegí el enojo a las lágrimas, reacia a seguir llamando la atención de la gente. Hasta ese momento guardaba la secreta esperanza de que el reencuentro con mi hermano favorito sería uno lleno de alegrías, mas me llevé solo desilusión. Extrañaba sus bromas pesadas, quería tanto preguntarle cómo estaba. Con la vista todavía puesta en el horizonte, rogué por su arrepentimiento.

En su lugar me alcanzó otra mano.

–Lu…

–No se ponga triste, Totó –dije junto con unas caricias–. Estoy bien.

El último atisbo de pena se lo llevó la dulce fragancia de un ramo de violetas que compré camino a casa, donde el niño se despidió de mí para su turno de mandados con Honorina. Finalmente, después de tanto contratiempo, regresé a mi alcoba, mi desorden, ¡mi santuario!

–Tanto por hacer.

Desparramada sobre la cama, cerré los ojos unos momentos que quizá se convirtieron en minutos. Fue cuando la maldad visitó mis

pensamientos.

–¿Dónde lo dejé? –exclamé abriendo los ojos de par en par.

El vibrador todavía yacía bajo mi almohada. Pude divisarlo desde mi trinchera. *Ha pasado tanto desde la última vez*, pensé, y me levanté de la cama para recogerlo.

El simple tacto aceleró los latidos de mi corazón delatando mis verdaderos deseos. Quería experimentar una vez más eso que mi abuela denominaba «el júbilo inmenso» y contaba los días para que fuera junto a Víctor.

Querida Luisa:

Si ha seguido con atención mis enseñanzas, de seguro habrá tenido el placer de vibrar con «el júbilo inmenso», ese grito que nace cuando se hace el amor a la propia alma y que nos brinda una alegría indecible, aunque efímera, de una estrella fugaz de la que una pareciera no saciarse nunca. Es tal el poder de «el júbilo», pues, una vez que se le conoce, no hay vuelta atrás.

Por lo mismo, y si aún no ha consumado su amor con algún varón, es muy probable que una intensa expectación la domine en lo que respecta a este clamor de placer y su primer encuentro íntimo, donde hombre y mujer se vuelven un solo ser o, como bien indiqué en el quinto capítulo de este compendio, ocurre el acto de la penetración. Sin embargo, querida mía, es mi deber advertirle –en aras de ahorrarle una desilusión –que un acto no es sinónimo ni fiel acompañante del otro y este es un hecho de lo más natural. No caiga jamás sobre usted la vergüenza de haber fracasado porque, unidas sus carnes con las de su compañero, el júbilo no la bendijo. Menos aún si su ser amado fue el que no logró blandir la espada de su hombría. Por sobre todo eso, nunca se olvide de ir tras el placer sexual.

El que usted o su varón hagan de «el júbilo inmenso» la meta de sus incursiones íntimas solo terminará complicando las cosas. Recuerde: no es el destino, sino el viaje, lo más importante. No se prive de la alegría de las caricias, juegos y palabras que irán surgiendo en la exploración de sus cuerpos. Pensar en el desenlace solo la privará del presente y es usted –mi querida nieta– un ser merecedor de toda la dicha que hay en este mundo. Dicho esto, y para dar término a este breve registro, preciso es hacerse la siguiente pregunta: «¿Qué es el sexo?». Se lo adelanto: nadie más que usted puede darle la respuesta.

Suspiré, ya de regreso a mi alcoba y la realidad que tenía enfrente. También al cachivache contenido en mis manos.

–Bueno, un poquito de malicia no me va a matar…

–¡Luisa!

Cualquier asomo de calentura se esfumó con tan solo escuchar mi nombre.

–¡Luisa Santa María Matte de Viviani!

El timbre ronco del segundo llamado confirmó que no se trataba ni de Dios ni de mi conciencia, pero, por las dudas, escondí el vibrador bajo la almohada y, presurosa, me dirigí a la ventana. Cual no sería mi sorpresa al encontrarme a la doctora y Totó mirándome desde la acera.

–Enfermera Luisa, me voy a la guerra –gritó la cirujana–. ¿Me acompaña?

–¿Cómo dice, doctora? –pregunté y de los nervios se me escapó un gallito–. ¿Es que ya comenzó la guerra en Europa?

–No, niña, esa todavía no, pero sí se lio una buena en Ahumada con esquina de Agustinas. Un incendio de los grandes. Ya se habla de varios heridos y... –entonces, levantó las manos y las dejó caer pesadas sobre sus faldas–. ¡Me cago en la leche, Luisa! ¿Me vais a acompañar o qué?

Mi corazón volvió a sus trotes saltarines.

–¡Sí! ¡Voy enseguida!

Producto de los nervios, empecé a dar vueltas en mi lugar, sin decidirme a qué hacer primero.

–¡Piensa, Luisa, piensa! –exclamé a punta de coscorrón.

Cuando por fin volví a mis cabales, corrí a enfundarme en mi uniforme de enfermera y después me fui tras mi maletín, el que provisioné con cuanta cuestión había comprado en la droguería. Anestésico, vendas, calmantes, tablillas, guantes, hilo, desinfectantes, tijeras... ¡poco faltó para que echara a Monsieur Pachyderme!

Hechos los preparativos y con las manos juntas, procedí a evocar protección para los pocos segundos que me quedaban libres.

–Querida Florence, le prometo que haré cuanto esté en mi poder para elevar el buen nombre de las enfermeras.

Una profunda bocanada de aire anticipó mis próximos pasos. Era la calma antes de la tormenta.

–¡Estoy lista!

Bajé las escaleras con la gracia de un atleta mientras vociferaba las instrucciones para las criadas, que ya me hacían guardia en el primer piso.

–Rosenda, si llega el patrón, lo pone al tanto de todo. Cuéntele que voy acompañada de la doctora Honorina, para que no se preocupe.

–¡Sí, señora! –exclamó la chica, esquivando mi mirada.

–Carmela, no se olvide de pagarle la leña a don Carlos y de darle una buena merienda a Totó antes de su regreso al hogar de niños.

–Como ordene, doña Luisa.

El aludido, que también se encontraba en la entrada, me dedicó un tremendo puchero.

–Un incendio no es lugar para un niño –dije con firmeza–. Usted

quédese aquí y ayude a Carmela en lo que necesite. –Y luego le di un beso en la frente, todavía no sé por qué–. Pórtese bien, ¿sí?

Al vernos, Rosenda hizo una mueca, pero no dijo nada.

El coche partió a toda velocidad y en los pocos minutos que duró el trayecto, las mujeres hicimos repaso de los procedimientos para atender quemaduras y huesos rotos. Nuestra misión: estabilizar a los pacientes a la espera de ambulancias que los llevaran al hospital.

Cuando pasábamos por el nuevo Palacio de los Tribunales, doña Honorina dijo:

–¿Primera vez en un incendio, Luisa?

–Sí, señora.

–Y se ha *enterao* del asesinato del archiduque, ¿verdad?

–Sí, ¡qué tragedia!

Era Honorina una mujer de viril inteligencia, elevado criterio y de un humor negrísimo.

–¡Disfrute mientras pueda, Luisa! El mundo va a ser otro después de la guerra –entonces se detuvo el automóvil–. Venga, que parece que ya llegamos.

–Doctora, no es menester exagerar…

Asomé la cabeza por la ventanilla y enmudecí en el acto, muy por el contrario de mi compañera:

–¡Me cago en Dios y en todos sus santos!

Frente a nosotras, un edificio de tres pisos era consumido por una hoguera tan intensa que iluminaba nuestros rostros con sus llamaradas. La joyería Lewin, el hotel Ambos Mundos, la mercería Montero. Los negocios del primer piso ardían casi por completo amenazando la vida de los moradores de los pisos superiores. Lenguas de fuego que devoraban las vitrinas, ¡la voz de alarma que cundía entre los presentes! Todo era humo, gritos y desgracia. Nada más poner un pie sobre la fachada, llegó la cruel bienvenida.

–¡Oh, no! –gritó alguien–. ¡Allá arriba!

Los presentes dirigimos la mirada hacia los balcones del tercer piso, donde una mujer asomaba el cuerpo escapando de las llamaradas que la perseguían.

–Luisa, atenta… –susurró Honorina a mi oído–. Esa muchacha se va a tirar.

–¡¿Qué?!

Entonces sentí el crujido de sus huesos contra el piso. Ese sonido que jamás olvidaré.

–¡Luisa!

Un escalofrío me recorrió robándome las fuerzas. Sintiéndome cada vez más helada, lenta, como si de repente estuviera atrapada por un sueño, la voz de Honorina se percibía extraña, distante y…

–Muévase, Luisa, ¡muévase!

De una pura bofetada me hicieron entrar en razón.

–¿Luisa?

–¡Sí, doctora! ¡Voy!

Corrimos a prestar auxilio a la joven que yacía en el piso para llevarla a una zona segura. Entre las heridas que afectaban su disminuido cuerpo, destacaba el hueso de su pierna izquierda, totalmente expuesto y fragmentado en varios pedazos, proporcionando una imagen horrible. Miré a mi alrededor buscando con qué entablillar la zona, pero la doctora me detuvo.

–Luisa, usted no está pensando bien. Primero lo primero…

Asentí y me arrodillé próxima a la cabeza de la víctima. En un movimiento suave, apliqué el oído al corazón para confirmar que la mujer todavía estaba dentro del ritmo de la vida, lo que así fue, para mi alivio. Luego, tomé su rostro entre mis manos y me cercioré de que las vías respiratorias estuvieran despejadas y que no hubiera hemorragias en la nariz ni en la nuca.

–Pulso débil pero estable. Su respiración no revela contusiones en pulmones.

Luego, hice una inspección general de la mujer.

–Herida cortante en la ingle. Sangrado abundante.

Con la ayuda de dos compresas, logré detener la hemorragia, pero todavía estaba la fractura doble para la tibia y el peroné. Agradecí en el alma que la chica estuviera inconsciente para evitarle el dolor de dicha herida.

–Este cartón servirá para inmovilizar el miembro… –murmuré para darme aliento–. Pero, antes, un poco de tintura de yodo y agua para desinfectar la zona.

Un grito desgarrador detuvo el procedimiento, ¡mi paciente se había despertado!

–¡Mi pierna! ¡Mi pierna! –gritó.

La obligué a mirarme a los ojos, así como la doctora lo había hecho conmigo.

–¿Cómo se llama?

–¡Angélica! Angélica Torres… ¡Dios mío, mi pierna!

–Angélica, tranquila. Su pierna va a estar bien –y procedí a hacer la inmovilización lo más rápido que me permitieron las manos–. Ahora la doctora y yo vamos a buscar a un camillero para que la lleven a un hospital, ¿cierto, doctora?

Mis palabras quedaron flotando en el aire.

–¿Doctora…?

Por fortuna, llegaron a nuestro auxilio dos bomberos y, después de unos cuantos procedimientos, pudimos trasladar a la herida hasta una ambulancia. Pero, contrario a mis planes, me había quedado sola y eso solo podía significar una cosa: me había demorado demasiado en el

procedimiento.

–¡Rayos! –mascullé, frustrada.

Sin embargo, intenté mantener la sangre fría. También la valentía y el oído fino propio de toda enfermera que precie de tal. Así, con el maletín bien agarrado y un paño sobre la boca, me interné en el caos que rodeaba al edificio en llamas en busca de sus víctimas. Los lamentos de quienes no lograban encontrar a sus seres queridos me perseguían como fantasmas.

–Todo comenzó con una explosión en la mercería.

–Las escaleras quedaban en ese sector, ¡por eso nadie ha podido escapar!

Entonces, a unos metros de mí, volví a experimentar ese horrible sonido. Un grito y luego el crujido de los huesos. Frente a mí, una anciana yacía reventada en el piso.

Corrí hacia ella, mas el golpe había sido demasiado para su frágil cuerpecito. Evidenciada la muerte, cerré sus ojos y cargándola sobre mis brazos la trasladé hacia la pila de muertos que descansaban en un extremo de la vereda.

Mis manos temblaban de pena, pero, cerradas en un puño, vibraban por efecto de la más pura impotencia. Al ser sus viviendas de madera, los moradores del último piso estaban destinados a morir.

–No te rindas… –balbuceé.

La ayuda médica ya estaba llegando, pero se hacía escasa entre tantos damnificados. Siguiendo el llanto de unos niños, llegué a un grupo que sufría de quemaduras en distintos grados y a todos ellos los atendí haciendo milagros con los recursos con que contaba. Agua con jabón, antiséptico absorbente, gasa y un poquito de morfina para las heridas más graves. Aceite de carrón para las de segundo grado, junto con muchas promesas de que todo iba a estar bien…

–¡Enfermera! ¡Por acá, por favor!

Desinfectar, coser, entablillar. Iba a donde me necesitaran, pero los llantos no parecían acabarse nunca. Y la doctora Honorina, ¡que no estaba por ninguna parte! Suturé con hilo de plata, siempre cuidando de desembarazar las heridas de coágulos y cuerpos extraños. Más agua desinfectada, más morfina y palabras de aliento, entre recuerdos y reflexiones de una Luisa desesperada por trabajar.

Necesito estar preparada por si la vocación me llama a servir en tierras extranjeras. En un campo de batalla poco le va a importar al herido si quien lo opera es un doctor o una enfermera cuando la vida peligra. Doctora García, ¡instrúyame, por favor!

Luchando contra la muerte, mis palabras regresaban marchitas por la superficialidad. ¡Con qué ligereza había comparado mi quehacer con el de un cirujano! Reanimar y contener… eso era lo único que yo

podía hacer por los heridos de gravedad. Su destino dependía de otras manos, ¡mis conocimientos no daban para más!

–¡Enfermera! ¡Enfermera!

Antes de partir al siguiente, toqué mi prendedor para darme fuerzas.

–¡Voy!

Mas cuando me dirigía al frontis del edificio, incrédula por lo que mis ojos me mostraban, detuve mis pasos. A lo lejos, perdido en la multitud, estaba mi esposo.

–¡Víctor! –grité, pero mi voz se perdió en el bullicio–. ¡Víctor!

Fui abriéndome paso entre la gente sin perder de vista su rostro, demacrado por el desaliento. Mientras más me acercaba a él, más sobrecogida quedaba, pues estaba pálido y en sus ojos hundidos se asomaban unas lágrimas por el edificio que desaparecía frente a él. La gente corría a su alrededor, pasándolo a llevar, mas él no se movía. ¡Ay, cómo sufría mi esposo! Era su semblante el de quien había perdido toda esperanza.

Liberada del paño que cubría mi rostro, me coloqué frente a él.

–¡Víctor! ¿Qué hace usted aquí?

Fue lo único que alcancé a decir. Quedé atrapada en su abrazo angustioso y no pude más que corresponder su sentir con la fuerza de mis manos, que se aferraron a su espalda para decirle cuánto lo quería.

Entonces escuché que me dijo:

–Luisa, mi amor, creí que te había perdido…

Y las lágrimas volvieron a caer sobre sus mejillas.

–¡No, Víctor! –y tomé su rostro entre mis manos–. Hoy no será el día en que conoceré la muerte, y usted tampoco. No sufra más, se lo ruego, y ayúdeme. Hay tantos que necesitan de nuestra atención.

Él asintió y en un gesto pudoroso se limpió las lágrimas. Me pareció ver brillar en sus ojos una luz dorada semejante a la esperanza.

–¡Vamos! –exclamé, mientras estrechaba su mano–. ¡Nos necesitan!

Regresé al llamado que había dejado desatendido unos minutos antes. Producto del derrumbe de unos escombros, un hombre había sufrido de una contusión en la cabeza y quemaduras en el brazo derecho.

–Enfermera, ayúdenos, por favor… –imploró una mujer aferrándose a mis faldas–. Mi marido se muere…

Hice un rápido diagnóstico de su estado. Sus heridas parecían de mediana gravedad, no así la tuberculosis, que lo aquejaba con una tos furiosa. Al volver mi vista al maletín, Víctor me miraba expectante por mis órdenes.

–Luisa, dígame, ¿qué necesita? ¿Cómo puedo ayudarla?

Era verdad. Ya no estaba sola.

–Víctor, principiemos por la herida de la cabeza –indiqué, junto con facilitarle un paño para cubrir su nariz y boca–. Por favor, ayúdeme a sostener al paciente mientras limpio la herida.

Y, en medio del caos, volvimos a ser el equipo.

–Pinzas…

–¡Sí!

–Desinfectante. Es ese frasco azul…

–Aquí tiene, Luisa.

Pero a diferencia de nuestras experiencias pasadas, en esta ocasión era yo quien dirigía la situación tanto en conocimientos como en destreza. Mis manos se movían rápidas, libre ya mi conciencia de absurdas reflexiones sobre la opinión ajena y lo que podría salir mal. Víctor, atento, confiaba plenamente en mí y ejecutaba mis instrucciones con diligencia. Haciéndoles frente a las duras fatigas de la tragedia, casi no había tiempo para palabras, pero nuestras miradas rebosaban de la más pura conexión.

Juntos atendimos al menos a siete personas y salvamos a dos de las garras de la muerte. Sin embargo, una angustia no dejaba de oprimirme el pecho. Hacía mucho que no sabía de Honorina y mi preocupación terminó transformándose en reclamos que llegaron a oídos de mi marido.

–No se preocupe, Luisa –dijo, muy a mi pesar–. Recuerdo muy bien sus rasgos. Yo iré por ella.

Insistí en que fuéramos juntos, pero él se rehusó.

–Usted es más útil aquí, mi amor.

No me quedó más remedio que asentir, pues todavía había dos mujeres a las que socorrer. Imagino que mi rostro conflictuado lo inspiró a decirme, antes de partir:

–Hoy no conoceré la muerte y usted tampoco.

Su despedida me hizo sonreír, divertida.

–Guarda razón, Víctor. Aquí estaré esperándolo.

Sin embargo, los minutos más angustiosos de mi vida comenzaron desde su partida. Y, queriendo espantar los miedos, me volqué como nunca al cuidado de las mujeres y sus dolencias mientras los bomberos, activos y enérgicos, batallaban contra el voraz incendio.

Ayudar. Eso era lo único que podía hacer.

–Señorita, tranquila, todo indica que la herida de su mano es de carácter venoso.

Y dar explicaciones que nadie me había pedido para así poder aplastar el miedo que invadía mi conciencia.

–La sangre es de un color oscuro y fluye sin intermitencias, lo que es muy bueno porque…

En mi fuero interno no hacía otra cosa que rezar: *¡Ay, Divina*

Providencia! ¡No me deje sin doctor otra vez! ¡Y menos viuda!

–Porque de ser una herida arterial, la sangre sería muy roja ¡y saldría a borbotones! Oh, dispénseme, señorita. No era mi intención asustarla con tanto detalle…

Para detener la hemorragia y conceder su pronto alivio: maniobras de posición, compresión y estípticos. Para el alma, un padrenuestro, que nunca falla.

Y esperar.

–¡Enfermera Luisa!

Reconocí la voz en el acto.

–¡Doctora Honorina!

–¡Quédese ahí y siga comprimiendo!

–¡Sí, señora!

Se me llenaron los ojos de lágrimas producto del reencuentro, pero, obediente a mi superiora, terminé el procedimiento. *¡Mi Víctor está a salvo!*, pensé, y volví la vista al frente. Tras la doctora, su mano se alzaba para saludarme.

–Enfermera Luisa, ¿a qué cree? –dijo Honorina, tapando todo mi campo visual –. ¡Su marido me salvó la vida!

–¿Cómo dice, doctora?

La confesión me hizo reparar por primera vez en las condiciones en que se encontraban los recién llegados. En sus rostros ennegrecidos por la ceniza apenas resplandecía el blanco de sus ojos y dientes, y de su ropa no se distinguía detalle alguno. Se me vino a la mente la popular Pascua de los negros, pero no emití comentario alguno. Bueno, quizá una risita ahogada.

–No es nada, señora Honorina… –acotó Víctor.

–¿Nada, dice? ¡Me cago en Dios! –apuntó la mujer casi en un grito–. Id con ese cuento a la pared que casi se me viene encima. –La mujer se sacudió los vestidos, pero la ceniza que soltaba parecía no acabarse nunca–. Víctor, os debo un favor de los gordos y Honorina de la Cruz siempre cumple sus promesas.

Víctor asintió a modo de agradecimiento. En su deseo de asistirla, sacó su pañuelo de seda y se lo ofreció.

–Doctora, por favor, tome.

Pero el pedazo de tela estaba tan negro como los vestidos de la mujer. Gracias a ese acierto, nos dimos permiso para soltar una carcajada por primera vez en esa tarde siniestra.

–Suficiente, cebollinos –dijo Honorina–. Venga, ayudadme con más pacientes.

Seguimos atendiendo gente por dos horas más bajo la tutela de la doctora. Admirables fueron su fuerza de alma y su sensibilidad inalterable hasta para los contratiempos más inesperados.

Cuando regresamos a casa, el cielo ya se teñía de púrpura

esperando el anochecer y un soplo helado se colaba entre los árboles. Estábamos tan sucios que Rosenda, que hacía guardia en la puerta, no nos reconoció.

–¿Es que no me va a abrir la puerta, Rosenda?

–¡Don Víctor! ¡Pero si es usted!

Le aseguramos a la joven que no habíamos sufrido herida alguna, aunque no logramos convencerla del todo. Era nuestra *toilette* digna de un deshollinador, con los rostros y atuendos tan cubiertos de ceniza que apenas dejaba ver a los humanos que había bajo ellos.

–Don Víctor, ¿por qué usted viene tan contento?

La pregunta de Rosenda me obligó a abrir los ojos, que ya se cerraban por el cansancio, y observé a mi marido, intrigada por el contraste que hacía conmigo. Todo asomo de somnolencia se esfumó al escucharlo decir:

–¡No sabe lo orgulloso que estoy de mi esposa!

Perpleja por el halago, solo atiné a despedirme.

–Sí, pues, ¡qué tarde es! Buenas noches, Rosenda. ¡Hasta mañana!

Nos encaminamos por las escaleras sin dejar de reír como niños frente a esos pequeños escalones que amenazaban con hacernos caer. Subimos rápido al piso superior, deseosos de un momento a solas. Tras cerrar la puerta de la alcoba, un beso largo y engolosinado nació entre nosotros.

Todavía nos esperaba un largo ritual de limpieza, pero ¡qué más daba! Sedienta de su amor y su mirada, jalé de su mano para sentarnos a la orilla de la cama y seguí bebiendo de los besos que me ofrecía tan generosamente. Al contemplarlo, no sé qué ardiente sensación me invadía y, no pudiendo soportar el brillo de su mirada, terminaba bajando la vista por unos instantes. En sus ojos claros, estaba segura, también se incendiaban pecados y picardías.

Besos que parecían durar una eternidad, como atraídos por una fuerza invisible. Besos envueltos en una fragancia de violetas. Un instante de placer, de esos que no abundaban en la vida, llegaba lamentablemente a su fin.

–¿Qué hace eso aquí?

Me giré al frente para dilucidar a qué se refería mi marido.

–¡Ay, no!

Creí morir a causa de mis malditas ideas.

Frente a nosotros, como un altar, la foto de la familia Carvajal-Viviani se lucía rodeada de las flores que había comprado en mi salida con Totó.

A las fotos importantes hay que concederles un lugar especial en la casa para que todos las vean y sepan quiénes son importantes para nosotros.

Mis ojos se pusieron llorosos por la felicidad que estaba por perder.

–Víctor, mi amor... –supliqué–. Le pido mil perdones por esta foto. Se la pedí a Eulalio a sabiendas de que a usted no le gustaba, pero... pero... deseaba tanto saber de su pasado y esa familia que no tuve oportunidad de conocer. No pretendí hacerle mal.

Bajé el rostro, derrotada.

–Y le dije a Totó que las fotos importantes debían tener un lugar importante para que todos pudieran verlas. Seguramente encontró ese retrato entre mis cosas y...

–¿Totó ha estado entrando a nuestra pieza?

Quiso la mala suerte que todas mis faltas llegaran juntas.

–Pues, sí...

–Ay, Luisa...

Escuchar mi nombre acompañado de un suspiro no podía ser más que un pésimo augurio. Mi anillo de clementinas casi desaparecía entre mis manos, encrespadas por los nervios. Juntas, tan juntas, para no sentirme tan sola.

–Esa foto fue tomada el 16 de diciembre de 1907. Para mi cumpleaños y el de Víctor.

La voz de mi esposo me trajo de vuelta. Eso y su mano estrechando con fuerza las mías para salvarlas de su agonía.

–Me parece estar escuchando a mi *babbo* diciéndole a mi madre: «¿Cumplir dieciséis en un día dieciséis no es motivo de celebración, Clarita?». Y es que, en la pampa, sacarse una foto era carísimo.

Un instante de complicidad atrajo nuestras miradas. Él parecía tan conmovido como yo y, con un gesto dulce, se llevó una de mis manos a sus labios para besarla con cariño. Después regresó la vista al retrato y dijo:

–*Babbo, mamma,* Víctor... Les presento a Luisa Santa María Matte...

Vibró mi corazón al escucharlo.

–Mi querida esposa.

Con la mirada húmeda por la emoción, me incliné en una profunda reverencia para ellos. Mi voz tembló al poder decir lo que muchas veces creí parte de un sueño.

–Es un honor poder conocerlos.

El patriarca, de pie tras su esposa Clara, parecía sonreírme. Quise creer que lo hacía para bendecir nuestra unión y juntos dedicamos un rezo por el descanso de sus almas. El retrato iluminado por el suave resplandor de las lámparas tomaba posesión del lugar que por fin le correspondía.

–*È bellissima, vero?* Por favor, *mamma*, dígaselo usted porque a mí no me cree...

–¡Ay, Víctor!

–*Mamma*, ¿ve a lo que me refiero?

Era la primera vez que mi esposo hacía referencia a su vida pasada, y lo hacía con una risa clara como la de un niño. Luego, con el índice apuntando a la muchacha, que nos devolvía una mirada seria, dijo:

–Mi hermano tenía razón: ¡salí feísima en la foto!

Escuchar el tratamiento femenino del adjetivo me sorprendió, pero no dije nada, y observé a Luisa. Siempre que miraba el retrato, me costaba reconocer a Víctor en ella. Estaba delgadísima y su pelo se mostraba más bien oscuro, al punto de creer que realmente se trataba de otra persona.

–¿Me creería si le digo que estaba usando una peluca?

–¿Una peluca? –pregunté, asombrada–. Pero ¿por qué?

Él soltó mi mano por unos momentos y, reclinándose levemente sobre su espalda, buscó sus memorias en lo alto.

–Porque en un arrebato vendí mi cabello a un mercachifle. Odiaba mi pelo largo y mis padres me odiaron al verme así, por lo que me obligaron a usar sombreros y pelucas que disimularan un poco menos mi… –calló, de repente, y me contempló triste–. En fin, para que volviera a ser la misma de siempre.

El cansancio y las memorias fueron pesando sobre mi marido. Luego de un último vistazo a la foto, Víctor se giró en su lugar para recostarse sobre la cama, y yo seguí su ejemplo. La tenue luz de la habitación hacía de nuestros ojos unos luceros que titilaban por las emociones.

–¿Sabe, Luisa? Me consuela saber que mi *babbo* murió sin saber que su hija quería ser hombre.

Acaricié la mejilla de mi esposo, dulcemente. No había palabra mía que fuera consuelo suficiente para su dolor.

–La última vez que nos vimos, él pensó que yo era Víctor por las ropas que estaba usando. Tampoco sabía que me fugaría ese día para comenzar una vida nueva con Eulalio y, tal como ocurrió en el incendio, todo era caos a nuestro alrededor. El ejército disparaba contra los obreros que nos encontrábamos protestando en la escuela y yo, como Víctor, le prometí que iría por mi hermana y regresaría a su lado. Eso fue lo último que le dije. Unos segundos después, una bala le atravesó los sesos.

Las lágrimas comenzaron a caer sobre sus mejillas cubiertas de ceniza y cada una de ellas se clavó directamente en mi corazón.

–Mi *babbo* no sintió dolor –dijo y, presuroso, apagó su llanto en las mangas de su chaqueta–. Murió sin saber de mi mentira…

Entendí que no quería llorar delante mío, así que lo rodeé con mis brazos para que pudiera mitigar su profunda pena en mi pecho.

–Mi querida Luisa… –un hondo suspiro lo estremeció–. Hoy en el incendio también creí que te había perdido para siempre.

Mis besos descansaron sobre su cabello. Mis brazos lo estrecharon con fuerza. Quería que sintiera cuánto lo amaba y que nunca me arrepentiría de haberle entregado mi corazón.

–Lo lamento mucho, Víctor. No puedo morir. Todavía tengo mucho que hacer.

Lo sentí respirar suavemente. Acaso una risa ligera se escapaba de su boca.

–Me parece bien –lo escuché decir.

–Usted tampoco se muera –insistí–. No antes de los cien años. Prométalo.

–Prometido.

Y lo abracé así, con su hermosura, con su mundo de tristezas y esperanzas, rogando para que en el sueño que lo alcanzaba pudiera recordar que esta vida no era más que un corto viaje hacia la verdadera felicidad.

Luisa

Santiago, 29 de julio de 1914

Querido y admirado Eulalio:
Le escribo estos párrafos parapetada en nuestra mesita del café Santos. El recuerdo que guardo de usted me ha traído hasta acá y le confieso que –¡adorable ilusión!– lo busco en cada rostro que un dulce tintineo anuncia en su llegada al local. Como nunca, me invade una inmensa nostalgia de su risa fresca y ese reconfortante optimismo con los que se apoderaban del mundo, así que lo he invocado con un buen café y una copita de oporto para combatir el frío y, por qué no decirlo, quitarles gravedad a los asuntos mundanos.

–*Mens sana in corpore sano!* –brindé en su honor.

Eulalio, ¡viejo zorro!, su última carta desde Italia nos ha concedido gran alivio frente a los pronósticos espeluznantes que nos llegan y que se multiplican en los convites y tertulias nacionales. Ya lo podrá imaginar, los chilenos nos hemos convertido en expertos estrategas de cuanta maniobra militar se desarrolla en el continente europeo y, en sus pronósticos, la gente no deja de sembrar la semilla del miedo sobre la guerra entre Austria-Hungría y Serbia, conflicto que usted supo muy bien anticipar. Sin embargo, querido amigo, le ruego no extienda su viaje más de lo necesario. Mucho me alegro de su encuentro con la bailarina Ana Pavlova y de ese maravilloso queso parmigiano-reggiano que pudo degustar en Milán, pero es menester no tentar la suerte. Sepa usted que su sobrino-hijo y yo lo extrañamos con locura y agradecemos a la Divina Providencia que Italia se haya declarado neutral al conflicto y, como dice usted, «que los tallarines han resultado ser las únicas víctimas en el asunto».

–Señora Luisa, ¿me permite encender su cigarrillo?
–Gracias, joven. Muy amable de su parte.
–¿Quisiera otro cappuccino?
–¡Oh! Ahora que lo menciona, sí, me apetecería muchísimo.

El joven mesero me sonrió antes de ir por mi pedido. No tardé en escucharlo gritar en dirección a la barra: «Carlos, ¡otro café para la doctora!».

Para pasar a asuntos más alegres, quisiera comentarle que el retrato familiar de los Carvajal-Viviani ahora se exhibe enmarcado en el vestíbulo, siempre acompañado de unas hermosas flores que Víctor se preocupa de cambiar cada semana. Sí, tal como lee, amigo mío. Poco a poco, Víctor y yo volvemos a buscarnos con una mirada cómplice y, como esos capullos de rosas que acompañan el retrato, yo también florezco con los fragmentos de ese pasado que él me confía como el más sagrado de los tesoros. Anécdotas que nacen en los momentos más inesperados, ¡alegrías y penas que siento como si fueran mías! Me parece estar junto a él haciendo fila para entrar en la pulpería o sumergida en los quehaceres de la fonda bajo el sol abrasador de la pampa, con la vista siempre puesta en dirección a Santiago, tierra prometida, donde su hermano experimentaba la vida que a él le está vedada por haber nacido mujer. Soy apenas un fantasma, invisible espectador de sus recuerdos, pero, aún así, en mis ensueños me aferro a su mano de quinceañero y me empeño en decirle: «¡Usted también podrá cumplir su sueño!».

Anécdotas, refrescantes como gotas de rocío, que espero algún día me hablen del viaje que ustedes hicieron a Valparaíso. Tengo la certeza de que cuando eso ocurra, una gran sonrisa acompañará el relato de mi esposo y quiera Dios que usted esté también presente para ese momento.

Hice una pausa.

La imagen chispeante de Totó desfilaba por el lienzo de mi memoria y la pluma vaciló entre mis dedos, sin decidirse a convertirlo en unas cuántas líneas para Eulalio. *Él, mejor que nadie, sabría comprender a un chico tan especial*, pensé, y un punto de tinta se marcó en el papel. Sin embargo, una extraña inquietud me acechaba. *Es probable que Eulalio ni siquiera se acuerde de él*, precisé antes de ahogar unos cuantos suspiros en un sorbo de café. *Viejo zorro, ¡el niño de seguro te robaría el corazón! Se parece a Víctor en tantos sentidos.* Otra línea desechada en mi mente, y así sucesivamente. En la espera, Totó y su vestido improvisado con mantas se fue esfumando hasta desaparecer como otros tantos pensamientos. Bailaba al son de la cajita de música con *Mi querida Clementina*.

Era una verdad innegable: me resistía a poner su nombre en el papel.

Un día, después de mucha insistencia de mi parte, Víctor por fin había admitido que quería formar una familia conmigo. La confesión en sí ni siquiera me sorprendió, pero escucharlo de sus labios lo convirtió en algo real por primera vez. «Jamás a costa de su felicidad, Luisa», insistió una y otra vez hasta que volví a sonreír. Sin embargo, el miedo no me abandonó.

Me resistía a ser madre incluso de un niño tan adorable como Totó. Yo quería ser, ante todo, una mujer libre.

La ayudantía con la doctora García va viento en popa y junto a ella he aprendido lo indecible en materias de anatomía. Admiro su carácter levantisco y su mente dotada con nobles prendas de inteligencia hasta el punto de resentir mi condición de enfermera y las malas decisiones que adopté en la juventud. Si tan solo hubiera aprobado la prueba de bachillerato al finalizar mi educación escolar, ya me estaría graduando en Medicina, ¿se da cuenta, Eulalio?

Lo sé, de nada sirven los arrepentimientos, pero aquí estoy, suspirando por ellos.

Al equipo de la doctora Honorina se ha sumado otra mujer brillante, ¡una verdadera artista! Su nombre es Camila Huerta. Ella fabrica prótesis para los pacientes discapacitados –piernas, brazos y narices, ¡lo que haga falta!– y su trabajo es tan exquisito que usted dudaría sobre qué es real y qué no.

En comparación con ellas, el resto de las mujeres me parecen superficiales y sin mayores ambiciones que ser invitadas a las recepciones de Sara del Campo de Montt o los conciertos de beneficencia de Teresa Cazotte de Concha.

Detuve la pluma. *¿No era yo la que hace unos meses gimoteaba por no haber sido invitada al matrimonio de la hija Concha Cazotte?*, recordé, no sin cierto pudor.

–¡Ah! Pero eso era antes... –murmuré, orgullosa, y el anillo de clementinas pareció darme su venia con un ligero resplandor–. Aspiraciones tan banales ya no me identi...

Callé de súbito, avergonzada por haber sido sorprendida en mis balbuceos solitarios. Desde una mesa cercana, me observaban y confirmarlo fue mi perdición. El cruce de miradas con mi espía fue tan evidente que ya no pude hacerme la desentendida.

–Luisa, ¡Luisa Clementina Santa María Matte! –no tardé en escuchar.

–¡Ah! Pero si es usted, Sofía Aristizábal. ¡Buenos días!

Luego de unas breves disculpas a sus acompañantes, la elegante joven se aproximó a mi mesa con desplante coquetón. Estaba incluso más linda que la última vez que nos habíamos visto.

–Luisa querida, perdone que no la haya saludado antes. Parecía tan concentrada en su escritura que no quise interrumpirla –entonces observó la silla vacía que tenía enfrente–. ¿Me permite sentarme unos momentos? ¿Antes de que llegue su acompañante?

Asentí con una sonrisa que se debatió entre el cansancio y la resignación, pues podía sentir cómo iban aflorando en su presencia las viejas costumbres de mi vida pasada.

–¡Para nada, Sofía! Adelante, tome asiento, por favor. No espero a nadie.

–¿De verdad? ¿Y no le incomoda que la vean así?

–¿Así cómo?

–Pues, tan sola…

Tragué saliva. ¡Con qué curiosidad me observaba esa mujer!

–Sí, un poco–admití–. Pero escribir acompañada de un buen café bien vale un par de caras largas, ¿no lo cree?

Ella me sonrió y tomó asiento, con el sentimiento de asombro intacto en sus facciones. Acto seguido, sus ojos oscuros se alzaron hasta mi sombrerito de paja morada, desde donde se lanzaron en picada a inspeccionar lo que la mesa dejaba ver de mi atuendo. Producto de las nerviosidades, no demoré en rascarme la cabeza y buscar manchas sobre la tela inspeccionada. Sofía, a diferencia mía, lucía un impecable trajecito de paseo matutino confeccionado con lana broché.

–Luisa, ¡cómo adoro sus *toilettes* tan vanguardistas! –expresó para mi asombro–. ¿Quién diría que los bolsillos volverían a estar de moda como los que llevan los hombres en los pantalones? Se le ven muy lindos en su falda y, además –luego se inclinó hacia mí para soltarme en un murmullo–, le dan a usted un toque feminista muy inglés.

En honor a la verdad, creí que la joven me estaba embromando. Sin embargo, en su comentario no había pizca de sarcasmo y, para dar fe de ello, me sonrió con aún más ímpetu. Agradecí el halago, que Sofía correspondió con un ligero ademán antes de seguir desarrollando algunos tópicos tan clásicos de nuestros círculos sociales.

Mis músculos se contrajeron un poco. Lo que dijera a continuación bien podría mutar en chismes de corrillo, como todo lo que pasaba por los oídos y bocas de señoras de su condición.

–Luisa, déjeme decirle que la admiro muchísimo.

La repentina confesión de Sofía anuló, de golpe, mis prejuicios.

–¿Es verdad que usted asiste a la connotada doctora Honorina García Villarán? –preguntó poco después.

–Pues sí, así es…

Entonces la joven tomó mis manos y las estrechó con fuerza. En el fondo de sus pupilas hondísimas vibraban con intensidad la admiración y el respeto.

–¡Oh, querida! –exclamó emocionada–. Dígame, por favor, ¿de dónde saca esa voluntad de hierro? ¿Esa fuerza para abrirse camino en un mundo como este? Recuerdo muy bien que trabajar para un cirujano era su meta y así lo ha cumplido. Lo comentó en la cena celebrada en su hogar no hace mucho.

Asentí, pero no pude hilvanar respuesta. Para lo único que me había preparado era para defenderme.

–¿Que de dónde saco? –murmuré–. Pues, supongo que viene de mis deseos de aprender, superarme, no sé…

Sofía, sin embargo, no daba cuenta de mi torpeza. Sus ojos parecían observarme con un halo de inteligencia que magnificaba todo lo que yo decía.

–Luisa, le confieso que desde hace un tiempo ronda en mi cabeza el deseo de ser sufragista –expresó con cierto nerviosismo–, pero me paralizo de solo pensar en la reacción de mi madre. Usted, que ya la conoció, podrá hacerse la idea de por qué.

Asentí.

–¡Esas pobres sufragistas son una especie de sexo aparte! –Sofía imitaba el tono de su progenitora y lo hacía con gran exactitud–. ¡Creen que con destruir lo bello lograrán triunfar con sus ideas descabelladas!

Solté una carcajada de complicidad con mi acompañante, que, casi en un susurro, me confesó:

–Una vez soñé con ser ingeniero… ¿se imagina?

–Pero, Sofía, tal vez todavía tenga oportunidad de serlo.

Ella bajó la mirada por unos segundos, abatida por los pensamientos que parecían visitarla en esos momentos.

–No, Luisa… –susurró, meneando la cabeza–. Ya es tarde para mí.

No dije nada, ¡no tenía derecho a hacerlo! En silencio contemplé mis propios pesares reflejándose sobre el espejo de su alma.

–Luisa, ha sido un placer conversar con usted.

–¡Oh! Sí, lo mismo digo, Sofía.

Al parecer habíamos hablado más de la cuenta. De la mesa donde se encontraban sus amistades hace rato hacían señas para que la muchacha volviera a su puesto.

–Vaya, casi lo olvido –agregó, ya de pie frente a mí–. Muchas felicitaciones por la boda de su hermano Javier.

–¿Javier?

A mi cerebro le tomó unos cuantos segundos procesar la buena nueva.

–¡Ah, sí! ¡Muchas gracias, querida! –dije en un improvisado discurso–. ¡Este Javier! ¿Quién se hubiera imaginado que encontraría mujer para casarse? Él, eterno gozador de los placeres de la juventud.

–Guarda razón y más aún con la estricta de Etelvina Larraín.

Asentí mientras el recuerdo de Etelvina iba tomando forma con su piel sonrosada y cabello rubio a punto de alcanzar el blanco. Una mujer pequeña, rechoncha, en extremo seria y única heredera del negocio de viñas de sus padres… que nada tenía de la joven morena que mi hermano besaba a la salida de la Confitería Torres.

Matrimonio arreglado, concluí, no sin cierto pesar.

–Con su permiso, Luisa. Por favor, salude a Víctor de mi parte.

–Adelante, querida. Ha sido un gusto hablar con usted. Dele mis afectuosos saludos a su madre.

Sofía volvió a su mesa y yo a mi carta. Esa que decía:

El resto de las mujeres me parecen superficiales y sin mayores ambiciones...

De repente, una roja vergüenza cubrió mis mejillas.

Si no hubiera sido por Víctor..., me obligué a recordar, mientras contemplaba los rostros femeninos que visitaban el café. Uno de ellos tenía ojos celestes, grandes y saltones. «¡Ridícula!» me pareció escucharlos decir al encontrarse nuestras miradas.

***

Santiago, 2 de agosto de 1914

Cuando el reloj marcaba las nueve de la mañana, llegué con mi maletín y libros al anfiteatro anatómico para los preparativos previos a la cátedra. Principié por abrir las ventanas para remover el aire encerrado y limpiar la mesa de trabajo con agua desinfectante, tal como había ordenado la doctora.

Sobre mí, un cielo despejado se dejaba entrever por la claraboya. Ensimismada por su azul intenso, regresaba a él a vistazos mientras devolvía unas sillas a su lugar. Fue cuando tuve la inspiración de sentir, aunque fuera por unos breves segundos, la investidura de la Medicina sobre mis hombros. Mis alumnos imaginarios se acomodaron rápidamente en sus sillas y, en humilde actitud, esperaron por mis instrucciones. Pasé lista por cada uno de sus rostros hasta llegar al de Undurraga Fernández. El petulante de José Undurraga.

–Señor Undurraga...

–¡Sí, doctora!

–¡Fuera de mi clase!

–Pero, pero ¿por qué motivo?

–¡Porque me da la regalada gana!

Volví a la realidad con unas sonoras carcajadas a las tiranías de mi conciencia y seguí en mis labores, no sin resentir un poquito que todo se tratara de mi mera imaginación.

–Igual estuvo divertido... –murmuré.

Poco después, el eco de unos pasos resonó sobre las losas del pasillo, alertándome de una próxima visita. Buena señal para recuperar la compostura y el buen tono.

–Señora Luisa, tenga usted muy buenos días.

Sonreí al ver que se trataba de la admirada señorita Huerta. Como era lo habitual, la chica complementaba su atuendo con algún accesorio rosa y el elegido de hoy era un pañuelo de seda. De sus manos colgaban maletas que parecían gigantes en proporción a su pequeña fisonomía.

–Señorita Camila, por favor, déjeme ayudarla con eso.

Ante mi insistencia, ella hizo entrega de uno de los bolsos, pero cuál no sería mi sorpresa al certificar que era liviano como una almohada. Mi asombro la hizo sonreírse.

–¿Quiere que le muestre qué hay en su interior? –preguntó.

Asentí, por supuesto, y me coloqué a su lado para descubrir el misterio. Entonces Camila, frente a la mesa, me fue compartiendo las piezas que iban surgiendo entre mantas y cojines de algodón. Al tenerlas frente a mis ojos, una mezcla de estupefacción y repelús conmovió hondamente mi espíritu.

–¡Dios mío!

Ojos, mejillas, narices y quijadas se lucían sobre la superficie de madera. Acaso más admirables que el progreso que la misma artista había alcanzado en la fabricación de aparatos ortopédicos.

–¿Me permitiría examinarlas más de cerca? –pregunté, nerviosa.

–Adelante, enfermera.

Escogí lo que podría clasificarse como la mitad de un rostro, pues incluía un ojo, parte de la mejilla derecha y una oreja. Maravillada por los detalles de la escultura, la examiné lo más cerca que me fue posible y, con el delicado roce de mis dedos, estudié su superficie, que no debía superar el grosor de la tapa de un libro.

–¡Incluso tiene pestañas! –exclamé sorprendida–. Y el ojo, ¿es una pintura al óleo?

–Así es, enfermera. Seguramente ya lo notó, pero los lentes que incluye la máscara nos permiten mantenerla en su lugar –Camila la sobrepuso sobre su propio rostro para que pudiera apreciar mejor su uso–. Están hechas de cobre galvanizado y las pinto con esmalte intentando recrear el tono de piel del paciente, una vez que ya se encuentra recuperado de sus heridas.

–Oh, ¡qué trabajo tan maravilloso!

Tomé otra pieza. Esta vez se trataba de una nariz y parte del arco de cupido, que quedaba escondido bajo un tupido mostacho.

–¡Con qué maestría esculpió el tabique nasal, señorita Huerta! –exclamé con entusiasmo. Luego de hacerme con otra pieza, las comparé en detalle–. ¡Vaya! Pero si son narices diferentes para cada caso.

–Me alegra que lo haya notado, enfermera. Para crear estas esculturas me basé en fotografías de los pacientes previas a sus accidentes. –La menuda mujer fue por la otra maleta, ¡la que sí

pesaba!, desde donde surgió una blanca cabeza–. Como puede apreciar, me baso en moldes de yeso que hago a partir del rostro actual del paciente.

–Ah, sí…

La pieza que llegó a mis manos plasmaba claramente la tragedia que escondía su origen y que la emoción me había impedido notar antes. Era un rostro lastimado… incompleto.

La joven pareció traducir mis sentimientos.

–Mis pacientes no pueden comer ni beber con la máscara puesta –entonces me buscó con una sonrisa–. Pero créame, Luisa, estas prótesis les permiten volver a tener una vida digna.

Asentí, en silencio y con la cabeza gacha. Atrapada por esos fragmentos de humanidad que se desplegaban frente a mí, ¡tan reales!, surgió en mí una idea alocada y temeraria.

–Señorita Huerta…

–¿Sí?

–Necesito hacerle un encargo.

Las pupilas curiosas de la escultora me instaron a seguir hablando. Sin duda, había logrado captar su atención.

–Quizá sea uno de los más difíciles que le hayan pedido y requeriría de su absoluta discreción.

–Usted dirá, señora Luisa. ¿Qué necesita?

–Un pene.

Hasta el grillo posado en la ventana enmudeció frente a mi solicitud.

–¿Un pene, dice usted? –preguntó Camila, insegura de haber escuchado bien.

–Un pene –confirmé, mientras el rubor teñía mi rostro–. El órgano reproductor masculino.

–¿Es para su esposo?

Sentí un escalofrío. Uno que casi me provoca un patatús.

–No, ¿cómo se le ocurre? –cacareé en mi susto–. Si él está muy bien dotado, ¡se lo puedo asegurar!

Torpe de mí. Ni siquiera las risas nos salvaron del incómodo silencio que se produjo.

–Es para… uno de mis hermanos –confesé finalmente.

–¿El que se va a casar? –preguntó Camila, sin pelos en la lengua.

No emití palabra, pero mis ojos bailaron intentando modular un «sí».

–¡Oh, ya veo! –exclamó para luego proponerme el siguiente cálculo–: ¿Peso de unos setenta kilos? ¿Altura de un metro y setenta y cinco centímetros?

Hice una rápida comparación entre Víctor y el mamerto de mi hermano y descubrí con asombro que se parecían en fisonomía.

–Sí, sí...

La escultora guardó silencio para dar orden a sus reflexiones y cálculos.

–Voy a tener que incluir un arnés para el soporte... –dedujo con seriedad–. El caucho podría servir... pero, en efecto, ¡es una empresa en extremo difícil!

–Señorita Huerta, le ruego que se compadezca de mi hermano. Tendría unos cinco años cuando un desafortunado accidente en la cocina le dejó sus partes nobles convertidas en chicharrón.

–¡Pobre hombre!

Asentí y, con un discreto pellizco, estimulé un par de lágrimas como cuota de dramatismo.

–Sí, en verdad es un asunto de lo más trágico –gimoteé en mi papel de hermana desdichada–. ¡Y usted sabe cómo son los hombres! No poder cumplir con sus funciones es, pues, una cosa de vida o muerte. Más aún en su noche de bodas.

La joven corroboró mi sentir con un movimiento de cabeza.

–Pero, señora Santa María, le advierto que esta prótesis solo podrá ser utilizada para los momentos íntimos, ya que imitará la posición... pues...

Y de su mano estirada emergió, bien estirado, su dedo índice.

–Por supuesto, le diré a Javier que solo lo use para esos momentos –me preparaba para cambiar de tema cuando un fuerte pálpito se adelantó a mis palabras–. ¿Eso quiere decir que tomará mi encargo?

–Sí, lo haré –dijo la joven, alegremente–. Cuente conmigo.

Un sentido abrazo selló nuestro compromiso.

–¡No sabe cuánto se lo agradezco, Camila!

Ella me miró con dulzura.

–Un gusto poder ayudarte, Luisa –dijo, tuteándome de vuelta–. Un cariño así entre hermanos merece una recompensa. Los felicito por la profunda confianza que se profesan.

–Sí, eso, confianza...

Se congeló mi sonrisa. *¡Maldición! Otra vez había caído presa de mis impulsos*, pensé. Víctor ni siquiera me había hablado de su corsé y yo...

–Camila, por favor –insistí–. Este será nuestro secreto.

Ella confirmó, llevándose los dedos a sus labios y fue tan cálido su gesto, tan graciosamente expresado, que no me quedó otro recurso que celebrarlo y confiar.

Los estudiantes nos pillaron riendo como unas colegialas, aunque fue un instante de relajo, nada más. Tal como correspondía a las circunstancias, procedí a ponerme el uniforme y Camila colocó las máscaras que faltaban sobre la mesa de estudio.

Por supuesto, el desfile de extractos humanos no pasó inadvertido para los hombres que se acercaron para apreciar sus detalles. La

llegada de Honorina, no obstante, los mandó en un santiamén de regreso a sus puestos.

–¡Enfermera Luisa!

–Sí, doctora.

La mujer se sumergió en un maletín aún más grande que el mío y de sus profundidades rescató el libro que le había devuelto semanas atrás. Al ver cómo sus hojas bailaban frente a mis ojos, me preparé para el examen sorpresa que estaba por darse.

–¡Aquí está! –exclamó la mujer y el libro quedó casi a la mitad.

–¿Anatomía patológica? –me aventuré a preguntar.

Ella me miró con una pizca de malicia.

–¿Creéis que voy a haceros un examen?

–Estoy lista, doctora. Pregúnteme lo que quiera.

–¡Venga, así me gusta! –exclamó–. ¡A por todas!

Sin más preámbulos, del libro rescató un recorte y lo desplegó frente a mí.

–¿Podéis explicarme qué hace Marie Curie en mi libro?

–¡Ay!

Unas tímidas carcajadas se filtraron desde los alumnos. Aunque la mayoría seguían ocupados en revisar sus apuntes, había un par que seguía con atención todo lo que la doctora y yo discutíamos. Entre ellos, Undurraga.

–¿Y bien?

–Fue la primera mujer en recibir el Premio Nobel –expuse en mi defensa–. Su ejemplo me inspira y colecciono menciones suyas de la prensa.

Honorina no fue indiferente al suspiro que dejé escapar al final. Me devolvió el recorte diciéndome:

–Si sus palabras son sinceras, estudie en la universidad.

–No… –susurré, meneando la cabeza–. Ya es tarde para…

Enmudecieron mis labios de golpe. Sin proponérmelo, estaba repitiendo las mismas palabras de Sofía.

–¡Patrañas, Luisa! –exclamó la doctora–. ¿Qué edad tiene?

–Veinticinco… –susurré.

–Joder, Luisa. No se corte, ¿veinticuántos?

Las risitas volvieron. Muy a mi pesar, me vi obligada a levantar la voz.

–¡Veinticinco, señora!

–Pues permítame informarle que la señora Curie ingresó formalmente a la universidad a los veinticuatro, casi a su misma edad –dijo y luego frunció el ceño. Era evidente que el asunto la había exasperado.

–¿Veinticuatro?¿Cómo no me di cuenta?…

–¿Os digo una cosa? Tengo que empezar con la clase, pero usted se

queda con la tarea de investigar la biografía de la doctora Curie. ¡Me cago en Dios, coño! Que con esa actitud no vais a llegar a ninguna parte –y dándome la espalda, declaró en un vozarrón–. ¡Joder, chavales, que comienza la clase!

Cesaron los murmullos inmediatamente. La doctora, ya frente a sus estudiantes, inspiraba más respeto que el káiser.

–Señores, os declaro aquí y ahora que toda predicción sobre el fin de la guerra es imposible. ¿Dudáis de mis palabras? Pues solo pensad que cuando un país pacífico como Bélgica no encuentra otra defensa más que su fuerza armada es porque la cuestión en el viejo continente pinta más fea que el sargento de Utrera. ¡Que no bromeo, cabrones! ¿Queréis saber mis predicciones para Europa? ¿No? Pues venga, que se las doy igual. Inglaterra moverá su poderosa Marina, consiguiendo que Alemania oculte la suya. Rusia, muy afectada después de su último fracaso, barrerá con todo lo que se oponga a sus huestes formidables y Francia terminará por llevar preso al emperador a París y lo exhibirán en el Trocadero, ¡me cago en la leche!

Con ese último grito, saltamos todos de nuestros asientos. Todos excepto Unzurrunzaga, que, sin entender el contexto, se las dio de bromista.

–Pues yo encuentro más grave la cuestión del mediodía.

Se giraron las cabezas en su dirección por la admiración que despertó su audacia y, como el «¿por qué?» no se pronunció nunca en los presentes, fue el propio Unzurrunzaga quien continuó con el remate de su chiste.

–Porque a esa hora no siempre se puede poner la mesa para comer.

Las comisuras de nuestros rostros cayeron por el desaliento.

–Joder, cabrón, ¡menudo humor tienes!

–Doctora –agregó Unzurrunzaga, envalentonado por su última gracia–, todos dicen que la guerra será muy corta.

El índice de la mujer negó enérgicamente lo dicho.

–No, señor Unzurrunzaga. Le aseguro que será larga y ustedes, chilenos, desde el rincón del mundo en que os encontráis, tendréis que sufrir las consecuencias de la ambición política de esos países en lucha –luego hizo una pausa–. Pues, y hablando de consecuencias…

Nadie se atrevió a pronunciar comentario. Unzurrunzaga intentó hablar otra vez, pero sus compañeros de puesto corrieron para cerrarle la boca. Al final, todo se trataba de un simple estornudo.

–Luisa –murmuró la doctora a mi oído–. Haced pasar a los señores que esperan fuera de la sala.

Procedí. Un hombre y una mujer ingresaron al aula despertando los cuchicheos de la concurrencia. En el rostro de la joven pude reconocer rápidamente una de las piezas de Camila y ella, al sentirse observada, bajó la vista.

–Estimados, seguro ya habéis notado las magistrales máscaras de la señorita Huerta. Cuando la cirugía ya no es factible, recurrimos a estas prótesis hechas de estaño para reconstruir los rostros. Y la guerra, como ya os he comentado antes, ¡destruirá cientos a golpe de metralla!

La doctora le concedió la palabra a Camila, quien puso al tanto a la concurrencia del proceso de fabricación de las prótesis que ella ya me había adelantado a su llegada. El interés de los presentes fue patente y las manos se alzaron sin demora, hambrientas de respuestas. Observé la escena con orgullo, pues tales demostraciones estaban reservadas a exposiciones impartidas por varones.

Entonces llegó el turno de la joven a quien mi imprudencia había atemorizado. Honorina la convocó a su lado y luego dijo:

–Estas prótesis les permiten a las mujeres como Marcela reintegrarse a la fuerza laboral sin verse obligadas a esconderse de las miradas inescrupulosas de la gente.

Acusé el mensaje con una puntada en el pecho.

–En el caso de doña Marcela, ella sufrió el lamentable ataque de su marido, quien, motivado por los celos, le disparó en el rostro.

Pasó por nosotros un escalofrío de horror seguido de un largo silencio por las últimas palabras de la doctora.

–Bueno, ¡algo habrá hecho la señora...!

El desafortunado comentario de Undurraga hizo eco por toda la sala y no le fue indiferente a Honorina. Le bastó estirar el índice hacia la puerta y con eso lo dijo todo.

–Sí, doctora...

El estudiante tomó sus cosas y se retiró de la clase ante la mirada temerosa de sus compañeros. Estaba segura de que si alguien más pensó en sumarse a los comentarios de Undurraga, lo descartó en ese preciso momento. Por mi parte, y a solicitud de la doctora, hice correr entre los alumnos unas fotografías de la mujer.

–Lo que ven ustedes en la instantánea es el rostro de doña Marcela antes del abominable ataque de su esposo –y luego, con la mayor de las delicadezas, la anciana retiró la máscara del rostro de la mujer y un sentimiento unánime de compasión nos conmovió a todos–. Como pueden apreciar, la trayectoria de la bala destruyó por completo el tabique nasal y parte de la mandíbula superior, lo que dificulta las funciones respiratorias y alimentarias de la joven.

La exposición duró apenas unos minutos. Sin deseos de alargar el suplicio de Marcela, Honorina devolvió la máscara a su lugar sin dejar de inclinar su cabeza en agradecimiento hacia la joven. Su boca, guarnecida de apenas un solo diente, volvía a desaparecer bajo una falsa sonrisa de latón.

–Venga, el siguiente...

Luego pasó al frente el hombre que se identificó como Humberto Fuentes. Como era de esperarse, las miradas de los estudiantes se clavaron en su rostro escudriñando cicatrices que hablaran de su condición previa, pero mucho no les fue posible encontrar por la barba que lucía el hombre.

–Humberto, al igual que doña Marcela, sufrió de un impacto de bala en su rostro, aunque con mayor fortuna, pues el proyectil atravesó su mejilla sin causar mayores daños en la zona nasal, mas sí en sus labios.

Sin embargo, la verdadera gravedad de las heridas del hombre quedó al descubierto con las instantáneas que me facilitó la doctora y que hice correr entre el grupo de alumnos.

–Participaba de una huelga obrera en Iquique junto con otros trabajadores –dijo Humberto–, cuando el ejército liderado por el general Roberto Silva Renard disparó a quemarropa contra los asistentes. Yo fui uno de los afortunados que sobrevivió a esa horrible matanza.

Al escucharlo, se levantaron mis alertas. ¡Esa no puede ser otra que la tragedia de la escuela Santa María!

–Lamento tanto escucharos, querido Humberto –dijo la doctora creyéndose dueña del sentir común–. Que las fuerzas militares atenten contra su pueblo es algo ¡simplemente inaudito!

Pero no faltaron los alumnos que desviaron la mirada por la incomodidad o entornaron los ojos en gesto de burla. Podía saber perfectamente a qué se debía, pues los diarios de esos años habían hablado de una tragedia menor y siempre a favor de los dueños de las salitreras. Al igual que ellos, creí todas esas mentiras hasta conocer el testimonio de Eulalio y Víctor.

La doctora continuó con la clase.

–Chavales, el fino trabajo de cirugía que podéis apreciar en el señor Fuentes es obra del doctor Benavente, que hoy no pudo estar presente por un problema de salud, y está basado en mis estudios sobre injertos bajo la supervisión del cirujano alemán Jacques Joseph –Honorina elevó la vista hacia sus estudiantes–. ¿Alguna pregunta? ¿Sí, señor Gutiérrez?

–Doctora, ¿cuánto tiempo se requiere para alcanzar una recuperación como la del señor Fuentes?

–Tres años, chaval. Tres largos años de cirugías.

Los lápices sacaban chispas sobre el papel en su laboriosa tarea de tomar apuntes. Ojos que iban y venían del podio al papel. Preguntas y más preguntas. Como ellos, de todo intentaba tomar nota para luego mirarme hacia adentro y ahí deleitarme con las ensoñaciones de la ciencia. Hasta ese momento, la posibilidad de restaurar un miembro me parecía tan lejana como un viaje a la Luna. ¿Acaso no parecía un

sueño? ¿Crear narices, bocas?

–Penes... –pronuncié en un murmullo casi imperceptible.

La posibilidad de que Víctor pudiera cumplir su sueño hizo latir mi corazón.

–Como muchos de ustedes ya sabéis, los métodos convencionales para el arreglo del rostro se pueden resumir en lo siguiente: se extraen trocitos de carne de las nalgas del paciente y se aplican a las partes heridas. Desde ahí fabricamos labios y mejillas, se cubren las mandíbulas y disimulan las grandes roturas de la frente, completando la labor con vendajes para que los tejidos se fundan y las heridas queden reducidas a una cicatriz –de súbito, Honorina nos sacó del trance con aplausos–. ¡Atención, chavales! Decidme: ¿cómo podemos superar el problema de la infección tan propio de este tipo de procedimientos?

Nadie contestó.

–Luisa Santa María Matte de Viviani, ¿alguna propuesta al respecto?

¡Menudo gazpacho!, pensé, al oír mi propio nombre.

–No lo sé, doctora –admití un tanto avergonzada–. Quizá, si el tejido del injerto siguiera vivo...

Enmudecí al sentir la pesada mirada de Humberto sobre mí. La doctora, sin embargo, pareció no tomar nota de mi súbito nerviosismo. Como resbalándose por los quicios de su alma, exclamó:

–¡Venga! ¿A que no es brillante esta chica?

En su ánimo de profundizar en las materias, Honorina sacó de su bolso unas láminas ilustradas que recreaban el proceso quirúrgico por el que había pasado el hombre. Era un retrato muy didáctico, a todo color y de precisión asombrosa.

–Tal como indica la enfermera Luisa, el truco está en mantener el tejido conectado al torrente sanguíneo y al sistema inmune para permitirle a la piel regenerar su protección natural impermeabilizante.

El asombro que a todos dominaba quedó coronado por un largo «¡oh!» cuando la última lámina ilustrada desplegó colgajos de piel, como lonjas, que se desprendían del cráneo y cuello para conectarse a las heridas abiertas. ¡Un Frankenstein del siglo XX!

–Mi propuesta es formar tejido humano en tubos, idealmente de zonas cercanas a los hombros, y desde esa posición «transportar» este tubo, como en un movimiento de vals, hacia las zonas dañadas del rostro. ¿A que no lo encontráis parecido a una manilla de una maleta?

Definitivamente no me cansaría jamás de observar a la doctora con admiración creciente y así transcurrió la clase hasta llegar a su fin.

–Luisa, la biografía de Marie Curie –me dijo a modo de despedida–. Para el próximo lunes.

Había sido una gran jornada. Devolví las sillas a sus lugares, limpié

el pizarrón y me quedé sola con mis pensamientos. Gracias a la doctora, secretamente volví a añorar el día luminoso en que mis sueños cobraran la categoría de realidad. Fue cuando recordé a Totó y sus abrazos, ¡de repente los añoraba con locura! Sin duda, él sabría comprender mi absurda felicidad.

–Seguro ya me está esperando en la entrada…

Luego de una última inspección al espejito, tomé mi maletín y a paso ligero inicié mi camino hacia la recepción de la escuela. Me creía sola, pero un hombre iba tras mis pasos. No era nada más ni nada menos que Humberto Fuentes.

–¡Señora Luisa!

Realmente no me apetecía hablar con él.

–Enfermera, por favor, ¿podríamos hablar?

Hice como que no había oído y apuré el paso hasta que me fue imposible seguir fingiendo.

–Señor Fuentes, disculpe, llevo prisa –argumenté sin detenerme–. Unos trámites urgentes requieren de mi presencia.

–Doña Luisa, por favor, solo serán unos minutos…

–Pues, no sé…

Todo era inútil. Humberto persistía en su intento de hablar conmigo. Entre evasivas y excusas varias, terminó acompañándome hasta la calle.

–Está bien, señor Fuentes –declaré, derrotada–. Dígame, ¿en qué lo puedo ayudar?

Agradecido, el hombre sonrió con los pocos dientes que le quedaban.

–¿Es usted casada con un Viviani? –preguntó.

–Sí, sí.

–Y por casualidad, ¿no será Víctor?

Titubeé y opté por quedarme callada. Mal que mal, mi marido nunca había hecho mención del hombre que me interrogaba.

–¿Doña Luisa?

–Mire, Humberto. Qué le parece si…

–¿Víctor?

El nombre de mi marido resonó nuevamente, pero no nació de mi boca.

–¿Víctor? –insistió Humberto–. Víctor Carvajal Viviani, es usted, ¿verdad?

De pie, detrás de mí, mi marido hacía acto de presencia con el ceño fruncido y los puños apretados. Abrigaba hacia el pampino una obvia desconfianza y en su mudo coloquio hacia el extraño, me pareció que sus ojos destellaban sutilmente de miedo.

–¿Se acuerda de mí? Soy yo, Humberto, del campamento La Palma.

El hombre del norte miraba a Víctor de hito en hito dejando de manifiesto su felicidad desbordada. Mi marido, en cambio, parecía demasiado aturdido. Sonrió, sí, pero sufría en sus esfuerzos por reconocer los rasgos que tenía delante.

–¿Humberto Fuentes? –dijo reaccionando por fin–. Dios mío, ¡no creí volver a verlo con vida!

No alcanzaba a terminar la frase cuando el emocionado de Humberto le dedicó el más efusivo de los abrazos, seguido de un curioso saludo de manos que mi marido no supo cómo corresponder.

–Joven Víctor, no sabe la alegría que me produce verlo así, ¡tan crecido y próspero!

Reía y, en su euforia, palmoteaba la espalda de Víctor una y otra vez. Temí que, de tanto hacerlo, Humberto terminara por aflojar el vendaje que mantenía bajo sus ropas. Razón de más para intervenir.

–Pero, Víctor, ¿es que no me va a presentar formalmente con el señor Fuentes?

Libre de las torturas del demonio pampino, Víctor recuperó el aire y dijo:

–Humberto, le presento a doña Luisa Santa María, mi querida esposa.

Abrazo similar llegó para mí. El pampino parecía embriagado de felicidad.

–Doña Luisa, cuando escuché a la doctora llamándola con el apellido Viviani creí que ahí mismito me moría de la impresión. Estoy a sus órdenes –y luego de besar mi mano, el hombre dijo–: Aunque todavía no entiendo por qué este muchacho usa el apellido de su madre y no el Carvajal. Víctor, ¿qué diría su padre José si supiera?

Mi esposo sonreía mientras se llevaba una mano a la espalda adolorida. Su voz se tornó grave, en extremo forzada, dando clara muestra de la inquietud que estaba sintiendo.

–Es una mera cuestión de protección, Humberto. Adopté el apellido de mi madre con la esperanza de poder comenzar una nueva vida sin lazo alguno con el norte. Usted sabe, lejos de los militares que acabaron con nuestra gente.

–Sí, por supuesto.

La conversación se fue volviendo más incómoda con el transcurso de los minutos. Humberto insistía en hacer partícipe a Víctor de trabalenguas y juegos, que él respondía a duras penas.

–Víctor, ¿se acuerda cuando íbamos a la fonda de su mamá?

–¡Por supuesto! Usted siempre pedía estofado de conejo... y bien camuflado en su vaso iba su poquito de anisado.

Víctor resistió estoico los veinte minutos que duró la informal tertulia. Humberto, según nos dijo, tenía un compromiso que atender en Santiago y nosotros –tal vez de una manera demasiado obvia– nos

despedimos tan rápido como nos fue posible. Sin embargo, los efectos del encuentro hicieron mella en la salud de mi esposo. De nada sirvieron sus esfuerzos por mostrarse sereno. Fue tal la tensión acumulada en su cuerpo que se vio obligado a guardar reposo apenas terminó el almuerzo.

Pese a mis ruegos, no se dejó examinar la espalda. Ofrecí remedios, toallas calientes y masajes, pero todo me fue rechazado. Entonces, y creyéndome conocedora de la psicología de mi marido, aposté por hablar de lo sucedido evocando dulces memorias de su pasado.

–Oiga, Víctor, ¿por qué no cuenta un poquito de su hermano? –expuse con tranquilidad–. Apenas conozco su foto...

El convaleciente me miró de reojo desde el refugio de sus sábanas.

–¿Se llevaban bien? –insistí–. ¿Lo hizo pasar muchas rabias?

A Víctor le fue imposible no sonreír.

–¡Todo lo contrario! Era yo el que siempre lo metía en problemas...

–¿Por qué dice eso?

Él se sentó en la cama y yo me aproximé a su lado. Estaba expectante.

–Bueno, yo quería estar con él todo el tiempo y jugar a la pelota con los demás niñitos, vestir pantalones y así tantas cosas que estaban vedadas para mí. ¡Pobre Víctor! No fueron pocos los coscorrones que recibió de parte de nuestra mamá por tratar de ayudarme.

Mi marido reía otra vez y lo hacía dulcemente. Eso me dio confianza para seguir en mis indagaciones.

–¡Ah! –exclamé esperanzada–. Eso significa que él comprendía a cabalidad su naturaleza masculina, ¿verdad?

Víctor bajó la cabeza, meditativo.

–Sí y no...

–¿Sí y no? –repetí.

–Quiero pensar que lo hizo en el momento de su muerte... –se quedó largo rato meditando, clavados los ojos en el vacío antes de retomar la palabra–. Porque una vez me confesó que cuando tuviera dinero me llevaría a París con los mejores cirujanos para tratarme.

–Pero, Víctor, ¡eso hubiera sido muy bueno!

–No, ¡para nada! –dijo, enérgico y rotundo–. No para que te operen el cerebro con la esperanza de que te vuelvas una mujer normal.

Guardé silencio. Su mirada, que solía ser algo dorada por su energía, se agitaba en la oscuridad de sus pupilas, sombría como la de quien sufre en su pensamiento. Entonces mi yo inquieto tomó el mando y preguntó:

–Víctor, mi amor, ¿no sería mejor si usted se cambiara el nombre? Así no sufriría tanto con estos encuentros del pasado, fingiendo ser quien no es. ¡No tiene por qué cargar con los pecados de su hermano!

Al levantar el rostro hacia mí, en sus ojos leí el estupor de su

ánimo. Toda la confianza que creía ejercer sobre mi esposo se desmoronaba.

–¡Antes muerto! –dijo casi en un grito–. Llevaré el nombre de Víctor hasta mi último respiro en esta Tierra, ¿entiende? Fue el último regalo que él me dio y ¡no renegaré de su recuerdo!

–Pero ¿a qué costo, Víctor? –insistí–. Si usted dice estar tan seguro con esa decisión, ¿por qué sufre por su encuentro con Humberto? ¿Por qué, al menos, no me dice lo que realmente siente?

–¡Porque no quiero hablar! ¿Es que acaso le es tan difícil de entender?

Su grito se quebró en el aire, pero el eco de su dolor siguió vibrando entre nosotros. Resignada, opté por el silencio.

–Hablar es revivirlo todo de nuevo y duele, Luisa –agregó–. Yo solo quiero olvidar...

Regresamos al silencio, pero los pensamientos vociferaban en nuestro interior. ¡Tan enojoso desenlace era lo que menos quería para nuestra tertulia! Sin embargo, acepté mi derrota con dignidad y no me dejé vencer por el orgullo. Por primera vez, separaré su dolor del mío y dejé atrás la culpa.

Ya llegaría el momento de conversar.

–Lamento haberlo hecho enojar, Víctor. Descanse y, si necesita algo, toque esta campanita para poder atenderlo.

–Lo hice todo mal, Luisa...

Su mano suplicante se arrimó a la manga de mi blusa y, con el gesto, cayeron unas lágrimas suyas que obvié en honor a su orgullo. Por desgracia, su dolor de espalda se agudizó. Tuve que asistirlo para que pudiera sentarse.

–¿Mal? –pregunté, sin entender a qué se refería.

Con tristeza en las pupilas, hizo su confesión.

–No acerté a ninguna de las preguntas de Humberto. Ni a sus juegos. Él era muy buen amigo de mi hermano, pero yo no alcancé a conocerlo en profundidad. Pasaba ocupada en labores de casa y menesteres similares –un dolor atroz perturbó su rostro y lo silenció por unos momentos–. Ojalá no se haya dado cuenta, ¡o estaré en problemas!

Verlo tan nervioso y sufriente me resultaba devastador.

–Víctor, esas son puras ideas suyas. Su conversación con el señor Fuentes se dio de la manera más natural y espontánea.

Ciertamente, sabía mentir con desvergüenza cuando las circunstancias lo requerían.

–¿Usted así lo cree, mi Clementina?

–No lo creo, ¡lo aseguro! –insistí–. Ahora de lo único que debe preocuparse es de su bienestar.

Puede que él estuviera tan desesperado como yo por salir del

pesimismo, así que me sonrió con ternura y asintió a mis recomendaciones.

–Víctor, ya va a ver lo bien que se va a sentir después de esta oblea.

No alcanzó el entusiasmo para una examinación del paciente, pero me di por recompensada con la confianza concedida. Las mentiras, sin embargo, nos castigaron de igual manera. Yo no pude pegar ojo en toda la noche por los remordimientos y él tampoco por el dolor que parecía no dejarlo en paz.

Pensé en Humberto, en la matanza y en los pocos momentos de sueño que me concedió la conciencia, soñé con Víctor. Era un sueño de la tumba, no podía ser otra cosa. ¿En qué otras circunstancias él me contaría sus penas con una sonrisa?

Al día siguiente, salí en búsqueda de Humberto. Estaba decidida. Si los temores de Víctor eran justificados, era capaz de pagarle al señor un billete a Europa para que se fuera lejos de nosotros. Aperada de mi maletín y unas cuantas joyas en su interior, dejé la casa bajo la excusa de una visita médica, sin olvidar traer conmigo la nota, escrita de puño y letra de la doctora, con el paradero del pampino en Santiago.

–¡Regreso para el almuerzo! –indiqué a las criadas y cerré la puerta con un movimiento enérgico.

–Señora Luisa…

Pero ¡qué sorpresa! Humberto en persona me salía al encuentro.

–Oiga, no me mire con esa cara de susto –dijo y se sacó el sombrero, sin dejar de sonreír–. Tenga usted muy buenos días.

Era una mañana luminosa y helada, de esas que hacen salir vapores de la boca. Sin embargo, los nervios me hicieron inmune a cualquier asomo de frío y cortesía.

–Humberto, lamento decirle que don Víctor se encuentra indispuesto y no podrá recibirlo.

Se asomó en los ojos del hombre una sombra, algo así como la tristeza o desilusión.

–Oh, ¡cuánto lamento escuchar eso! –respondió, cabizbajo.

–Es menester dejarlo reposar, ¿entiende?

–Sí, por supuesto, doña Luisa, pero, y disculpe la intromisión, yo venía a conversar con usted.

Nos quedamos mirando.

–¿Cree que será posible, señora? –preguntó, al ver que no reaccionaba–. No le quito más de diez minutos.

Esa había sido la salida más corta de mi existencia.

–Sí, por supuesto –respondí con una venia–. Adelante, por favor.

Cinco minutos después, volvía a colgar mi abrigo en el vestíbulo ante la mirada atónita de Rosenda, que no entendía qué diablos estaba pasando y menos aún por qué insistía en llevarme el maletín al

comedor.

–*Iñora*, ¿es que está enfermo el caballero? –preguntó, pero la ignoré.

Por orden mía se dispuso té y galletas en el comedor y, solo cuando las puertas estuvieron bien cerradas, retomamos la conversación.

–Doña Luisa, quisiera principiar con una disculpa para usted y don Víctor. Ayer estaba tan contento de encontrarlo con vida que tarde caí en la cuenta de que mi presencia le era incómoda –y con un franqueza que pasmaba, preguntó–: Es por eso que se encuentra malito de la salud, ¿verdad?

Su respuesta me desconcertó tanto como para evaporar todas las excusas que tenía preparadas.

–En efecto, don Humberto –confirmé con frialdad–. Verlo a usted con vida fue de gran impacto para él, desconcertante, por decir lo menos. Figúrese que, incluso siendo su esposa, es usted la primera persona del campamento que conozco y...

–¡Es que quedamos tan pocos, doña Luisa! –interrumpió Humberto con angustia–. Creí que era un fantasma cuando lo vi aparecer atrasito suyo...

No pudo el hombre continuar con su relato.

–Humberto, ¿se encuentra usted bien?

El pampino enjugó un par de lágrimas de sus ojos cansados, pero insistió en que se encontraba bien.

–¡Vaya! –dijo y su pena se convirtió en sollozo–. Debe ser efecto de la fatiga...

Obviamente, tales señales despertaron mi instinto de enfermera y auxilié en cuanto pude a mi nuevo paciente. Primero, con un pañuelo. Luego, un té con harta azúcar para reponer las energías y ejercicios de respiración para los nervios. Era tal la congoja que intempestivamente dominó al hombre que no le salían las palabras que intentaba transmitirme.

–Soy hombre de la pampa... –expuso, finalmente–. Estoy acostumbrado a que la muerte haga visita entre mis seres queridos. Los accidentes en las faenas eran pan de cada día y ya no me sorprenden ni las peores tragedias. Mineros alcanzados por las tronaduras, fiebres malignas, atropellados por el tren. Pero, señora Luisa, lo que aconteció en la escuela Santa María... Eso, eso... ¡jamás lo olvidaré!

Sus palabras me estremecieron.

–La última vez que vi a Víctor fue en la azotea de la escuela. Allí nos pilló una ráfaga de balas y después de eso...

Un sollozo ahogado casi lo enmudeció por segunda vez, pero logró superarlo con un sorbito de té.

–Todavía me persigue la imagen de la señorita Brown –señaló con mandíbula temblorosa–. Yacía en el piso junto a Víctor. De su cara tan bonita, ¡ay!, no quedó nada –el hombre se llevó una mano al rostro–. ¿La doctora Honorina habría arreglado a doña Carolina de seguir ella viva? El joven Víctor la quería mucho…

Con mano trémula busqué el consuelo del té caliente, y, como no lo encontré ahí, pensando me perdí en horribles divagaciones sobre Víctor y la matanza. Estaba segura de que el hecho relatado era verdadero y había sido un sufrimiento indecible para él, pero la historia no tenía sentido.

¿Dónde estaba Inés?

–Entonces ocurrió lo que llamaría un milagro…

La acotación de Humberto me sacó de mis pensamientos.

–¿Un milagro? –cuestioné asombrada.

–Sí, y nuestro encuentro de ayer lo confirma. Como le decía, las heridas de bala me tenían postrado en el suelo, moribundo. Víctor yacía a corta distancia mía y parecía tan herido como yo, pues apenas lo podía ver entre pestañeos, ¡tan débil me hallaba! Doña Luisa, ¡le juro por lo más sagrado que lo que le voy a contar es cierto! –el hombre enmudeció y yo creí morir de angustia–. Entonces apareció un joven y cargó a Víctor en su espalda para sacarlo de ahí. Doña Luisa, ese muchacho ¡también era Víctor!

De súbito, se quebró mi corazón por la revelación: ¡Ese era mi Víctor!

–Fue lo último que vi antes de la segunda ráfaga de balas. Después no recuerdo más. ¡Ay, doña Luisa! ¿Está bien?

–Un milagro, sin duda –confirmé, limpiando mis propias lágrimas–. ¿Quizá haya sido su ángel guardián? Le debo la vida de mi esposo…

Esta vez era yo la que le echaba azúcar al té.

–Gracias por su testimonio, Humberto. Creo que por fin logro comprender algo del dolor de Víctor.

–¡De nuevo metí las patas! –exclamó el hombre, arrepentido–. No llore, por favor. Mire… yo le contaba esto por… pues…

El hombre sacó del bolsillo un paquetito envuelto en papeles de arroz del que me hizo entrega. En sus ojos había un velo de ternura cuando señaló:

–La he llevado conmigo todos estos años…

Lo que creí una joya terminó siendo una curiosa artesanía de alambres de cobre. Una pequeña estrella de seis puntas apoyada sobre un pedestal.

–¿Una varita mágica? –pregunté.

–¿Cierto que lo es? –confirmó Humberto, orgulloso–. Este cachivache lo hizo Víctor para su hermana Luisa. *Chocheces, nada más*, recuerdo que dijo cuando me la estaba mostrando. Fue justo unos

momentos antes de que empezara el ruido de la balacera y, por instinto, la guardé en mi chaqueta para protegerla. –Entonces me sonrió–. Juré que se la haría llegar a la señorita Luisa, ¡pero el destino quiso otra cosa!

Me llevé la estrella a los labios y la besé.

–Muchas gracias, Humberto –expresé conmovida hasta las fibras de mi corazón–. Gracias por haberla cuidado todos estos años. Le prometo que se la entregaré a Víctor apenas se reponga.

El hombre sonrió, satisfecho, y se calzó el sombrero.

–Bueno, doña Luisa, es menester que vaya partiendo. Ya he cumplido mi misión y, como dicen por ahí: «Mucho ayuda el que poco estorba».

Nos reímos.

–Además, mañana parto de regreso al norte y me faltan diligencias por hacer…

–Pero, don Humberto –exclamé–. ¡No se puede ir con las manos vacías!

Y, en cuestión de segundos, las criadas y yo nos pusimos manos a la obra para preparar una canasta llena de *delicatessen* para el viajero, donde no faltaron dulces, cigarros, salchichas y una buena botella de anisado. El hombre se sonrió, en nostalgias, cuando hice referencia a este último regalo y dijo:

–Pero si es el mismo que me servía la joven Luisa en la fonda.

Apenas tuve tiempo de ocultar bajo una sonrisa el escalofrío que me recorrió al escucharlo.

–¡Coincidencias de la vida! –exclamé por todo comentario.

–Doña Luisa. Dele mis saludos a Víctor para su pronta recuperación y, si viajan a Iquique, no duden en contactarme. Trabajo en la imprenta de los hermanos Copano.

Asentí y, con lágrimas en los ojos, agradecí su visita.

–El gusto ha sido todo mío, señora.

Lo despedí con la mano hasta que su rastro desapareció de mi vista y luego corrí hasta el dormitorio. Un impulso de claridad y optimismo dominaba mis pensamientos.

–Víctor… ¿está despierto?

El joven abrió los ojos al verme.

–¡Ah, no, si ese tono ya lo conozco! –dijo apenas me vio–. ¡No insista, Luisa! No tengo deseos de hablar de mi pasado ni…

–No pretendo obligarlo a decir una palabra –aseguré con el maletín en la mano–. Ya, sáquese la camisa y se acuesta boca abajo.

–¿Cómo? –preguntó confundido–. Pero ¿por qué?

–Sigue con dolor, ¿verdad?

Era obvio que así era, pero aún así intentó disimularlo.

–Algo…

–Bueno, yo se lo voy a quitar en unos minutos si hace lo que le digo. ¡No es necesario que siga sufriendo!

–Pero…

–¡Ay, hombre! –insistí impaciente y me tapé los ojos–. Que no lo voy a espiar. Solo avíseme cuando esté listo.

Tal vez fuera efecto de mi arrojo o del dolor que él estaba sintiendo, pero el hombre hizo como ordené sin mayores objeciones.

–Estoy listo, Luisa…

Era la primera vez que contemplaba su espalda desnuda. Blanca, ancha y decorada con las cicatrices del corsé de las que no hice mención.

–¿Me permite examinarlo?

Él asintió con un ligero movimiento de cabeza.

–¿Es aquí donde le duele? –indiqué presionando la zona del trapecio derecho. Cada roce de mis dedos era resentido con un breve temblor de su parte.

–Sí, sí…

En efecto, el músculo estaba tan tenso que parecía contener una piedra en su interior.

–No se preocupe, esposo mío –declaré con la jeringa lista para su uso–. ¡Llegó el momento de ser feliz!

Un quejido anticipó lo que describiría como un gran suspiro de alivio por la morfina. Luego de cubrirlo con una manta, me recosté frente a él.

–Usted no está solo, Víctor –le dije en un susurro–. No lo olvide.

Él asintió con una sonrisa antes de cerrar los ojos. Quise pensar que algún día terminaríamos riendo de este momento.

–La flor es un tatuaje… –dijo, de súbito.

–¿Cómo?

–Es una amapola para recordar a mis muertos… –agregó, con los ojos todavía cerrados. Su voz adormilada era apenas un susurro.

–Sus padres, Víctor… e Inés. ¿Es así?

La respuesta se la llevó el sueño.

–No importa. No hay apuro. Duerma, mi querido Víctor –susurré y me despedí de él con un beso en su frente–. Tenemos toda la vida para conocernos.

Luisa

Santiago, 20 de agosto de 1914

–¿Primera vez en un coche?

Bastaba mirar los ojos abiertos de mi compañero y sus manitos clavadas a la colcha del asiento para darse cuenta de su inexperiencia con los automóviles.

–Venga conmigo, Totó. ¡Mire la de cosas que están pasando por la ventana!

El pequeñito se aferró a mi cuello con el fervor de un náufrago y sus mejillas sonrosadas quedaron pegadas a las mías. Cómo saltó mi corazón por ese gesto adorable que me hizo sonreír y quedarme quieta para poder alargar ese momento lo más posible. A la más leve sacudida del vehículo, se dejaba escuchar en mi oído su risita nerviosa denunciando alguna falla del pavimento.

Con un pañuelo limpié el vidrio brumoso.

–No tiene pinta de que vaya a despejar…

Desde nuestra ventana, se dejaba entrever un curioso paisaje gris salpicado por los colores de quienes todavía permanecían en las calles y de perros ladrando a las carrozas y bicicletas. A unos metros de nosotros, un hombre cayó al suelo en su intento por colgarse del tranvía y, al presenciar su desgracia, recordé que no hace mucho éramos Totó y yo quienes les hacíamos el quite a las pozas con los brazos cargados de bolsas.

Suave llovizna con ligeras intermitencias aseguraba el pronóstico del diario para lo que terminó siendo un temporal. Copiosas lluvias, augurio de pingües cosechas para los próximos meses, pero un problema para los citadinos. Por las calles ya caían esteros de agua que unos sacos de arena intentan contener sin éxito.

En nuestro improvisado viaje, Totó se dedicaba a contar los sombreros que volaban libres de sus dueños, mientras yo me aferraba a él intentando no pensar en mi próxima e inesperada cita. A todas luces, era una tarde que llamaba a la meditación, a la lectura frente a la chimenea, pero, en cambio, me hallaba en plena carrera por Santiago durante un aluvión. *Una enfermera no debe rechazar un llamado de auxilio*, recordé para mi consuelo. *Menos aún cuando se trata de la familia*.

El *chauffer* aflojó el freno en la esquina de Agustinas con el pasaje Matías Cousiño, frente a un imponente edificio de toques neoclásicos.

–Mi-mi-mi…

–Hotel Milán, pequeño –acoté, un tanto perpleja por el destino de nuestro viaje.

Menudo lugar para vivir. ¡Debe salir carísimo!

Escapé del hechizo del lujo al abrirse la puerta del flamante coche que nos contenía.

–Señora Luisa –dijo el chofer extendiendo un paraguas para mí–. Le ruego me acompañe. La esperan con urgencia.

El rostro del sirviente seguía apresado por la misma angustia que tenía cuando finalmente dio con mi paradero.

–¿Señora Luisa?

Sus cabellos caían pesados sobre su rostro moreno, como lágrimas tristes del cielo que lloraban por él.

–¡Sí, por supuesto! –exclamé enérgica–. ¡Vamos, Totó!

El hotel estaba extraordinariamente concurrido, quizá fuera consecuencia de las lluvias. Mientras esperábamos que el chofer anunciara nuestra llegada en el hall, con Totó tomamos nota del lugar donde nos encontrábamos. Un derroche de luz eléctrica y amoblado fino –bajo un pavimento de mosaico– acusaba un lujo de magnificencia extraordinaria. ¡Qué tonos de luz los de sus mamparas de cristal y qué hechizo el de sus enormes floreros chinos! Cautivos estuvimos de tanta elegancia hasta que un estruendo de risas masculinas nos hizo saltar de nuestros asientos para bajar de las nubes. *¿Provendrán del gran comedor del que tanto se hablaba?*, pensé.

–Señora, ya podemos pasar –dijo el chofer–. Sígame, por favor.

Una soberbia escalinata de mármol nos condujo hasta el segundo piso, destinado a las habitaciones de huéspedes. Tras los pasos del sirviente, llegamos al número veintidós, un departamento con comedor, sala de baño, cuarto de *toilette* y dormitorio, de acuerdo con lo que mis ojos lograron testificar. Muebles, tapices, cuadros, ¡todo era de un lujo oriental! y, por segunda vez, casi creí olvidar por qué me encontraba ahí.

–La esperan en el dormitorio –indicó una criada.

Asentí y me vestí con mi uniforme sobre la ropa. Además de la mujer que me asistía, no había señal alguna de vida, ningún movimiento que hiciera sospechar la presencia del enemigo. Aun así, pregunté:

–¿Don Ramón Santa María y doña Teresa no se encuentran aquí?

El chofer negó con la cabeza, para mi extrañeza.

–Lú…

Totó estaba a la espera de mis instrucciones.

–Totó, usted se queda aquí –dije, muy seria–. Porque a mi regreso quiero tres dibujos bien bonitos, ¿entendió?

Llevar cuaderno y lápices conmigo ya se había vuelto una

costumbre.

–¿Tres? –preguntó el niño.

Elevé la vista al reloj de pared y reconsideré el cálculo.

–Mejor que sean cinco –afirmé–. Y quiero que se ponga estos tapones de cera en los oídos apenas yo haya entrado a la pieza. Bien adentro en las orejas. Le regalo seis dulces para usted y seis más para Rufina si me hace caso, ¿prometido?

Él asintió risueño y el chofer me dedicó una mirada cómplice que correspondí con una venia. Con un último toque de mi prendedor para la protección y un pronunciado toc-toc, anuncié finalmente mi entrada a la alcoba.

–Adelante…

¿Cuántos años habían pasado desde nuestro último encuentro? ¿Un año y medio, tal vez más? Su mirada verde e indefensa me atravesó apenas abrí la puerta.

–Adelaida, hermana, ¿cómo se encuentra?

Ella parecía a punto del sollozo. Sus cabellos rubios se pegaban a su rostro por el sudor y una mueca de dolor coronaba sus labios rojos. No pude evitar abstraerme de su imagen por unos segundos. Ella, que siempre me había parecido tan similar a mi padre por sus ojos grandes y esa naricita perfilada, ahora replicaba todos los gestos de doña Teresa, como si la poseyera su espíritu.

Por eso intuía que sus sentimientos no eran sinceros.

–Hermanita, ayúdeme. ¡Tengo miedo!

Sus lamentos crispaban los nervios de las dos criadas que la acompañaban. Unas muchachas que no pasarían de los quince años.

–¿Es usted su hermana? –preguntó una de ellas, tímidamente.

–Sí, mucho gusto. Luisa Santa María –me apresuré a contestar–. Soy enfermera.

Suspiré, poco después, por el desánimo. Nunca había comentado el asunto de mi profesión con Adelaida y, sin embargo, ahí estaba yo, en su departamento, presta a asistirla en lo que necesitara, ¡como si nos frecuentáramos todo el tiempo! Aunque, por otro lado, no sé de qué me sorprendía. En la familia Santa María Matte los temas incómodos no se hablaban ni se discutían, solo se ignoraban hasta hacerlos desaparecer.

Y eso también incluía a personas como Clara y yo.

¿Será acaso una especie de reconciliación?, pensé, de repente.

–Adelaidita, ¿cómo se encuentra?

Le sonreí buscando aliviar la tensión de su rostro, inútilmente.

–Tengo miedo, Luisa. ¡No me deje sola!

–No se preocupe, Adelaida –dije y me senté a su lado–. Yo la asistiré en todo lo que necesite. ¿Me permitiría examinarla? –con su venia, procedí a descubrir el vientre oculto bajo el plumón para que

mis manos hicieran su trabajo–. Sí, estoy segura, ¡tendrá un parto sin complicaciones!

Ella apenas sonrió con la noticia.

–Señorita, disculpe –dije a una de las criadas–. ¿Sería tan amable de traer toallas limpias, agua caliente y jabón?

–Sí, enfermera, ¡inmediatamente!

La palabra *enfermera* resonó en mi interior.

–Adelaida, ahora voy a tomarle el pulso.

Uno, dos, tres. Apenas cerré los ojos, los recuerdos evocaron mi última conversación con Honorina. *Veinte, veintiuno, veintidós*. La triste noticia de que su cátedra finalizaría antes de lo previsto. *Cincuenta y cinco*. La doctora había decidido regresar a Europa por si su asistencia fuera requerida en el frente. *Setenta, setenta y uno*. Nuevamente volvía a quedarme sin mentor.

–No se preocupe, Luisa, yo os dejaré bien recomendada con un colega mío –recordé que me había dicho no hacía mucho–. Por nada del mundo debéis detener vuestra formación.

Pero la doctora era única en su tipo.

¡Cómo lamentaba que nuestro adiós fuera tan prematuro!

–Ochenta pulsaciones por minuto –confirmé–. Pulso normal.

Los preparativos continuaron bajo el arrullo de una fina lluvia contra los cristales.

–Treinta y siete grados de temperatura. ¿Usted ya se encuentra con contracciones?

–Sí, desde hace horas... –respondió con cierto resentimiento.

Recién en ese momento reparé en la ausencia de Pedro Echeverría, el padre de la criatura, pero tampoco me atreví a preguntar. Y, de repente, caí en la cuenta de que no había fotos, retratos ni objetos personales en el dormitorio.

Adelaida no vivía en el hotel, como yo creía.

–¡Ay!

–Eso, Adelaida, aproveche de pujar. Suelte, suelte...

Pero mi hermana insistía en reprimirse, haciendo fuerza opuesta al instinto que le reclamaba su cuerpo. Temblando de rabia, apretaba los dientes y habría jurado escucharla murmurar algunas maldiciones. Entonces volvía el miedo. Unos goterones salados convirtieron su iris verde azulado en una brillante esmeralda.

–Tranquila, hermana.

Como en sus tiempos de niña, la hice sonreír con un caramelo que llevaba escondido en los bolsillos.

–Todo va a estar bien, no se preocupe. Ahora vamos a acomodarnos para recibir a ese bebé.

Recurrí a mis usuales prácticas en el hospital y, con ayuda de las criadas, posicioné a la joven madre de espaldas y con las rodillas

flexionadas bajo un manto de toallas. En estos últimos años, no había sabido de Adelaida. Cuando nos encontramos en Las Delicias, me negó el saludo y de su embarazo, solo supe por obra de Petronila. Sin embargo, las vueltas del destino me tenían acompañándola en el momento que, según dicen, es el más importante para toda mujer.

–Quiero que se vayan las sirvientas.

Las muchachas me miraron confusas frente a la repentina orden.

–Adelaidita, un poco de ayuda no me sentaría mal, ¿sabe?

Mas la chica rompió a chillar.

–¡No! ¡Quiero que se vayan! –gritó y, haciéndose de un frasco que había cerca suyo, lo tiró al piso para alejarlas–. ¡Que se vayan!

¡Ay, misericordia! Un ataque de histeria era lo menos apropiado para esos momentos.

–¡Basta, Adelaida! –declaré con voz firme–. Es menester que se calme.

Ella me miró y sus ojos volvieron a anegarse de lágrimas.

–Hermana, dígale que se vayan. ¡Quiero estar solo con usted!

No me quedó más opción que despachar a las criadas muy a mi pesar.

–Adelaida, ¿quiere que le prepare un té de manzanilla? ¿Pido otra almohada para su espalda?

Pero todo me lo negaba la muchacha, que no dejaba de gimotear sumida en la más profunda angustia. Y así, cuando alzaba la vista rogándole al Todopoderoso para que me echara una mano, reparé en una magnífica vitrola. Reminiscencias de mi trabajo temporal de costurera volvieron a mi mente y entonces recordé cuánto agrado nos producía trabajar con música. Sin pensarlo dos veces, me instalé al lado de la máquina y mis dedos recorrieron curiosos los discos del repertorio, mientras Adelaida me observaba sin decidirse a si seguir llorando o preguntarme qué diablos estaba haciendo.

Di unas vueltas a la manilla y, amparada por un buen pulso, la aguja cayó sobre el disco en perfecta sincronía. Mi hermana reconoció de inmediato las dulces notas de la melodía.

–«Claro de luna», de Debussy.

–Así es, Adelaida. ¿Se acuerda cuando la interpretaba en las tertulias?

–Por supuesto. ¡Qué lindo tocaba usted!

Asentí con una sonrisa y aproveché su buen ánimo para continuar con mis labores de asistencia. Una breve inspección de tacto vaginal reveló que el bebé se encontraba de cabeza y una dilatación del útero de unos ocho centímetros.

–Adelaida, querida, todo parece indicar que su bebé llegará en una hora, quizá menos…

Fueron palabras de aliento que no hicieron más que despertar el

llanto, que ya creía dormido.

–Pero, Adelaidita, ¿me va a decir lo que le pasa?

–Es que Luisa... yo... yo...–se abalanzó hacia mí en un abrazo–. ¡No quiero ser madre!

Atrapadas por el libreto de la vida, repetíamos casi las mismas líneas de esa noche de 1912 que cambiaría nuestros destinos. Me parecía estar viéndola vestida como una princesa –con sus diecisiete años recién cumplidos– aferrada a mi cintura con esas mismas lágrimas de un «no quiero» en alusión al padre de la criatura.

–No quiero, ¡no quiero ser madre! ¿Qué voy a hacer?

En sus lágrimas no veía más que el reflejo de las propias frente a la doctora Honorina, rogándole para que se quedara en Chile. Súplicas egoístas con las que le contaba de las innumerables veces que me habían rechazado antes de encontrarla.

–Pero, Luisa, hija de mi vida, no llore. Son las dificultades las que nos hacen más fuertes. Si sabéis lo que queréis, lo demás se dará por añadidura. Ya os dije que os dejaré bien recomendada si esa es su preocupación. Si eso es realmente lo que queréis...

Mis recuerdos trajeron consigo dolor y agobio.

–Luisa, ¿encontró ya su vocación?

Y, al igual que mi hermana, mucha rabia.

–Yo solo quiero operar, doctora.

–¿Solo eso? Disculpe, pero no le creo. Si es por eso, ahora mismo os paso un bisturí y se pone a abrir muertos en la morgue. ¿Meditó, acaso, en aquello que os inspira a querer practicar la cirugía?

–Sí, pero ¿de qué sirve ponerle rostro a esa meta si no puedo ayudar a la persona que quiero? ¡No existe nada en la Medicina que me permita ayudarlo!

–¿Y eso qué importa, Luisa? Vivimos precisamente para crear lo que no existe, ¡lo que parece imposible! Me cago en Dios, ¡cuánta arrogancia hay en sus palabras! La ciencia avanza a diario, pero ya habláis como si lo supierais todo. Recordad esto: nunca dejaréis de aprender y descubrir.

La mirada de Honorina me desafiaba.

–¡Venga, os comprendo! La vida no es como querías. Entonces, ¿qué vais a hacer al respecto?

Dejé mis pensamientos atrás y volví con mi hermana.

–¡No quiero este bebé!

Los dedos de Adelaida se clavaron en mi brazo por efecto de una contracción.

–¡No quiero! ¡No quiero!

–Pero, Adelaida, ¿y qué quiere, entonces? –tomé su rostro entre mis manos y la obligué a mirarme cuando le dije–: ¿Es que prefiere ver muerto a su bebé?

Mi horrible sugerencia evaporó sus lágrimas, pero también despertó los sentimientos que creí vislumbrar en mi llegada.

–¡Yo no quería tenerlo, Luisa! –reclamó, furiosa, y me apartó con un manotón–. ¡No quería casarme! Se lo dije con lágrimas en la fiesta, pero usted no hizo más que confabularse con Petronila para que yo siguiera con el compromiso.

Nuevo ataque de nervios y llanto. El resentimiento que la joven guardaba finalmente salía a la luz, pero no me sorprendió, incluso lo esperaba. Yo también llevaba muchos años cargando con la culpa de no haberle sido sincera esa noche.

–Perdóneme, querida Adelaida.

En la profundidad de mi ser, había algo que temblaba.

–Debí respetar sus deseos de no casarse, pero tenía miedo de nuestros padres. Esa noche de fiesta, todos la esperaban para el anuncio del compromiso –me llevé la mano a la garganta apretada. Realmente no supe qué hacer más que animarla a continuar.

–¡Me mintió, Luisa! ¡Me dijo que yo sería muy feliz con Pedro!

–Sí, es verdad, pero también le ofrecí fugarse conmigo y comenzar una nueva vida en San Bernardo –expuse con firmeza–. ¿Se acuerda de eso también? ¿En la fiesta de los Concha-Cazotte? Y si era tan infeliz, ¿por qué accedió a todos los regalos que le dio Echeverría y a ese viaje a Europa que incluyó a nuestros padres?

Aquello disgustó a la muchacha de sobremanera. Al igual que me ocurría a mí con la Medicina, ella no veía solución alguna a sus problemas.

–Odio esta vida… odio…

Las contracciones se volvieron más seguidas y le dificultaron el habla, así que desistí en mis argumentos.

–Adelaida, por favor, no sigamos peleando. Es menester que se calme porque ese bebé tiene que nacer y no hay nada que usted pueda hacer para impedirlo. Sin embargo, no tiene por qué fingir amarlo si no lo siente así.

Mis últimas palabras calaron hondo en su corazón. Por primera vez en nuestro encuentro, se suavizaron sus facciones y carácter.

–Así es, Adelaida –insistí, mirándola a los ojos–. Nadie puede obligarla a ser madre si no quiere… Pero este niño tiene que nacer.

Fui en busca de mis guantes y me coloqué en posición para recibir al bebé. Sobre la cama, una jeringa con anestésico ya estaba lista en caso de necesitarla.

–Pero si sale negro, no lo quiero.

Moví la cabeza con incredulidad. *Negro*, repetí en mi conciencia, intentando darle sentido a lo que había escuchado. *¿Se referirá a los bebés cianóticos? ¿Cuando nacen con tonos azulados por el frío?* Las palabras de mi hermana solo confirmaron mis peores temores.

–Luisa, si sale oscuro, se lo regalo. O lléveselo lejos, ¡se lo ruego! Diga que el bebé murió en el parto.

Me fue imposible hacer oídos sordos frente a esa horrenda declaración. De un salto, me levanté de mi asiento y la enfrenté con mirada inquisidora.

–Adelaida, usted no está hablando en serio, ¿verdad?

Mi hermana, cada vez más parecida a mi madre, desvió la mirada con desdén. Ese gesto lo confirmó todo y, en mi incredulidad, creí perder el aliento. Ni siquiera Teresa había renegado de su hija morena. ¿Sería acaso esto obra de Pedro Echeverría?

–Adelaida...

Mi cabeza daba vueltas, como en el entorpecimiento que llega al despertar de una pesadilla, así que me busqué en los reflejos de los cristales para confirmar la verdad más obvia.

–Usted se da cuenta de que yo, su hermana, soy morena y también lo es su padre, por muy azules que él tenga los ojos. Entienda que por herencia familiar hay muchas posibilidades de que su hijo salga moreno.

La mirada de la joven quedó suspendida en el vacío. Sus pupilas, totalmente dilatadas, fueron de un lado para otro navegando en profundas cavilaciones, hasta que un alivio se reflejó en su rostro.

–¿Se siente bien, Luisa?

Yo, que no dejaba de observarla, noté con incredulidad que la joven, incluso, sonreía.

–¿Ah? Sí, lo estoy. Dispénseme, solo necesito un poco de aire.

Me aproximé a la ventana y cerré los ojos mientras una brisa fría me abrazaba y una serie de imágenes empapaban mi mente. Mi salida con Totó y el automóvil que se paró a nuestro lado. Reviví la mirada del chofer, sus ojos cargados de angustia y esta habitación de hotel, blanca y sin recuerdos. Mi hermana en su parto, sin la compañía de mi madre que la adoraba ni de su esposo, que, pese a todos sus defectos, la tenía en un altar.

Abrí los ojos, clavada por la flecha de la verdad.

–Ya veo. Esa criatura que está por nacer no es de Pedro.

Adelaida, al escucharme, se puso a chillar.

–¡No lo sé!

Y, otra vez, me vi en ella.

–No lo sé, doctora. No lo sé... Es complicado.

–Pues claro que lo es, Luisa. Tendríais que venir a España para seguir trabajando conmigo, pero, a cambio, os ofrezco un cupo en la universidad. Es usted una mujer brillante y le debo la vida a su marido. Tengo contactos, mi querida, y varios favores me debe el rector.

–Tendría que hablar con Víctor, dejar nuestra casa acá. Incluso

vivir sola...

Honorina ignoró mis reproches.

–¡Menuda suerte tiene, hija! Hace apenas cuatro años que el rey Alfonso XIII reconoció oficialmente el derecho de las mujeres a asistir a la universidad. Cuando Dolors Aleu y yo iniciamos nuestros estudios, no podéis imaginar cuántos sacrificios tuvimos que hacer para lograrlo. Supongo que ya se enteró de que para la doctora Marie Curie tampoco fue fácil. ¿Confirmó que recién a los veinticuatro años pudo entrar formalmente a la Universidad de París? Mientras estuvo en su país natal, sus estudios fueron clandestinos.

Y yo no hacía más que asentir y tragar saliva, sintiendo que el mundo se me venía encima.

–Luisa, ¿sabéis cuál es vuestro problema? Creéis que la vida es una línea recta hacia vuestros sueños y os espantáis al comprobar que, de línea, ¡no tiene nada! Peor aún, pensáis que no deberíais tener problemas cuando son ellos los que os permiten crecer. Como mujer, ya deberíais saber que en la vida nos sobran.

La doctora comenzó a zigzaguear con sus manos hasta llegar a mi corazón y, entre empujones, me dijo:

–¿No puede viajar a España? Pues bien, busque otra forma, pero, busque, busque, ¡busque!

Volví de nuevo al presente.

–¡Ayúdeme, hermanita!

Adelaida, aquejada por las contracciones, tiraba de mi mano.

–¿Qué puedo hacer? No lo quiero, no lo quiero.

Miré largamente el rostro de la joven, hermoso como un objeto de arte. Su piel blanca, su cabello dorado y esos ojos de prado verdes solo para descubrir que ella, Javier y yo éramos iguales. Unas meras hojas a merced del viento que les saliera al paso. Frágiles, miedosos y profundamente amargados por un destino que creíamos no controlar.

Sentí mi corazón volverse loco.

–Adelaida, por favor, escúcheme con atención.

Sentía que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

–Hermana, yo le juro que... –declaré y con una larga inspiración me armé de valor–. Si su bebé sale negro como usted dice y tanta aberración le da quedarse con él, yo me haré cargo. Es mi sobrino después de todo y con Víctor le daremos el hogar que se merece. Lo amaremos como si fuera hijo de nuestra sangre.

Al ver cumplido su deseo, cesaron los gritos y las lágrimas. Entonces volví a mi posición, desinfecté los guantes rápidamente y me preparé para recibir al bebé. Tal como lo presentía, su cabecita ya se asomaba.

–¡Vamos, Adelaida! Puje, puje.

Por primera vez desde mi llegada, mi hermana y yo trabajábamos

juntas y mi corazón saltaba pensando en que podría llegar a ser madre, en Víctor, en mi carrera de enfermera y en ese enorme deseo de seguir creciendo profesionalmente pese a todas las dificultades que tendría que pasar. Mis manos temblaban. Con una compresa limpia, presioné la zona del periné y me preparé para la inminente salida de la cabeza.

Los cabellos oscuros del bebé se revelaron ante mí.

–¡Puje, Adelaida! Debe hacerlo en el momento en que siente la contracción. La cabeza del bebé ha coronado y pronto se realizará el desprendimiento completo.

Con la mano izquierda tomé la cabeza del bebé y con la mano derecha fui liberando su pequeño rostro.

¡Es moreno!, verifiqué al borde de la emoción.

Revisé el cuello fetal buscando la presencia de circulares de cordón y, al no encontrarla, continué con la extracción de los hombros. Al deslizar mi mano por su espalda, el nacimiento se dio por completo y un llanto cristalino hizo eco por toda la habitación.

–¿Cómo está? –dijo su madre al sentir su voz.

En todos los partos que había asistido, tenía la costumbre de colocar al bebé sobre el pecho materno. Sin embargo, este fue la excepción. Me negaba a soltarla. Era hermosa y en sus ojos prematuros ya se vislumbraba el color propio de los Matte.

–El bebé está en perfectas condiciones, Adelaida…

Me acerqué a mi hermana y, desde las alturas, la miré desafiante.

–Pero ha salido de tez oscura y mujer.

La bebé soltó otro sollozo y las dos lo resentimos de distintas maneras.

–Por favor, Luisa, déjeme verla.

Contra mis deseos, se la entregué sin emitir comentario. Adelaida temblaba con el bebé en brazos y la contemplaba, sin decidirse a besarla o proporcionarle caricia alguna. Si hubieran sido otras las circunstancias, podría haber sido una hermosa escena.

–Adelaida, ¿me la llevo?

Los ojos de la joven brillaban y de sus labios apretados no salió palabra.

Estiré los brazos y repetí la pregunta.

–¿Me la llevo?

Tal como pensaba, la vida volvería a decidir por ella. Me llevaría a su hija y Adelaida no haría nada al respecto. Lentamente, mis manos fueron buscando el cuerpecito del bebé hasta tenerlo de regreso junto a mi pecho. Ella me sonrió y recordé a Totó. Tan pequeños los dos y poseedores de una luz increíble.

Mi hija. Por ella lucharía hasta cumplir todos mis sueños.

–¡No se la lleve!

Adelaida lloraba desconsoladamente y estiraba los brazos hacia mí.

–No, por favor.

Me negué rotundamente. Un bebé no era un capricho del que uno pudiera disponer según el ánimo.

–Por favor, Luisa. Deme a mi hija.

¡Maldición!, pensé, y me aferré con más fuerza a la niña. Sin darme cuenta, mis lágrimas cayeron sobre sus tiernas mejillas.

–Pero si usted no la quiere… –exclamé.

–¡Es mi hija! ¡Es mía!

Cuán grande fue mi dolor al escucharla. Apenas unos minutos me habían bastado para amar a ese pequeño ser hasta lo indecible.

–Prométame que la va a amar incondicionalmente –exclamé, herida–. Pase lo que pase.

–Sí, se lo prometo.

–Adelaida, hablo en serio.

La muchacha gimió al ver que me alejaba.

–¡Se lo juro! ¡Se lo juro!

Quise morir yo también. Contemplé a la bebé por última vez y en un susurro le dije que la amaba hasta que volvió a los brazos de su madre, quien la atrajo hacia ella de un tirón, temerosa de que pudiera llevármela de nuevo.

De pie junto a la cama, inmóvil, las contemplé mientras mi mente divagaba sobre la vida que podría haber tenido.

–Adelaida, ¡Adelaida, mi amor!

Reconocí la voz en el acto. Las puertas del dormitorio se abrieron de par en par para dejar pasar a Pedro Echeverría. Las canas que ahora asomaban por sus sienes lo hacían ver aún más viejo.

–¿Ese es nuestro hijo? –preguntó, emocionado, mientras alzaba al bebé en sus brazos y lo llenaba de besos. El hombre no daba más de alegría.

–Es una niña, papito.

–¡Mira, si tiene tus ojos, hijita! –exclamó–. Es tu copia, como dos gotas de agua.

Para el padre, el color de piel ni siquiera valió una mención.

–Hijita, no sabe cuánto la he buscado. Si no fuera por la señora Delpino que la vio entrar al hotel.

–¡Me pilló de sorpresa el parto, querido! –Adelaida empezó a gimotear otra vez. Eran lágrimas blancas, de mentira–. No tuve tiempo de avisarle a nadie. Apenas a mi hermana…

–No llore, hijita. La entiendo perfectamente y, temiendo lo peor, he traído conmigo al doctor Correa, amigo de…

Mi hermana sonreía. Quise creer que lo hacía con sinceridad.

Con la tranquilidad de que Adelaida y mi sobrina serían asistidas en lo que quedaba del alumbramiento, opté por retirarme de la

habitación y fui en busca de Totó para poder estrecharlo en mis brazos y decirle cuánto lo extrañaba. Sin embargo, la duda abundaba en el rostro del niño.

–Venga, Totó. No tenga miedo.

Era lógico y triste a la vez. Era el primer abrazo que yo le ofrecía.

–Lú, Lú.

El niño, enternecido, corrió hacía mí para regalarme sus besos y un montón de dibujos de su querida Rufina, que bien recompensé con los dulces prometidos y un secreto al oído, ya de regreso en el auto.

–Totó, me convertiré en doctora cueste lo que cueste.

Sus ojos grandes brillaron y, en su felicidad, se puso a reír y a saltar.

–Shhh, que es un secreto –le recordé.

–Se-cre-to… –repitió en complicidad.

No pudimos contener la risa y así nos despedimos a las puertas del hogar de niños.

–Totó, ¿no le gustaría dormir en mi casa esta noche?

El niño dudó por unos segundos y luego negó con su cabeza. Alguien parecía esperarlo escondido tras la puerta.

–Rufina… –murmuré.

Él asintió y, luego de lanzarme un beso, desapareció tras la puerta.

–Buenos noches para ti también, Totó.

El viaje de regreso fue tranquilo. La lluvia amainó y al llegar a casa un telegrama desde Concepción me esperaba con noticias de Petronila. Su criatura también había nacido, perfecta y vigorosa. Un niño de nombre Iberlindo del Rosario Muñoz Muñoz.

La vida y sus vueltas. Con la vista clavada en el atardecer, me pareció vislumbrar una nueva vida para mí y mi corazón vibró expectante por lo que me esperaba. ¡Vaya día! Aun con sus tristezas, no lo cambiaría por nada.

–Buenas noches, Luisa.

Víctor me encontró así, mirando por la ventana. Sus manos rodearon mi cintura y sin pensarlo siquiera, nuestros besos se extendieron hasta ese punto en que anhelábamos la piel del otro. Entonces, como siempre, escuché el miedo de sus labios.

–Lo siento, Luisa. De verdad, no puedo. No me atrevo. Mi cuerpo…

La vida y sus vueltas. Después de todo, puede que todo sea un tema de perspectiva. *¿Esperaré por un milagro o lucharé por lo que quiero?*

–Víctor, tranquilo. No le quitaré una sola prenda de su cuerpo.

Sus ojos claros fueron tomando nota de cómo mis manos iban despojándome de los vestidos frente a él. Una danza lenta a la que pronto se unieron sus dedos, luego de que un susurro al oído le preguntara: «¿Me deseas?».

A partir de entonces se inició un juego divertido de caricias al que me entregué con los ojos cerrados, ya tendida sobre su cuerpo. Sus besos revolvieron mis cabellos mientras nuestros gestos, cada vez más vehementes, dieron paso a unos gemidos libres y atrevidos como un canto. Entonces tomé su mano y la guié buscando mi placer. Sin embargo, tal precaución fue innecesaria. La torpeza de los hombres de la que me había advertido mi abuela eximía a quienes saben dónde y cómo tocar un cuerpo que es idéntico al suyo.

Luisa

Santiago, 15 de septiembre de 1914

Sin lugar a dudas, el encuentro con mi hermana había sido revelador. Por mucho tiempo, el miedo a equivocarme me retuvo en sus garras, pero el simple acto de decidir me proporcionó un alivio inmenso y claridad para poder enfrentar el porvenir. La vida, como nunca antes, se deslizaba tranquila desde que renació la idea de convertirme en doctora.

Sin embargo, era menester un plan.

Atrás habían quedado los proyectos brotados de un mero impulso. Decidí entonces que lo más sensato era actualizar mis conocimientos para la prueba de bachillerato en diciembre y, si esto fallaba, manifestaría a Víctor el deseo de trasladarnos a España, aunque esto retrasara mis planes de estudio en uno o dos años más. Vivir en Europa no era una cuestión para tomar a la ligera y con nuestras entradas económicas no iríamos precisamente a vivir el gran tour que hacían los chilenos de clase alta.

Eran ambiciones que dormían en mi pecho esperando el momento preciso para compartírselas a mi marido, pero, y tal como se lo había prometido a Totó, me convertiría en doctora a como diera lugar.

Aritmética, historia, gramática. Revisé una vez más los libros recién comprados que descansaban en mi bolso y que creí nunca más volver a ver. En sagrada invocación, como lo hice tantas veces en mis épocas estudiantiles, traje a la memoria a don Arturo Prat para infundirme fuerza.

–Luisa, la contienda es desigual, pero ánimo y valor –declaré mientras buscaba la llave en mis bolsillos–. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y ¡espero que no sea esta la ocasión de hacerlo!

Mis boberías me hicieron reír regocijadamente, tanto como para hacer temblar mi mano en sus intentos por acertar al agujero de la cerradura.

–¡Al abordaje!

La primavera había comenzado a dar sus primeras señales en Santiago, reverdeciendo sus árboles y floreciendo sus rosas y violetas en el aire. Contenta de mí misma y canturreando con un aire de *music hall,* ingresé a la casa.

–Hola, ya llegué.

Mi anunció quedó flotando. Una casa silenciosa hasta el fastidio germinó en mi corazón una incómoda incertidumbre.

–¿Rosenda? –pregunté en un susurro. Su acostumbrado «¿quién llama?» solo se dio en mi imaginación.

Despojándome de mi abrigo y sombrero, avancé por el pasillo hasta llegar al comedor. Carmela y Totó conversaban en la mesita de servicio, donde pude divisar unas galletas y un vaso de leche, las favoritas del niño, pero una extraña colación para esas horas.

Escondí entonces el paquete que llevaba tras mi espalda y con el índice sellando a mis labios, le pedí a la criada que no hiciera alarde de mi presencia. Solo entonces anuncié:

–Totó, ¡adivine qué he traído para usted!

El rostro tristísimo del muchachito me salió al encuentro. Todavía se marcaba en sus ojos hinchados el resabio de un llanto.

–Pero, mi niño –sentí un dolor en el pecho–. ¿Qué le pasó?

Él bajó la mirada en un llanto ahogado y silencioso. Incrédula frente a lo que presenciaba, busqué respuesta en Carmela.

–¡Ay, señora Luisa! –exclamó en un doloroso suspiro–. ¡Quedó la grande mientras usted estaba de compras!

–Pero ¿por qué?

–Don Víctor puso a Rosenda de patitas en la calle.

Enmudecí sin dar crédito a lo que escuchaba. Mi marido, el que tanto honraba a la clase trabajadora, jamás procedería de esa manera y menos por el carácter soberbio de una muchachita. Carmela me dedicó una mirada abatida. Quizá, por lo mismo, se limitó a decir:

–Totó, querido, muéstrele sus brazos a la patrona.

La gravedad de la situación la leí toda, en un segundo, en la imagen que se desplegaba frente a mis ojos, que, incrédulos, testificaron un rosario de moretones que se dibujaba en los brazos del niño.

–Ay, Dios mío.

Fui por mi maletín y de rodillas frente a la criatura, limpié sus mejillas surcadas de lágrimas. Una pomada de árnica parecía ser el mejor remedio dadas las circunstancias.

–Tranquilo, Totó, yo le voy a quitar el dolor.

Cada contusión se clavó en mi pecho como un puñal, que, para mi asombro, también se extendían a la espalda. Pensando, me extravié en horribles divagaciones. *¿Hace cuánto estaba ocurriendo este abuso frente a mis ojos? ¿Se daría cuando Rosenda iba al mercado?* Y la peor de todas: *¿Cómo dejé que pasara esto?*

–Ay, mi querido Totó –susurré.

Carmela se acercó a mi lado y en susurros, me dijo:

–Señora Luisa, don Víctor pilló a Rosenda precisamente cuando le azotaba la espalda con una varilla. Y ahí mismo tiró a la muchacha de

un brazo, la hizo buscar sus cosas y la echó a la calle. Aunque estoy segura de que le pagó su sueldo. Yo… disculpe que no me haya dado cuenta.

–Ay, Carmela, yo tampoco lo noté. Creí que todo no había sido más que un par de coscorrones.

Totó había dejado de llorar. Su carita pálida, atenta, me observaba. Entonces lo tranquilicé asegurándole que nadie en la casa volvería a levantarle la mano. «Desde hoy, será una de las reglas del hogar Viviani-Santa María», declaré en voz alta para que Carmela también lo tuviera claro. «¡Nada de nada! ¡Ni siquiera un coscorrón!». Tanto Víctor como yo éramos abiertos detractores del maltrato físico a los niños, aunque eso nos hubiera costado varios debates con amigos y cercanos.

Con deseos de dejar atrás el mal momento, recordé el regalo que le tenía reservado y extendí el paquete frente a él.

Sentí un gran alivio al verlo sonreír otra vez.

–¿Le gusta? Vamos, pruébeselo. ¡Ah, pero qué bien le queda!

Totó volvió a sus aires coquetos para modelar la gorra, que Carmela y yo celebramos con sentidos aplausos. Por desgracia, sus rizos castaños ya no existían para complementar tan elegante accesorio, que más bien ayudaba a ocultar la cabeza rapada que el hogar de menores había dispuesto para él. Pobre Totó, ¡cuántas penurias le había tocado vivir en los últimos días!

–No se preocupe, mi niño –le aseguré –. El pelo crece muy rápido.

Él asintió y, con sus brazos, rodeó mi falda en un abrazo. Cuando intentaba corresponderle con caricias que no lastimaran su cuerpecito adolorido, recordé su resistencia a ser abrazado en el hotel.

Carmela también quiso animarlo y, sonriendo, le dijo:

–Pero qué niño más consentido. Le dejan comer el postre antes del almuerzo y ¡más encima recibe regalo!

Bajo un pañuelo oculté cuidadosamente unas lágrimas furtivas.

–Gra-ci-as… –dijo Totó con sus ojitos rasgados en señal de alegría.

Asentí y lo animé a seguir comiendo.

–Sírvase las que quiera que después le preparamos un paquetito a su Rufina.

Dicho y hecho, el aviso estimuló el apetito de la criatura y con Carmela celebramos la gracia.

–¡Este Totó! –exclamó la criada–. Está hecho todo un don Juan…

Reímos y luego, meditando un instante, señalé:

–En fin, Carmelita, yo voy a dejar estas cosas al dormitorio y bajo para que almorcemos todos juntos.

–Señora, sería tan amable de avisarme si don Víctor también se suma para poner un puesto más a la mesa.

La miré extrañada.

–¿Cómo? ¿Es que mi esposo sigue en casa? ¿No se ha ido a su reunión con los Pascucci?

Temiendo que sus próximos comentarios preocuparan al niño, la muchacha me apartó de su lado. Unos sombríos pensamientos le pesaron en el rostro cuando me dijo que el patrón no se encontraba bien.

–Señora Luisa, si no es indiscreción de mi parte, déjeme decirle que Rosenda le propinó al señor un empujón de los buenos antes de irse, ¡era tal la cólera de la muchacha! –su mirada se agitó de repente–. Pero la mueca de dolor de don Víctor fue, como decirle, desproporcionada. Por favor, no le diga que yo le conté esto.

–Guarde cuidado, Carmela. No emitiré comentario.

Con resignación primero, con pesimismo después, subí la escalera con lentitud. Totó, ahora Víctor. Con cada escalón, sentía cómo mi espíritu flaqueaba y el sentimiento solo se intensificó al llegar al segundo piso.

Si es otro dolor de espalda, no pienso pasar por el mismo calvario del otro día, juré entre relinchos. *Pinchazo de morfina y ¡arreglado el asunto!*

Toqué la puerta para anunciarme.

–Víctor, soy yo. ¿Puedo pasar?

Pero nada, así que repetí la operación.

–¡Ya pues, Víctor! Soy yo, Luisa.

El hombre permaneció callado.

–Voy a pasar –anuncié en voz alta–. Después no diga que no le avisé…

Enmudecí, perpleja al encontrarlo inconsciente sobre el piso.

–Víctor, ¡Víctor!

Corrí a su lado y, como no respondía a su nombre, presioné con mis dedos sobre su clavícula. Sin embargo, tampoco reaccionó a este estímulo.

Me concentré en lo esencial: Víctor respiraba y su pulso parecía estable, aunque con una leve baja de presión, por lo que procedí a colocar sus piernas en alto, sobre un par de cojines, para que la sangre se concentrara en la cabeza y se llevara su palidez.

–No hay rastro de hemorragias ni heridas externas –en mi examen, las manos no dejaban de temblar–. Esto debe ser producto del cansancio.

La espera por su recuperación, que habrá durado unos minutos, me dio la sensación de eternidad.

–¿Luisa?

–Sí, Víctor, soy yo. Aquí estoy.

No podía dejar de mirarlo sin sonreír y él a mí.

–¡Qué susto me ha hecho pasar! –exclamé, riendo nerviosa.

Sin embargo, su hermosa sonrisa no duró mucho. Cuando creí que ya había pasado lo peor, un dolor contrajo su rostro en una mueca horrible.

–Es el pecho, Luisa. Creo que todavía me duele.

Lo ayudé a trasladarse hasta la cama y fui en busca de un té con harta miel. Entre sorbo y sorbo, y sin guardarse detalle, el joven me relató el episodio con Rosenda sin omitir el empujón que la chica le propinó antes de irse. La honestidad sobre su malestar me conmovió.

–Fue tal el dolor que me desmayé apenas alcancé el dormitorio...

Intimidado por mis ojos inquisidores, Víctor se concentró cada vez más en su taza de té, hasta que me fue imposible no poner en palabras lo que ambos ya sabíamos.

–Usted entiende que tengo que revisarlo, ¿verdad?

–Pucha, Luisa.

–Pucha, Víctor.

La promesa de un examen rápido terminó por convencer a mi paciente, que, muy a regañadientes, se liberó de la camisa y del corsé mientras su esposa se tapaba los ojos con una almohada.

–Estoy listo.

Las cicatrices producidas por el viejo corpiño y los vendajes no fallaban en estremecerme, pero no dije nada. *Enfócate en lo importante*, me repetí, mientras realizaba un tacto muy suave sobre la espalda. Y, con el mero roce, el hombre saltaba en su lugar como un gato salpicado por agua.

–¿Le duele aquí?

–No.

Desde el primer momento, tenía claro que el dolor no radicaba en esa zona. Sin embargo, no había ganado la confianza del joven para que me permitiera avanzar.

–¿Duele aquí? ¿Y aquí?

Víctor, aferrado a una almohada, miraba en dirección a la puerta cada dos minutos.

–Querido, le he puesto llave a la puerta –insistí–. Quédese tranquilo.

Llegó el momento de continuar el examen sobre su pecho. Mi sugerencia, no obstante, desató una nueva resistencia y alejé mis manos. Agitado por las circunstancias, lo escuché tomar aire.

–Ah, ¿para qué seguir engañándose? –señaló en su derrota, todavía de espaldas hacia mí–. Luisa, mi amor, deme su mano.

Siguiendo sus instrucciones, lo rodeé con mis brazos y esperé que sus manos guiaran las mías, que temblaban contra mi voluntad, al igual que mi corazón, tan descarriado que amenazaba con terminar el silencio que se había dado entre los dos. Agobiada por las emociones, finalmente opté por cerrar los ojos y esperé.

–Es aquí… –lo escuché decir–. Es el que me duele.

Abrí los ojos. Un bulto del tamaño de una almendra, rígido y de forma irregular, yacía contenido entre mis dedos.

–¿Y? –preguntó.

Agradecí que Víctor no pudiera verme el rostro e intenté disipar mis miedos con preguntas de rutina sobre la hinchazón, el color de la piel alrededor del pezón, si había secreción, hace cuánto. Mi tono se volvió neutro, como si fuera el de otra persona.

Mi esposo solicitó mi otra mano.

–Y este es el otro bulto.

Para mi alivio, la protuberancia del seno izquierdo era pequeña e indolora. Como última precaución, confirmé que los ganglios permanecían inalterados. Mantuve la calma y esperé que el señor se vistiera sin corsé o vendaje de ningún tipo. Le aseguré que con el abrigo puesto no había de qué preocuparse.

–Víctor, mi amor.

Parecía que nuevamente nuestras miradas decían más que las palabras.

–Es cáncer, ¿verdad? –preguntó.

Y como no dije nada, luego escuché.

–Me lo merezco.

–¿Cómo?

–Bueno, ¡qué tanto! De algo hay que morirse.

Toda la entereza que había logrado alcanzar se esfumó con sus palabras. De pie frente a él, pálida de rabia y pena, lo enfrenté.

–Usted no me puede decir eso. No puede ser tan egoísta. ¿De verdad se va a dejar morir?

Él me miró conmocionado.

–¡No, no quiero !–exclamó–. Pero, dígame, ¿es que hay algo que podamos hacer?

–¡Por supuesto que sí! Lo primero es confirmar el diagnóstico. Hay muchas probabilidades de que sea… no sé, una infección o quistes, ¡realmente pueden ser tantas cosas! Necesito hacerle una radiografía.

Buscando ideas, comencé a dar vueltas por la habitación. No me daría por vencida.

–Pero, Luisa, usted sabe que no puedo entrar a un hospital.

–Lo sé, lo sé.

Con la vista puesta en lo alto y sin dejar de dar vueltas, rogué al Todopoderoso y a la Divina Providencia para que me señalaran el camino a seguir y lo hice con tanto fervor, que se iluminaron mis sesos con la estrategia más ingeniosa.

–Oh… –susurré.

–¿Oh? –cuestionó mi marido.

Pero con la ocurrencia llegó también el suspiro. A mi compañero

no le gustaría para nada mi propuesta.

–Está bien, Luisa –dijo con ánimo sosegado–. Dígame lo que está pensando. Confío en usted.

Sonreí, emocionada por su apoyo.

–Pero... –expuso, antes de que pudiera decir «agua va»–. ¿Y qué si el diagnóstico es malo? ¿Qué haremos?

–Bueno, Víctor, ¿y qué pasa si no lo es? Lo que sí puedo decirle es que esta será la última vez que tendrá que pasar por esto.

Había jurado hacer planes antes de mi anuncio, pero mis ansias por verlo contento me vencieron.

–¡Sí, señor! –exclamé con optimismo–. Jamás volverá a sentir miedo de entrar a un hospital porque yo estaré para atenderlo.

Él me observaba sin entender.

–La próxima vez que tenga una emergencia así, tendré los conocimientos para atenderlo como corresponde –insistí intentando ordenar mis ideas–. Víctor, lo he decidido, ¡me convertiré en doctora! ¡Lo haré cueste lo que cueste!

Tal como lo intuía, la declaración causó tal impacto en mi marido que disipó todo asomo de preocupación en su mirada y la colmó de asombro y una incipiente alegría que se debatía en sus labios.

–¿Habla en serio, mi amor? –preguntó, casi en un grito.

Asentí, orgullosa.

–Víctor, después hablaremos largo y tendido sobre eso. Ahora la urgencia es otra, ¡hay mucho por hacer!

***

A lo largo de la calle Amunátegui se escuchaba el trepidar de los motores que pasaban por nuestro lado. Lujosos carruajes, todos muy modernos con su arranque eléctrico y capota abierta, pero inservibles para nuestros propósitos.

–¡Oh, ahí viene uno! –le comenté a Víctor–. ¡Pare, cochero!

Un carruaje a caballos se acercó al olfatear la demanda de una carrera y, en su indolencia, el chofer se dio el lujo de mirarnos de arriba abajo para catear la indumentaria de sus futuros visitantes.

No alcancé siquiera a nombrar el destino de la carrera. «Ocupado», tuvo el descaro de decir el señor, y se fue sin más.

–Ma vaffanculo, brutto coglione!

–¡Víctor, compórtese!

–Pero, Luisa, ¿qué razones tenía el hombre para no parar el coche? –reclamó en italiano, como siempre que se ponía en extremo nervioso.

–Pues...

Preferí no hacer referencia de los brazos cruzados y el aura de

rabia que irradiaba mi acompañante. Las circunstancias eran comprensiblemente difíciles para él.

–¡Mire, aquí viene otro con caballos!

Levanté la mano. Mi llamado fue atendido en el acto.

–Enfermera, ¿a dónde la llevo?

–Al hospital San Vicente de Paul, caballero.

Con la venia del señor del gremio cocheril, nos acomodamos en el interior para un viaje discreto y libre de miradas.

–Vaya usted despacio, que la señora está enferma... –indiqué antes de cerrar la puerta.

El chofer asintió, un tanto malhumorado ante las exigencias de su cliente. Aun así, le sonreí, y así también lo hice con Víctor, que, ofuscado, evitaba mirar hacia la ventana.

–Ya se sabe que escogerá un pésimo sendero y ¡lanzará los caballos al galope! –dijo y se cruzó de brazos nuevamente.

Pese a su resistencia, logré hacerme de su mano y la besé con cariño. Entonces me dijo:

–¡Ay, Luisa! Usted no se imagina lo humillante que es vestir estas ropas.

En su atuendo de viuda, Víctor realmente recreaba la muerte. La desdicha de su mirada era patente incluso detrás del velo que la ocultaba.

–Víctor, recuerde. Esto es solo un disfraz –lo obligué a mirarme a los ojos–. Además, bajo ese atuendo no se le ven ni las pestañas.

–Pero...

–Un disfraz –insistí–. Que nada tiene que ver con su verdadero ser.

Buscamos una tregua, cada uno ensimismado por lo que transcurría en su ventana. La ciudad y su bullicio. Un agente de policía que soportaba pasivamente el sol y el sonoro clamor de las bocinas advirtiendo sobre algún peligro. Las ideas que rondaban en mi cabeza, lo que haría al llegar al hospital. Coches que se lanzaban en torbellino. Lecciones sobre tumores cancerígenos, también sobre quistes. Y, de tanto en tanto, un triste pensamiento. De esos que a una casi la hacían llorar.

Busqué en mi maletín un espejito. El rímel permanecía en su lugar.

–Luisa, ¿me lo presta un poquito?

–¿Ah, esto?

Hice entrega del cristal y fingí volver a la ventana solo para poder contemplar el reflejo de Víctor en el vidrio. Primero, se sacó el velo y, en silencio, observó su imagen por largo rato. Intrigada por la curiosidad, seguí espiando. Entonces noté cómo se llevaba los dedos a los rizos que escapaban de la peluca para luego dirigirlos al cuello, donde un camafeo coronaba su garganta. Al volver su rostro frente al espejo, sus cejas se reclinaron en disgusto.

–Luisa…

–¿Qué? –pregunté y me di vuelta de súbito–. ¿Está bien? ¿Le duele algo?

–Tranquila, Luisa. Solo dígame la verdad.

Asentí con solemnidad.

–Me veo igualito a la señora Dorotea, ¿verdad?

–¿A la señora Dorotea? –repetí, incrédula–. ¿Se refiere a la cigarrera de calle Merced?

Y ahí mismo me atacó una risa furiosa porque, omitiendo los kilos de menos, se le parecía bastante. ¡Ay, misericordia! Después de eso, no podía dejar de mirar a mi marido sin recordar a la señora en cuestión y él, a sabiendas, recreaba sus muecas.

–Se lo dije varias veces a Eulalio: en el fondo, soy una mujer fea.

Me acerqué a él y lo besé en los labios fugazmente.

–Te amo –le dije, tuteándolo, como hacen los íntimos.

–Y yo a ti –nuevamente había una mirada de luz en sus pupilas–. ¿Lo sabes, verdad?

El coche se detuvo y el velo volvió a su lugar.

–Hospital San Vicente de Paul –anunció el cochero para dar fin al recorrido.

La entrada del edificio fundado en 1872 –así destacaba en su fachada– parecía recibir más gente que de costumbre, así que los guardias ni siquiera repararon en nuestra presencia cuando avanzamos por el vestíbulo en dirección este. ¡Qué posma! No tuvimos la misma suerte con una enfermera.

–Oiga, el pabellón de mujeres está por calle Panteón –señaló sin saludo de por medio.

Pero eso no me iba a detener.

–Enfermera, ¡qué bueno encontrarla! Fíjese que la máquina de rayos x de ese sector se encuentra en reparaciones. ¿Sería tan amable de indicarme dónde se encuentra la de esta sección? La señora necesita hacerse una radiografía con urgencia. Órdenes de la doctora García Villarán.

Fue tal la seguridad de mis palabras que funcionó el argumento.

–Ahora que lo dice… Claro, siga derecho detrás de la farmacia.

–Muchas gracias, enfermera.

–Gracias, hijita –agregó Víctor desde debajo del velo–. Muy amable.

Seguimos nuestro camino hasta el lugar indicado, donde ya se formaba una fila de cinco personas. Una enfermera más joven, pero de un carácter más duro que la anterior, parecía a cargo.

–Enfermera, buenas tardes. Luisa Santa María, mucho gusto. ¿Se acuerda de que hablamos hace poco por teléfono?

La muchacha asintió, pero su atención parecía estar en cualquier

otra parte.

–¡No hay más cupos! –exclamó, exasperada.

–Pero esta es una petición especial de la doctora Honorina García Villarán, cirujana y destacada académica de la Facultad de Medicina.

–¡No sé *na'* yo! No la conozco.

Y, sin más, llamó al siguiente de la fila, ignorándonos.

–¿Y qué hacemos? –preguntó Víctor a mi oído.

No regresaría a casa sin esas radiografías.

–Qué le hemos de hacer. ¡Paciencia! –de brazos cruzados y zapateo, dejé patente mi reclamo–. Nos quedaremos esperando hasta que nos atiendan.

El marido asintió con resignación.

–¿Y duele mucho esto de los rayos x? –preguntó.

Era la suya, por supuesto, una duda muy natural, y una excelente excusa para pasar el rato. Le aseguré que el procedimiento sería totalmente indoloro y que tardaría solo cinco minutos por toma. Sus órganos internos y huesos saldrían plasmados en unas placas, lo que permitiría tener un mejor diagnóstico.

–Pero, Luisa, ¿está segura de que no corro peligro con esa máquina? ¿No irá a explotar?

–¡Para nada! Es un invento muy seguro que cuenta con una larga trayectoria en el país…

–¿Larga? ¿De cuántos años estamos hablando?

–¡Uy! Serán al menos diez años.

–¿Diez años solamente?

–¡Pase!

La tertulia tendría que quedar para después. Cuando volvimos a ser conscientes de nuestros alrededores, ya no quedaba gente en la fila y de nuestra amiga enfermera ¡no había ni rastro!

–Mi compañera tuvo una urgencia y yo seré su reemplazo –explicó una nueva enfermera al vernos tan extrañados de su presencia–. María Loreto Varela es mi nombre.

–Yo soy Luisa. Enfermera Luisa Santa María.

Sonreí por nuestra buena fortuna.

–¿Nombre de la paciente?

–Rudecinda Venegas –señalé con premura–. Viuda de Benavides.

Ella tomó nota y Víctor hizo lo posible por disimular la risa. Ese nombre tan feo me lo había dado él cuando me hizo pasar por costurera.

–Enfermera, ¿quién solicita la radiografía?

–La doctora Honorina García. Radiografía de tórax por sospecha de tumores.

–Adelante, por favor –señaló la mujer al abrir la puerta–. Pueden dejar sus bolsos ahí si lo desean.

La sala de los rayos x, de paredes altas y gruesas cortinas negras, se componía del equipo radiológico y un alto armatoste con reminiscencias de guillotina donde se colocaban las placas para su impresión. Todo conectado a la red eléctrica. Para completar la escena, un banquito de madera para el «acusado».

–Señora Rudecinda, necesito que se desnude de la cintura para arriba –indicó la enfermera mientras se ponía un delantal con láminas de plomo–. La necesito sentada frente a la placa. ¡Ah! Y se saca el sombrero y velo, por favor.

Víctor me miró con cara de terror.

–Cualquier objeto metálico también debe ser removido –agregó.

Bastó la mirada escrutadora del hombre para que yo confesara el delito de omisión.

–Pues, sí… –murmuré con sonrisa nerviosa–. Es tal como dice la enfermera.

Obviamente, sabía que este momento llegaría. Sin embargo, la salud de mi esposo era mucho más importante para mí que su odio.

–Señora Rudecinda, no tenemos todo el día.

–¡Pero si esa cosa puede ver incluso a través del vestido! –alegó el hombre en su desesperación.

–Así es, doña, pero no queremos correr el riesgo de que un botón o cualquier otro elemento se cuele en la imagen y altere los resultados.

¡Pobre Víctor! Temblaba y respiraba agitado. Estoy segura de que su pobre corazón marchaba vertiginosamente. Si no tomaba cartas en el asunto, ¡me quedaba viuda esa misma tarde!

–Enfermera, por favor.

La mujer ya daba claras muestras de impaciencia.

–Sé que es una petición extraña, pero –señalé con dolorosa entonación–. ¿Le permitiría a la señora Venegas permanecer con el velo puesto? Desde que murió su marido, ella lleva un luto estricto, pues… pues… –levanté las manos con solemnidad, sin saber qué más hacer–, ha jurado a Cristo, Nuestro Señor, un solemne compromiso.

Cuando creía que estaba todo perdido, al calor de la blasfemia que me estaba inventando, empollé una idea. Expuse fuerte y claro:

–Ella no revelará su rostro más que al Todopoderoso y sus representantes en la Tierra.

La enfermera abrió los ojos como platos.

–¿Es eso cierto, señora Venegas?

Víctor bajó la mirada, afirmando con el mentón.

–Amén –agregó, por respuesta.

Misteriosos son los caminos del Señor porque el engaño –contra todo pronóstico– funcionó y obtuvimos la bendición de la enfermera para conservar el tan añorado velo. Antes de que le bajara el arrepentimiento, Víctor corrió a sentarse en el banquillo para su

examen y comenzó a desabotonar su blusa.

–Déjeme que la ayude.

Estaba tan nervioso que sus dedos no lograban hacer la tarea.

–Mi amor –murmuré a su oído–. ¿Cómo dice el dicho que tanto le gusta? «En el culo de la ballena...».

Su enojo no pudo con mi pregunta. En su derrota, el joven meneó la cabeza y, con una sonrisa, dijo:

–¡Esperemos que no se cague!

Nos despedimos con un apretón de manos y cerré la puerta tras de mí.

Afuera, en lo alto, el cielo permanecía límpido y había en el aire un olor a tierra y flores.

–Solo unos cuántos años más y seré doctora –murmuré.

El firmamento, para ese entonces, continuará siendo el mismo.

–¿Y en cien años más? –quise preguntarle, susurrando apenas–: ¿Los hombres como Víctor podrán vivir libremente?

No recibí respuesta, mas la concebí yo misma. *Cien años es mucho tiempo. ¡Es imposible que las cosas se mantengan igual!* Ese pensamiento me hizo sonreír y, en mi optimismo, alcé la vista embelesada por ese cielo tan puro, apenas manchado por una nube. Bueno, mejor dicho, dos... tres... ¿cuatro?

–¡Auch!

Como el peor de los augurios, un goterón entró directo en mi ojo.

–¡Tiene que ser una broma!

–¡Luisa!

En cuanto escuché la voz de mi esposo, me giré. Los botones mal puestos de su blusa y el sombrero chueco sobre su cabeza dieron cuenta del obvio desagrado que dominaba su sentir. Como pudo se aferró a mi brazo y entonces masculló a mi oído:

–¡No aguanto más con esta ropa encima!

Mientras yo, sin dejar de sonreír, miraba de reojo a la enfermera, que se nos acercaba.

–Rudecinda, ¡cuánto me alegra saber que le fue bien en el examen!

La mujer nos hizo entrega de las placas a condición de jurarle que se las haríamos llegar a la doctora. No escatimé en reverencias para hacerle saber lo agradecida que estaba y apunté su nombre en mi cerebro.

A esas alturas, Víctor ya había penetrado en el terreno del histerismo. Refunfuñaba y se rascaba el cuerpo como si sufriera de la peor de las alergias. Lo obligué a mirarme a los ojos para tranquilizarlo.

–¡Solo unos minutos más!

Nos introducimos en el baño de damas a gran velocidad y, encerrados cada uno en una caseta, iniciamos la tan ansiada muda de

ropa. En mi caso bastaba que me deshiciera del uniforme de enfermera para volver a mi estatus de señora. Víctor, en cambio, enfrentaba un panorama más complejo. Por debajo de la falda, ocultaba los pantalones y zapatos de varón, pero la camisa y el abrigo los tenía en el bolso. La falta de espacio solo incentivaba el exceso de gruñidos de parte del infiltrado.

–¿Estará bien la señora? –preguntó una anciana.

–Sí, por supuesto –aseguré sin darle importancia al asunto–. Solo debe ser una indigestión.

Por efecto de la lluvia, el baño no dejaba de ser visitado por mujeres empapadas, así que la ansiada soledad solo llegó veinte minutos después.

–Ahora, Víctor, ¡ahora!

El joven salió disparado del baño, lo suficientemente rápido como para esconderse detrás de uno de los pilares del patio interior y desde ahí emerger nuevamente –cigarro en mano–, como si nada raro hubiera ocurrido. Su actuación fue tan convincente que cualquiera que lo hubiera visto salir del baño de mujeres hubiera dudado de sus propias facultades mentales.

–¿Y? –preguntó con un leve sonrojo–. ¿Cómo me veo ahora?

–Pues, ¡como siempre!

Al escucharme, Víctor se inclinó con gran agasajo y reverencia ante mí.

–¡Muchas gracias por el piropo!

Reí con dulzura y, aprovechando el momento, me coloqué a su lado. Y así, juntos tan juntos, compartimos un cigarro bajo la complicidad que nos daba nuestro refugio. No muy lejos de nosotros, la capilla parecía bendecirnos con su presencia.

–Víctor…

–¿Sí?

–Si este fuera otro mundo… permítame que me explique. Un mundo más libre, abierto y respetuoso. Uno que aceptara a hombres como usted.

Él asentía, solemne, a cada una de mis palabras.

–¿Usted sería más feliz?

Mi pregunta lo dejó pensando largo rato. Absorto en las espirales del humo que se desprendía su cigarro, finalmente respondió:

–Sí y no.

–¿Sí y no? –repetí confundida–. ¿Es que puede haber un «no»?

Víctor me pasó su cigarro y, con pupilas sentimentales, dijo sonriendo:

–Créame, Luisa, si los demás supieran de mi secreto… Incluso si llegaran a aceptarme como soy, jamás me verían como un hombre. Con la revelación, llegaría también el irremediable escrutinio de la

gente sobre los detalles que confirmaran el «engaño». Mi voz, mis rasgos, algún gesto delicado, una lágrima en un momento inapropiado solo para poder decir: «Claro, es lo natural, en el fondo es una mujer».

Solté una bocanada de humo, suspirando.

–Supongo que guarda razón.

–Pero ahora, pese a todos los problemas… –dijo extendiendo la vista a sus alrededores–. Solo soy un hombre para todos.

Me limité a sonreír y aprobar sus palabras. La lluvia caía sin cesar, monótona, y el reloj, que tampoco se detenía, señaló las cuatro y media. Había llegado el momento de partir.

–¿Listo para nuestra última parada? –pregunté.

Con una última calada al cigarro, él asintió y luego dijo:

–En el culo de la ballena… –comentó iluminado por una sonrisa–. ¡Esperemos que no se cague!

Tomados de las manos, se dio nuestra loca y corta carrera por la cuadra que nos separaba de la Escuela de Medicina. Después de todo, éramos como niños que intentaban escapar de la lluvia entre juegos y risotadas. Al cruzar el panteón que marcaba la entrada de la escuela, salieron al encuentro varios rostros de estudiantes que reconocí, pese a que las clases habían terminado hacía unas horas. Entre ellos, no podía faltar Undurraga Fernández y sus ojos de huevo frito.

–¿Qué le hizo a ese hombre que la miraba tanto? –preguntó el marido, entre curioso y divertido.

–¡No le haga caso! Es un estudiante de segundo año y…

–Luisa, gírese a mirarlo ahora.

–¿Cómo dice? Pero ¿por qué?

–¡Hágalo! –ordenó entusiasmado el marido–. ¡Hágalo rápido!

Sin entender un pimiento, me giré tan rápido como me lo permitieron mis pies solo para pillar al susodicho espiándome de una manera tan obvia que, en su sorpresa, se dio de bruces contra otro alumno. La violencia de la sacudida dejó a los dos hombres en el piso y a mi marido con la boca tapada para ahogar las carcajadas.

–Usted es malo, Víctor –le dije mientras nos alejábamos a paso veloz del choque humano–. Así como malo de adentro.

Mi comentario no hizo la menor mella en su alegría.

–¡Para que nunca más ande diciendo que es fea! –fue todo lo que dijo en su defensa.

Nos costó mantener la compostura el resto del trayecto hasta el despacho de la doctora, donde un sonoro toc-toc anunció nuestra llegada.

–¡Me cago en la puta leche! Pasad, pasad, que os traigo unas toallas.

¡Qué contenta se puso Honorina al ver que llegaba con Víctor! El hombre, sin duda, era santo de su devoción, y así lo confirmó una

bandeja con café, té y pastelillos como regalo de bienvenida.

–¿A que están ricos estos bollos, verdad? –Honorina iba de allá para acá, moviendo cachivaches–. Perdonad el desorden, queridos. Me pilláis recogiendo mis pertenencias antes del viaje.

El despacho de la doctora era amplio y sencillo, aunque de un desorden bastante considerable. Sobre el escritorio, figurines de gato de todos los tamaños y colores saludaban al visitante. A lo largo de las paredes se podían apreciar retratos, cuadros y grabados, además de cajas apiladas que seguro guardaban valiosos hallazgos de la doctora. En su disposición, el espacio servía de estudio de trabajo y consultorio a la vez. En una esquina, un biombo ocultaba una camilla para sus exámenes.

¡Tiene un dejo al consultorio de la doctora Eloísa!, pensé, y por breves momentos quedé sobrecogida en un ensimismamiento doloroso. Recordaba la tarde en que mi sueño de estudiar Medicina quedó sepultado por el testimonio de la galena y el miedo selló en mi frente su fatal estigma. «Las mujeres no operan», me dijo, y no mentía. Sin embargo, dos años más tarde, otra mujer me animaba a luchar contra un destino que creía insuperable.

–Bueno, Luisa, ¿qué exámenes querías mostrarme?

Un ligero codazo de Víctor me hizo reaccionar.

–¡Oh, doctora! Disculpe, mire, el motivo de mi visita es...

De pronto, sonó el teléfono. Las confidencias tendrían que quedar para después.

–¿Aló? ¿Con quién hablo? ¿Cómo que «conmigo»? No, señor, no se ha comunicado con el Cementerio General. Habla usted con la doctora García Villarán. No, que no lo embromo. ¡Adiós, cebollino!

Reímos por la curiosa interrupción, la que aprovechó Víctor para ofrecer cigarros que las mujeres aceptamos gustosas. Embelesada como estaba de la elocuencia de mi marido y las ocurrencias de la doctora, casi olvido el motivo de nuestra visita.

–Doctora, me sentiría muy agradecida si pudiera revisar estas radiografías y darme un diagnóstico. Como le comenté antes por teléfono, he sentido algunas molestias.

La mujer recibió las placas con una mirada tierna para mí y luego se dirigió a Víctor.

–Sepa, señor Viviani, que Luisa es una mujer de inteligencia superior. No cursa formalmente el ramo de Anatomía, pero sus conocimientos superan los de todos mis alumnos. Eso, y su intuición, siempre muy acertada –con un ademán cariñoso, la mujer volvió la vista a mi persona–. Y dígame, Luisa, ¿qué la hace sospechar de una enfermedad? ¿Cuáles son sus síntomas?

Busqué la mano de Víctor bajo el escritorio y la apreté con fuerza.

–Son unos quistes en el pecho, doctora –afirmé–. El que más me

preocupa es el que se encuentra en el seno derecho, donde se ha presentado enrojecimiento y sensibilidad.

Una larga pausa anticipó mis próximas palabras.

–Y bueno, doctora, hoy recibí un golpe en el pecho que me hizo desmayar de dolor.

La confesión no fue indiferente para la mujer.

–¿Un desmayo? –abrió los ojos en su estupor–. ¿Es que acaso el golpe fue muy fuerte?

–Más bien fue un empujón –me apresuré a decir–. Una de las criadas perdió los estribos y me golpeó el pecho.

La doctora no esperó por más explicaciones y se enfrascó en la revisión de las placas. Así, contra la luz de una lámpara, las imágenes comenzaron a revelar detalles que el simple tacto no era capaz de dilucidar. Sin embargo, cuando me percaté de que el quiste más grande revelaba una composición sólida, desvié la vista y me negué a seguir curioseando las placas. Opté, en cambio, por inspeccionar los gestos de la doctora. Sus labios rígidos y apretados tampoco eran muy alentadores.

Finalmente, la mujer dijo:

–Mañana la opero.

Con Víctor nos miramos con espanto.

–Pero ¿por qué? –pregunté–. ¿Mañana, dice?

Por respuesta, la doctora me obligó a revisar las radiografías por mi cuenta y preguntó:

–¿Cuál es el diagnóstico?

Me sentí impotente. *Si hubiera entrado a la universidad a los diecisiete, ¡yo misma podría operar a Víctor!*

–¿El diagnóstico?

Abatida por la verdad, bajé la cabeza. No me atrevía a mirar a mi esposo.

–Son tumores malignos –murmuré.

En mis venas, la sangre golpeteaba con la impetuosidad de una tormenta. Dios mío, ¡qué dolor!

–Pero, pero... ¿y qué pasa si no quiero operarme? –expuse con rabia.

Nada más escucharme, Honorina golpeó la mesa.

–Por Dios, ¡hija de mi vida! De todas las personas que circulan por esta universidad, ¿usted me pregunta eso?

La doctora volvió a revisar las radiografías. Las miró una y otra vez buscando ese milagro por el que su asistente tanto reclamaba. Víctor, por su parte, se perdía en profundas meditaciones y las gotas de lluvia golpeaban furiosas contra el cristal. Sus ojos amarillos se negaban a las lágrimas.

–Bueno, es verdad que el diagnóstico podría ser otro –comentó la

doctora sin despegar su vista de las imágenes–. El dolor podría explicarse por una infección mamaria. Los tumores malignos no suelen presentar dolor. ¿Quizá estemos hablando de una mastitis? ¿Un quiste oleoso? Pero, Luisa, es imprescindible que se someta a una cirugía. Incluso si el mal se encuentra ramificado, lo mejor es tener un diagnóstico correcto. Todavía hay tiempo, viajo en cinco días.

Apareció ante mí un abismo profundo y sombrío. Entonces mi voz se reveló débil por las tristezas que el corazón presagiaba.

–Pero, doctora, usted sabe que no hay garantías para estas intervenciones y que podría ocurrir lo peor.

Ella asintió con la cabeza inclinada y un largo suspiro.

–Entiendo sus temores, Luisa, pero le aseguro que no vais a encontrar mejor cirujana en el mundo que la que tenéis al frente –y estrechando mi mano, dijo–: ¡Venga, confíe en su Honorina! Este tipo de tumores ya los he tratado antes.

Esos ojos pequeños que me seguían con cariño, de los que parecía brotar toda la fuerza que necesitaba, me contemplaban a la espera de una respuesta. Hubiera querido haberle confesado toda la verdad, pero opté por un silencio amargo. No podía traicionar a quien más amaba.

–Doctora García, necesito cobrarle el favor que me debe.

Un estremecimiento me recorrió al escuchar a Víctor y me giré a mirarlo.

–Víctor, usted no necesita cobrar nada –refutó Honorina–. Operar a Luisa es un honor para mí y no habrá honorarios de por medio, quédese tranquilo. Es más, ¡me ofende! ¡Me ofenden ustedes dos! –la mujer nos reprendía con el puño en alto–. Mi asistente llora desconfiada de mis destrezas de médico y usted cree que mi interés va por el dinero. ¿Qué clase de profesional creen que soy yo?

El joven se llevó ambas manos al rostro y, desde su trinchera, soltó un largo suspiro.

–Doctora, no era mi intención faltarle el respeto –señaló en su agobio–. Por favor, entienda, la operación es para mí.

Su mano buscó la mía bajo la mesa.

–Disculpad Víctor, pero no os comprendo…

–Si existe la posibilidad de que Luisa y yo sigamos juntos, por mucho tiempo más –insistió, esta vez con lágrimas brotando de sus ojos–, se lo ruego, doctora, deme esa posibilidad. ¡Me entrego a sus manos!

Honorina se detuvo largo rato a contemplarlo antes de volver al examen de las radiografías. Se había instalado en su rostro una expresión indefinible que, por momentos, sacó a la luz mis peores temores. Con la lluvia como la melodía de nuestra escena, los tres permanecimos en silencio, batallando cada uno con sus propios

monstruos.

–Joven, si fuera tan amable…

Honorina fue la primera en hablar. Su mirada era perspicaz.

–Me espera en la camilla con el pecho descubierto. Ahí, detrás del biombo, para poder examinarlo.

–Pero…

Fue la única protesta de Víctor contra la consigna del médico. Sonriente y resignado, como un niño frente a su madre, el muchacho secó sus lágrimas y se levantó del asiento.

–Sí, doctora. Inmediatamente.

Los vi pasar delante mío y me pareció tan irreal la escena, que creí estar presenciando el entretiempo de una obra de teatro cuyo final desconocía en absoluto. Guardé una actitud pasiva en mi espera, que en mi interior era traicionada por el furioso palpitar de mi corazón, apenas igualado por el aguacero que se desplegaba por la ventana. Las voces de Víctor y Honorina, convertidas en apenas unos murmullos tras el biombo, en nada ayudaban a aplacar mis angustias.

Y, cuando menos lo pensaba, sentí reír a Víctor.

–¿Ve que no todo es tan malo? –escuché decir a la doctora poco después.

Esa pizca de felicidad bastó para que unas lágrimas rodaran por mis mejillas y dejé de sentirme sola como no lo había experimentado en mucho tiempo. Sin Eulalio, Clara y Petronila, mi universo se había vuelto muy pequeño.

–¿Y ustedes por qué vienen tan contentos? –reclamé mientras luchaba con mis mocos–. No me hagan caso, solo estoy cansada.

Honorina sonrió en complicidad con mi marido y, al acercarse a mi lado, dijo:

–Luisa, ¡enhorabuena! Mañana ustedes dos vais a cumplir vuestros sueños.

La miré sin entender, sorprendida y perpleja.

–¿Cómo? –reclamó la mujer–. ¿Acaso no deseáis tanto operar? Pues mañana necesito que me asistáis en el quirófano. Todavía tenemos muchos detalles que discutir para la mastectomía que realizaremos.

Al buscar a Víctor con la mirada, él sonreía, satisfecho y feliz.

–Doctora… –dije, pálida y sonriente por la revelación–. ¿Me concedería un vasito con agua?

La vida y sus vueltas. Mis deseos se cumplirían de formas que jamás imaginé.

***

Demasiado rápidas transcurrieron las horas disponibles para coordinar los preparativos de la operación que Honorina, el doctor Erlij y yo ejecutaríamos al día siguiente, a las cinco de la tarde, y para la que mi marido tendría que volver a disfrazarse de mujer.

–Es la mejor decisión –insistió la doctora a mi esposo–. Para el doctor Erlij, usted será una paciente más.

No pudimos más que concederle la razón y, entre ese y otros menesteres, se nos fue la tarde. Cuando Carmela estaba a punto de llamar a la policía para saber de nuestro paradero, nos aparecimos por la puerta, hambrientos y rendidos por el cansancio. Totó, su fiel acompañante, yacía dormido plácidamente sobre un sillón y roncaba sin importarle las conversaciones que se sucedían a su alrededor.

–Señora Luisa, cuando regresé del encargo que me mandó a comprar, ¡ya no estaban!

Hice un llamado de disculpa a la criada y le aseguré que no había de qué preocuparse. Víctor, en su ingenio, aprovechó el momento para darle una buena noticia.

–¿De verdad, don Víctor? –exclamó emocionada la joven–. ¿Puedo tomarme libre el día de mañana?

–Mañana y agréguele tres días más, ¿qué le parece, Carmelita? Aproveche para pasar unas lindas Fiestas Patrias con su familia y no se preocupe por el dinero. Le pagaré esos días en que esté ausente.

La muchacha no daba más de alegría, sin saber que tal vez sería la última vez que vería a su patrón.

–Señora Luisa, ¿por qué se propinó un coscorrón?

–Para espantar los malos pensamientos, querida –respondí y, de paso, me concedí otro.

Esa noche, la lluvia sacudía con fuerza los árboles y prometía tormenta, pero ni siquiera su furia logró mermar el sueño del pequeño Totó, quien, a duras penas, nos sonrió para dar fe de nuestra presencia y siguió durmiendo en los brazos de Víctor.

–Vaya con este diablillo –susurró mi marido, besando la frente del niño.

–La cama en el segundo piso ya está lista –anuncié–. ¿Ayudo a cargarlo?

Víctor negó con la cabeza, embelesado como estaba con el pequeño, y con mucho cuidado inició su traslado por las escaleras. Casi como un susurro, fue entonando la canción de Clementina hasta depositarlo en su cama.

Desde el umbral de la puerta, atesoré la escena entre mis más queridos recuerdos.

–Luisa, sobre Totó…

Sabía lo que me iba a pedir, así que me coloqué a su lado y esperé.

–Mañana, cuando pasemos donde el abogado –dijo en voz baja–,

voy a dejar incluido en mi testamento una suma para el niño. Lamentablemente, no podrá reclamarla hasta que cumpla la mayoría de edad, pero le será de ayuda para comprarse una casa o poner un negocio –y al verme tan conflictuada, preguntó–. ¿Está de acuerdo?

–Por supuesto. Es que... pensé que me iba a pedir otra cosa.

Él se limitó a sonreír y en su gesto denotaba nostalgia. Insistí tercamente en buscarlo con la mirada y en pensamientos se lo rogaba incluso. *Vamos, dígame que quiere que adopte a Totó, que sea su mamá.*

Salimos de la pieza tomados de la mano y en el más absoluto silencio

–¿Víctor?

–No se preocupe –dijo y besó mi mano–. Jamás la obligaría a hacer algo que no quiere.

Y se negó a hacer alguna referencia sobre Totó.

Al entrar a la alcoba, lo primero que hice fue abrir las cortinas para espantar la penumbra, luego fui encendiendo las luces a la vez que buscaba tema de conversación con bromas y comentarios sin importancia. El cansancio hacía mella en nuestros ánimos, pero en mi afán de detener el tiempo, no dejaba de parlotear. Quería la atención de Víctor.

Quería verlo sonreír.

Frente al espejo del tocador, me quité los aros y deshice el peinado. El reflejo de Víctor lo mostraba sentado a la orilla de la cama. Su semblante era sereno como un retrato y, en su deseo de complacerme, asentía a mis relatos. Primero se despojó de su chaqueta. Siguieron los zapatos, los pantalones y así hasta quedar en ropa interior. Ese ritual tan propio de los casados, que por primera vez se revelaba ante mis ojos, despertó una horrible angustia en mí.

–Voy al baño, vuelvo enseguida.

Corrí a mojarme la cara, ¡que las lágrimas se las llevara el agua!

–A mí nunca se me ha muerto un paciente –murmuré en mi angustia–, ¡y esta no va a ser la primera vez!

Una bofetada me trajo de vuelta al presente. No iba a celebrar la muerte por adelantado ni siquiera en mis meditaciones y, bajo ese juramento, regresé a la habitación. Pero esta volvía a estar a oscuras, iluminada apenas por el brillo de la luna. Al buscar a Víctor, lo encontré dentro de su cama durmiendo.

Tal vez sea mejor así.

Me despojé del pesado vestido. *¿Y qué tal si las cosas salen bien?*, pensé y la idea me concedió alivio. *¿Acaso no contamos con una excelente cirujana, quizá una de las mejores del mundo?*, recordé poco después. Con la mirada puesta en el cielo nocturno, volví a mi realidad nuevamente y la lluvia que asomaba por la ventana me pareció hermosa.

–No esté triste, Luisa.

Contrario a lo que creía, no estaba sola. Al parecer, Víctor me observaba desde hace rato.

–Venga conmigo.

Levantó sus sábanas y me invitó a acompañarlo.

–No tenga miedo.

Cautiva por la emoción más intensa, me acosté junto a él, pero un sentimiento confuso no tardó en alcanzarme. No quería incomodarlo, como había ocurrido tantas veces antes, y crucé mis manos sobre mi pecho, sin saber qué hacer con ellas. Tenía miedo de su cuerpo desnudo.

–¿Qué hago? –pregunté, despertando una risa dulce de sus labios.

–Pues…

El joven tomó mi mano y la colocó delicadamente sobre su hombro.

–Solo intente no tocar mi pecho –susurró, luego de un beso–. Eso es todo.

Y luego llegaron otros besos. En los labios, sobre mi frente, mientras, como una niña, me dejaba arrullar por sus brazos fuertes como tantas veces soñé. Su aroma, su sonrisa. Mis manos fueron buscando las formas de su cuerpo, cada vez más extasiada por esa piel que se le revelaba por primera vez.

–¿Qué pasa, Víctor? ¿Estás triste?

Un suspiro entrecortado dio pausa a nuestras caricias.

–No, no es eso… Tranquila.

En un estrecho abrazo que rompió la regla que él mismo había impuesto, nuestros cuerpos se unieron, tan próximos el uno del otro que podía sentir su corazón latiendo junto al mío.

–Tenía tanto miedo de estar así contigo –murmuró–. Qué tonto fui.

Besé su frente y sus labios para decirle cuánto lo amaba, porque la emoción que sentía había borrado las palabras de mi boca.

–Lo siento, Luisa. Tenía mucho miedo porque… –en su voz se fue imprimiendo una pena desgarradora–. Cuando mi madre me vio vestido de Víctor. Ella, pues, supo de mis verdaderas motivaciones y su corazón no fue capaz de soportarlo. ¡Ay, Luisa! Su corazón… –estremecido por los recuerdos, las lágrimas brotaron de sus ojos, incontenibles–. Fue cuando le dije que jamás sería la mujer que ella quería para mí. Entonces se llevó las manos al pecho en un gesto de dolor. «¿Qué hicimos mal para merecer una hija así?», me dijo. Yo hubiera querido ahorrarle esa pena si después de todo iba a terminar muerta a manos de los soldados.

Intenté contener su llanto en mi pecho, donde se ocultó mientras esperaba que la angustia se cansara de él. Víctor lloraba con una tristeza que no lo dejaba respirar, un desahogo tan puro y sincero, que

no pude evitar preguntarme si sería yo la primera persona a la que se le revelaba este sufrimiento.

–Víctor, a su mamá solo le faltó tiempo para entender, porque nunca dejó de amarlo –dije–. Solo estaba asustada, como me ocurrió a mí, ¿se acuerda?

Y así, poco a poco, entre caricias y palabras de consuelo, llegó la paz para su corazón atormentado.

–Me hubiera gustado llevarla a Valparaíso –dijo, todavía abrazado a mí–. Mostrarle todos esos lugares que recorrí con Eulalio en nuestro viaje juntos. Cuando fui Víctor por primera vez.

–¡Por Dios, Víctor! ¡Tanto arrepentimiento! –exclamé y me aparté para mirarlo a los ojos–. Con sus palabras no hace más que confirmar la poca fe que tiene en las habilidades de la doctora y las mías.

Él soltó una carcajada.

–Perdón, no era mi intención. ¿Y usted? ¿No se arrepiente de nada?

–Sí, hay una cosa que no le he dicho.

–¿Cuál?

Antes de que mis remordimientos pudieran detenerme, me senté en mi puesto y, luego de tomar aire, expuse claramente:

–Le he mandado a hacer un pene.

Pese a la penumbra que nos rodeaba, identifiqué la incredulidad en su rostro con perfecta claridad.

–Se supone que me lo entregan pasado mañana... –producto de su desconcierto, que no variaba, me empecé a enredar–. Pero tranquilo, mi amor, que nadie sabe que el aparato es para usted. O, mejor dicho, la palabra correcta es prótesis, como existen de piernas, brazos y narices.

–¿Un pene, dice? –preguntó con asombro.

Asentí.

–¡Ay, Luisa Clementina! –exclamó–. Es que no sé si enojarme con usted o agradecérselo. ¡Las ocurrencias suyas!

–Le sugiero lo segundo.

No pude argumentar más por las cosquillas que me atacaron despiadadamente y que devolví como pude hasta que el dolor atacó nuevamente a Víctor para recordarnos que no vivíamos un sueño. Mientras lo ayudaba a recostarse de espalda, repasé mi juramento de estudiar Medicina a como diera lugar.

Y él, como si me hubiera leído la mente, dijo:

–Honorina me contó que le ofreció un cupo para estudiar en España. Luisa, prométame que aceptará la oferta y más aún si yo...

Silencié sus labios con mis dedos. Sus siguientes palabras ni siquiera debían ser pronunciadas.

–Sí, lo haré. Se lo juro, Víctor.

Entonces nos quedamos callados, contemplándonos. Sentada sobre él, tomé nota de su cuerpo y, con un dulce beso, reclamé la flor roja que me ofrecía sin condiciones. Sus caricias eran suaves y, al cerrar los ojos, sentí como si estas se multiplicaran por todo mi cuerpo.

Amarse, reír, gemir y creer en la promesa de una vida juntos era todo lo que necesitábamos para anclar esos momentos en el eterno presente de nuestras memorias.

Mañana obviaré el disfraz de mujer y, estrechando su mano, buscaré a Víctor hasta que sus ojos se cierren por la morfina. Por ahora nada importa más que nuestro deseo de volvernos uno.

Inés

Santiago, 19 de enero de 1932

El ritmo cada vez más acelerado de unos tacones contra el piso alertó a los pacientes, como lo hacen las primeras gotas que anuncian aguacero. Eran las pisadas de la secretaria de camino al despacho de su jefe.

–Doctor, disculpe la interrupción, pero creo que no entendí bien la nota que me dejó... Es que no puede ser.

El hombre se la quedó mirando, confiado en la prolijidad de su letra. Unos segundos más tarde, el sonido del timbre no hizo más que confirmar el mensaje que había dejado para su asistente.

–¡Esa debe ser ella! –señaló, satisfecho–. Por favor, Gladys, hágala pasar.

La mujer asintió y se fue presurosa a atender el llamado. Tras el curioso tintineo de sus tacones, se fueron las miradas de los pacientes, ignorantes de la sorpresa que les esperaba detrás de la puerta.

–¿Es que Carole Lombard vino a Chile?

No hubo quien fuera indiferente a esa lluvia de diamantes que se presentó en la consulta.

–No, tonto. ¡Dios mío! Esa es Inés Rossi, la soprano.

La ilustre visita intentó amenizar el ambiente con saludos y sonrisas que rápidamente fueron correspondidos por los presentes. Firmó autógrafos y estrechó manos en lo que duró el transcurso de una improvisada pasarela hasta la oficina del doctor, donde se despidió lanzando un beso al aire. ¡Vaya hechizo el de su encanto! Recién cuando cerró la puerta, los pacientes volvieron a la realidad.

–Señorita Rossi, adelante, por favor.

Ella sonrió para luego aproximarse con paso coqueto al hombre, que la esperaba con los brazos abiertos. Un beso en cada mejilla marcó el saludo entre los dos.

–¡Qué gusto conocerla! Por favor, siéntese.

–Doctor Undurraga, el gusto es todo mío –y, como era la costumbre, la cantante no tardó en decir–: Disculpe que me haya presentado así en su consulta, con tan poca anticipación.

–Por favor, no es ninguna molestia. Todo lo contrario, querida.

Ella sonrió complacida y secretamente calculó la edad del doctor en unos cuarenta años, solo para su diversión. Él, por su parte, hizo un examen similar sobre la artista mientras se dirigía a abrir la ventana.

Le pareció tan joven y dueña de la cabellera más rubia que había visto en su vida.

–¿Le molesta si fumo, querida?

–¡Para nada, doctor Undurraga! –exclamó la joven–. ¿Le molestaría si yo también lo hago?

–Por favor, faltaba más.

La solicitud, sin embargo, no fue bien recibida por la conciencia del doctor. *Las mujeres no deberían fumar*, refunfuñó para sus adentros, pero se abstuvo de emitir cualquier comentario. Para la diva de la ópera, solo sonrisas adornarían su rostro.

–Pues bien, señorita Rossi.

–Inés, por favor, dígame Inés.

–Muy bien, muy bien... –dijo, acercándole su cigarrera de oro–. Cuénteme, ¿cómo ha estado su visita a Chile? ¿Qué tal ha sido su experiencia?

Algo en la pregunta del doctor perturbó el espíritu de Inés, tan poco inclinado a la melancolía. Su acostumbrada sonrisa se fue apagando al no encontrar las palabras adecuadas para expresar su sentir.

–Pues, la verdad...

Sin embargo, dos bocanadas a su cigarro bastaron para devolverle el ánimo.

–Pues, verá, doctor. Mucha gente asume que soy europea, pero la verdad es que nací en este país y en circunstancias bastante difíciles. Por lo mismo, los recuerdos que tengo de mi niñez no son los más gratos. ¡Oh, vaya! No debo ser malagradecida. Aquí también fui feliz.

Inés se perdió mirando algo en la ventana, claramente extraviada por los recuerdos que empapaban su mente. Al doctor, que no dejaba de contemplarla, le ha parecido encontrar en esos rasgos de ángel algo de la mujer que tanto añoraba.

–Inés, he leído su entrevista para la revista *Sucesos*.

La diva despertó del ensueño en el que estaba sumida y volvió a sonreír.

–¿No me diga, doctor? ¿Y qué le ha parecido?

–Espléndida, sin duda –comentó Undurraga con entusiasmo–. Y no podía dejar pasar la oportunidad de expresarle mi admiración por la valentía y honestidad que ha demostrado en su testimonio. Es más, diría que usted es la primera persona que conozco que revela, pues, sus orígenes.

Dominado por una súbita intranquilidad, el doctor reía sin poder encontrar la palabra correcta.

–¿Se refiere usted a que soy adoptada?

–¡Precisamente! –exclamó el doctor, aliviado–. Tengo mucha curiosidad por sus motivaciones detrás de esa declaración.

–Pues, precisamente por lo que acaba de pasarle a usted, querido doctor.

Él le dedicó una mirada de extrañeza.

–Quisiera que la adopción ya no fuera un tabú en la sociedad y para ello no queda más que hablar sobre el tema. Al hacer públicos mis orígenes, les demuestro a todos que soy tan capaz como cualquier persona criada por sus padres biológicos de alcanzar todo lo que se proponga en esta vida.

Undurraga asintió.

–Es usted un ejemplo de triunfo, sin duda –agregó–. Tan joven y dueña de una voz que seguro seguirá cosechando grandes triunfos en la ópera y el teatro. ¡Uf! Cómo la deben envidiar las mujeres.

–Pero, doctor. No quiero que ellas me envidien, ¡es justamente lo contrario! Lo que más anhelo es que vean en mí lo que ellas también pueden alcanzar. Nada puede igualar al goce de ser independiente y bastarse a sí misma. De poder ir y venir sin temor a la reprobación de un protector.

En su entusiasmo, la joven ya había consumido su primer cigarro.

–¡Bueno! Usted ya se imaginará cómo me crio mi madre.

El doctor abrió los ojos frente a esta última mención.

–Bueno, Inés, y cuénteme, ¿cómo se encuentra doña Luisa Santa María?

–¡Ay, misericordia! –exclamó la muchacha casi riendo–. Por poco olvido el encargo que le tenía.

Entre los paquetes que Inés cargaba ese día, se encontraba una gruesa carpeta de apuntes. El nombre completo de Luisa destacaba en su portada.

–¿Es una copia de la última investigación que está realizando? –preguntó el hombre–. *Reasignación de sexo*, según voy leyendo.

La chica asintió al galeno con la energía de una niña.

–Así es, doctor. Se lo manda junto con sus afectuosos saludos desde Italia y queda atenta a todos sus comentarios.

El hombre tomó la carpeta para realizar una lectura rápida de sus titulares.

–Su madre nunca deja de sorprenderme –señaló mientras sus ojos revoloteaban por las páginas–. Desde la primera vez que la vi asistiendo a la doctora García para una de sus clases de Anatomía, pude notar que había algo diferente en ella. Una ambición que incluso me causaba envidia –esa última confesión lo hizo sonreír y volvió la mirada a su visitante–. En fin, dígale a la doctora Santa María que revisaré minuciosamente el material y que le haré llegar mis comentarios cuanto antes.

Undurraga caminó hacia la ventana y, fingiendo un súbito interés por el canto de los gorriones, preguntó por su colega.

–A menos, claro, que Luisa tenga planificado venir a Chile. ¿Cuántos años se cumplen ya de su exilio? ¿Dieciocho?

El tono de su voz delataba la alegría que le producía la posibilidad.

–No es tan descabellada la idea, doctor, considerando que la amenaza por la que mis padres se vieron obligados a abandonar el país ya no existe… –señaló Inés–. Además, mi madre ya viaja sola por toda Europa para liderar cirugías de alta complejidad. Hacerlo unos kilómetros más al sur no debería significar una gran diferencia. Es una mujer absolutamente independiente.

José Undurraga se giró en sus talones.

–¿Sola, dice usted? ¿No me diga que Luisa se ha divorciado del señor Viviani?

La risa fresca de Inés no se hizo esperar.

–Doctor, ¿es que no se lo ha dicho mi madre? Discúlpela, por favor, ella es muy celosa de su vida privada, a veces en exceso. Víctor, mi padre, murió hace muchos años, cuando yo era apenas una niña.

Undurraga sonreía, pese a que intentaba mostrarse apesadumbrado por la noticia.

–La verdad es que no sabía que había quedado viuda. ¡Cuánto lo lamento!

–Y, de estar vivo –agregó Inés–, puedo dar fe de que no habría ninguna diferencia en la forma de actuar de mi madre.

–¿Cómo?

–Si no me cree, pregúntele a mi padrastro.

Las ilusiones del doctor se rompieron como pompas de jabón.

–¿Padrastro? –preguntó en su incredulidad–. ¿Es que se volvió a casar?

Inés demoró su respuesta, absorta como se encontraba en el cigarrillo que intentaba saborear. Su encendedor no funcionaba, por algún extraño motivo.

–Por favor, déjeme ayudarla –expuso Undurraga, facilitando su propio encendedor.

–Muchas gracias, doctor. Muy amable de su parte.

Inés sonrió, satisfecha. Después de una larga bocanada a su cigarro, despidió su humo en aureolas que se elevaron sobre su cabeza hasta desaparecer. Todo bajo la mirada nerviosa de Undurraga.

–¿Luisa se volvió a casar? –preguntó, ansioso.

Inés sacudió lentamente la ceniza de su cigarro. Parecía deleitarse torturando al hombre con la intriga.

–No, doctor, no lo ha hecho. Realmente no tengo un padrastro en el estricto sentido de la palabra. Antonio Rossi, ¿lo conoce? Él es como un padre para mí, por eso adopté su apellido para mi nombre artístico.

–Ah, sí, claro.

Inés revisó discretamente la hora en su elegante reloj de pulsera. El

momento de partir había llegado y sería anunciado casi con las mismas palabras que habían coronado la llegada de la artista.

–Doctor Undurraga, le agradezco de todo corazón el tiempo que me ha dedicado. Y disculpe nuevamente que me haya presentado así en su consulta, con tan poca anticipación.

–Por favor, no es ninguna molestia. Todo lo contrario.

Inés fue escoltada hasta la salida del brazo del doctor, lo que frenó las ansias por más autógrafos de parte de los pacientes.

–Pero no pierda las esperanzas, doctor –dijo la muchacha como último adiós–. La vida da muchas vueltas...

Undurraga no supo si Inés hablaba en serio o no, pero se consoló al pensar que risa más encantadora no había escuchado nunca en su vida.

Luisa

Santiago, 18 de septiembre de 1914

Los rayos matutinos que se colaban por la ventana hacían de Totó un pequeño ángel, convirtiendo sus cortísimos cabellos en una aureola dorada y sus ojos verdes en unos zafiros.

–¿Qué dibuja, Totó?

Él me sonrió, sin decir nada.

–Ya veo. Todavía no está listo su retrato. No se preocupe, lo espero.

Como el sol, había quedado prendada de su imagen tanto como él de su dibujo. Observaba su quehacer con el torso reclinado sobre la mesa y los brazos cruzados a modo de almohada. Tan solo un poco de soledad había bastado para descuidar mis modales, pero qué importancia tenía eso cuando una caía fulminada por la ternura.

Totó y sus dibujos en la mesa del comedor. Totó era feliz. Bastaba con verlo para darse cuenta. *¿No sería encantador sacarle una foto?*, pensé en un impulso.

–Lú...

–¿Sí, mi amor?

Llegó a mis manos el ansiado retrato, que pronto se reveló como dos. En el primero, una niña de pelo rizado y vestido primoroso. De esos con muchos encajes y vuelos.

–Ese es usted, ¿verdad?

El niño negó enérgicamente con su cabeza, ruborizándose.

–¡Qué torpeza la mía!¡Obviamente se trata de nuestra amiga Rufina!

Totó sonrió y su hermoso semblante quedó lleno de alegría. Pronto llegó otro dibujo a mis manos. Uno de un hombre alto y de cabellera castaña que en la solapa de su traje lucía una flor roja.

Totó recuperó el habla con un inmenso suspiro:

–Víc-tor.

Sí, yo también lo extraño, le dije con la mirada y alcancé su cabecita con unas tiernas caricias. Antes de que sus ojitos empezaran a brillar por la pena, pregunté por mis encargos.

–Ya, Totó, tenemos que irnos. ¿Echó lo que le pedí en la valija? Esa camisola recién planchada.

Obediente, asintió tres veces para dar fe de sus actos.

–¡Muy bien! –exclamé–. Entonces...

Un estrepitoso ruido selló mis labios de súbito. El niño también lo notó.

–¿Y eso qué fue? –pregunté un tanto asustada–. ¿Se habrá caído la vitrola? Tal vez me dejé la ventana abierta y...

Antes de que pudiera sacar más conclusiones, Totó se precipitó por las escaleras y yo me fui tras él tanto como me lo permitieron mis músculos adoloridos. Sin duda, los últimos acontecimientos me habían dejado sin energía.

–¡Aahhh!

Creí morir al escuchar el grito del niño, el primero que salía de su boca.

–¡Totó! ¡Totó! ¿Qué pasó?

Temblaban mis manos cuando logré alcanzarlo a la entrada de mi pieza, donde lo encontré pálido y con la mirada perdida en un horizonte que seguí con mis propios ojos. No tuvo límites mi sorpresa cuando divisé a Rosenda.

–¿Y usted qué hace aquí? –pregunté desconcertada.

Por toda respuesta, recibí un refunfuño. Al parecer, ella tampoco contaba con nuestra presencia.

–Y este todavía sigue aquí... –susurró con amargura.

Allí estaba la joven, frente a la mesita de tocador, con el mismo rostro de decepción que me dedicó el día en que elegí a Totó por sobre ella. Y, en sus manos, un bolso abierto.

–Rosenda...

Avancé unos pasos hacia ella. Lo hice lentamente y con una sonrisa. Quizá todavía no fuera demasiado tarde para hacer las paces.

–Tranquila...

–¡No se acerque! –gritó–. O la mato, ¿me entendió?

La advertencia llegaba con el filo de una navaja que no me atreví a poner a prueba, así que detuve mis pasos inmediatamente. Totó, a mi lado, comenzó a sollozar por el miedo y, en un gesto de protección, lo escondí tras mis faldas.

Ese fue mi error.

–¡*Usté* merece que le robe todas estas joyas lindas! –exclamó la muchacha, resentida–. Porque no supo apreciarme y ¡dejó que me echaran a la calle!

Sin remordimiento alguno, Rosenda empezó a llenar el bolso con cuanta cosa tenía cerca. Mis collares, broches, maquillaje. Lo hacía sin quitarme los ojos de encima, anhelante de la señal que diera prueba del sufrimiento que me estaba provocando.

–Está bien, Rosenda. Llévate lo que quieras y déjanos en paz.

Odió con el alma mis palabras y, en su rabia, la muchacha soltó un brusco zapateo contra el piso. Después de todo, solo era una chiquilla.

–Pobre de *usté* que me delate con la policía, ¡pobre de usted! –

insistió en amenazarme–. Si lo hace, le cuento a *toíto* el mundo sobre el degenerado de su marido. Sí, *iñora*, y *usté* sabe muy bien por qué.

Me quedé clavada al piso, muda de estupor por sus palabras. Entonces sonrió y dijo con aires de triunfo:

–Sí, ¡esa degenerada que se hace pasar por hombre!

Por las manos de Rosenda pasaban joyas, perfumes, dinero, corbatas de seda. Era obvio que había entrado a la alcoba infinidad de veces antes, pues, sin dificultad alguna, la chica encontraba todo cuanto deseaba. ¡Pero no me importó! Lo único que quería era que se fuera y que esa pesadilla terminara de una vez por todas.

–Creo que eso es todo –dijo y volvió a buscarme, sonriente–. ¿Es que no se va a despedir de mí, *iñora*?

Bajé la vista, derrotada y furiosa. Unos minutos más tarde, la joven se encaminaba a la puerta con el bolso en su máxima capacidad.

–¿Ah, no? –exclamó teatralmente–. Pucha, qué pena…

Un golpecito contra el suelo, unos dulces acordes. La cajita de música había resbalado de su saco para quedar a unos pasos de distancia de donde me encontraba. Fue un descuido mío, apenas unos segundos de distracción. Cuando menos lo pensaba, el niño se soltó de mis faldas y fue tras el objeto.

Mi querido Totó, ¡jamás olvidaré la sonrisa orgullosa que me dedicó al recuperarlo!

–¡Eso es mío, cabro de porquería! –vociferó Rosenda y se abalanzó contra él–. ¡Devuélvemelo!

–¡No!

–¡Suéltalo, Totó! –imploré a sus espaldas–. ¡Suéltalo, por favor!

Por fortuna, el forcejeo entre los dos duró unos segundos, nada más. De súbito, el niño soltó la caja y Rosenda recuperó su botín. Un suspiro de alivio escapó de mis labios.

–Eso, muy bien, Totó. Eres muy obediente. No vale la pena. Dese vuelta y regrese conmigo.

Pese a mis ruegos, el niño seguía inmóvil en su lugar. Confusa, dirigí la mirada a Rosenda. Sus ojos abiertos daban muestra del más profundo terror.

–¿Pero qué hiciste, Rosenda? –exclamé, fuera de mí.

–Yo no hice nada… Yo no fui… Yo… lo voy a arreglar…

–¿Qué? ¡No, para!

Unos segundos después, Totó caía desplomado en mis brazos. Entonces testifiqué con espanto el profundo corte de su cuello y la sangre brotando a borbotones. Al retirar la navaja, la joven solo había empeorado la situación.

–Pero ¡qué has hecho, Rosenda!

Casi me vence el llanto, pero logré contenerme. Recordé a mi Petronila y su voz clamando por mi sensatez para anular el temblor

que dominaba mis manos y así poder actuar lo más rápido posible.

A mí nunca se me había muerto un paciente, ¡y esta no iba a ser la excepción!

–Tranquilo, Totó... –con un pañuelo, hice presión contra la herida, a la vez que le hablaba–. Te voy a curar...

Él me sonrió.

–Rosenda, por favor, ¡llama una ambulancia!

Al levantar la vista, confirmé horrorizada que me encontraba sola con el niño. Fue cuando comencé a gritar por ayuda, lo más fuerte que pude, sintiendo cómo la desesperación me desgarraba por dentro. Ya era demasiado tarde para ir en busca de mi maletín.

–¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Alguien que me ayude!

Afuera todo era fiesta y bailes.

–¡Por favor, ayuda!

Había abandonado toda esperanza cuando alguien respondió a mis gritos.

–¿Escuchaste, Totó? Ya viene la ayuda. Vamos a ir al hospital. Ahí está Víctor esperándonos. Se pondrá tan contento cuando lo vea.

Sin embargo, al volver la vista al niño, el blanco había cubierto su rostro y sus ojitos eran cada vez más pequeños. Sentí en ese momento una clavada en el corazón, el dolor más grande y horrible que había experimentado hasta entonces, y las lágrimas cayeron por mis mejillas. Quería abrazarlo, jugar con él, sacarnos esa fotografía que hace tiempo le había prometido. Los breves instantes que nos quedaban no lo permitirían.

–Mi Totó, mi querido Totó.

Sus ojitos verdes me contemplaban.

–¿Me permite ser su mamá? –pregunté en un hilillo de voz–. ¿Su mamá de verdad?

Él sonrió dulcemente y, acurrucado entre mis brazos, dejó este mundo.

Inés

Santiago, 21 de enero de 1932

En la quietud de una tarde estival, Inés y *mister* Elano se abrían paso en el laberinto de largas avenidas de palacios sepulcrales y monumentos que ofrecía la ciudad silenciosa donde reposaban los muertos. Los acompañaba un cortejo de gente humilde de camino a la plazoleta y también los cuidadores, que ese día parecían tener más trabajo que de costumbre. La palabra *muerte* vibraba en toda su extensión y gravedad en esos parajes, pero Inés solo tomaba nota de las flores que descansaban sobre las criptas como símbolo del amor y recuerdo de los visitantes.

–Esta es, *mister* Elano.

La cantante se detuvo frente a una tumba cubierta por rosales en flor. La había visto una sola vez en la vida y eso le había bastado para guardarla por siempre en su memoria.

–¿Está segura, *miss*? –cuestionó su compañero.

Por respuesta, ella se arrodilló frente a la lápida y, con sus delicadas manos, buscó la inscripción que diera fe de sus palabras. Bajo los velos negros que cubrían su rostro, una sonrisa anticipó el hallazgo que luego anunciaría en voz alta:

Antonio Viviani Santa María
1906 - 1914

En contraste con la tristeza del lugar, los rayos del sol parecían confabularse con las rosas para revestir de colorido la tumba del pequeño niño.

–¿Podría dejarme a solas un momento? Prometo que solo serán veinte minutos y luego nos marcharemos a la estación de trenes.

El hombre asintió.

–Estaré cerca por si me necesita –dijo, antes de retirarse.

Inés esperó por la tan anhelada soledad bajo la sombra que le concedían unos cipreses, pues estaba segura de que unas cuantas palabras bastarían para hacerla llorar.

–¿Cómo estás, mi querido Totó?

Y así ocurrió, con apenas un saludo al volver a la tumba. Derrotada por sus lágrimas, la muchacha bajó el rostro y permaneció en silencio hasta que logró sonreír nuevamente, casi con asomo de risa, al

recordar que los reencuentros eran motivos de felicidad y que Inés Rossi jamás se mostraría débil frente a nadie, vivo o muerto.

–¡Si seré lesa, Totó! –exclamó, a la vez que se libraba del velo oscuro–. Estoy perdiendo el tiempo y tengo mucho que contarte.

La joven buscó unas fotos que guardaba dentro de su cartera y empezó a revisarlas. La primera escogida fue la de un hombre en bañador.

–Mira, Totó, ¿a qué no se ve guapo nuestro padre? ¿Que feliz se le ve en el agua, no te parece? Tú no alcanzaste a verlo así, pero desde su operación no hay día de verano en que no se dé un chapuzón en el mar –entonces Inés sacó otra foto y la desplegó frente a la tumba–. Y este es un recorte de prensa. La primera y única entrevista que ha dado como «Antonio Rossi».

La muchacha quedó atrapada unos instantes por la imagen de su padre y los recuerdos contenidos en ella.

–Estaba tan triste cuando se vio obligado a cambiar su nombre. No hacía mucho también te había perdido a ti y, de la pena, llegué a pensar que él también moriría –ella giró la vista a las rosas, como ausente, antes de su confesión–. Fue cuando le pedí que llevara tu nombre, para que pudiera sentirte cerca suyo. Solo entonces volvió a sonreír.

La mujer besó en el aire el retrato de su padre y lo regresó a su cartera.

–Papá jamás te olvida, Totó. No sabes cuánto desearía estar aquí contigo.

Inés sintió un alivio al pensar en Víctor. ¡Cuántas pesadillas había sufrido su padre por culpa de Rosenda! Ahora que estaba internada en un manicomio, al menos podría librarse del miedo a ser expuesto públicamente como mujer.

El sueño de regresar a Chile se hacía cada vez más real para sus padres.

–Yo lo adoro, Totó y, en su honor, escogí el nombre artístico de «Inés». Una vez escuché a mamá decir que el primer amor de papá se llamaba así y no me lo pude sacar de la cabeza. Inés, la de la pampa salitrera. La que murió luchando por la causa obrera. Quién sabe si algún día pueda llegar a ser tan valiente como esa mujer.

Cuando sintió que las lágrimas volvían a sus ojos, Inés sacó un puñado de dulces y los puso sobre la tumba.

–Mamá me pidió que te los trajera. Son tus favoritos, ¿no es así?

Las siguientes palabras de la cantante fueron precedidas por un suspiro.

–¿Que cómo está ella? No te preocupes, yo te cuento.

Inés revisó las numerosas fotos que tenía de su madre. Estaba la de Luisa asistiendo a los heridos en la Gran Guerra, posando con su

diploma de doctora en España y también recortes de prensa que la mostraban en plena labor de cirugía. Finalmente, la muchacha se decidió por la primera instantánea de ellas dos como madre e hija. Ese registro de un efusivo abrazo, sonriendo ambas frente a la cámara, con una Inés de apenas cuatro años que no cabía en sí de su felicidad. En el rostro de la adulta, sin embargo, una ligera sombra pesaba sobre sus gestos.

–No he conocido una mujer más fuerte e inteligente que nuestra madre. ¡Si vieras cómo la admira la gente! De todo el mundo la solicitan por su opinión médica mientras su Inés no hace más que contradecirla con sus locuras–comentó en un susurro–. ¡Ay, Totó! ¿No es así siempre entre madres e hijas? ¿Reír, discutir y reconciliarse, para volver a empezar?

El corazón de la muchacha latía con más y más fuerza a medida que las manillas del reloj se iban acercando a la despedida. Su palpitar ya había ahogado todos los sonidos a su alrededor.

–Nuestra mamá, la de la sonrisa triste, como si la pena se hubiera quedado atrapada en sus labios, esperando por tu regreso...

Un nudo en la garganta silenció sus palabras, pero, reacia a llorar, Inés pestañeó infinidad de veces, tal como le había enseñado Luisa, para espantar la pena.

–La primera vez que vi a mamá, el dolor ya se había apoderado de su mirada. –Tomó aire. Su voz temblaba–. Pero, al encontrarnos, se fijó en mis ojos verdes y los suyos, negros y profundos, brillaron al reconocerte en ellos. Entonces volvió a sonreír y me preguntó: «¿Eres tú la pequeña Rufina?».

La joven se doblegó sobre la tumba. Ya no pudo hacer nada para reprimir el sollozo que desbordaba su garganta y, ya sin fuerzas, liberó las lágrimas que la quemaban por dentro.

–Mi pequeño Totó, si no hubiera sido por usted, ¡tal vez qué sería de mi vida!

La embargaba un sentimiento tan intenso que enmudeció por largos minutos. Sufría y luchaba consigo misma. Con la culpa del sobreviviente, de quien experimentaba un destino concedido únicamente por efecto de una tragedia.

–Quiero que sepas que canto porque amabas escucharme cantar –murmuró por fin–. Que valoro a nuestros padres y abuelo por sobre todas las cosas y que amo ser mujer. Fuerte, bella, valiente...como a ti te hubiera gustado ser.

Entonces volvió a sonreír.

–Al igual que papá y mamá, te llevo siempre en mi corazón.

Inés se despidió con un solemne beso sobre la piedra fría y la promesa de, por sobre todas las cosas, ser feliz.

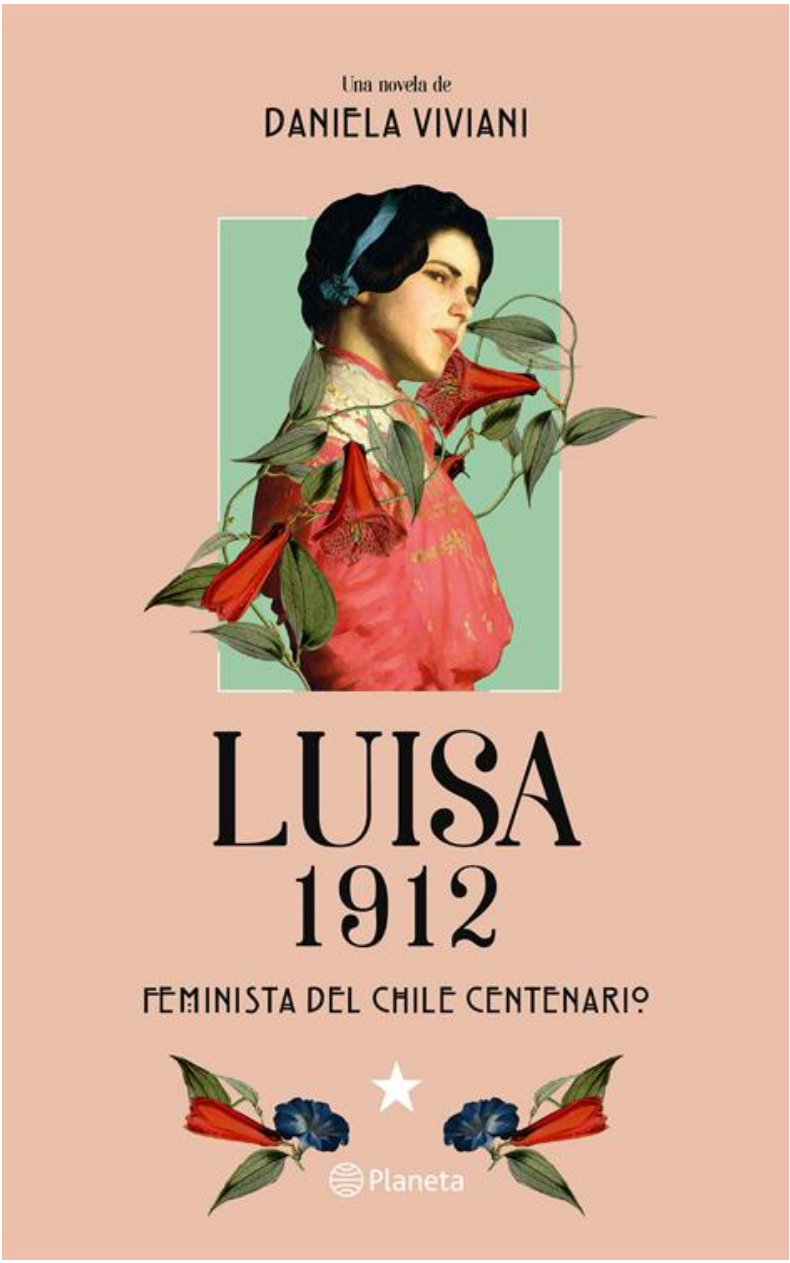
–Gracias, Totó.

Ser feliz. Así lo hubiera querido su hermano mayor.

Complementa esta historia con
Luisa 1912 y *Víctor 1907*.

Encuéntranos en...

Otros títulos de la colección



Una novela de

DANIELA VIVIANI

Víctor

1907

PARA ENCONTRAR LA LIBERTAD NO BASTA CON SOÑARLA

Planeta

Una novela de

DANIELA VIVIANI

LUISA 1912

FEMINISTA DEL CHILE CENTENARIO

Luisa 1912

Viviani, Daniela

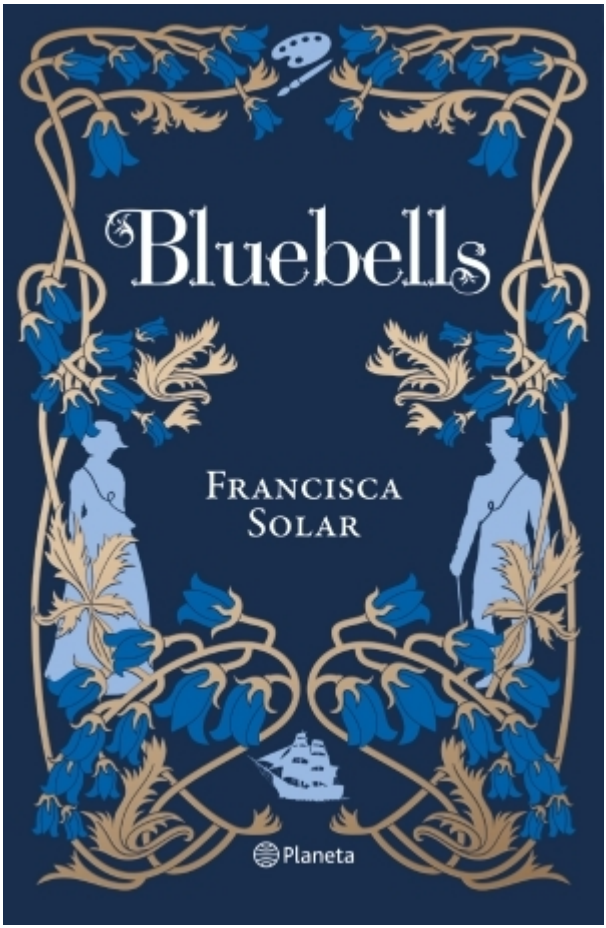
9789563605426

308 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Luisa Clementina cumplirá veintitrés años y, para la sociedad en la que vive, pronto se convertirá en una mujer cuya juventud pasó a ser un tesoro que no supo aprovechar o, como diría su familia, una triste y patética solterona.
Cansada de vivir bajo las reglas de un padre que no la deja estudiar medicina, Luisa se rebelará y renunciará a sus baños de tina caliente, a los polvos de arroz que ocultan su tez morena y a los manjares que preparan las criadas, para conseguir lo que tanto le han negado. Disfrazada de hombre de clase obrera descubrirá un mundo clasista e inminentemente masculino en el cual la mujer no tiene voz ni voto. Por fortuna, la vida la cruzará con Víctor Viviani, un comerciante italiano, y su tío Eulalio, quienes le ofrecerán su ayuda para rendir clandestinamente el bachiller que necesita para entrar a la universidad.

Cómpralo y empieza a leer


Bluebells
Francisca
Solar
Planeta

Bluebells

Solar, Francisca

9789564082875

328 Páginas

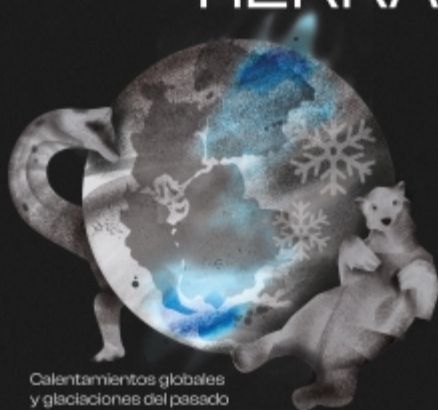
Cómpralo y empieza a leer

Valparaíso, 1834

Laura Villa-Smith arriba al puerto principal de Chile siendo la única ilustradora botánica a bordo del HMS Beagle, barco inglés que trajo la ambiciosa expedición científica de Charles Darwin a costas sudamericanas. Un día sin duda glorioso para la historia nacional, aunque no así para Laura, quien además de enfrentarse a numerosos obstáculos por realizar un trabajo destinado para hombres, ve peligrar su cupo debido a dificultades económicas por lo extenso de la travesía. Obligada a encontrar una ocupación temporal para conseguir el dinero necesario, se empleará como institutriz de las hijas de la baronesa Rothschild, recientemente viuda.
Así llega a la hacienda Bluebells, donde deberá presentarse ante el nuevo heredero, lord John, quien también llega al país por primera vez, aunque por un motivo muy diferente: enfrentar un duelo y la responsabilidad de un linaje y una herencia que en realidad no quiere.

Cómpralo y empieza a leer

HISTORIA CLIMÁTICA DE LA TIERRA



Calentamientos globales y glaciaciones del pasado para entender el clima presente y futuro

SERGIO GONZÁLEZ

Planeta

Historia climática de la tierra

González, Sergio

9789564083629

286 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Sabías que antiguos eventos de extinción de especies están relacionados con bruscos cambios climáticos? ¿cómo un cambio climático puede contribuir a ladesaparición de los seres vivos? Conoce más acerca de las extinciones y cambios climáticos en el libro Historia Climática de la Tierra.

Hace millones de años, lo que hoy es el desierto del Sahara era un gigantesco manto de hielo. Ciertas regiones que actualmente son bosques templados en Europa estaban cubiertas por una vegetación selvática tropical y el continente blanco, la Antártida, albergaba una rica biodiversidad que incluía marsupiales. Cada punto y rincón de nuestro planeta ha cambiado
mucho desde su origen y este libro nos habla de tales transformaciones.

Sergio González sintetiza el material más preciso y actualizado sobre la historia del clima en la Tierra, desde el pasado hasta el presente, contándonos cómo algunos eventos modificaron el paisaje o la existencia en nuestro planeta. Extinciones, bombardeos de material extraterrestre, calentamientos globales y glaciaciones son algunos de los fenómenos que
explora este libro, didáctico y ameno, que además incorpora una serie de diagramas e ilustraciones para hacernos comprensible un relato tan largo como la vida misma.

Cómpralo y empieza a leer

Pilar Sordo

Del amor propio al amor al otro

Habilidades para transitar la vida

Planeta

Del amor propio al amor al otro

Sordo, Pilar

9789564082325

204 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las consecuencias espirituales de la pandemia, el contexto mundial, la desconexión con nosotros mismos(as) y la necesidad del amor propio como condición para amar al otro(a) son el punto de arranque de este libro conmovedor que nos interpela directamente a encontrar dentro del silencio de cada uno(a) el camino para transitar por la vida conociéndonos, aceptándonos y cuidándonos. Pero este sendero no es fácil, y es aquí donde Pilar Sordo nos guía, desde su propia experiencia y estudios de campo, a descubrirlo a través de determinadas habilidades para aprender a ser un(a) alumno(a) de la vida cambiando el miedo por la curiosidad, dándole valor a la pausa y a la disciplina como forma de alcanzar la libertad, siendo flexibles, agradecidos, pacientes y conscientes de que lo único que permanece es el cambio, y entendiendo que no controlamos nada salvo nuestra actitud frente a lo que nos sucede.

Cómpralo y empieza a leer

VIRGINIA DEMARIA
180°C
Planeta

180° C

Demaría, Virginia

9789564083582

200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Vuelve Virginia Demaria con un libro para llenar la casa con los más ricos olores y sabores, a través del delicioso arte de hornear.

Hornear es uno de los pequeños placeres de la vida y cocinar en el horno significa preparar, esperar y disfrutar. Mirar a través de la puerta, cual pantalla de película, y, junto a esa preparación, con paciencia, confiar en que todo saldrá como lo planeamos, como lo antojamos.

En este nuevo libro, Virginia Demaria nos invita a disfrutar de los deliciosos sabores de galletas, tartas, queques, postres, picoteos y panes cocinados a 180º C. Con preparaciones fáciles para el día a día inundarás tu casa del irresistible aroma de lo recién salido del horno.

Cómpralo y empieza a leer